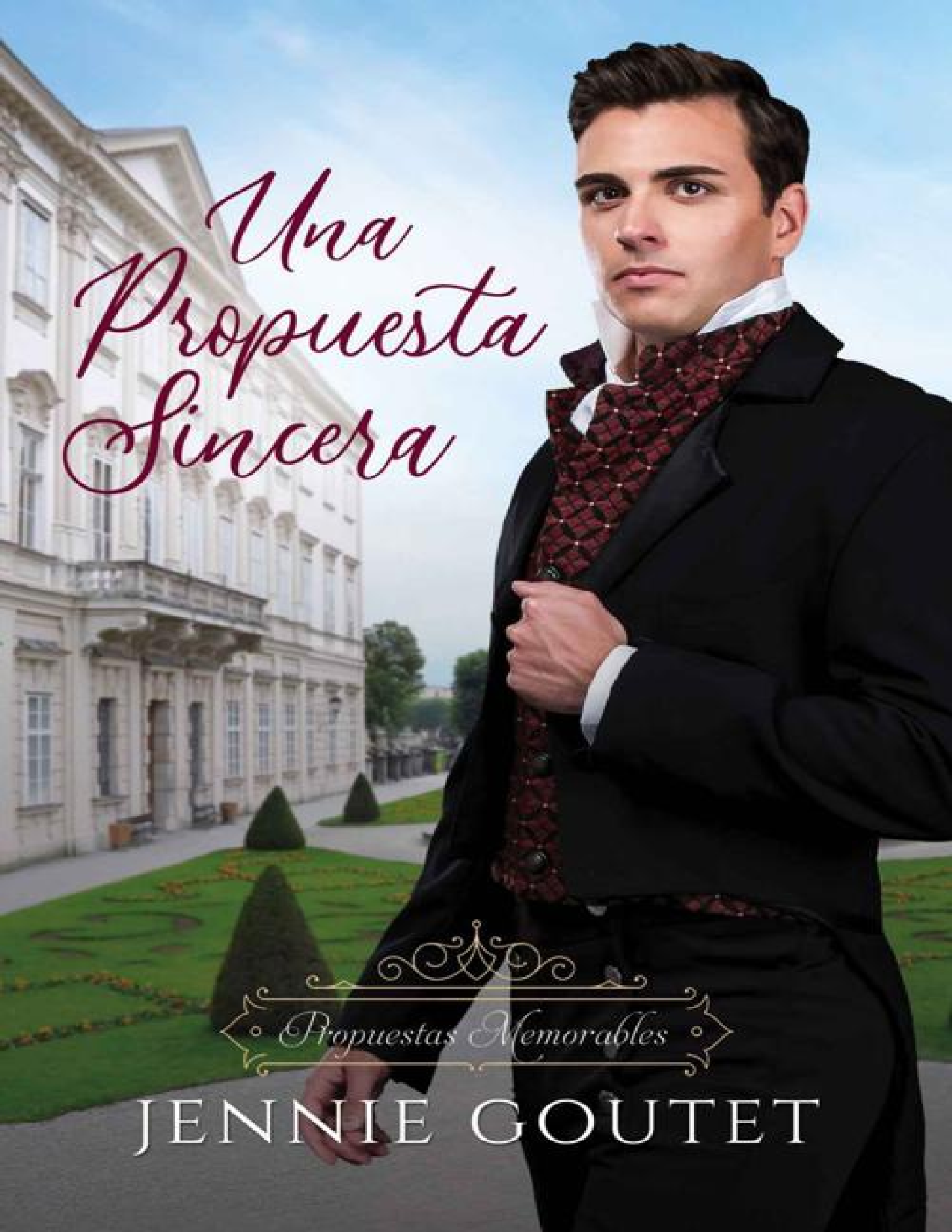

Una Propuesta Sincera
Propuestas Memorables
JENNIE GOUTET

Una Propuesta Sincera

Propuestas Memorables

JENNIE GOUTET

Copyright © 2025 por Jennie Goutet

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Original Title: *A Faithful Proposal*, 2020

Traducido por L.M. Gutez

Editado por Mercedes Peña Gómez

Diseño de portada por Shaela Odd de Blue Water Books

ÍNDICE

1. Capítulo uno
2. Capítulo dos
3. Capítulo tres
4. Capítulo cuatro
5. Capítulo cinco
6. Capítulo seis
7. Capítulo siete
8. Capítulo ocho
9. Capítulo nueve
10. Capítulo diez
11. Capítulo once
12. Capítulo doce
13. Capítulo trece
14. Capítulo catorce
15. Capítulo quince
16. Capítulo dieciséis
17. Capítulo diecisiete
18. Capítulo dieciocho
19. Capítulo diecinueve
20. Capítulo veinte
21. Capítulo veintiuno
22. Capítulo veintidós
23. Capítulo veintitrés
24. Capítulo veinticuatro
25. Capítulo veinticinco
26. Capítulo veintiséis
27. Capítulo veintisiete
28. Capítulo veintiocho
29. Capítulo veintinueve
30. Capítulo treinta
31. Capítulo treinta y uno

Otras Obras de Jennie Goutet
Acerca del Autor

Dedicado a mi madre, Cathy Damron, por las frecuentes visitas a la biblioteca y por inspirarme a leer todo lo que caía en mis manos.

CAPÍTULO UNO



Agosto 1812

—Llegaremos en una hora, me atrevería a decir. El Pelícano nos aseguró que llegaríamos a Avebury a las dos en punto. Debo decir que será un grato respiro a este horrible traqueteo. Juro que mis dientes se están aflojando.

La señorita Anna Tunstall miró de reojo a su malhadada compañera, sin esperar respuesta, por supuesto, ya que había recibido muy poco a cambio de todos sus esfuerzos durante los últimos tres días.

Su taciturna compañera, sin embargo, aún contaba con el factor sorpresa y consiguió decir algo más que un monosílabo.

—Será mejor que cierre esa ventana, señorita, ya que estas zonas son conocidas por los atracos. Lo harán más rápido de lo que tardará en reaccionar.

La irritación de un largo viaje desde Londres con una joven silenciosa, cuyo entendimiento de la higiene era escaso en el mejor de los casos, incitó a Anna a replicar.

—Si hay bandidos adelante, cerrar la ventana no evitará la amenaza. Madre mía, Beatrice, por fin hablas. Qué amable de tu parte edificarme con tu conversación, pero si piensas asustarme con tu expresión sombría, estás muy equivocada.

Beatrice, una compañera de viaje contratada y desconocida para Anna antes de que partieran juntas, parecía creer que había cumplido con su deber al advertir a la señora. Volvió a sumirse en el silencio, acercó la gastada bolsa de viaje de tela aún más a su pecho y miró hacia donde el cojín amarillo deshilachado se encontraba con el techo de terciopelo de su carruaje alquilado. El hermano de Anna, Stratford, conde de Worthing, les había prestado un carruaje para el viaje, pero se le había roto un eje en la última etapa. Anna había considerado mejor alquilar otro en lugar de retrasar su llegada esperando su reparación.

Anna levantó la mirada al cielo ante la hosca intervención de Beatrice y se permitió el lujo de despotricar internamente. *Emily Leatham, te mataré por haberme endilgado semejante criatura como compañera de viaje*. Rápidamente su humor pudo más que ella, y se volvió hacia la ventana mientras una sonrisa se dibujaba en sus mejillas. *Si es que no mato antes a Beatrice*.

Anna no tenía a nadie con quien compartir su broma privada. Era la primera vez que se separaba de Phoebe, su gemela, durante más de una tarde, y empezó a apreciar más a su otra mitad. Phoebe siempre había sido una presencia sobria y apaciguadora. Anna podía dejarse llevar por sus fantasías y su humor, y Phoebe la controlaba cuando ese humor la llevaba demasiado lejos. Suspiró. Sin Phoebe, tendría que vigilar su propia lengua. Qué responsable debía ser ahora.

Sin embargo, valía la pena el viaje para ver a Emily Leatham, una Emily divertida y

desenfadada, cuyo sentido del humor coincidía con el de Anna. Sin duda habían encontrado formas de divertirse en su primera temporada londinense antes de que el marido de Emily se la arrebatara. Una ventaja añadida a esta visita era que Anna se libraría de unas monótonas cuatro semanas jugando a las cartas con su tía Shae, llevando trozos de carne de cerdo en cestas cubiertas a los pobres o acompañando a su hermano a visitar a sus inquilinos, como correspondía al recién nombrado conde de Worthing.

Ni siquiera la diversión de preparar la boda de su hermano le resultaba atractiva cuando era más probable que le ordenaran llevar canastas con trozos de panza de cerdo a los pobres a que le pidieran que planificara el desayuno nupcial. Phoebe siempre había sido la más trabajadora e instó a Anna a que fuera a visitar a Emily, diciéndole a su amable manera que la echaría de menos pero que no la necesitaría, una verdad que la aliviaba y le escocía a la vez. Emily no había prometido para su visita mayores agasajos que los que podía ofrecer un pueblo rural, pero al menos allí nadie la conocía y no se le exigiría nada. No, incluso sin la reconfortante y firme presencia de Phoebe, Anna había hecho bien en ir a Avebury.

Un ruido agudo rompió el silencio y Beatrice lanzó un grito. Anna se volvió sobresaltada, más alarmada por la reacción de la criada que por el ruido inicial. Beatrice había olvidado su anterior objeción a mirar por la ventana y ahora se asomaba para ver el origen de la conmoción.

—Es tal como le advertí, señorita. Han venido los bandidos.

Anna no tuvo tiempo de asimilar las palabras de Beatrice antes de que un disparo atravesara el carruaje desde la parte superior de los paneles laterales a través del techo. Estaba demasiado cerca para su gusto, y el corazón de Anna empezó a golpear contra su pecho. No era propensa a sentir ansiedad, lo cual era un motivo de gran orgullo para ella, pero esto alteró incluso su sensibilidad, y la oscuridad amenazó con invadir su visión.

Tranquila, se dijo. Respiró hondo y se alisó la falda mientras esperaba.

El carruaje ya se había detenido. Había hombres gritando fuera, pero apenas pudo entender lo que decían antes de que la puerta del lado de Beatrice se abriera de golpe.

—Fuera, ramera.

El voluminoso cuerpo de un hombre bloqueaba la entrada. Era de estatura media, llevaba ropaje marrón y un pañuelo en la cara, y no tenía más rasgos distintivos que un fuerte hedor. De un fuerte tirón, el hombre sacó a Beatrice del carruaje, y ella tropezó y cayó de manos y rodillas. Luego dirigió su atención a Anna, mirándola fijamente hasta que ella se sintió desconcertada por su mirada silenciosa.

Ella mantuvo la compostura.

—Bien, señor, ¿debo bajar yo también?

El hombre se rio, un sonido desagradable que la asustaría si ella lo permitiera.

—Sí. A menos que quieras que te desnude a cuchilladas junto a los cojines.

Anna buscó la manilla de la puerta a su izquierda, pero el hombre negó con la cabeza.

—No siga, señorita. Saldrá por aquí.

Eso significaba moverse hacia el enemigo, y Anna tragó saliva con nerviosismo mientras obedecía. Afortunadamente, el hombre se apartó del carruaje mientras ella se deslizaba por el asiento.

—Tú —agitó su pistola hacia el conductor—. Quédate con las señoritas, y si te comportas, tal vez te deje vivir.

El conductor del carruaje alquilado obedeció la orden y se situó junto a Beatrice, con la mirada fija en sus botas. Anna se unió a ellos, con una expresión serena. Un segundo bandido apuntó con su pistola al grupo. El primero saqueó el carruaje, haciendo cortes en los cojines en

busca de joyas ocultas, que no estarían allí, por supuesto. Se trataba de un carruaje alquilado. No debía de ser un ladrón muy listo si no se daba cuenta de *eso*.

Algo se movió entre los árboles a la izquierda de Anna, y el segundo bandido se volvió para ver qué había captado su mirada. La distracción fue suficiente para que el conductor se diera a la fuga, y ella observó asombrada cómo esquivaba a los caballos y corría a toda velocidad hacia los árboles, donde el ladrón no podía apuntar. *Bueno, ahí va*. Anna le había asegurado a su hermano que no necesitaría escolta masculina, y no es que él hubiera tenido tiempo para ello con sus asuntos en Worthing y toda su atención centrada en su próxima boda y luna de miel. Ahora, sin la protección de su familia, Anna se estaba dando cuenta de lo vulnerable que era, y empezó a temblar. El conductor había desaparecido por completo en el bosque antes de que el bandido hubiera terminado su búsqueda.

—¿Qué es esto? —el hombre asomó la cabeza fuera del carruaje. Miró a su cómplice y a las dos mujeres y se echó a reír—. Os ha dejado, ¿verdad? ¡Ja! Cobarde—bajó de los escalones, sus botas de cuero blando no hicieron ruido al pisar la carretera—. No hay nada ahí dentro. Deben de estar guardadas en el baúl.

El hombre se acercó a Anna y le inclinó la barbilla mientras el otro escudriñaba el lindero del bosque, donde ella creía haber visto movimiento.

—A menos que estén en tu persona —deslizó un dedo por su mandíbula y Anna se puso rígida, negándose a dejarse intimidar por su mirada. Por primera vez en su despreocupada vida, sintió que frías punzadas de miedo le subían por la columna vertebral.

—Están en el baúl —dijo, orgullosa de mantener la voz uniforme.

Tal vez él se contentaría con las joyas, que no serían una gran pérdida para ella. Había hecho bien en dejar sus objetos más preciados en casa, y si esto podía evitarle un daño personal, aceptaría la pérdida. Durante todo este tiempo, Beatrice no había dicho ni una palabra, pero antes de acercarse a los baúles que estaban en la parte trasera del carruaje, el bandido la señaló con el dedo.

—Tú. Abre el baúl.

Beatrice dejó caer su bulto y le siguió hasta el carruaje, donde empezó a soltar las correas del baúl.

—Tienes pinta de ser una bribona, muchacha. ¿Qué dices de echar tu suerte conmigo?

Beatrice resopló y trabajó en un nudo obstinado hasta que lo desató.

—No tienes nada que yo necesite. Conozco a los que son como tú y cómo es tu vida. Tengo mi lugar en la cocina y no lo dejaría por nada.

El ladrón se encogió de hombros.

—Como quieras, querida.

Los baúles, ahora liberados de sus correas, quedaron libres para que el ladrón hurgara en ellos. Anna vio cómo su ropa interior era arrojada a todos lados, y su miedo se convirtió en ira.

—Cuidado con lo que haces con mis posesiones. Sólo necesitas los objetos de valor. No hay necesidad de tirar mis cosas.

—Tú encuentra las joyas entonces —el hombre hizo una pausa en su búsqueda—. ¿Qué has hecho? ¿Las pusiste en el fondo del baúl? No es muy accesible.

Anna se cruzó de brazos.

—No voy a ayudar a otra persona a encontrar mis objetos de valor. Cógelos, pero ten cuidado con mis cosas, si eres tan amable.

El bandido volvió a reír, esta vez con verdadero placer.

—No me encuentro a menudo con una mujer como tú —se llevó una de sus batas dobladas al

rostro—. Seda.

Después de sacar todos los objetos del baúl, no encontró ninguno de valor. Anna estaba tan asombrada que no pudo evitar acercarse. El bandido la miró y pareció satisfecho de que su sorpresa fuera real. Se volvió hacia Beatrice.

—Supongo que ya sé dónde han ido a parar las joyas —chasqueó los dedos—. Zorra. Vendrás conmigo.

Beatrice dio un pisotón.

—No, no lo haré.

El ladrón la cogió por el antebrazo y la arrastró hasta donde sus caballos estaban atados a un árbol, pero Beatrice no se quedó quieta. Gritó y luchó contra él, dificultando enormemente su avance. Anna observaba alarmada, preguntándose si debía intentar ayudar a la muchacha o huir. *¿Dónde estaba el saco con sus joyas y monedas? ¿Se las había llevado Beatrice?* Pensó en lo poco que podía hacer en una situación así y estaba a punto de lanzarse al interior del carruaje en busca de un arma, *¿su sombrilla?* cuando una mano la rodeó por detrás, sujetándole los brazos y tapándole la boca. ¿Cómo había podido olvidar que eran dos?

—Tranquila, muñeca —le murmuró al oído—. Ahora cierra la boca—destellos de luz le aparecieron en la parte posterior de sus párpados a medida que aumentaba su miedo. Miró a los árboles que tenía delante, buscando ayuda desesperadamente. Seguro que alguien vendría. Alguien *tenía* que venir. Estaban cerca de una vía pública y Beatrice podía convocar a los muertos con sus gritos. A pesar de la amenaza del hombre, Anna gritó, o al menos lo intentó, pero fue en vano.

Lo más que consiguió fue soltar unos gritos ahogados, que salieron entre gemidos. De pronto, escuchó otra voz. No pertenecía a ninguno de los bandidos.

—¡Hey, Ambrose! —sintió que el hombre se volvía sorprendido, arrastrándola consigo. Anna sólo tuvo tiempo de asombrarse al ver a alguien más incorporarse al grupo antes de sentir que el aire se agitaba junto a su cabeza.

Todo se volvió negro.

CAPÍTULO DOS



El señor Henry Aston, conocido por sus amigos, pero no por su familia, como Harry, salió de los establos. Llevaba un caballo que tiraba de una sencilla carreta.

—Tranquilo, amigo —le dijo mientras conducía al animal entre los estrechos postes de la valla—. Esta mañana acabas de salir, pero necesito que vuelvas a hacer un esfuerzo por mí —frotó el flanco del caballo antes de añadir—. Sé que piensas que los dos de ahí dentro no saben lo afortunados que son, pero te aseguro que están deseando correr. Simplemente no están hechos para esta carreta.

Aunque el discurso de Harry fue humilde, su vestimenta hablaba de alguien con medios moderados, y tenía los gestos desenvueltos y gráciles de un caballero. La carreta iba cargada de productos de su cocina que su cocinera francesa, la señora Foucher, preparaba con mucho gusto, y él sabía que ella no le despreciaría por regalar algunos de sus mejores platos a los pobres del pueblo. Harry no tenía una cocinera célebre, nadie de la alta sociedad le haría una visita y trataría de robarle a su cocinera. La señora Foucher había emigrado con su familia durante el Tratado de Amiens y había sido recomendada por el anterior rector. Harry la consideraba como una de las muchas bendiciones de su actual situación vital.

Se subió al asiento y chasqueó la lengua, animando a la bestia a avanzar por el sendero que serpenteaba por Avebury. Hoy no se dirigía a la finca Allinthridge ni a la mansión Durstead. Viajaba hacia las zonas periféricas con las modestas casas de los arrendatarios, y más allá hacia las chozas donde moraban ladrones y cazadores furtivos. Estaba decidido a abrirse paso a través de su recelosa recepción, convencido de que había algo bueno que encontrar si tan sólo pudiera sonsacarlo.

La ondulante campiña ayudó mucho a calmar la agitación matutina que le había producido la carta de su madre recomendándole a otra mujer elegible. Cualquier esperanza de que pudiera escapar de la atención de su madre sobre su situación matrimonial, o la falta de ella, simplemente marchándose de Londres e instalándose en otro lugar se había esfumado rápidamente. Llevaba ocho meses en Avebury y la de hoy era la octava carta que recibía de ella, esta vez con amenazas de hacer los arreglos necesarios con la familia de lady Jane, quien era tolerablemente agradable y disponía de veinte mil dólares anuales, si no lo hacía él por su cuenta. Suspiró. Ya se buscaría una esposa cuando llegara el momento adecuado. Su madre no debía pensar que las esposas adecuadas simplemente caían del cielo. *Tendría que haber cambiado de religión y unirme a los curas*, pensó en un arrebato de cinismo poco frecuente.

Un saludo desde su izquierda hizo que se girara en su asiento. Entornó los ojos al sol del mediodía y vio el rostro alegre de Mabel Mayne, la esposa del terrateniente, que caminaba con su pequeña hija Amabel.

—Buenos días, señor Aston.

—Hola, señora Mayne —con una inclinación de cabeza hacia la niña de siete años, dijo—. Y un buen día para usted, señorita Mayne. ¿Cómo se encuentra esta tarde?

La niña soltó una risita y se sonrojó mientras hacía una reverencia por petición de su madre. Su madre contestó.

—El señor Mayne ha prometido traerle una parte de la carne que ha curado, así como las bayas de nuestra cosecha. No ha olvidado su diezmo.

—Bueno, dele las gracias de mi parte a su marido y dígale que me alegraré de verle cualquier día. Y si puede quedarse a jugar una partida de ajedrez, mejor.

Aparte de los grillos, sus voces eran los únicos sonidos de la sofocante tarde. Harry volvió a pensar en lo afortunado que era. Buena gente, hermosos paisajes, una noble vocación… no importaba que la opinión de su familia difiriera en este punto. No podía pedir nada más de lo que ya le habían dado.

—Visitando Haggle End de nuevo, ¿verdad? —preguntó la señora Mayne—. Les llevamos un poco del jabón de lejía que habíamos hecho la semana pasada y echamos un vistazo a la nueva aula de la escuela. El progreso que ya han hecho… bueno, sienta muy bien.

—Ya lo creo. No importa que sólo se hayan puesto los cimientos. Antes de que nos demos cuenta, estarán tejiendo la paja para el tejado —le dedicó una amplia sonrisa—. Y el jabón será justo lo necesario para alentar a los más dilatorios hacia la pulcritud. Le agradezco su preocupación por los pobres. Es un gran mérito.

—Bueno, no podemos esperar que lleve la carga usted solo, especialmente cuando no tiene una esposa que le ayude. Hay algunas cosas que son más adecuadas para una mujer.

—No puedo discutir con usted, señora Mayne. Se lo agradezco —se quitó el sombrero—. Si me disculpa la prisa, debo continuar mi camino para tener tiempo de visitar todos mis destinos. He traído un poco del ragú que preparó la señora Foucher, y creo que será muy bien recibido por los que aún no han comido nada.

Después de despedirse de la esposa del terrateniente, Harry animó a su caballo a acelerar el paso, cosa que hizo renuentemente. Era verano y el día sería largo, pero había partes del bosque que no le gustaba visitar demasiado tarde. En los pocos meses que habían transcurrido desde su llegada, ya había escrito a sus amigos del parlamento acerca del tramo de carretera que era atacado con frecuencia por bandidos. Había que hacer algo para proteger a los que pasaban por allí. Hoy estaba bien preparado y no tenía miedo, pero ¿para qué buscarse problemas si podía evitarlos?

Las visitas de Harry a las derruidas casas de paja cumplieron el objetivo que se había fijado de conseguir ganarse su confianza, y consiguió transmitirles tanto la mercancía como su preocupación por ellos en un acto de sincronización cuidadosamente equilibrado que le permitió visitar al mayor número posible de familias. Cuando terminó sus rondas y se dirigió por el camino hacia las chozas y cabañas que albergaban a los más pobres de Haggle End, sus ojos se iluminaron al ver algo familiar y bienvenido.

—Tom, ¿qué te trae por aquí? —gritó, dirigiéndose a la figura a la cual estaba más acostumbrado a ver cerca de la rectoría, aunque sabía que el hombre tenía sus raíces en estos barrios. Tom Wardle le ayudó en el cuidado de su ganado y en el cultivo de su pequeña parcela de tierra.

Tom se estremeció de sorpresa al encontrarse con Harry tan lejos del pueblo, aunque sabía por qué estaba aquí. Nunca había mantenido en secreto que visitaba Haggle End con la esperanza de devolver un modo de vida más sano a los menos favorecidos de la sociedad. La reacción

sorprendida de Tom le hizo recordar su comportamiento anterior, cuando lo había contratado por primera vez. Durante meses, el rostro de Tom había mostrado una mezcla de culpa e indignidad después de que Harry decidiera perdonar su robo y emplear al hombre en su lugar. Sin embargo, nunca mostró una expresión de astucia, o Harry no habría confiado en él.

—Pensé en ver cómo puedo ayudar. Como siempre me anima a hacer —se quitó el gorro e inclinó la cabeza mientras se movía de un lado a otro, tan parecido al Tom Wardle de hacía seis meses.

Harry sonrió, deseando que el hombre se tranquilizara. Tom sabía que estaba autorizado a venir a Haggle End cuando lo necesitara, siempre que terminara su trabajo en la rectoría. Harry no insistió en el asunto, pero antes de seguir adelante, dijo:

—Cuando pases por la casa, puede que la señora Foucher te haya guardado algo de ragú para cenar.

Cuando se fue de las humildes viviendas de Haggle End, su mente seguía preocupada por el extraño comportamiento del hombre. Confiaba plenamente en él, pero se preguntaba si su criado se habría encontrado con alguna preocupación que no deseaba compartir con él. Tom había mostrado una gran mejoría desde que Harry le había ofrecido la oportunidad de cambiar su dudosa carrera por una honesta, pero al parecer aún tenía progresos que hacer.

Avanzó hacia la hilera de tiendas, media milla más adentro en el bosque, abandonando el camino de tierra compactada para dirigirse por el sendero más oscuro y estrecho que serpenteaba entre los árboles. Cuando llegó a la bifurcación del camino, vio un carruaje delante, apartado a un lado y apenas visible en el claro de los árboles. Entrecerró los ojos, sorprendido por lo que parecían restos del interior del carruaje esparcidos por el suelo.

Es tal como me temía. Harry abandonó la idea de hacer más visitas y dirigió su carreta fuera del camino hacia el claro que tenía delante. Su alarma aumentó cuando vio lo que parecía ser una joven inconsciente en la hierba que bordeaba el camino.

Sin perder un minuto, bajó de un salto y corrió hacia la figura inmóvil, cayendo de rodillas junto a ella mientras palpaba en busca de heridas. No pudo distinguir mucho sin quitarle la capota, pero cuando sus dedos le rozaron el costado de la cabeza, ella se estremeció. Tras detenerse un instante, cogió a la mujer en brazos, su suave fragancia floral penetró en sus sentidos, y la llevó a la parte trasera de la carreta, donde la recostó. Se subió a la carreta, se quitó el abrigo y lo colocó debajo de la cabeza de la mujer. Ella gimió, formando palabras ininteligibles. Seguía con los ojos cerrados.

Mientras reflexionaba sobre su siguiente paso, un saludo inesperado llegó a sus oídos.

—Es bueno verte, hijo.

Al llegar, sólo había observado brevemente la escena y no había mirado si estaba solo. Ahora levantó la cabeza y se encontró con la mirada de un hombre fornido, vestido con un modesto chaleco y unos pantalones marrones arremangados sobre las botas.

Descartó rápidamente la idea de que pudiera ser el ladrón por la forma directa en que el hombre lo miraba. Pensó que podría haber visto antes a este hombre en Haggle End y entrecerró los ojos desde la posición en la que se encontraba para ver el rostro que lo cubría del sol.

—Eli Smith, ¿cierto? —dijo al fin.

—Sí. Estoy calmando a los caballos, son criaturas nerviosas.

—Smith —miró a los caballos atados a un árbol en el claro y frunció el ceño–. Ya veo. Si los caballos siguen exaltados, el robo debe de haber ocurrido no hace mucho. ¿Has visto quién ha participado? ¿Dónde están las personas que la acompañaban? No podía haber estado viajando sola.

Eli Smith levantó los hombros en un gesto fatalista.

—Iba de camino a casa cuando la encontré. Estaba tendida aquí, como un tronco.

Harry miró de nuevo a la muchacha, quien obviamente era de alta alcurnia. Llevaba un suave vestido de viaje de lino y una pequeña y pulcra capota que dejaba ver por debajo unos mechones rubios cuidadosamente peinados. Más allá de la ropa, la mujer estaba terriblemente pálida.

—¿Cómo se ha desmayado? —preguntó Harry, aunque tenía sus sospechas. No había ninguna piedra cerca de donde había caído que pudiera haberla dejado inconsciente.

Smith hizo un gesto de profunda reflexión, pero se limitó a encogerse de hombros.

—Bueno, entonces —dijo Harry—. Será mejor que ponga a salvo a esta mujer. Te daré una corona para que vigiles sus cosas hasta que consiga algunos hombres que las lleven a Durstead, adonde la llevaré. ¿Aceptas? No debes dejar que nadie se acerque a ellas, y tú mismo no debes tocarlas.

—No me opondré a un día de trabajo honesto. Gracias, señor.

—Muy bien —dijo, volviendo a mirar a la joven—. Enviaré a alguien inmediatamente.

CAPÍTULO TRES



Harry subió a la carreta y cogió las riendas. Giró la misma con cuidado de no sacudirla más de lo necesario. Una vez en la carretera, dejó que el caballo acelerara el paso. La carreta avanzaba más suavemente, a pesar de los surcos en la tierra provocados por las tormentas pasadas.

—Si es tan amable, señor.

Harry se sobresaltó al escuchar la débil voz y miró detrás de él mientras tiraba de las riendas.

Saltando del asiento del conductor, corrió para ver cómo podía ayudar a la mujer y tal vez averiguar qué había pasado. Sin embargo, no estaba preparado para lo que vio cuando se asomó por el lateral de la carreta. Allí se encontró con el par de ojos azul celeste más hermosos que jamás había contemplado, y su corazón tartamudeó.

—Por favor, señor, dígame. ¿En nombre del cielo, adónde me lleva? ¿Y tiene que ser de una manera tan desastrosa?

Harry tuvo que inclinarse para escuchar lo que ella decía, pero captó un ligero humor en su débil voz.

—La han retenido, señorita, cosa que creo que debe saber, y se ha desmayado —le dedicó una sonrisa tranquilizadora—. La llevo a la mansión Durstead, ya que está más cerca.

—El mismo lugar donde desearía estar —murmuró, cerrando los ojos durante un breve instante. Harry estaba apoyado con los codos en el borde del asiento, y ella le puso la mano en el brazo, añadiendo—. Nunca me desmayo, señor. Debe de estar equivocado. Pero me duele mucho la cabeza. Había bandidos… —con los ojos aún cerrados, frunció el ceño y se mordió el labio.

Al notar su miedo, Harry se apresuró a asegurarle sus intenciones.

—Creo que ellos provocaron que perdiera el conocimiento. Haré lo que pueda para descubrir quién está detrás de esto.

La joven volvió a abrir los ojos, apoyó la mano en el lateral de la carreta y se sujetó. Al ver esto, Harry se apresuró y saltó sobre la parte trasera de la cama de la carreta para poder levantarla por detrás. Ahora le sujetaba el brazo con una mano y deslizaba la otra por debajo de su espalda para levantarla y sentarla. Ella olía a las lilas que crecían fuera de la cocina de la casa de su infancia, y se volvió para mirarlo, con los ojos a la altura de los suyos.

Todo pensamiento escapó de su cabeza. Cuando la mujer estaba inconsciente, se había concentrado en conseguirle la ayuda que necesitaba lo antes posible. Con los ojos abiertos, la mujer cobró vida y Harry quedó hipnotizado. Su belleza iba más allá de sus rasgos delicados y sus ojos grandes. Fueron la inteligencia y el humor de aquellos ojos los que le hicieron dar vueltas. *He aquí un alma de una profundidad insondable*, pensó.

Su brazo seguía rodeándola y su rostro estaba a escasos centímetros. Carraspeó e intentó sonreír.

—Me temo que no hay nadie para hacer las presentaciones.

La mujer no pareció desconcertada por el contacto de su brazo ni afectada por su proximidad. *Es sólo que mi corazón está a punto de salirse del pecho*, pensó.

—Cuando lleguemos a la mansión Durstead, podemos pedirle a la señora Leatham que haga las presentaciones. Y entonces sabrá que soy la señorita Anna Tunstall.

—Señorita Tunstall —dijo, memorizando el nombre. *Anna*—. Estoy encantado de conocerla. Mi nombre es Aston, y le propongo que se siente más cómodamente aquí. Continuaremos el viaje a un ritmo más tranquilo.

—Le agradezco su amable ofrecimiento, señor Aston, pero preferiría sentarme correctamente en el asiento de al lado. No haré algo tan desconsiderado como desmayarme de nuevo.

—Soy reacio a contrariarla, señorita Tunstall, pero no creo que esté en condiciones de sentarse delante conmigo. Estaría tentado de rodearla con el brazo durante todo el viaje para asegurarme de que no vuelva a caerse. Es mejor que se quede aquí en la cama de la carreta.

—¿Y ser sacudida de un lado a otro de la carreta? De verdad, señor Aston. Me uniré a usted —intentó ponerse de pie, pero al instante palideció y se vio obligada a sentarse de nuevo.

A pesar de que le preocupaba que la señorita Tunstall pudiera haber sufrido graves daños, Harry se esforzó por resistir el impulso de sonreír ante su testaruda, aunque equivocada, determinación. Sin embargo, el impulso fue demasiado fuerte para él, teniendo en cuenta el vértigo de su corazón, el cual latía desbocado, y que su cabeza nadaba por una atracción que le resultaba tan agradable como ser alcanzado por un rayo. Las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa. *Yo también podría desmayarme.*

—Qué suerte que mi situación le proporcione cierta diversión —dijo la señorita Tunstall con una mirada inquisitiva.

Harry se serenó al instante.

—Le aseguro que su situación no me hace ninguna gracia. Bueno —añadió, concienzudamente—, sólo un poco, y es más bien conmigo mismo. Mi única preocupación es que usted se sienta cómoda. Y noté que estaba un poco pálida para sentarse en el banco a mi lado. No obstante, permítame ajustarle el abrigo para que esté más acolchado mientras esté sentada —así lo hizo, y añadió—. Me quitaría también el pañuelo del cuello, si pensara que podría proporcionarle suficiente acolchado para proteger su cabeza y compensar la falta de delicadeza del camino. Pero me temo que no será así, así que cabalgaremos despacio.

La señorita Tunstall se sentó de espaldas al asiento del conductor, con el abrigo de este detrás de ella para proporcionarle algo de apoyo. Cuando estuvo así colocada, se ajustó la falda para cubrirse los tobillos.

—Si hubiera llevado el atuendo de un caballero londinense, podríamos haber fabricado incluso una hamaca con la corbata. Ahora veo las desventajas de la vida en el campo, porque solo lleva un mísero pañuelo.

Harry todavía no se había movido de su lado, echó la cabeza hacia atrás y se rio. Cuando ella levantó sus ojos claros hacia los suyos y él vio el brillo de diversión que emanaban, supo que había llegado el final de sus días de soltería. Estaba acabado.



LA PUERTA se abrió de golpe cuando Anna llegó a la mansión Durstead, y pudo ver a Emily apresurándose tanto como su estado se lo permitía.

—Te estaba esperando, alarmada por la posibilidad de que hubiera ocurrido algo, y ahora…

¡vaya! Veo que había supuesto correctamente. Señor Aston, ¿qué ha pasado y cómo se ha visto involucrado?

A pesar de una sensación de mareo, Anna se sujetó firmemente al lateral de la carreta y se puso de pie. El señor Aston no le permitió llegar hasta la parte trasera de la carreta antes de saltar e insistir en ayudarla a apearse. No era desagradable recibir esta atención, y a ella le gustaba la sensación de fortaleza que transmitía. No se trataba de un dandi de pueblo con bucarán acolchado para simular músculos. Probablemente había estudiado en Oxford; hablaba bastante bien. Pero estaba claro que se dedicaba al comercio y no le asustaba trabajar. Anna le permitió que la ayudara a llegar al borde de la carreta. Antes de que pudiera pensar en cómo aterrizar en el suelo, él ya había saltado de nuevo, el hombre estaba en todas partes, y la había levantado por la cintura para ponerla en tierra firme.

—Buenos días, señora Leatham. Iba de camino a Haggle End y descubrí que su carruaje había sido retenido. El conductor no se veía por ninguna parte, y al parecer su acompañante también se había ido —dirigió una mirada inquisitiva a Anna, pues no le había dicho cuáles habían sido las condiciones de su viaje. Ella asintió—. La señorita Tunstall se había desmayado, a causa de un golpe en la cabeza, me temo.

La cogió del brazo mientras caminaban hacia la casa. Aparentemente, estaba decidido a verla dentro sana y salva, y aunque ella detestaba sentirse como una inválida en cualquier momento, encontró agradable su fuerte agarre y el vago olor a jabón que le acompañaba.

—Oh, querida —suspiró Emily—. Menudo susto te has llevado. ¿Se ha llevado algo el bandido?

—Bueno, a Beatrice. Sin embargo, no estoy segura de si debería compadecerme de Beatrice o del bandido. No estoy segura de que no estuvieran trabajando juntos.

Emily se limitó a fruncir el ceño en señal de comprensión mientras caminaba al lado de Anna.

—¿Tus joyas entonces?

—Él no las tenía…

—Oh, gracias al cielo —dijo Emily.

El señor Aston habló al mismo tiempo.

—No se me ocurrió preguntar. Qué suerte.

—No —corrigió Anna—. Porque alguien ya se las había llevado en el último establo. Por lo menos, eso es lo que debo suponer, porque yo las había guardado en la posada, pero el hombre no las encontró cuando revisó el baúl.

—Hay que poner fin a esto —exclamó el señor Aston—. Estas *visitas* por parte de los bandidos —su brazo se tensó con indignación mientras la ayudaba a subir los escalones de piedra y a entrar en la casa.

Anna negó con la cabeza.

—No había objetos verdaderamente preciosos entre las joyas, nada de gran valor sentimental o monetario, pero necesitaré conseguir más dinero. Tendré que escribir a Stratford.

—Me alegro de que estés aquí y de una sola pieza. ¿No me prometiste que tu hermano te proporcionaría una escolta además de Beatrice? —preguntó Emily.

Anna hizo una mueca de ironía.

—Me negué a aceptarlo.

Emily los condujo al salón, donde el señor Aston acomodó a Anna en el sofá. Su rostro mostraba una mezcla de preocupación y desaprobación.

—Su hermano debería haber insistido. No es apropiado que una dama viaje sola.

—Pero no estaba sola —dijo, enarcando una ceja—. Tenía a Beatrice. Y al conductor.

El señor Aston apretó los labios, y Emily sonrió y negó con la cabeza.

—Señor Aston, creo que lord Worthing no era rival para su hermana. Además de saber perfectamente lo testaruda que puede llegar a ser su hermana —le dirigió una mirada cariñosa a Anna—, está totalmente ocupado poniendo en orden su hacienda y preparando su boda, prevista para septiembre. Yo también tengo la culpa porque era consciente del peligro que había en estos caminos y debería haber escrito yo misma a lord Worthing para pedirle que contratara una escolta.

—No. Sólo consideraste oportuno dejarme con Beatrice —le dirigió a su amiga una mirada de sufrimiento.

—¡Santo cielo! —fue todo lo que Emily dijo.

—Debo dejarlas —el señor Aston se dirigió a ambas mujeres, pero su mirada se detuvo en Anna—. Me gustaría encargarme de recuperar su baúl y su carruaje. Y… quizás también necesite que le envíen un médico.

—No —dijo Anna, mientras Emily asentía con la cabeza.

—Entonces me iré. Haré que envíen sus baúles hoy, si es posible —hizo una reverencia y, con otra sonrisa, se marchó.

Emily se sentó al lado de Anna.

—Nunca he conocido a Beatrice, pero su prima, Florence, dijo que era de fiar. ¿Crees que estaba aliada con los ladrones?

Anna se encogió de hombros. Incluso ese pequeño movimiento hizo que le doliera la cabeza.

—Tendré que hablar con Florence —continuó Emily—. Tendrá que ser informada de la situación.

Después de meditar sobre los acontecimientos de la tarde, Emily se levantó finalmente y se dirigió a la campanilla.

—Pediré el té, pobrecita mía. Debes de tener un fuerte dolor de cabeza.

Después de servir el té, Emily se sentó en la silla junto al sofá y estudió a Anna en silencio. Anna finalmente había sucumbido a la comodidad de los cojines. La cabeza le daba vueltas.

Emily juntó las manos sobre su regazo.

—¿Qué te parece nuestro señor Aston? —preguntó al fin.

Desde luego, Anna no estaba dispuesta a compartir ningún pensamiento sobre lo que opinaba del señor Aston cuando, incluso en sus reflexiones privadas, sólo podía reunir la sensación de ser *consciente* del hombre. Parpadeó.

—¿No preguntarás por los detalles del robo? Sólo, ¿qué te parece nuestro señor Aston?

Emily se rio.

—Deseo saberlo todo, y estoy más agradecida de lo que te imaginas de que estés a *salvo* —cogió su mano—. Pero confieso que tu inesperado encuentro con el señor Aston despierta mi curiosidad porque antes de tu llegada había pensado presentártelo. Me preguntaba qué pensarías de él porque *pensé* que podría ser una persona interesante para ti.

—¿No es acaso granjero? ¿O comerciante? —preguntó, perpleja. Aunque esto le provocaba curiosidad, no le importaba tanto como su ubicación. No vivía en Londres, así que no había nada más que discutir. Sin embargo, su mente rebelde siguió su curso. Tal vez no le interesara un granjero, pero sí un comerciante… su padre era comerciante, y era un noble. Un granjero… bueno, podría apestar a cerdo al final del día, aunque el señor Aston no apestaba a cerdo. No apestaba en absoluto. Era…

Robusto. La palabra surgió de improviso.

—No es granjero, ni se dedica al comercio. Es un caballero —dijo Emily con una sonrisa maliciosa que no presagiaba nada bueno para Anna. Ella sabía qué clase de problemas podían significar las sonrisas de Emily.

—Qué afortunado —declaró, sin saber qué más decir. Luego, para llenar el silencio y tal vez para disimular su confusión, añadió—. No vestía como un caballero. Y conducía una carreta de lo más tosca.

—Oh, no —levantó la mirada con estudiada inocencia—. No le gusta colocarse por encima de los aldeanos.

—Ya veo —dijo. Como Emily no ofreció más información, añadió—. ¿Así que es terrateniente?

—No lo es —se levantó de repente y se dirigió al escritorio para coger una revista, pero Anna no se dejó engañar. Reconoció el temblor de la risa oculto en la voz de su amiga.

Anna miró al cielo.

—Estoy segura de que en algún momento me lo dirás, pero ya que tenemos muchas otras cosas que discutir, como ser asaltada a *punta de pistola*, ¿a qué se dedica el señor Aston, si es un caballero pero no un terrateniente?

Emily tomó asiento, con una mirada rebosante de diversión.

—El señor Aston es nuestro rector.

CAPÍTULO CUATRO



¡El rector! Anna habría mostrado más entusiasmo si hubiera sido un comerciante. O incluso un granjero. Sentía aversión por los hombres del clero, que solían ser piadosos y adustos. O eran hipócritas.

Se preguntó cuál de los dos sería el señor Aston.

Emily la estudiaba con expresión divertida, seguramente porque la conocía lo suficiente como para saber exactamente lo que estaba pensando.

—Me preguntaba cómo recibirías la noticia —dijo Emily—. Pero te diré esto. John le tiene en alta estima, y el señor Aston no se parece a ningún rector que yo haya conocido. Creo que descubrirás que es mucho mejor de lo que aparenta.

—El señor Aston no me importa.

—Por supuesto que no.

No se dejó engañar por la primorosa voz de Emily.



EL BAÚL de Anna le fue devuelto esa misma tarde, por un granjero al parecer, y no por el célebre rector del pueblo. En su lugar, tuvo el dudoso placer de ser examinada por el médico, quien se maravilló de su excelente constitución y pronosticó una rápida recuperación de dos meses. Le dejó varios medicamentos para cualquier eventualidad y le prescribió reposo absoluto durante dos semanas si no quería caer gravemente enferma. Anna hizo caso omiso de estas prescripciones, aunque tomó polvos para el dolor de cabeza en dos ocasiones y, en general, se movió a un ritmo más lento de lo habitual. Los mareos desaparecieron al cabo de tres días.

Sola en su encantador dormitorio con vistas al prado, Anna pensó en Beatrice y se preguntó qué habría sido de ella. Emily había interrogado a la prima de Beatrice, una sirvienta de la mansión Durstead, quien había sellado inadvertidamente el acuerdo de viaje de Anna al mencionar que su prima llegaría de Londres el mismo día, pero no pudo aportar ninguna información sobre la desaparición de Beatrice. Florence sólo tenía una expresión confusa y culpable, lo que a Anna no le pareció inusual tratándose de alguien de bajo rango. Aunque Beatrice había sido una compañera de viaje de lo más desagradable, no le deseaba ningún mal, y su última mirada a la joven no le había dejado muchas esperanzas.

Al fin y al cabo, no era propensa a preocuparse por asuntos que no podía cambiar y dedicó sus pensamientos a las tareas menos agradables que tenía ante sí. Se ocupó de que el carruaje alquilado regresara a la posada y envió una carta a su hermano Stratford para informarle de la rotura del eje y de la pérdida de su dinero. Se quedó pensativa y finalmente decidió no

preocuparle con el asunto del robo, pidiéndole sólo que le enviara más dinero. Él podía hacer lo que quisiera. ¿Por qué preocuparle tanto si, a decir verdad, el asunto había terminado sin ningún daño considerable?

La semana transcurrió entre tanto descanso forzado que Anna había insistido a Emily en que le permitiera moverse a su antojo. Su primera salida fuera de la mansión Durstead fue a la iglesia. Al no haber vuelto a ver al señor Aston en cinco días, no quiso admitir que sentía curiosidad alguna cuando se levantó el domingo por la mañana. Pero se vistió con un vestido de muselina blanca con ribetes azules, que sabía que le sentaba bien a su tez, y se reunió con Emily para desayunar.

—Echo de menos mis peines —dijo, acariciándose el cabello con cuidado sobre el punto sensible de su cabeza—. ¿Dijiste que alguien investigaría el robo?

—El señor Aston dijo que llamaría al señor Mayne para que lo investigara. Es nuestro terrateniente y el juez de paz del pueblo. Se encargará de que el asunto se investigue hasta el final.

Después de llenar su plato del aparador, Anna se unió a Emily en la mesa.

—Y ahora veremos a tu señor Aston en su ambiente —dijo mirando a Emily, quien estaba untando mantequilla en su segundo panecillo—. ¿Ese es para el bebé o para ti?

—Te dije que tendrías que salvarme de mí misma, pero eso tendrá que empezar mañana. Hoy estoy demasiado hambrienta —se metió un bocado en la boca.

—Ya lo veo, aunque por suerte para John, la única zona que está creciendo es tu vientre. No querrás que vuelva y te encuentre tan cambiada.

—John estará encantado de volver y encontrarme en cualquier estado siempre que produzca un heredero —puso mermelada en otro bocado, y este siguió al primero.

—Podría ser una niña —levantó las cejas.

—¿No sería encantador? Pero no le digas a John que espero una. Él tiene su corazón puesto en asegurar la finca en primer lugar.

—Debes tener un hijo, por supuesto, pero una hija os traerá mucha diversión a vuestras vidas —jugueteó con su cuchillo antes de coger el pan y untarlo con mantequilla—. Entonces… el señor Aston. ¿Sus sermones duran para siempre como los de cualquier párroco que se precie?

—Sus sermones son bastante buenos, en realidad. El único que se duerme es el señor Banbury, y tiene ochenta y seis años y puede perdonársele.

—Un predicador animado, entonces. ¿Va de aquí para allá para relevar a su coadjutor de sus obligaciones en cualquier otra parroquia a la que sirva? ¿O sólo va una vez al año para elegir a los miembros de la junta?

—El señor Aston no es pluralista. No tiene otra parroquia. Dice que prefiere tener una sola en la que pueda invertir en el pueblo en lugar de cobrar los diezmos de varias y dejarlas sin guía o en manos de algún pobre tonto tartamudo —se rio—. No, no dijo eso último. Pero antes de que el rector anterior se jubilara, había colocado aquí durante un año entero a un coadjutor que no podía decir dos palabras comprensibles. Y sus sermones duraban hasta pasado el mediodía. Avebury está muy contento de tener al señor Aston como rector, te lo aseguro.

Anna olfateó y vertió nata en la taza de café de porcelana azul, removiendo su fragante contenido con una diminuta cuchara de plata.

—Aun así, el señor Aston no me parece alguien que elegiría la iglesia.

—Entonces, ¿admites tener cierto interés por nuestro párroco? —exclamó su amiga con las cejas levantadas, una sonrisa encantada dibujándose en sus labios.

—Te equivocas. No tengo ningún interés en vuestro párroco. ¿Puedes imaginar una vida más

triste? Tienes que asistir todos los domingos y ser amable con todo el mundo, correr detrás de la gente para rogarles por tus ingresos. Gracias, pero no —le vino a la mente la imagen del señor Aston en cuclillas a su lado, con sus graciosos ojos castaños dorados fijos en ella, sus rizos rebeldes haciéndole desear estirar la mano y acomodarlos en su sitio—. No puedo imaginar por qué alguien elegiría esta vida.

—Porque todo el mundo debe tener un modo de ganarse la vida, por supuesto. Pero creo que el señor Aston lo eligió porque se preocupa por la iglesia, y tiene buenas intenciones para el pueblo y sus habitantes de los alrededores. Aunque intentes ocultarlo, veo que el señor Aston ha despertado tu interés, y no te equivocas al dirigir tu atención en esa dirección.

Entró el lacayo y Emily le hizo una señal. Anna no tuvo la oportunidad de decir la última palabra.

—Estaremos listas para partir en diez minutos. Que traigan el faetón abierto. Anna, debo ir a buscar mi reticule. Te veré en la entrada principal en diez minutos.

A solas, Anna permitió que sus pensamientos sobre el señor Aston volvieran a aparecer. Él se había ocupado de todo. La llevó sana y salva a casa de Emily, y luego se dispuso a recuperar su baúl y sus pertenencias del camino. Cielos. Debió de ver sus prendas esparcidas por todo el camino. Sintió que sus mejillas se ruborizaban, una reacción extraña para ella, y se puso de pie de repente. Apretó la mandíbula y se dirigió a la puerta. *No empezaré a ser tan recatada a los diecinueve años*, pensó. *Vaya. ¿Y si vio algo de ropa interior? Seguro que tiene hermanas o algo así.*

Llevaron el carruaje a la parte delantera y Anna subió al asiento junto a Emily. Su amiga condujo, diciendo que lo haría hasta que se viera obligada a llevar un bebé en su lugar, y el mozo de cuadra montó detrás. El césped aún olía a hierba recién cortada por el trabajo de los jardineros el día anterior, y el sol del verano calentaba sus brazos y piernas a través de la fina tela. Inspiró.

—Esto es precioso, Emily. Aunque yo nunca podría establecerme aquí, entiendo por qué te gusta.

—Gracias por venir a quedarte conmigo —sujetó las riendas con la mano izquierda y apretó la mano de Anna con la derecha—. Te necesitaba ahora que John está lejos. Y aunque me alegrará que mi madre se quede conmigo para el parto en septiembre, estás ayudando a que este verano sea soportable. Sólo tendré dos semanas para lidiar sola. Hoy conocerás a todas las personas importantes. La familia del terrateniente es encantadora: el señor y la señora Mayne, quienes tienen una hija de siete años, Amabel, y George, quien asistirá al King's College el año que viene. Son personas muy amables. Está la familia Rigby, a quienes te presentaré. Son probablemente la mejor familia después de lord y lady Allinthridge y la nuestra. De las hijas de los Rigby, la única que me importa es Hester. Su hermana menor, Marianne, es considerada una belleza y está dispuesta a formar un matrimonio brillante en su debut la próxima primavera, pero es una ligona. Hester es dulce.

—¿Estuvo Hester en Londres esta última temporada?

—Sí, estos dos años pasados, pero no aceptó ninguna propuesta. No sé por qué no, aparte del hecho de que es de naturaleza retraída. Por supuesto, John no quería que yo estuviera en Londres toda la temporada, así que Hester y yo no estuvimos mucho en compañía la una de la otra. Creo que está enamorada de nuestro párroco —con una sonrisa maliciosa.

—Vaya, si es retraída, será una candidata ideal para esposa de un párroco —replicó con voz brillante—. El señor Aston tiene suerte de no tener que buscar muy lejos —abrió su sombrilla para protegerse el rostro del sol.

—Oh, no —respondió Emily con voz sospechosamente inocente—. No creo que el señor

Aston le corresponda —no se dijo nada más sobre el tema mientras conducían el faetón más allá de los postes de enganche y hacia los establos.

Tras entregar el carruaje en manos del mozo, Emily y Anna se unieron a la multitud que se congregaba ante las puertas cerradas de la iglesia. A Anna le sorprendió el ruido y la actividad que había delante.

—¿No van a entrar? Nunca había visto tanto alboroto antes de un servicio dominical.

—No has escuchado predicar al señor Aston —Emily rio suavemente—. Creo que por alguna casualidad las puertas siguen cerradas. Vamos, debemos presentar nuestros respetos a lord y lady Allinthridge. Son los encargados de la parroquia.

Emily se detuvo frente a una atractiva pareja mayor y esperó a que terminaran de saludar a un vecino.

—Buenos días, lord Allinthridge, lady Allinthridge. Permítanme presentarles a mi querida amiga, la señorita Anna Tunstall. Se aloja conmigo este mes.

La belleza de lady Allinthridge la había acompañado hasta la madurez, y su esbelto físico revelaba una fortaleza que desacreditaba cualquier idea de que fuera mimada. El rostro cuadrado de su marido, sobre un cuerpo ancho, le daba un aspecto intimidante, pero era evidente que sentía devoción por su esposa y se volvía hacia ella siempre que hablaba.

—La señora Leatham nos dijo que usted llegaría. Hemos planeado una cena para dentro de dos semanas y esperamos que nos acompañe.

—Es usted muy amable —respondió Anna—. Emily me ha hablado de ello, y estaría encantada de asistir.

El estruendo de la multitud se hizo más fuerte cuando el señor Aston entró en los terrenos de la iglesia en un hermoso carruaje con un par de caballos a juego. Entregó las riendas a un mozo de cuadra y bajó de un salto, sin que el movimiento se viera restringido por una túnica clerical con aberturas cosidas a los lados que dejaban ver unos pantalones de color canela debajo.

—Buenos días —gritó, sin inmutarse por las reverencias de los niños y jóvenes—. Sé que perdonaréis mi tardanza si os digo que la cerda del señor Barnsworth ha aparecido en mi puerta y se ha aficionado a mis arbustos de hortensias.

La multitud se echó a reír, y la señora Barnsworth, una mujer desmejorada con un pulcro vestido de muselina, se acercó diciendo:

—Oh, cielos, párroco, seguramente el señor Barnsworth le dijo que se la enviaría como diezmo.

El señor Aston le cogió ambas manos, con una mirada cargada de buen humor.

—No recibí la noticia, pero estoy muy agradecido por su regalo, de cualquier modo. Podría, quizás, sugerirle una dieta diferente a las hortensias, pero… ¿dónde está el señor Barnsworth hoy?

—Está enfermo de gota, señor Aston, y lamenta no poder escuchar la lectura de la misa esta mañana —respondió ella con seriedad.

—Dígale que hace bien en quedarse en casa mientras se sienta tan mal. Y le visitaré sin falta mañana.

Se volvió hacia uno de los jóvenes.

—George, por favor sé tan amable de abrir esas puertas. Aquí están las llaves.

El señor Aston se acercó para estrechar las manos de los muchachos que estaban en fila para saludarle, y luego se volvió hacia lord Allinthridge y su esposa.

—Un rector que llega tarde no hace honor a su cargo —dijo con una sonrisa encantadora.

Lord Allinthridge no pudo mantener su semblante severo bajo una mirada tan franca y alegre.

—Bueno, bueno, nunca antes había ocurrido, y puede pasarse por alto. Debo decir cuánto me alegra verle conducir un vehículo adecuado por una vez.

El señor Aston soltó una carcajada.

—¿Debo decir que la rueda de mi carreta se rompió antes de salir del establo? No tuve más remedio que coger el carruaje.

A lord Allinthridge se le escapó una sonrisa.

—Así que no fue sólo la cerda. Yo no tuve nada que ver con su carreta rota, pero tal vez la providencia sí. Esos caballos suyos necesitan mucho ejercicio —el severo terrateniente le guiñó un ojo y se volvió para coger a su mujer del brazo y conducirla al interior de la iglesia.

El señor Aston se giró ligeramente hasta que vio a Anna, y sus ojos se abrieron de par en par. Aquella sonrisa que parecía no abandonar nunca sus ojos iba acompañada de dos profundos hoyuelos a ambos lados de la boca.

—Señorita Tunstall —hizo una reverencia y levantó la cabeza, sus ojos buscando los de ella —. Confío en que esté… —se detuvo en seco, dándose cuenta de que, tal vez, ella no deseaba que su desventura fuera de conocimiento general—, bien descansada después de su viaje.

Él esperó a que ella respondiera, pero por primera vez en su vida, Anna se quedó muda por el peso de su personalidad. Sólo pudo asentir. Él le sostuvo la mirada unos segundos más, ensanchando su sonrisa, antes de volverse hacia su amiga.

—Buenos días, señora Leatham —habló de repente e hizo una reverencia, como si acabara de recordar que debía haberla saludado primero. Sin volver a mirar a Anna, atravesó las puertas de la iglesia.

Anna se sintió vagamente decepcionada, como si él se hubiera llevado el sol consigo al entrar por las puertas de la iglesia. Siguió su estela y se alegró de tener el brazo de Emily entre los suyos. Ahora empezaría el oficio y el señor Aston se convertiría en otra persona. Sería el párroco, una voz extraña, religiosa y monótona, que no correspondía en absoluto con la robusta persona con cuyo rostro se encontró después de su desmayo. Perdida en una contemplación que no le resultaba del todo agradable, siguió a Emily por el pasillo.

Antes de entrar en el banco, Anna se detuvo en seco.

—Emily, no me digas que este es tu banco. Está tan atrás.

Emily asintió.

—Lo está, en cierto sentido. Ven, siéntate. Es que el señor Aston… ¿cómo puedo explicar esto? Aunque tenemos todo el derecho a comprar nuestros asientos en la parte delantera como han hecho nuestros padres y abuelos, él nos anima a los que podemos a ceder los asientos delanteros a los más enfermos de la congregación, sin importar su posición social. Es más fácil para ellos escuchar el mensaje, y es más cálido en invierno. Es bastante poco ortodoxo, y verás que no todos han optado por seguir el ejemplo del rector —señaló con la cabeza a los Allinthridge y a otra familia que avanzaba por el pasillo.

—Esa familia son los Rigby. Ya te hablé de ellos. Se preocupan por su posición en el pueblo, excepto Hester —susurró—. Sin embargo, John apreció el sentimiento del señor Aston y ha decidido que nos sentemos aquí atrás.

Anna miró a su alrededor, sintiendo que tenía mucho que reflexionar sobre este rector poco ortodoxo, además de su brillante sonrisa. La iglesia estaba llena y, de hecho, los más pobres de la congregación se mezclaban hasta cierto punto con los más ricos. Girándose completamente, vio que incluso la parte de atrás estaba llena de los más pobres. Susurró:

—Los del fondo no han sido invitados a pasar.

Emily siguió su mirada y se volvió hacia el frente antes de responder en voz baja.

—Antes de que viniera el señor Aston, esa zona trasera estaba vacía. Piensa que es importante proteger a la congregación del riesgo de enfermedades, y los que viven en la extrema pobreza no se sientan con el resto de la congregación. Pero les sirve algo de comer después, sabiendo que puede que no tengan casi nada que comer en toda la semana —se detuvo en seco con una sonrisa temblorosa y parpadeó varias veces—. Te fastidio con él, pero todos estamos orgullosos de nuestro rector.

Anna la miró con asombro. Sabía que su amiga tenía sentimientos profundos, de lo contrario no habrían llegado a ser tan cercanas, pero no estaba acostumbrada a verla mostrar tanta emoción. Habían congeniado cotilleando mientras tomaban el té y flirteando durante la temporada londinense. Incluso en su boda, Emily reía y bromeaba mientras su prometido la miraba con afecto y diversión. Los sentimientos más profundos habían quedado ocultos.

Emily se dio cuenta de la confusión de Anna y le dijo:

—Sí, soy una auténtica fuente desde que estoy embarazada. Observa. No hay forma de evitarlo, creo.

El servicio comenzó con cantos. Como no había órgano, el señor Aston se puso de pie, levantó las manos y comenzó el himno con voz clara. Anna se levantó con la congregación. Cantó mecánicamente, observando a los que la rodeaban mientras lo hacía. Conocía la letra, pero nunca se había encontrado en medio de tanto entusiasmo en una iglesia. Después del himno, el señor Aston dirigió la liturgia, e incluso en esto consiguió infundir más significado a las palabras que ella había murmurado desde niña. Su voz sonó por encima de las demás.

—Como era en el principio, es ahora y será siempre: mundo sin fin. Amén.

El señor Aston llevó a cabo todo el servicio sin la ayuda de un coadjutor. Justo cuando Anna pensó que perdería la voz por agotamiento, pronunció un breve sermón sobre el relato de Elías en el Monte Carmelo.

—Hermanos, si confiáis en vuestras propias fuerzas, en vuestra riqueza, en vuestra posición en la sociedad, ¿no os estáis apoyando en ídolos? ¿Y qué poder tienen esos ídolos para ayudaros?

Con una expresión grave en el rostro, les condujo al versículo en el que Elías se burlaba de los profetas de Baal del rey.

—Gritad en voz alta, porque Baal es un dios —leyó en voz alta, siguiendo con el dedo la enorme Biblia encuadernada en cuero que descansaba sobre el púlpito—. O está hablando, o está buscando, o está de viaje, o tal vez… —levantó la vista de su lectura, y la expresión grave de su rostro se hizo humorística gracias a unos ojos risueños—. Tal vez duerme y hay que despertarlo.

Anna se sobresaltó al oír un sonido que nunca antes había escuchado en una iglesia: risas. Miró a su alrededor. Casi todos estaban despiertos y sonrientes. Se volvió hacia el frente, con los ojos puestos en el hombre que había animado a aquella aburrida multitud.

La procesión de despedida llevó al señor Aston a la parte trasera de la iglesia y, aunque había una fila para saludarle, nadie parecía tener prisa por salir. Pequeños grupos de personas se reunieron en el pasillo y se dieron la mano, compartiendo noticias.

—Anna, permíteme presentarte a la señora Rigby y a su hija, la señorita Hester Rigby —Emily señaló a Anna con un movimiento de cabeza—. Ella es la señorita Tunstall —Anna se volvió para saludarlas, examinando a Hester con sumo cuidado para ver si podría ser la esposa del señor Aston. La cara de la señorita Rigby era alargada, aunque su expresión era agradable. *No es lo bastante atractiva para él*, decidió Anna. Aunque el señor Aston era un clérigo, seguía siendo un hombre después de todo y debía fijarse en esas cosas. Una pena por la señorita Rigby.

—¿Cómo está usted?

La señora Rigby no dio tiempo a su hija a responder.

—Bienvenida a Avebury. No somos un pueblo grande, pero tenemos hasta veinte parejas jóvenes para los bailes campestres y más cuando combinamos las fiestas con Beckhampton. Esperamos que se una a nosotros para nuestra reunión este viernes —sus palabras fueron agradables, pero hubo en ellas una ligera condescendencia que no le agradó.

—Estaría encantada —respondió Anna con una sonrisa tensa—. Dondequiera que vaya Emily, la seguiré, por supuesto.

Marianne Rigby había estado flirteando con George Mayne, el hijo del terrateniente que había abierto las puertas de la iglesia, pero se unió a ellos cuando la fila avanzaba hacia el frente.

—Oh, Emily —gritó con voz animada—. ¿Ella es la amiga de la que me hablaste? Encantada de conocerla. Emily ya le habrá dicho que soy Marianne Rigby y sé que usted es Anna Tunstall. Estaré en Londres dos meses en septiembre visitando a unos amigos, así que quizá nos encontremos allí también.

Marianne parecía no darse cuenta de que aún estaban en la iglesia, ya que no modulaba la voz, pero tenía una vivacidad que Anna no podía reprocharle. Se preguntó por qué Emily había dicho que prefería a Hester.

—Con mucho gusto —le respondió. Luego, en un intento de hacer hablar a Hester Rigby y medir su valía, se dirigió a la hermana mayor.

—Señorita Rigby, ¿estará usted también en Londres este otoño?

La respuesta de la señorita Rigby no tuvo nada de tímida.

—Sí, yo también estaré en Londres, aunque mis visitas a Londres son más una prueba para mí que para mi hermana.

Anna tuvo que admitir que no le había hecho justicia a la mujer cuando la señorita Rigby habló de un modo tan abierto y natural. Se inclinó hacia Anna.

—¿Tuvo un viaje agradable a Avebury?

La pregunta fue inesperada, y Anna se encontró sin una respuesta preparada. No quería que se conocieran los detalles del ataque a su carruaje. La línea se había movido, sin embargo, y se salvó de tener que responder, porque ahora estaba de pie frente al señor Aston y mirándolo directamente. No se había dado cuenta antes de que eran de la misma estatura, pero él no parecía bajo. Su fuerte complexión le confería un poder que le hacía parecer más alto de lo que era.

—Señorita Tunstall, espero que haya disfrutado del servicio. Tenemos varios eventos parroquiales a lo largo de la semana, y usted es bienvenida a unirse a cualquiera de ellos —a Anna se le hizo un nudo en la garganta al pensar en una serie de eventos parroquiales como entretenimiento. Su expresión debió de parecerse a la de un animal atrapado, porque los ojos del señor Aston centellearon de alegría. ¿La estaba provocando? Ella no podía responder porque él la mantenía cautiva con una enigmática sonrisa.

Finalmente, pareció apiadarse de ella y dijo:

—También hay varias reuniones sociales que se celebran cada semana, y estoy seguro de que la encontraré en alguna de ellas. Quizás en la fiesta de los Rigby el viernes.

Anna asintió en silencio. Sintiéndose todavía inquieta y vagamente avergonzada, se marchó.

CAPÍTULO CINCO



Cuando Harry saludó al último de sus feligreses, vio que la señora Leatham se alejaba con su invitada. La señorita Tunstall se inclinó hacia su amiga, juntando las capotas, antes de separarse riendo. No había habido tiempo para informarla de las medidas tomadas tras su ataque en la carretera, y el servicio del domingo por la mañana no era el lugar para hacerlo. Haría una visita a la mansión Durstead antes de la cena de los Rigby y sólo le quedaba decidir qué día era mejor. Tal vez iría el martes por la mañana para no parecer demasiado ansioso.

Pero estaba ansioso.

—Aston. ¿No te alegras de vernos?

Harry se giró, sorprendido de escuchar una voz tan familiar, pero sus oídos no lo habían engañado.

Era, en efecto, Julian Cranfield. ¿Y acaso estaba sir Lewis Faure con él? Ah, ahora tenía sentido. Harry recordó que sir Lewis tenía un pabellón de caza en algún lugar de Wiltshire.

—Rusticando, ¿verdad, Jules? —Harry levantó las cejas mientras los miraba.

Julian Cranfield era un dandi en espera de heredar un patrimonio de no poca importancia de un tío sin hijos. Le gustaba vestirse como correspondía a alguien de semejante importancia, llevando los chalecos de los colores más elaborados y exhibiendo todo tipo de anillos, relojes de bolsillo, y monóculos que se pudieran tener, por lo general todos a la vez. Y como, lo que Jules consideraba una estudiada ofensa, su tío estaba resultando ser más fuerte de lo esperado y se aferraba tenazmente a la vida, Julian se encontraba a menudo en una situación confusa antes de poder cobrar su modesta paga trimestral.

Sabiéndolo, Harry añadió:

—Veo que has conseguido ganarte la simpatía de Lewis —miró a ambos mientras asentía de manera juguetona—. Es algo bueno, también. Es probable que estés demasiado agotado incluso para mendigar un viaje en carruaje.

—Te equivocas, Harry —respondió Julian con una mirada herida—. Aunque los derechos de propiedad no estén afinados, dos meses en el campo serán justo lo que necesito para establecerme, y los acreedores no pueden encontrarme aquí —sus siguientes palabras provocaron una sonrisa irónica en el rostro de Harry—. Tengo más sentido común del que me atribuyes.

—Y yo, menos, por lo visto —dijo sir Lewis, encogiéndose de hombros con buen humor—. A mí siempre me engañan. Pero tenía razón en que te encontraríamos aquí.

—¿Dónde si no un domingo por la mañana? —dijo Harry.

—¿Quiénes eran esas dos magníficas criaturas que acaban de marcharse? No esperaba encontrar aquí a nadie más que a un puñado de mujeres desaliñadas —la mirada de Julian siguió el carruaje que desaparecía de la vista—. Una me resultó familiar, pero sólo vi su perfil.

—Nadie que pueda interesarte —dijo Harry con demasiada rapidez—. La *señora* Leatham está entreteniendo a su amiga.

—¿Cómo se llama? —preguntó Julian, todavía entrecerrando los ojos y siguiendo al carruaje en la distancia.

Harry frunció el ceño.

—No es probable que la conozcas. Es la señorita Anna Tunstall.

Julian silbó.

—¿Conocerla? ¡Por supuesto! Es la hermana del nuevo conde de Worthing, ya sabes, Stratford Tunstall, que heredó de su tío. La señorita Anna Tunstall es la gemela más divertida, que habla siempre en círculos y nunca puedes estar seguro de si se está riendo de ti —añadió con un poco de ingenuidad—. Sólo me sorprende que haya permitido que la separen de su hermana.

Harry dio un respingo.

—¿Una gemela?

—Idénticas. Hay *dos* de esas bellezas, pero la mayor, la señorita Phoebe Tunstall, es la más agradable de las dos. Han asistido a dos temporadas, y ninguna ha sido conquistada.

—Demasiado exigentes —es lo que dice la alta sociedad, creo —añadió sir Lewis, examinándose las uñas. Harry sabía que Lewis no daba mucha importancia a lo que decía la sociedad.

La señorita Marianne había alejado a su hermana de sus padres y la había acercado a la órbita de los amigos de Harry. Ella dejó caer su abanico. Ni Julian ni sir Lewis parecieron darse cuenta, aunque Harry pensó que la estratagema iba dirigida a ellos. Cediendo, Harry se acercó para recuperarlo.

—Señorita Marianne —la llamó desde detrás de ella—. Creo que se le ha caído esto.

Ella se volvió y puso una mano sobre su corazón en un gesto practicado, sus párpados revoloteando en la dirección de sus amigos.

—Vaya, señor Aston, gracias. No había prestado atención —su hermana mayor lanzaba miradas furtivas en dirección a Harry y aún no había establecido un contacto visual completo desde la primera vez que se vieron. La señorita Rigby parecía menos pretenciosa que su hermana, pero apenas pronunciaba dos palabras en su presencia. Era una mujer inexplicablemente tímida.

—¿Tiene amigos de visita, señor Aston? —preguntó la señorita Marianne, de forma bastante obvia—. Espero que sepan que serán bienvenidos a nuestra fiesta del viernes por la noche. Puedo hacer que le traigan dos invitaciones más.

Julian evaluó a la señorita Marianne, quien era bastante atractiva.

—Aston, creo que has sido negligente en tus presentaciones. Algo que debería remediarse de inmediato.

Harry obedeció.

—Señorita Rigby, señorita Marianne Rigby, permítanme presentaros a mis amigos, el señor Julian Cranfield y sir Lewis Faure, quien tiene un pabellón de caza en… —dirigió una mirada interrogativa al caballero más tranquilo, que contestó inmediatamente.

—En Beckhampton.

—En Beckhampton —repitió Harry y luego se volvió sorprendido—. No sabía que estuvieras tan cerca.

—No he vuelto desde Navidad, y tú no adquiriste este modo de vida hasta enero —respondió sir Lewis—. Pensaba escribirte, pero me pareció algo tedioso cuando tarde o temprano te enterarías.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Harry.

—Pues entonces, Lewis, eres mi parroquiano —le dio una palmada en la espalda.

Lewis le dirigió una mirada divertida y Julian añadió su granito de arena.

—Harry quiere hablarte del diezmo.

—Nada de eso —dijo Harry—. Quiero hablarte de tu alma.

Se rio al ver la expresión alarmada de Julian.

—No temas, Jules. Estás a salvo. Sé cuándo una cosa va más allá de la capacidad humana.

El labio inferior de la señorita Marianne empezó a asomarse mientras las bromas continuaban sin ella.

—Hablaré con mi madre. Seguro que tiene invitaciones extra para el viernes por la noche.

—Sus sirvientes, señorita Marianne —Julian se inclinó de manera ostentosa, a lo que la señorita Marianne respondió con una tímida sonrisa. Ella hizo una reverencia y Julian la vio alejarse.

Harry murmuró:

—Intentad portaros bien aquí. No necesito lobos en mi rebaño.

—Vaya, Harry —protestó Julian.

La señorita Rigby se había detenido ante ellos.

—Sir Lewis, creo que tenemos que agradecerle que reconstruyera el granero de los Callman después del incendio —habló con una seguridad que dejaba claro que ya conocía la respuesta.

Sir Lewis parecía avergonzado por la atención, pero estuvo a la altura de las circunstancias.

—Sí, señorita Rigby, me informaron de la necesidad y la solución fue bastante sencilla.

—Se lo agradezco —respondió la señorita Rigby—. Esta familia me preocupa especialmente —hizo una cordial reverencia y se marchó. Harry la observó con perplejidad. *Es más de lo que me ha hablado en todos los meses que hace que la conozco.*

HARRY ESPERÓ hasta las once de la mañana del martes, aunque se había levantado al amanecer. No sabía si la señorita Tunstall se levantaba tarde, pero sospechaba que podría ser así y no quería pillarla desprevenida para recibir visitas. Enganchó el par de alazanes a su carruaje con un remordimiento de conciencia por el hecho de que la carreta, ahora perfectamente reparada, solía ser lo bastante buena para sus feligreses. *Estoy intentando impresionarla*. Frunció el ceño. *Esto no está bien. Ella debería aceptarme como el hombre sencillo que soy*. Sin embargo, entró en la residencia de los Leatham en el carruaje.

Sólo la señora Leatham estaba sentada en el salón. En respuesta al saludo de Harry y a su mirada inquisitiva alrededor de la habitación, dijo:

—Anna ha salido a pasear, ya que hace una mañana tan agradable. Me parecía que hacía un poco de calor como para acompañarla en mi estado, pero estoy segura de que estará encantada de pasear con usted si le apetece buscarla. No se habrá alejado mucho del jardín y es probable que la encuentre en el sendero que cruza el prado.

Harry se quedó unos minutos más para preguntar por la salud de la señora Leatham y si había recibido noticias del capitán Leatham, antes de aceptar su sugerencia. Tendría que haberse quedado más tiempo; la señora Leatham tenía aspecto compungido. Se preguntó si sería la incomodidad de su estado o si simplemente echaba de menos a su marido y se sentía mal en aquel momento. Tal vez era mejor que no se entrometiera en sus asuntos privados. Sin embargo, lo hecho, hecho estaba, y aceleró el paso, impaciente ante la idea de ver a la señorita Tunstall.

Aparte de uno de los jardineros, no había nadie más en el jardín, y no se veía a nadie en el sendero que cruzaba el prado. Seguramente no habría vagado por el bosque después de lo que le había ocurrido, aunque, supuso, la zona boscosa tan cercana a la mansión no representaba ninguna amenaza y ella debía de saberlo. Harry se dirigió hacia allí y, a medida que se acercaba, se fijó en el perro pastor que estaba en la base de un árbol en el linde del bosque, con la mirada fija en algo que había entre las ramas.

Cielos, algo no, alguien. ¿Se había asustado o herido la señorita Tunstall? Harry aceleró el paso y emitió un agudo silbido. El perro, reconociendo la llamada de un amo, abandonó a su presa y corrió hacia Harry, que se inclinó para gritar un severo «¡No!» antes de ceder y acariciar la cabeza del perro para mostrarle que estaba perdonado. Cuando se acercó al árbol, la expresión exasperada de la señorita Tunstall desde su posición le hizo soltar una carcajada, que dejó escapar al ver que estaba ilesa.

—Parece que va a ser para siempre mi caballero andante —estaba sentada con el brazo alrededor del tronco y los tobillos cruzados debajo de ella. Harry mantuvo los ojos fijos en su rostro.

—Un papel que asumo con gusto —respondió—. ¿Ha sufrido algún daño?

—Sólo en mi orgullo. Para humillarme aún más, tendré que pedirle que me ayude a bajar. Tal como están las cosas, ya me he rasgado el vestido.

Estaba sentada en una rama baja y gruesa y debía de haber trepado utilizando los salientes del árbol, probablemente muy asustada. Harry extendió los brazos. Tras vacilar, ella pisó la rama que había justo debajo y desde allí se dejó caer en sus brazos. Él la cogió justo por encima de la cintura y, sin intención de sobrepasarse, soportó el impacto de su peso mientras la atraía hacia sí. Permaneció allí un momento, aturdido, con el cuerpo de ella contra el suyo, antes de recobrar el sentido y apartarse. Le pareció verla sonrojarse, y tal vez no fue el único que se sintió afectado.

Desesperado por volver a dirigirse a ella de un modo más apropiado, Harry se llevó las manos a la espalda y se volvió hacia la casa.

—¿Iba a volver?

—No iba, pero después del ignominioso final de mi paseo, creo que será mejor que lo haga —se sacudió la falda y se colocó a su lado—. ¿De quién era ese perro? ¿Lo sabe?

—Creo que era del señor Harmon. Es un perro pastor demasiado celoso y probablemente pensó que usted era una oveja descarriada.

—Señor Aston, eso que dice es muy poco halagador —su tono severo fue desmentido por sus labios temblorosos. El perro había estado examinando un bulto de dudosa sustancia, y ahora vino corriendo hacia ellos, meneando la cola. Ella se acercó a Harry.

—¿La ponen nerviosa los perros? —le preguntó, cogiéndole la mano y deslizándosela por el brazo.

—En absoluto. Sólo empezamos con mal pie —se detuvo cuando el perro se acercó y, quitándose el guante, bajó la mano para saludarlo.

Harry esperó, preparado para intervenir, pero sabía que el perro no pretendía hacerle daño. Cuando el can perdió el interés, se echó a correr, y continuaron caminando por el sendero en silencio. Podía preguntarle a la señorita Tunstall qué le había parecido el servicio del domingo, pero parecería que estaba buscando cumplidos. O podría parecer que estaba demasiado interesado en la orientación religiosa de su mente, cosa que, admitía, le interesaba, aunque no fuera precisamente asunto suyo. Ninguna de las dos cosas era oportuna.

—¿Está totalmente recuperada del incidente de su llegada? —le preguntó con una mirada de reojo. Su perfil era perfecto en su opinión, con una nariz que dibujaba un fruncido en su labio

superior que suplicaba ser besado. Giró la cara hacia delante. No sería bueno pensar en eso.

—¿Lo sabe alguien en el pueblo? —preguntó, levantando la mirada hacia la de él. Sus pestañas eran largas y oscuras para alguien con el cabello tan rubio. Le hipnotizaba la forma en que aquellas pestañas se abrían y cerraban sobre sus ojos hechizantes. Por un momento, a causa de los latidos de su corazón, olvidó que le había hecho una pregunta y se sintió desconcertado cuando tuvo que responder. Sólo más tarde se dio cuenta de que ella había evitado su pregunta. Tal vez no le gustaba hablar de sí misma.

—Aparte de mí, nadie excepto Eli Smith, una criada que me ayudó a recoger sus pertenencias y a volver a empaquetar su baúl, y otros dos hombres que llevaron el carruaje y los caballos de alquiler al establo más cercano. Son discretos, se lo aseguro.

Sintió la necesidad de mencionar la ayuda de una de sus criadas, deseando evitarle la vergüenza de pensar que había rebuscado entre sus cosas. Era cierto, había visto algunos objetos que las mujeres mantenían ocultos y, como no tenía hermanas, le intrigaba el misterio de los mismos.

—Me siento aliviada. Le dijo a Emily que se investigaría el asunto. ¿Cree que tengo alguna esperanza de que me devuelvan mis cosas?

—He recibido una respuesta a mi consulta. El señor Mayne, nuestro juez de paz, me ha informado de que los corredores de Bow Street están investigando un asunto similar en un pueblo cercano. Creo que vendrán aquí después de eso. Los bandidos asaltaron a un conde el mes pasado y han eludido a la patrulla a caballo hasta tal punto que consideraron que el asunto se resolvería mejor con una investigación adecuada, y por eso llamaron a los corredores —el brazo de la señorita Tunstall se tensó a su lado—. Si lo desea, puedo estar presente cuando hablen con usted.

La señorita Tunstall asintió.

—Se lo agradecería mucho. Estoy acostumbrada a considerarme bastante versada, pero este viaje me ha demostrado que vivo una vida protegida. Empiezo a reconocer lo inocente que soy.

—No —Harry recordó la forma en que ella luchaba por incorporarse después de recibir un golpe en la cabeza y la forma en que bromeaba a pesar de sentirse enferma—. Tiene el coraje más increíble que he visto en una joven.

—¿Tiene hermanas? —él negó con la cabeza y ella sonrió—. Creo que es por eso. Somos un sexo testarudo, señor Aston. No debe conocer a muchas jóvenes, sobre todo si ha sido párroco durante mucho tiempo.

—Ah —enarcó una ceja—. Pero verá, no siempre fui párroco.

CAPÍTULO SEIS



Anna se volvió sorprendida hacia el señor Aston.

—Detecto un pasado misterioso. Qué sorprendente. ¿Lo saben sus feligreses?

El señor Aston se rio y, con un movimiento ágil, la guio alrededor de una piedra del sendero. Anna estaba acostumbrada a los practicados movimientos de galantería de los miembros de la alta sociedad, pero el suyo parecía más bien un instinto de protección. Sintió que algo la recorría y un anhelo inidentificable le dio un vuelco al corazón. La sensación era de lo más desagradable. Prefería que su corazón estuviera intacto.

—Mis feligreses saben muy poco de mi vida pasada, y yo lo prefiero así —cuando se volvió hacia él asombrada, añadió—. No, no, no es lo que usted piensa. No tengo nada de qué avergonzarme. Sólo deseo ser juzgado por mis propios méritos como rector y como hombre.

Ella no estaba convencida, y él debió de notarlo, porque volvió a reír, y sus dos hoyuelos le dieron un aspecto juvenil a su bello rostro.

—Me dediqué a la medicina durante dos años, convencido de que sería lo mío, para total decepción de mis padres, debo añadir. Empecé a cambiar de opinión a los veintitrés años, y fue entonces cuando me hice diácono y asistí a un sacerdote en una parroquia londinense antes de ordenarme sacerdote un año más tarde.

—¿Y sus padres encuentran más agradable su vida en la iglesia? —dijo, preguntándose qué le había empujado a hacer el cambio.

—No precisamente. Creo que preferirían que me dedicara a la agricultura.

—Bueno, es una vocación digna si uno tiene la suerte de conseguir una pequeña finca que produzca suficientes ingresos —Anna tomó el camino de regreso a la mansión, extrañamente reacia a poner fin a su conversación con el señor Aston. Él le soltó el brazo para permitirle caminar delante de él a medida que el camino se estrechaba.

—Le pido perdón por sonar demasiado piadoso, señorita Tunstall, pero todas las vocaciones son dignas —habló con gran seriedad, y le recordó que, a pesar de su carácter despreocupado y su capacidad para encontrar el humor en la mayoría de las situaciones, se tomaba muy en serio su propia vocación. No estaba acostumbrada a algo así—. Seguí al doctor y aprendí muchas cosas que me son útiles en mi papel de sacerdote. A veces el médico no puede atender a sus pacientes porque se encuentra en un pueblo vecino. Entonces puedo intervenir en los servicios más pequeños, sobre todo para los más pobres del rebaño.

—¿Y atiende el médico a los pobres con la misma disposición que a los que pueden mostrar más fácilmente su gratitud? —pensó en lo atento que había sido el médico y en lo alegremente que había recetado un gran número de medicinas… *lo mejor para rellenar su cuenta*, pensó.

—Afortunadamente, para la armonía de nuestra relación, así es —se volvió hacia ella—. Y

usted demuestra la sinceridad de su corazón al preguntar algo así.

Anna abrió los ojos de par en par.

—No me conceda tan nobles atributos. Le aseguro que no está en lo cierto.

El señor Aston levantó las manos, reconociendo la culpa.

—Nada de eso —le aseguró—. Veo que está usted bastante ensimismada.

Antes de que ella pudiera percibir la mueca de sus labios, volvió a cogerla por el codo para llevarla por una pequeña pasarela que cruzaba el arroyo y conducía a la mansión.

Anna se vio obligada a reír.

—Quizá algo intermedio entre las dos cosas. Ni altruista ni egoísta.

—Y tal vez yo también esté entre el altruismo y el egoísmo. Ciertamente se me ha acusado de ambas cosas, pues considero que, por mucho que convenga honrar a los padres de uno, no he sido capaz de cumplir sus deseos en cuanto a mi ocupación. Sin embargo, diré esto en defensa de mi ocupación pasada y presente: tanto un médico como un párroco trabajan con el mismo objetivo: curar. Yo sólo elegí dedicar mi vida a la curación que es más duradera. Pronto llegaron a la puerta principal.

—Mmm —dijo Anna, no muy satisfecha. Esto era realmente piadoso, pero era incapaz de reírse de él. El señor Aston no era alguien a quien ella pudiera permitir que se abriera paso en su corazón. De eso estaba plenamente convencida. Pero cuando él cogió su mano entre las suyas y se inclinó sobre ella, el gesto volvió a despertar algo en ella. Lo encontraba atractivo, a pesar de que su mente se empeñaba en decirle que no. Era una suerte que no fuera a quedarse más de unas semanas en Avebury. El señor Aston la hacía sentir demasiado incómoda para su propio bien.

—Le deseo un buen día entonces —Anna le tendió la mano.

—Buen día —respondió, inclinándose sobre su mano y dándose la vuelta para irse como si hubiera estado esperando sólo a que le soltara. Se dirigió hacia los establos, donde un mozo de cuadra sacaba a sus caballos.

Esto la desconcertó. Aunque Anna había dado por terminada la conversación, la abrupta disposición del señor Aston a marcharse le hizo pensar que tal vez se había equivocado al percibir un interés por su parte.

Mucho mejor, pensó. Pero le dio vueltas a la conversación, dándole más importancia de la que le hubiera gustado admitir.

Cuando Anna entró en la casa, sintió enseguida un cambio en el ambiente. La casa estaba tan silenciosa como una tumba. Llevaba aquí exactamente una semana, y las habitaciones siempre habían estado inundadas de luz y aire fresco, y los criados iban y venían de un lado para otro. Antes de salir de paseo, había notado que Emily no parecía ser ella misma. Ahora estaba decidida a buscarla y averiguar la causa.

Encontró a Emily en el salón con las cortinas cerradas.

—Querida —le dijo, acercándose para correr las cortinas y dejar que el sol entrara en la habitación— ¿Qué te ha sumido en semejante melancolía? —tomó asiento frente a ella.

El rostro de Emily palideció al encontrarse con la mirada de Anna.

—Tengo una extraña premonición, Anna —su voz apenas fue casi un susurro. Por lo general, a Anna no le preocupaban las premoniciones y los caprichos que la gente creía tener, pero el rostro pálido y el tono sombrío de Emily le produjeron cierto temor. Tal vez su miedo se debiera a que su amiga siempre había sido tan despreocupada como ella, y el cambio en su conducta le resultaba inquietante. Tal vez era simplemente el peligro que Anna sentía que se cernía sobre su propio corazón, donde ceder sería inconcebible, pero no pudo deshacerse del presentimiento tan fácilmente como hubiera deseado.

—Tonterías —respondió en tono firme—. Nada de eso. ¿Qué premonición crees haber tenido?

Emily hurgó en los flecos de la manta que había colocado sobre sus piernas.

—Algo le ha ocurrido a John.

—Eso no puedes saberlo —sacudió ligeramente el brazo de Emily y la obligó a mirarla—. Tienes que pensar en tu hija y debes fijar tus pensamientos en algo más positivo. Las premoniciones son sólo presentimientos; no son pruebas —vio un destello de asimilación en los ojos de Emily, como si sus palabras hubieran dado en el clavo. Insistió—. ¿Por qué no haces sonar la campanilla para tomar el té y luego quedas con la cocinera para hablar de la cena, como haces siempre? Debes levantarte y *hacer* algo si no quieres caer en una crisis de depresión. Hablando de eso… —no podía creer que estuviera a punto de sugerir tal cosa cuando sabía que significaría entretener a familias del pueblo que no tenían ningún interés por ella—, ¿por qué no organizamos nuestra propia fiesta? O tal vez podríamos planear un almuerzo al aire libre en algún lugar cercano que visitar. ¿Está muy lejos Stonehenge?

Como esperaba, Emily pareció reanimarse ante la idea.

—No había pensado en dar una fiesta tan cerca de mi parto, pero un picnic es muy buena idea. Creo que aún podré arreglármelas si se hace pronto —dijo, dejando atrás la expresión apagada de sus ojos. Anna observó la mejoría con satisfacción.

—Me parece muy bien —dijo Emily tras discutir las posibilidades de menú para su picnic. Se levantó con una ligera dificultad a causa de su creciente barriga—. Tienes razón, Anna. Me desharé de esos ridículos sentimientos, porque eso es todo lo que son. Déjame llamar a la cocinera para que me traiga pan y fruta, porque se acercan las dos y estoy hambrienta.



LOS CORREDORES de Bow Street llegaron finalmente el viernes, día en que se celebraría la velada de los Rigby, una fiesta que Harry había esperado con impaciencia porque allí vería a la señorita Tunstall. Estaba escardando las verduras del pequeño huerto junto a Tom Wardle cuando vio a los dos hombres, mal vestidos, entrar en su propiedad. Tom debió de saber de inmediato quiénes eran porque pegó un salto, nervioso, una reacción instintiva ante los hombres con autoridad, pensó Harry. Extendió la mano para tranquilizar a Tom antes de acercarse a saludarlos.

—Caballeros —dijo con voz cordial—. Creo que sé por qué están aquí. ¿Por qué no hablamos de nuestros asuntos en el interior? Y como habrán tenido un viaje caluroso, me atrevo a decir, pediré que nos traigan unos refrigerios.

El fornido caballero respondió.

—Una buena bebida me sentará bien. Jimmy tomará el té.

A Harry no le molestó demasiado su falta de deferencia; tenía sus razones para querer seguir siendo cortés. Entró en su casa con los dos hombres detrás.

—Tenemos dos visitantes, señora Foucher, y necesitaremos un poco de su cerveza casera y una tetera.

La joven cocinera se marchó para cumplir con la orden, y Harry los condujo a la biblioteca.

—¿Desean sentarse? —se dirigió a sus invitados—. Hemos estado esperando su llegada. Debo preguntarles, ¿cómo han sabido que tenían que venir aquí cuando fue el señor Mayne quien envió la carta?

El más corpulento parecía ser el portavoz de la pareja.

—Me llamo Walt Meade, y él es Jimmy Howe. Esos rufianes matones dispararon a otros tres

carruajes en una semana, y hemos estado hasta arriba de trabajo, como usted entenderá. Estábamos en casa de la señora Leatham y nos dijo que debíamos ver al párroco, ya que fue usted quien encontró a la señorita Tunstall.

Harry sintió cierta decepción por no haber estado allí para ayudar a la señorita Tunstall en su entrevista. Rápidamente tomó la decisión de buscarla antes de esta noche para ver cómo le iba.

—¿Qué es lo que desean saber? ¿En qué puedo ayudar?

El señor Meade aceptó el vaso que le tendió la criada y bebió un largo trago antes de limpiarse la boca con la manga.

—Hay un gran número de robos en King's Road, en esta zona, y tenemos razones para creer que el ladrón es alguien que conoce estos lugares. Nos preguntábamos si *usted* tiene alguna idea —le dirigió una mirada penetrante a Harry y se tocó la nariz con el dedo—. Tal vez los parroquianos se abran con su párroco. Quizá usted sepa quién es el culpable.

—Mis queridos señores —dijo Harry levantando una ceja—. Difícilmente pueden esperar que pisotee la confianza de mis feligreses y revele pecados que fueron confesados en privado.

Meade no pareció avergonzado por la reprimenda.

—Bueno, *esperábamos* que lo hiciera…

Harry negó con la cabeza.

—Yo nunca lo haría —después de pensarlo un momento, añadió—. Sin embargo, podría tranquilizarlos en ese sentido. Nadie me ha confesado nunca nada de esa naturaleza. Así que, si se trata de alguien de la zona, y me costaría creerlo, conociendo a mis propios feligreses, no me lo ha confiado a mí.

—¿Había alguien en los alrededores cuando usted… podría decir, tropezó con el carruaje?

Las palabras de Meade provocaron sorpresa en Harry, luego cierta culpabilidad, porque conocía la tentación de disimular. Quería proteger a sus feligreses, no entregarlos a agentes de la ley que parecían haber abandonado el comercio oscuro.

Respondió con desgana.

—Eli Smith estuvo allí antes que yo. No creo que tuviera nada que ver con el robo —sólo era un poco consciente de que había olvidado mencionar a Tom, con quien se había cruzado justo antes. Pero Tom no estaba *técnicamente* en la escena del robo.

El señor Howe garabateó el nombre en su cuaderno y Harry preguntó:

—¿Qué dijo la señorita Tunstall cuando la presionó para que le diera detalles? —era un intento de distracción, pero Harry no pudo resistir el deseo de pronunciar su nombre, como si al decirlo fuera a acercarse a ella.

—El terrateniente le comunicó nuestras preguntas, y la señorita Tunstall le dio una descripción del caballero que teníamos delante.

El señor Meade compartió una mirada con su socio.

—Dijo que los rostros de los hombres estaban ocultos por los pañuelos y que había un tercer caballero que no estaba con los otros. Llamó a uno de ellos «Ambrose» antes de que la sedaran, por así decirlo. El caballero que la rodeó con el brazo no olía muy bien, dijo, pero *no sé* qué vamos a hacer con *esa* información.

Harry casi podía imaginársela diciéndolo y, a pesar de su preocupación, tuvo que contener una sonrisa.

—¿Un tercer caballero, dice? ¿Cree que es el que le dio el golpe?

Los hombres asintieron, pero no dijeron nada más. Harry se vio obligado a preguntar:

—Entonces, ¿tienen alguna pista, caballeros? ¿Alguna idea de lo que le pasó a la criada que se llevaron? ¿Las joyas de la señorita Tunstall?

Jimmy Howe, un hombre pequeño y pulcro, cerró la carpeta que había estado utilizando para tomar notas y pronunció sus primeras palabras.

—No podemos decir que lo sabemos. Encontramos al conductor cuando se disponía a subir a un carruaje de regreso a Londres. Dio una mejor descripción del bandido, pero huyó antes de ver al segundo caballero abordar a la señorita Tunstall y no sabía nada del tercero.

El señor Howe se guardó la cartera en el abrigo, y Harry se preguntó si no sería el señor Howe el portavoz, ya que era claramente el más educado de los dos.

El señor Howe pareció leer la mente de Harry porque le dedicó una breve sonrisa antes de inclinarse hacia delante en su silla.

—Prefiero que hable el señor Meade hasta que yo tenga tiempo de evaluar a la gente y descubrir lo que revelan sus ademanes y su irreflexiva forma de hablar.

—Y como nos alojamos en Calne —añadió el señor Meade con una ceja arqueada—, tenemos muchas oportunidades de observar.

Harry percibió desconfianza a través de sus miradas disimuladas y de todo lo que no revelaban; si no desconfianza en él, al menos en la inocencia de sus feligreses. En cuanto a eso, no tenía nada que añadir ni, al parecer, nada nuevo que saber.

Se puso de pie.

—Ya saben dónde encontrarme si necesitan más ayuda —hizo una pausa—. Bueno, cualquier cosa que no entre en conflicto con mi compromiso con el clero.

El señor Meade y el señor Howe se levantaron también y siguieron a Harry a la puerta, donde se despidieron. Harry se apoyó en la puerta abierta, observando cómo desataban sus caballos. Así que había tres hombres en total. Dos que atacaron inicialmente a la señorita Tunstall y uno que vino después y que parecía ser el que le había causado daño. Qué extraño que no mencionara el número de personas al describir el incidente y que uno de ellos llegara tarde. Por otra parte, tenía que admitirlo, había estado demasiado fuera de sí a causa de la fuerza de la atracción como para pedirle más detalles.

Se frotó la cara entre las manos. Necesitaba pensar con claridad. ¿Quién era Ambrose? ¿Se había equivocado al suponer que Eli Smith era inocente? Frustrado, se volvió para coger su sombrero y sus guantes y se dispuso a visitar la mansión Durstead.

Cuando estaba a punto de cruzar los establos, se topó con Tom Wardle y extendió la mano para detenerlo.

—Los corredores creen que alguien de la zona colaboró en el asalto. Había un tercer hombre que no estaba con los dos primeros. ¿Qué opinas de eso?

—Bueno, señor —no encontró la mirada de Harry, pero eso no era inusual.

Desde que Tom había aparecido en su vida, nunca había sido capaz de deshacerse de la conciencia o la culpa de su pasado.

—Creo que nuestro pueblo es tan honesto como cualquier otro.

—Estoy de acuerdo contigo. Y se lo dije a los corredores. Pero no creo que les haya satisfecho, y sospecho que se quedarán en la zona. Puede que incluso deseen hablar contigo.

Harry se volvió hacia el camino, ansioso por llegar a la mansión antes de que fuera demasiado tarde. Seguramente Emily y Anna empezarían a vestirse pronto para la fiesta, donde esperaba volver a verlas.

—¿Conmigo, señor? —ante el tono nervioso de Tom, Harry se volvió.

—Bueno, contigo en el sentido de que trabajas para mí, y fui yo quien descubrió el incidente. De hecho, conoces la zona y a la gente, y no estabas lejos del lugar de los hechos. ¿Quizá viste algo cuando visitaste Haggle End? —dijo esto último en forma de pregunta, pero Tom ya estaba

negando con la cabeza.

—No, señor. No vi nada.

Harry se detuvo, deseando que Tom confesara si había algo que confesar. Ya había predicado bastante sobre el perdón, el hombre no debía asustarse. Su escrutinio pareció provocar la respuesta de Tom, porque este raspó su bota en la tierra y se encontró con la mirada de Harry.

—Sólo temo que esos hombres causen problemas por aquí. Justo cuando las cosas empiezan a cambiar.

Harry podía comprenderlo. *Ese* mismo problema lo preocupaba a él también, especialmente cuando la asistencia a la iglesia nunca había sido tan alta. No necesitaban que ningún bandido de caminos se estableciera cerca y tentara a los miembros más débiles del rebaño a una vida de crimen.

Se despidió de Tom, pensando en cómo podría exhortarles a resistirse al mal y hacer el bien en su próximo sermón. Continuó a pie hasta llegar a la mansión Durstead. Cuando se detuvo ante la aldaba, vaciló, preguntándose si estaría invadiendo la intimidad de las mujeres, ya que podría preguntarles fácilmente por la visita de los corredores en la velada. Se consoló pensando que seguramente no querrían hablar de algo tan privado en público.

El mayordomo lo admitió de inmediato y, en cuanto entró en la habitación, sus ojos buscaron a la señorita Tunstall. La señora Leatham se puso de pie y salió a su encuentro.

—¿Ha escuchado la noticia de que los corredores de Bow Street hicieron su visita aquí, tal vez? El señor Mayne los trajo y se quedó para que la señorita Tunstall no tuviera que ser interrogada directamente.

—Me dijeron que me los envió después de su visita. Me hubiera gustado estar aquí para ayudarlas a las dos, aunque me alegro de que el terrateniente se quedara —volvió a mirar a la señorita Tunstall—. Tenía la esperanza de que al cabo de una semana sus joyas, al menos, fueran encontradas. Pero, al parecer, ha habido una racha de robos que ha retrasado su visita hasta ahora.

La señora Leatham había vuelto a tomar asiento, animando a Harry a tomar el que estaba más cerca de la señorita Tunstall. Fue ella quien retomó el hilo de la conversación.

—No me preocupan tanto mis joyas. Cogí sólo lo que me era imprescindible para este viaje, pues hay que ser realista.

—Eso es sabio. No me gustaría que se angustiara por la pérdida de algo de gran valor.

—No —La señorita Tunstall juntó las manos en su regazo—. El valor no era tan grande, aunque me gustaría que me las devolvieran, por supuesto. Sólo deseo que atrapen a los ladrones para evitar que otros sufran un destino desagradable.

—Los corredores seguirán investigando hasta que consigan una pista prometedora, de eso no me cabe la menor duda —Harry se frotó la barbilla—. Creen que alguien de la zona les ayudó, cosa que me cuesta creer.

—Imposible —dijo la señora Leatham.

—Eso mismo les dije —respondió Harry, dándole la razón a la señora Leatham y ofreciéndole una sonrisa de aprobación. Ella había llegado a Avebury sólo tres meses antes que él, pero su marido se había criado aquí, y rápidamente había hecho suya su casa y su gente.

Harry transfirió su mirada a la señorita Tunstall, y se preguntó si ella podría hacer lo mismo algún día. ¿Podría dejar Londres por una vida tranquila en Avebury? No estaba seguro. Un silencio se apoderó de la habitación, y los pensamientos de Harry derivaron hacia cómo podría tentar a la encantadora señorita Tunstall para prolongar su estancia.

—Señor Aston —dijo la señora Leatham—. ¿Va a asistir a la velada de esta noche?

Él volvió en sí.

—Sí, no me lo perdería. ¿Y ustedes? ¿Irán? —sabía que sonaba ansioso a su pesar.

—Tenemos pensado ir, señor Aston —la señora Leatham le sonrió con aire de picardía—. Puede que incluso lleguemos a tiempo si nos dejan vestirnos.

La mirada de Harry se dirigió al reloj de ormolu de la repisa de la chimenea.

—Santo cielo —se puso en pie de un salto—. No me había dado cuenta —vio que los ojos de la señorita Tunstall centelleaban con diversión—. Sólo vine a informarle de la visita de los hombres a la rectoría, pero me iré enseguida, porque veo que es mucho más tarde de lo que había pensado.

Las dos mujeres se pusieron de pie, siendo demasiado educadas para decir algo que aumentara su incomodidad, pero Harry padeció de igual modo. Habían pasado muchos años desde que había sido un muchacho tímido. Sin embargo, cuando salió de la mansión Durstead, así era exactamente como se sentía.

CAPÍTULO SIETE



—Bien —Emily pronunció la palabra con gran énfasis, y Anna ignoró el significado de la mirada que la acompañaba y se dirigió hacia la puerta.

Sin inmutarse, Emily caminó junto a ella.

—Qué amable ha sido el señor Aston al asegurarse de que los corredores de Bow Street no nos molestaran demasiado. Podría haber preguntado por nuestro pensar en la fiesta de esta noche.

Anna se encogió de hombros.

—Estoy segura de que el señor Aston es demasiado considerado para sacar un tema tan delicado en público. Seguro que se basa en su formación como pastor para cuidarnos como es debido.

¿*Por qué* había venido el señor Aston? ¿Era sólo para verla, como Emily parecía pensar, o era porque temía disgustarla hablando de ello en público? Y añadió:

—No es que haya sido capaz de proporcionarnos ninguna ayuda real o información útil. Sólo dijo que seguirían investigando, cosa que ya sabíamos. El señor Mayne tiene el asunto bien controlado. No es que el señor Aston tenga conexiones con alguna persona importante que pueda ocuparse de que el caso sea debidamente atendido.

Anna giró el picaporte de la puerta y salió al pasillo.

—Entonces podría sernos de verdadera utilidad.

—Anna —reprendió suavemente mientras se dirigían a sus habitaciones para vestirse—. Has puesto tus expectativas demasiado altas.

Anna se negó a hacer ningún esfuerzo particular en su apariencia para el pastor local, y no tardó mucho en vestirse. Mientras el mozo de cuadra traía los caballos, examinó más de cerca a Emily, cuyo vestido de noche se ceñía a su cuerpo y revelaba una cintura cada vez más prominente.

—Querida, ¿estás segura de la fecha del parto? Parece como si fueras a dar a luz en cualquier momento.

—El doctor ha dicho que es para septiembre, así que debe ser así. En cualquier caso, no puedo permitir que John se pierda el nacimiento de su hija.

Anna sonrió.

—No, desde luego que no. Aunque esté convencido de que es un varón. ¿Cuándo piensa volver? Espero que sea antes de tu parto. ¿Crees que nuestras visitas se cruzarán?

—Es posible. En el caso de que mi parto se produzca antes de que lleguen mi madre o John, pediré que *tú* me atiendas en la sala de partos. Puedes cogerme de la mano —añadió con una risa pícara—. Eres tan fácil de leer, querida. No temas. Sé que tal cosa sería impropia, además de estar totalmente fuera de lo que podrías soportar. Mi madre llegará una semana después de tu

partida, por si el bebé decide adelantarse. Y John tenía esperanzas de estar aquí en septiembre, y creo que así será. En cualquier caso —continuó alegremente, dejando atrás su sombrío presagio anterior—, espero recibir noticias suyas en cualquier momento de que su barco ha atracado en Portsmouth. Seguramente entonces enviará noticias más precisas de su regreso, si es que no se presenta en persona mientras tanto.

Anna siguió a Emily al carruaje y tomó asiento frente a ella.

—Entonces solo tenemos que pensar en divertirnos. Que sea una noche de jolgorio y diversión. ¿Sabes quién asistirá?

—Oh, quieres decir, ¿quién asistirá aparte del señor Aston? —sus labios se curvaron.

—No pienso en el señor Aston en absoluto ¿Por qué habría de hacerlo? Debes saber que soy demasiado indolente y adicta a la sociedad como para contemplar un matrimonio así.

—Y, sin embargo, no creo que su cortejo sea en vano —su voz adquirió un tono ligeramente cantarín.

Anna resopló.

—Nunca te había visto ser tan inmune a la razón, pero persiste en falsas esperanzas si lo deseas.



LA CASA de los Rigby era más grande de lo que Anna había esperado para una residencia rural ajena a las grandes fincas. Era una verdadera estructura cuadrada, construida con piedras grises perfectamente talladas. A ambos lados de la puerta principal había cuatro ventanas dobles y un segundo piso igual. Al entrar, Anna y Emily fueron dirigidas al salón de baile, a su izquierda, donde una fila de recepción se extendía hasta el vestíbulo.

Anna se inclinó para susurrarle a Emily.

—Ya veo por qué los Rigby tienen aires de grandeza. Es una casa muy bonita —Emily sólo tuvo tiempo de lanzarle una mirada antes de que se plantaran ante sus anfitriones.

—Señora Leatham, señorita Tunstall —la señora Rigby hizo una regia inclinación de cabeza —. Creo que conocéis a sir Lewis Faure y al señor Cranfield, quienes vienen de visita desde Londres —hizo un gesto en dirección a los dos caballeros que se encontraban en el interior del salón de baile, y Anna se sobresaltó al escuchar los nombres, que tan a menudo sonaban en las conversaciones de la sociedad londinense.

—Sí, nuestros caminos se cruzan con frecuencia en Londres. ¿Qué hacen aquí? —Anna no tuvo mucho tiempo para reflexionarlo, pues en cuanto el señor Cranfield la vio, le dio un codazo a sir Lewis, quien se había detenido a conversar con la señorita Rigby.

La señorita Marianne llamó a Anna desde su lugar en la fila de espera.

—Señorita Tunstall, si tiene algún problema para encontrar pareja, sólo tiene que dirigirse a mí —lanzó una rápida mirada al señor Cranfield y a sir Lewis—. Estaré encantada de ver que no se queda fuera de ninguno de los bailes, ya que conozco a todos los presentes.

Anna comenzó a pensar que ya estaba empezando a comprender mejor la actitud de la señorita Marianne.

—Es usted muy amable —la sonrisa que le dedicó a la señorita Rigby le salió con más facilidad, sobre todo cuando creyó detectar una expresión de exasperación en su rostro.

Emily y Anna entraron en el salón de baile, donde se reunieron con los dos caballeros londinenses.

El señor Cranfield hizo una amplia reverencia, y su aroma floral invadió a Anna.

—Señorita Tunstall, imagine mi sorpresa al encontrarla aquí en Avebury. No habría pensado que le importaría estar tan lejos de Londres… o imaginaba que estaría muy ocupada ayudando a Worthing en los preparativos del matrimonio —golpeó el suelo con su bastón y dejó que su mirada recorriera la asamblea—. No hay nada más que hacer que seguir adelante ahora que el cotilleo ha dejado de girar en torno a la señorita Daventry.

Anna apretó los labios.

El señor Cranfield se había referido a su futura cuñada, cuya reputación había sido injustamente difamada por toda la sociedad londinense hasta que Anna había intervenido. Ella sabía mejor que nadie por qué el cotilleo había dejado de generar insultos hacia Eleanor, y no pudo resistir la satisfacción de preguntar por el destino de sus dos principales instigadoras.

—¿Y ha visto a la señorita Price? ¿O a la señorita Broadmore? Fueron muy inflexibles en sus afirmaciones —Anna sonrió dulcemente.

A pesar de la mirada de advertencia de sir Lewis, el señor Cranfield continuó alegremente.

—Es curioso, ahora que lo menciona. Ambas se retiraron de la sociedad con bastante precipitación. La familia de la señorita Price decidió irse de visita a su finca de Cardiff sin planes inmediatos de regresar. Y la señorita Broadmore contrajo matrimonio repentinamente —tiró distraídamente de las puntas de su camisa, con una expresión de desconcierto en el rostro—. Siempre había sido muy exigente con los candidatos al matrimonio. No sé por qué la señorita se conformó con el señor Ponsonberry.

—¿El señor Ponsonberry? Desde luego —*cómo han caído los poderosos*, pensó con satisfacción. Este era precisamente el tipo de noticias que echaba de menos desde que dejó Londres. El señor Ponsonberry era una criatura tímida y maleable, le doblaba la edad a Judith Broadmore y no era probable que llegara a causar sensación en la alta sociedad. Tampoco era de extrañar que Harriet Price se hubiera visto obligada a huir cuando salió a la luz su propio interludio con John Fortescue, uno de los granujas de la alta sociedad. El intento coordinado de Harriet y Judith de destruir la reputación de Eleanor Daventry, la mujer con la que su hermano había decidido casarse, no tuvo éxito una vez que Anna decidió defender la causa de Eleanor. Habían bastado unas pocas palabras acertadas en los oídos adecuados.

Fue un contraataque de lo más eficaz. Tal como sabía que sería, pensó. *Yo fui hecha para liderar la sociedad.*

—¿Quién es el señor Ponsonberry? —la pregunta del señor Aston, formulada alegremente, con una mirada franca que la clavó en su sitio, devolvió a Anna al presente, a una sociedad alejada de la viciosa telaraña londinense. Aunque sólo le había visto un par de horas antes, se le aceleró el pulso cuando se giró para encontrarle aquí.

Aun así, negó con la cabeza y contestó:

—Nadie importante —ofreciéndole una breve sonrisa para disipar el escozor de sus palabras. Era impensable que tuviera una consideración especial con el señor Aston cuando sus pretendientes londinenses estaban en Avebury. Volviéndose hacia el señor Cranfield y sir Lewis, preguntó—. ¿Qué les ha traído a este pueblo? ¿Cómo lo han encontrado?

—Podría preguntarle lo mismo —respondió el señor Cranfield—. Lewis tiene un pabellón de caza en el condado, y yo he venido en busca de alguna diversión —su mirada se posó primero en la señorita Marianne y luego en Anna. Sonrió insípidamente—. Nunca sospeché que me divertiría tanto.

La señorita Marianne, aún en la fila de espera, lanzaba miradas celosas hacia su grupo. Anna suspiró para sus adentros. *El señor Cranfield heredará un buen patrimonio algún día, pero no tiene ni dos ideas en la cabeza. Puedes quedártelo.*

El señor Aston se adelantó y ocupó el pequeño espacio entre el señor Cranfield y Anna hasta que esta se vio obligada a fijarse en él. Con una voz más fuerte de lo que ella le había escuchado hasta entonces, se dirigió al señor Cranfield.

—¿Conoce usted a la señora Leatham?

Anna se preguntaba si los celos estaban detrás de aquel tono firme cuando su pregunta penetró en sus sentidos. *¡Emily!* Con un sobresalto de culpabilidad, recordó a su amiga, quien había permanecido pacientemente a su lado y que seguramente necesitaba un lugar donde sentarse y algo de beber.

—Ah, claro —intervino Anna, ansiosa por enmendar su lapsus—. Permítanme presentarles a la señora Leatham, con quien me alojo. Antes era la señorita Emily Randall, hija del secretario del primer ministro, y ahora está casada con John Leatham, capitán de una fragata en el Mediterráneo —dirigió una sonrisa radiante a los dos caballeros londinenses.

—Encantado de conocerla —dijo el señor Cranfield.

La señorita Rigby, que se había separado de la fila de bienvenida que ahora recibía a los rezagados, tocó ligeramente a sir Lewis en el brazo. Su murmullo apenas fue audible.

—El capitán Leatham también estaba interesado en nuestro proyecto de abrir una escuela en Haggle End. ¿Había hablado de ello con él?

Sir Lewis negó con la cabeza y se inclinó para responder a la señorita Rigby.

Los ojos de Anna se entrecerraron ante aquella conversación. *Si la señorita Rigby no tiene cuidado, podría asustar a su pretendiente. No creo que el señor Aston sea de los que comparten el afecto de su prometida.*

Incluso mientras se entregaba a este ataque de pensamientos mezquinos, tuvo que reconocer en privado que no sólo no creía ni por un minuto que la señorita Rigby estuviera flirteando con sir Lewis, o que el señor Aston tuviera ojos para la señorita Rigby, sino que hubo un sentimiento en su corazón, un sentimiento de conciencia, que le hizo preguntarse si el señor Aston tenía ojos para *ella*.

Aparentemente no estaba pensando en Anna en absoluto, ya que el señor Aston realizó el favor en el que ella debería haber pensado primero.

—Señora Leatham, ¿puedo acompañarla a una de las sillas del rincón más alejado? Creo que allí sentirá un poco el aire fresco, y le traeré un vaso de limonada.

—Se lo agradecería mucho —Emily apoyó la mano en el brazo del señor Aston y sonrió a Anna de una manera tan amable que no hizo sino aumentar el sentimiento de culpabilidad de Anna. Se volvieron hacia el otro extremo de la sala, y Anna se obligó a volverse hacia los dos invitados londinenses.

—¿Se van a quedar todo el verano? —preguntó a los hombres—. ¿Cuándo vuelven a Londres?

—Estaremos aquí hasta octubre, supongo, cuando puede que haya algo que hacer en Londres, ¿eh, Lewis? —el señor Cranfield dio un codazo a su amigo, quien simplemente asintió.

—Espero que tengamos el placer de vernos a menudo —dijo sir Lewis.

—El verano en Avebury se presenta más prometedor que el del año pasado —dijo la señorita Rigby—. Ya hay planeadas muchas fiestas, y dado el número de invitaciones que se han enviado desde su llegada, creo que tenemos que agradecérselo a usted.

Anna sonrió ante el humor discreto de la señorita Rigby, que pensó que sólo sir Lewis había percibido.

Su mirada se desvió hacia el señor Aston, quien conversaba con lord Allinthridge. A pesar de que no era más que un párroco rural, se las había arreglado para eclipsar al caballero londinense

con su abrigo negro a cuadros y un corbatón blanco anudado elegantemente bajo su cuadrada mandíbula. Se obligó a volver a la conversación que tenía entre manos.

—Será un placer, estoy segura.

La señorita Marianne había terminado de flirtear con uno de los rezagados y no perdió tiempo en unirse a su círculo.

—Señorita Tunstall, veo que ha conocido a nuestros invitados. Señor Cranfield, el baile comenzará después de que se sirvan los bocadillos. Espero que esté dispuesto a bailar con todas las damas elegibles. Y usted también, sir Lewis.

El señor Cranfield había descubierto los cristales reflectantes que se habían empotrado en la puerta y se estaba examinando en ellos. Sir Lewis felicitó a la señorita Marianne por los músicos, preguntando si eran el grupo del que había escuchado que se podía contratar en Calne.

La atención de Anna se desvió de nuevo al escudriñar los rostros de la sala, posándose finalmente en el señor Aston, quien estaba apoyado en un arco de piedra. Su mirada estaba fija en ella. Lo inesperado del gesto la hizo tomar conciencia y apartó rápidamente la mirada.

A su derecha, Emily estaba sentada, conversando con lady Allinthridge. Anna miró de nuevo al señor Aston sólo para ver que su atención no había cambiado. Cuando sus miradas se encontraron, él se apartó de la pared y se enderezó. Ella tuvo una extraña sensación cuando él la miró fijamente de aquella manera. Estaba decidida a no acercarse.

Sin embargo, por voluntad propia, sus pies empezaron a cruzar la habitación. *Su presencia no me disuadirá*, se convenció. *Sólo deseo hablar con Emily y lady Allinthridge. No haré ningún intento especial por hablar con él*.

Sintió los ojos del señor Aston clavados en ella durante todo el trayecto por el salón de baile hasta que llegó junto a Emily. Sin decir palabra, le dio la espalda mientras tomaba asiento junto a su amiga, esperando a que terminara su conversación. Todo el tiempo sintió el peso de la mirada del señor Aston.

Por fin, Emily hizo una pausa en su conversación y la miró con preocupación.

—Pareces nerviosa, querida. ¿Pasa algo?

El señor Aston se había acercado a Anna, por lo que no pudo expresar qué era lo que la alteraba más de lo habitual, aunque no habría dicho nada acerca de él, aunque no hubiera nadie en la habitación más que ella y Emily. *Qué ridícula estoy siendo*.

—No, no, me encuentro perfectamente bien —respondió—. ¿No te ha sorprendido ver a sir Lewis y al señor Cranfield aquí?

—Sabía que sir Lewis tenía propiedades aquí porque visitó a mi marido el otoño pasado. No había visto al señor Cranfield antes de esta noche, pero por supuesto que sabía de él. Es el invitado de sir Lewis, ¿no es así, señor Aston?

Él dio un paso hacia adelante.

—Lo es, en efecto. Son amigos míos de Harrow y Oxford, y nos reencontramos en Londres.

¿Son amigos del señor Aston? pensó Anna con sorpresa. No se había dado cuenta de que los caballeros se conocían de antes de esta noche… o de que la posición del señor Aston era tal que le permitía afirmar tal cosa.

Él miró a Anna con interés.

—¿Qué tan bien los *conoce*?

Anna ignoró la pregunta; la respuesta no era muy interesante. Los conocía como conocía a todos los caballeros de la alta sociedad, a un nivel puramente superficial, aunque, por supuesto, eso podía cambiar en el momento en que decidiera que valía la pena seguir conociendo a alguien. Que podía ser cualquiera… excepto el señor Aston. En lugar de eso, dijo:

—Si los conoce de Londres, me sorprende que nuestros caminos no se cruzaran allí.

—Me temo que no estuve en Londres al mismo tiempo que usted —sonrió de esa manera tan encantadora—. Y cuando estuve, no frecuenté mucho a la sociedad. Estaba llevando a cabo mi aprendizaje en aquel entonces.

Emily y lady Allinthridge habían cesado su conversación y a Anna empezó a dolerle el cuello de tanto mirar hacia el señor Aston. Aun así, prosiguió con una conversación que le resultó interesante.

—¿Lo echa de menos? ¿No moverse en sociedad? Hay muchas diversiones que encontrar allí —bajó la mirada y observó a su alrededor—. Y este es un lugar tan apartado.

El señor Aston esperó a que Anna le devolviera la mirada, atrayéndola hacia él como si fueran las únicas dos personas en la habitación. Emily se había dado la vuelta y ahora se inclinaba para preguntar algo a lady Allinthridge, dándoles algo de privacidad al señor Aston y a Anna.

—No, soy feliz aquí —dijo de pronto—. Señorita Tunstall, ¿quiere dar una vuelta por la habitación conmigo? Me temo que este modo de conversación es incómodo para usted, teniendo que mirar hacia arriba siempre. Pero no hay sillas que pueda coger para sentarme a su lado.

Anna puso su mano en el brazo que él tendió y le permitió que la ayudara a levantarse. *Lo suyo no es galantería practicada*, pensó al ver la intención en su mirada. *Lo hace por verdadero sentimiento caballeresco, creo yo*.

El señor Aston tiró de ella para acercarla mientras avanzaban entre la multitud. El calor de su presencia y sus ojos brillantes cuando los dirigió hacia ella hicieron huir todo pensamiento racional. Era una sensación de impotencia que la hacía querer arremeter contra alguien, en particular contra él.

—Siempre he sabido que era un hombre de campo —dijo. No parecía que le afectara su cercanía—. Nunca fue mi intención ser un caballero de sociedad. Disfruto de la sociedad de mis amigos, pero en cuanto a los interminables bailes y fiestas, no puedo soportar tal cosa.

—¿No le interesa la política, entonces? Es una vocación interesante. Puede manejar al gobierno y a la sociedad por igual, a veces en el transcurso de una simple fiesta.

Anna había encontrado su voz, pero tan pronto como las palabras salieron, sintió que estaba pisando terreno peligroso porque parecería como si le importara, como si lo que el señor Aston hiciera con su vida pudiera tener algún impacto en su futuro. La semilla de la frustración que había germinado, simplemente por el hecho de verse afectada por aquel hombre, echó raíces cuando vio cómo había perdido la capacidad de mantener la cordura antes de hablar.

—Puede que tomara malas decisiones en los comienzos de mi carrera —respondió—, pero no creo que estuviera destinado a hacer otra cosa que no fuera trabajo ministerial. No lo hago porque no se me ofrezca otra forma de vida. Lo hago porque me interesa.

Él indicó las parejas que estaban en la pista de baile, como si estuviera seguro de su respuesta antes de formular la pregunta.

—Se está formando un set. ¿Le gustaría bailarlo conmigo?

Anna miró a Emily, quien los había estado observando sin perderse nada.

—Estaría encantada —dijo, apretando los labios. ¿Qué otra cosa podía hacer? No podía rechazarlo, ya que no tenía otros bailes prometidos. Además, admitió para sí misma con fastidio, que era sin duda la persona más interesante con la que bailar en la sala.

Ella y el señor Aston ocuparon sus lugares en la fila, y cuando comenzó la música ya no pudieron conversar. Cada vez que sus manos se unían, él la atrapaba con la mirada, y ella era incapaz de resistirse a la chispa de atracción que se producía.

Sin embargo, ahora que estaba liberada de su conversación íntima, tuvo tiempo para reflexionar. Pudo examinar lo que había en su corazón. *Está claro que no me interesa seguir conociendo al señor Aston. No frecuenta la sociedad. Él mismo lo ha dicho. ¿Te lo imaginas? ¿La vida en este pequeño pueblo atendiendo a los pobres?* Se estremeció.

Los pasos del señor Aston eran gráciles mientras giraba con ella del brazo, y su atención se extendía más allá de ella hacia la otra pareja con la que bailaban. Anna ni siquiera recordaba sus nombres.

La música llegó a su fin y él se detuvo y se inclinó ante ella. Mientras la conducía fuera de la pista de baile, alejándola del señor Cranfield y sir Lewis, volvió a acercarla a su lado de una forma íntima a la que ella quería oponerse, pero no encontraba la voz para hacerlo.

—Señorita Tunstall —dijo mientras se acercaban a donde Emily estaba sentada—, la visitaré esta semana.

No le preguntó si podía. Simplemente dio por sentado su consentimiento, como si fuera una de sus feligresas y él su guía eclesiástico.

Estaré ocupada. Estaré fuera. No creo que sea una buena idea. Todo su ser debería haberse rebelado, sin embargo, sólo pudo asentir.

—Con mucho gusto, señor Aston.

Qué patética.

Asqueada de sí misma, volvió a sentarse junto a Emily, quien ahora estaba sola. No hubo tiempo para reflexionar sobre la confusión de sus emociones, ya que fue solicitada inmediatamente para el siguiente baile y luego para los cinco siguientes. No podía haber un gran número de bailes porque no había muchos caballeros disponibles, pero todos la invitaron.

Observó que la señorita Rigby había sido invitada dos veces por sir Lewis, y finalmente por el señor Aston. Anna frunció el ceño. *Tal vez la encuentre de su agrado*.

Cuando llegó el momento de marcharse, se volvió agradecida hacia la puerta principal. Había sido, en general, una velada bastante insípida.

CAPÍTULO OCHO



Mientras Anna y Emily esperaban en la escalinata delantera a que el conductor trajera el carruaje, Anna enlazó su brazo con el de Emily.

—Qué maravilla tener a *dos* caballeros londinenses con nosotras —dijo Anna—. El señor Cranfield es de lo más entretenido, ¿no crees? —fue su mejor intento de distracción y, si hubiera estado de mejor humor, Emily se habría dado cuenta.

Emily se limitó a emitir un *mmm* sin decir nada, y Anna volvió a intentarlo.

—Lady Allinthridge me dijo cuando tomábamos el aire juntas que ha despedido a no menos de cinco ayudas de cámara este último año porque no han sido capaces de lustrar las botas a su satisfacción.

—Un caballero de lo más divertido —respondió, con displicencia.

La ausencia de la ligereza que solía acompañar a sus bromas hizo que Anna se preguntara si, tal vez, Emily había cambiado tanto. No pudo resistirse a preguntarle:

—¿No echas de menos la conversación y la alegría de la alta sociedad al vivir aquí?

Emily le apretó el brazo.

—Echo de menos a John.

Fue el turno de Anna de quedarse callada. Mantener una fachada valiente le es fácil, pensó Anna. No era fácil mantenerla. Tras un minuto de silencio, Emily miró a Anna a la tenue luz de los faroles, con un humor restablecido, al menos por el momento.

—Estabas muy enfrascada en una conversación con nuestro señor Aston.

Anna la miró con estudiada paciencia. Ese era el problema de tener una mejor amiga que se daba cuenta de todo, incluso cuando se sentía melancólica.

—Sólo intentaba ser educada —cuando el silencio se prolongó, añadió—. Nada más.

En las sombras, pudo sentir, más que ver, la sonrisa que rondaba los labios de Emily, a la cual hizo caso omiso.

Por fin apareció el carruaje, el lacayo abrió la puerta y la ayudó a entrar. Anna ayudó a Emily a sentarse.

—Me he sentado sobre algo —exclamó Emily—. Aquí hay algo.

Anna buscó el objeto en el asiento y descubrió una familiar bolsa de terciopelo verde.

—¡Aquí están mis joyas! —exclamó, desatando las hebras de seda—. Y mis monedas. No falta nada. ¿Quién la habrá encontrado y cómo ha sabido que debía ponerla aquí? —un escalofrío le recorrió el cuello ante la idea de que un desconocido pudiera seguirle la pista con tanta facilidad.

El carruaje avanzó bruscamente y Emily abrió la ventanilla para llamar al conductor. Se detuvieron de inmediato y el lacayo apareció en la puerta.

—¿Sí, señora?

Emily, quien había estado examinando la bolsa, preguntó:

—Martin, hemos encontrado esto en el asiento. ¿Has visto a alguien? ¿Has estado en el carruaje todo el tiempo?

—Sí, señora. Es decir, creo…

Emily lo fulminó con la mirada.

—Martin, no voy a reprenderte, pero por favor, dime cuánto tiempo dejaste este carruaje desatendido y si viste a alguien acercarse a él.

Los hombros del lacayo se desplomaron.

—He estado con el carruaje en todo momento, salvo para visitar a Peggy en la cocina. Fue entonces cuando vino, señora.

Emily suspiró.

—Bueno, supongo que ahora podemos estar seguros de que el ladrón tiene algún conocimiento de Avebury si sabía que debía poner los bienes robados en nuestro carruaje, y sabemos *cuándo* tuvo su oportunidad. Pero la pregunta ahora es, ¿por qué?



A LA MAÑANA SIGUIENTE, mientras Anna y Emily desayunaban casi en completo silencio, cada una perdida en sus pensamientos, el criado trajo unas cartas en una bandeja de plata. Emily cogió la suya y le indicó al criado que se retirara después de que este le hubiera entregado una a Anna. La carta era de su hermana, Phoebe, y la abrió con manos ansiosas.

Mi queridísima Anna,

¿Cómo fue tu viaje a Avebury? En tu última carta fuiste sorprendentemente parca en detalles, y espero que seas más comunicativa. Seguro que hay algo más que contar además del carácter hosco de Beatrice Slyfeel y las sábanas sin airear del establo. ¿Cómo está Emily?

Exprésale mi cariño y dile que esperamos ansiosamente noticias del feliz acontecimiento.

Aquí en Worthing, como puedes imaginar, estamos en un frenesí de actividad mientras nos preparamos para la boda de Stratford y Eleanor. Sin embargo, ha ocurrido algo de lo más desafortunado. ¿Recuerdas el vestido que le hicieron a Eleanor, el que todos acordamos que le quedaría perfecto? Bueno, no te lo imaginas, pero una de las cabras del señor Purcell se escapó y entró en nuestro patio justo cuando el vestido de novia de Eleanor estaba colgado para secar. ¡Y se comió el vestido, te lo puedes imaginar! La cabra, así es. Deja de reírte, como sé que estás haciendo, porque todo es bastante trágico. Es una pena que esto ocurra después de haber cosido toda la pedrería. Sé que te estás felicitando por haber encontrado otro trabajo para no tener que ayudar con el bordado; de lo contrario, todo tu trabajo habría sido en vano. Y ahora sólo el nuestro lo es. Eleanor manejó la debacle con gran entereza, pero ahora tendremos que conseguir un vestido nuevo a toda prisa.

Sin embargo, no creas que vamos a ir a Londres para ello. La tía Shae ha caído enferma y me ha suplicado encarecidamente que la cuide a tiempo completo a fin de tener alguna esperanza de mejorar, y ha añadido que no debes darte prisa en volver por ella, ya que agradece la calma. Está segura de que estarás encantada de prolongar tu visita a tu querida amiga un par de semanas más mientras ella convalece. Eleanor, como sabes, no es muy habladora, y si tía Shae se refiere a la pesadez de tu parloteo, lo dejo a tu decisión.

Anna pudo percibir la burla en las palabras de su hermana y supo que estaba tratando de suavizar el golpe de que ella no fuera deseada. La carta continuaba.

Sin embargo, me temo que me veré tristemente arrastrada. Es conveniente que Eleanor se quede la casa viuda de su tía, para que pueda estar cerca para los preparativos de la boda, pero siento que me corresponde proporcionarle todo el apoyo que pueda darle como nuestra futura cuñada. La señora Bailey ha encontrado a alguien en el pueblo para realizar las tareas que yo ya no puedo hacer, ya conoces todos mis queridos proyectos y, en cuanto a la tía Shae, mi tiempo está bastante ocupado leyéndole, si no es trayéndole todos los detalles de la boda en dosis tales que no sienta la necesidad de salir volando de la cama, en su detrimento. No es que sintiera nunca la necesidad de salir volando de la cama para nada, ni siquiera para su propia boda, si hemos de creer las historias de nuestra madre…

Anna se rio.

—Oh, vaya —Emily tenía la carta extendida ante ella, con el ceño fruncido por la preocupación.

—¿Qué pasa?

—Tengo malas noticias —dijo, levantando por fin la vista—. Mi madre me ha escrito para informarme de que no podrá venir tan pronto como había planeado. Quizá ni siquiera para el parto. Los hijos de mi hermana han cogido la fiebre escarlata, y mamá teme traer la infección con ella —suspiró—. Por no mencionar el hecho de que tendrá que quedarse a ayudar a mi hermana, quien no es muy útil en estas situaciones. Pobre Charlotte.

Anna estudió a Emily mientras su mente daba vueltas.

—¿Estás diciendo que no tendrás ninguna ayuda en cuanto me vaya? ¿Cuándo dijiste que regresaría el capitán Leatham?

—John sólo me dijo que sería lo antes posible, en otoño, y prometió darme más información en cuanto la tuviera. Me sorprende no haber recibido noticias todavía. Debería recibir noticias suyas cualquier día de estos, ya que deben de haber atracado en Portsmouth. Será un alivio tenerlo de vuelta en suelo inglés, aunque sus obligaciones lo mantendrán allí otras dos semanas antes de que pueda dirigirse hacia el norte para verme.

Emily frunció el ceño y volvió a mirar la carta de su madre.

—Temo por los hijos de mi hermana, por supuesto, pero me abate la idea de que mi madre no vaya a estar aquí para ayudarme.

Anna tenía la inquietante sospecha de que el destino estaba jugando con ella. ¿Qué otra cosa podía explicar la llegada el mismo día de una carta para ella en la que se decía que su presencia no era necesaria en Worthing, y otra para Emily que indicaba una gran necesidad de que Anna se quedara? Se quedó un momento en silencio.

—¿No dice tu madre cuándo podría estar libre para venir?

Emily negó con la cabeza.

—No estoy segura de que ella lo sepa. Creo que estos casos duran varias semanas, sobre todo porque esperan a ver quién más sucumbe a la enfermedad. Mi madre la padeció de niña, pero mi hermana no. Por supuesto, el estado de mi hermana debe ser prioritario sobre el mío, pero no veo cómo voy a encontrar el valor para pasar sola por mi parto —miró a Anna con preocupación.

Anna estaba lejos de sentirse segura de la decisión, pero dijo impulsivamente:

—Puedo quedarme.

Emily estudió el rostro de Anna antes de negar con la cabeza.

—No. Sé cuánto anhelas volver a Worthing y luego a Londres, y lo difícil que fue convencerte de que vinieras a un lugar tan apartado como Avebury —esbozó una sonrisa—. No puedo pedirte esto.

—Pero ya no iré a Londres porque mi tía está enferma y no puede viajar hasta allí. Sólo iré a

Worthing para ayudar en los preparativos de la boda —echó un vistazo a la carta que contenía la pulcra letra de su hermana—. Sin embargo, creo que Phoebe lo tiene bien controlado.

Quedarse aquí sería un sacrificio, pero quizá no tanto como ir a casa de su hermano, donde la presencia capaz de Phoebe era necesaria en todas partes y la de Anna en absoluto, por no mencionar el hecho de que tendría que susurrar y andar de puntillas para no molestar a la tía Shae. Al menos con Emily podría ser realmente útil, aunque eso significara quedarse en un pueblo rural mucho más tiempo del que había esperado en un principio.

—Sin embargo, pensarás que es el mayor aburrimiento estar aquí, y no te lo pediré —negó con la cabeza con decisión—. Le pediré a lady Allinthridge que me visite más a menudo. Y a Hester también. Estaré bien.

Como Anna no tenía fuerzas para insistir en algo que no estaba nada segura de querer hacer, permaneció en silencio. Leyó el resto de la carta de Phoebe, pero el silencio se hizo pesado en la habitación.

—Supongo que contestaré a esta carta, y luego quizá podamos dar un paseo —sabía que su voz era artificialmente alegre, pero rechazó cualquier sentimiento de culpa por no haber insistido en ofrecer su ayuda. Emily accedió a dar un paseo y Anna escapó a su dormitorio.

Después del ejercicio, que hizo mucho por recuperar el ánimo de Emily, estaban sentadas en el salón cuando sonó la campana anunciando visitas. La señorita Rigby entró primero, seguida de sir Lewis y el señor Cranfield. Emily se puso en pie para saludarlos, permitiendo que los caballeros se inclinaran sobre su mano y luego sobre la de Anna.

—Hester —exclamó Emily, dedicándole una cálida sonrisa—. ¿Habéis venido juntos?

—Ha sido por casualidad —dijo la señorita Rigby. Y luego, con una simpática franqueza, añadió—. Para serte sincera, he venido para hablar de la fiesta de anoche —sus ojos brillaron mientras compartía una mirada con Emily y Anna—. Ahora no podremos discutirlo *libremente*.

El señor Cranfield se sentó por invitación de Emily, y sir Lewis le siguió.

—Puede usted hablar de lo que desee, señorita Rigby —dijo el señor Cranfield—, pero me atrevería a decir que los vestidos de las damas, e incluso los chalecos de los caballeros, dejaban mucho que desear. No es de esperar que Avebury pueda aspirar a igualar a Londres en la última moda, supongo.

Sir Lewis intercambió una mirada divertida con la señorita Rigby y dijo:

—Proclamo que su fiesta ha sido un éxito, señorita Rigby. No me imaginaba encontrar una asamblea de gente tan diversa en un pueblo campestre. El salón de baile, aunque grande, estaba lleno.

—Me alegra que piense así. Usted está acostumbrado a la sociedad londinense, y por lo tanto sus elogios deben valorarse más —la señorita Rigby se sonrojó ligeramente—. Antes del domingo nunca le había visto en Avebury, aunque había escuchado hablar de su relación con el vecindario. ¿Cuánto tiempo hace que tiene el pabellón de caza en Beckhampton? ¿Se aloja allí a menudo, o prefiere Londres?

A diferencia del señor Cranfield, quien se encorvaba, sir Lewis se sentó erguido en su silla en una pose preparada que parecía anticipar cualquier proyecto que fuera a venir a continuación.

—Mi padre adquirió el pabellón de caza, así que lleva décadas en la familia. La mayoría de las veces me encuentro en Londres, y sólo desde que llegó a mis manos hace dos años he empezado a buscar la calma y la soledad del campo —sonrió amablemente mientras se volvía para mirar a la señorita Rigby—. Aunque no acostumbraba mucho a venir a Avebury, espero que eso cambie ahora que el señor Aston está aquí.

Anna observó la sonrisa de la señorita Rigby y se preguntó por un instante si había puesto sus

miras más altas que en el párroco. Sin embargo, tenía que ser justa con ella, ahora que había empezado a conocerla mejor. La señorita Rigby no le parecía alguien que lanzara señuelos a un hombre simplemente porque tuviera un título o fuera rico. *¡Menudo ejemplo!* pensó mientras le llegaba la revelación. *El señor Aston no tiene título ni es rico, y ella se ha encaprichado de él.*

Emily se llevó la mano a la espalda y se movió en la silla. Fue un gesto inconsciente que le dijo a Anna que la visita le resultaba exigente.

—Este pueblo se gana el cariño de uno —dijo Emily—. Si me hubieseis dicho hace sólo dos años que viviría en otro lugar que no fuese Londres, no estoy segura de haberlo creído. Fue mi afecto por Leatham lo que me permitió no sólo mudarme aquí, sino amarlo. Un corazón comprometido puede aceptar muchos cambios —dirigió una mirada significativa hacia Anna, quien la ignoró.

—¿Y usted, señor Cranfield? —Anna le sonrió. Por muy vanidoso que fuera, estaba segura de que apoyaba su propia opinión—. ¿Qué le parece el pueblo de Avebury? Creo que es usted tan adicto a la sociedad londinense como yo.

—Oh, encuentro que por un corto tiempo un retiro en el campo no es tan desagradable como uno podría pensar. Pero estaré encantado de volver a Londres en cuanto termine mi retiro. Me han dicho que Schultz está intentando hacer un nuevo patrón para una capa de paseo con *dieciocho* pliegues.

Cuando Anna se encontró con la mirada de Emily, le costó mantener la compostura y agradeció la entrada del mayordomo en aquel momento. Este se detuvo ante su señora, y Anna, quien estaba más cerca, escuchó las palabras apenas audibles.

—Ha llegado un jinete con una misiva urgente —el lacayo le entregó una carta sellada.

Un vistazo a la letra y las manos de Emily empezaron a temblar. Se levantó y consiguió mantener la calma cuando habló.

—Caballeros, Hester, espero que me disculpen mientras me ocupo de esto. Anna, ¿serías tan amable de atender a nuestros invitados?

Anna asintió con la cabeza e intentó apartar el presentimiento que surgía en su corazón. Sabía que rara vez había buenas noticias en las cartas urgentes. Ya fuera por una conversación practicada o por puro egoísmo, el señor Cranfield desvió la conversación hacia algún joven pariente que conocía de lady Allinthridge y que había dejado a todo Londres boquiabierto con su última escapada. Anna intentó seguirle, pero sus pensamientos estaban en su amiga. ¿Escribía de nuevo la madre de Emily con noticias más siniestras? ¿Se trataba del barco de John?

Se hizo el silencio después de que el señor Cranfield dejara de hablar, y la señorita Rigby se mordió el labio. Finalmente, sir Lewis se inclinó hacia delante, con el sombrero en la mano, y tanto él como la señorita Rigby se pusieron de pie al mismo tiempo.

—Será mejor que me vaya —dijo la señorita Rigby—. He venido a pie y creo que lloverá.

El señor Cranfield se levantó cuando ella lo hizo, pero no hizo ningún movimiento para marcharse. Sir Lewis fue más servicial.

—Señorita Rigby, tal vez podría acompañarla en mi carruaje. Jules, ¿te importa esperar? Podrías caminar hasta la casa de Aston y esperarme allí. No está lejos.

Afortunadamente, el señor Cranfield parecía por fin dispuesto a partir.

—Por supuesto. Estoy seguro de que Harry no tiene nada más que hacer y se alegrará de vernos, ¿eh? —se despidieron de Anna, y ella se apresuró a entrar en la biblioteca, donde Emily estaba sentada, llorando y con la carta arrugada en sus manos.

—¿Qué ocurre? —como su amiga no contestaba, se arrodilló a su lado—. Emily, dime qué ha pasado. Debo saberlo. ¿Cómo puedo ayudarte si no lo sé?

Emily le tendió la carta y Anna trató de alisarla y encontrarle sentido a las palabras cruzadas, escritas con letra diminuta y manchadas de lágrimas. No entendía por qué hacían falta tantas palabras para transmitir un mensaje tan devastador.

Anna levantó finalmente la mirada.

—El barco de Leatham ha desaparecido —Emily asintió—. Emily, esto está lejos de ser una causa perdida —se levantó y rodeó los hombros de Emily con su brazo.

—Esta carta sólo demuestra que el barco no se reunió con el *Marmion* en su puerto de encuentro. No significa que esté perdido. Es decir… No significa que *todo* esté perdido. Querida, debes conservar la esperanza.

—No *hay* esperanza —se lamentó—. John no me habría dejado preocuparme. Habría encontrado algún medio para comunicarse conmigo. Todo está perdido —empezó a llorar de nuevo y, al escucharlo, una sensación de temor se apoderó de Anna. Esto no era algo que ella pudiera arreglar con unas pocas palabras de consuelo.

Tras diez minutos tratando de reconfortar a Emily y sintiéndose totalmente inútil en el intento, Anna cruzó la habitación y abrió la puerta, provocando un alboroto de actividad por parte de los criados de fuera. Una de ellas acudió rápidamente a atender su petición, con expresión de preocupación en el rostro. Cuando llegó el juego de té, Anna llevó la bandeja a la mesa. Sirvió una taza con leche y una cucharada más de azúcar y se la dio a Emily.

—Pase lo que pase, querida, debes ser fuerte por tu bebé. Bebe.

Emily tenía la mirada perdida y Anna le rodeó la espalda con un brazo y le acercó la taza a los labios.

—Bebe. Sólo estropearás tu vestido si no abres los labios, y sé cuánto te preocupas por economizar.

Su pobre intento de humor no obtuvo respuesta, aunque Emily obedeció. Después de que bebiera unos sorbos, Anna dejó la taza en la mesa, cogió las manos de Emily entre las suyas y se las frotó.

—Yo te ayudaré. No estás sola.

Parecía como si Emily no la hubiera oído, pero por fin su mirada se centró en el rostro de su amiga y asintió.

Tendré que encontrar fuerzas en alguna parte para hacer esto, pensó Anna, mientras sentía que su cabeza comenzaba a palpitar. *Puede que sea lo más difícil que haya hecho nunca*. A pesar de sus temores, tenía que aferrarse a la esperanza y conseguir que Emily hiciera lo mismo. Era la única manera de superar este día y todos los siguientes. Tal vez el barco sólo se había desviado de su ruta y había una carta en camino para explicar el percance.

Esto era en lo que Anna se concentraría.

CAPÍTULO NUEVE



Harry se paseaba de un lado a otro en la comodidad de su biblioteca, el único lujo que se permitía, ya que no escatimaba en libros ni en el cómodo sillón para leerlos. La biblioteca solía proporcionarle paz, por muy agotadoras que fueran a veces sus obligaciones clericales.

Pero hoy no. La señorita Tunstall no había caído en su órbita tan fácilmente como le hubiera gustado en la velada de los Rigby. De hecho, salvo por el hecho de que se moviera en su dirección después de que sus miradas se cruzaran en el baile (eso podía interpretarse como un incentivo, ¿no?), parecía casi dispuesta a excluirlo de la conversación cuando tenía a Jules a su lado. Y había parecido un poco tensa en su conversación en general.

Hizo una pausa en sus pasos. *Tal vez si supiera quién soy*.

¡No!

Harry nunca se había rebajado a utilizar sus conexiones familiares. Ni siquiera había sentido la tentación de hacerlo. De hecho, aborrecía tal cosa. Entonces, ¿por qué de repente estaba dispuesto a tirar por la borda toda una vida de conducta honorable por… *un alma de insondable profundidad?*

Negó con la cabeza y comenzó a caminar de nuevo. Eso era lo que había pensado la primera vez que miró fijamente a los ojos abiertos de la señorita Tunstall: que tenía un alma de una profundidad insondable. Quizá se había equivocado. Tal vez sus ojos sólo fueran bonitos y azules. Pero él no solía juzgar tan erróneamente el carácter de los demás.

El sonido de la aldaba interrumpió las infructuosas cavilaciones de Harry. Probablemente era el señor Banbury, que había prometido hacerle una visita, rechazando la oferta de Harry de ir a verle. Fue el orgullo lo que hizo que el anciano subiera a su carruaje y realizara un viaje que probablemente le resultó algo incómodo, pero Harry no podía rechazarlo precisamente.

Una voz familiar llegó a sus oídos.

—Me presentaré sin más. A Harry no le importará.

Jules.

Harry se dirigió hacia la puerta y la abrió antes de que el lacayo pudiera anunciar a Julian. Aquel era el hombre adecuado para distraerle de un problema que no tenía solución. Cranfield no era precisamente conocido por ser un conversador serio.

—¿Solo? —exclamó Harry cuando lo vio—. ¿Dónde está Lewis? Creía que no sabías moverte por Avebury.

Julian se asomó por la puerta principal.

—No ha empezado a llover, pero la señorita Rigby parecía creer que existía una amenaza. Lewis la acompaña a casa por si acaso. He venido *andando* desde la mansión Durstead, aunque no lo creas —se miró las botas y chasqueó la lengua—. Estábamos haciendo una visita matutina

a la señorita Tunstall y eh… la señora Leatham —siguió a Harry hasta la biblioteca y echó un vistazo a todo—. Más pequeña de a lo que estás acostumbrado, me atrevería a decir. Aunque eso nunca pareció molestarte. No puedo decir que te entienda.

El corazón de Harry dio un vuelco al escuchar el nombre de la señorita Tunstall. A esto le siguió un momento de celos. Había estado a punto de visitarla hoy, pero pensó que era demasiado pronto. Quería preguntarle a Julian cómo se encontraba ella esta mañana, pero sabía que tendría que conformarse con la visión que ella le había ofrecido anoche. Aun así, no pudo evitar preguntar:

—¿Qué tanto conocías a la señorita Tunstall en Londres?

Julian se encogió de hombros.

—Tan bien como a cualquier otra, supongo. Tiene fama de tener una lengua afilada, y la mayoría de los caballeros prefieren disfrutar de ella a distancia.

—¿Y tú? —no pudo evitar preguntar, aunque sabía que estaba pisando terreno peligroso. Julian *no* era un alma de insondable profundidad, pero no era tan estúpido después de todo.

Como Harry había temido, Julian dirigió hacia él una mirada perspicaz.

—Mantente alejado, Harry.

—¿Qué? ¿Por qué? —balbuceó en lugar de pronunciar las palabras, mientras Julian negaba con la cabeza.

—Ella no es para ti. Sólo piensa en las últimas tendencias y, me atrevería a decir, en sí misma.

Vaya, viniendo de ti, pensó Harry.

Ajeno a esto, Julian continuó.

—Su gemela, tal vez, la señorita Phoebe Tunstall, te iría mejor. Una chica dócil. No podría ser más diferente de la señorita Anna. Pídele que te presente a la señorita Phoebe —dijo, satisfecho con su idea.

Harry no lo estaba tanto. El sonido de las ruedas del carruaje de sir Lewis acercándose a la puerta principal le evitó tener que fingir entusiasmo. Miró por la ventana y vio a sir Lewis, quien no perdió tiempo en entregar las riendas al mozo de cuadra que estaba cerca antes de subir por el sendero.

—¡Harry!

Harry se reunió con él en la puerta principal, preguntándose qué le había dado esa urgencia a su voz. ¿Sería que le había ocurrido algo a la señorita Rigby?

—Harry —volvió a decir sir Lewis cuando se encontraron—. Supongo que a este cerebrito no se le habrá ocurrido informarte de que la señora Leatham parece haber recibido una carta urgente —señaló a Julian. Aunque su tono era burlón, su expresión no lo era—. Tanto la señorita Rigby como yo tememos que sean malas noticias. Le prometí que iría a buscarte, aunque te aseguro que lo habría hecho sin su insistencia.

Harry no supo por qué pensó inmediatamente en la señorita Tunstall, pero no necesitó más palabras para ponerse en camino.

—Te agradezco que me hayas traído la noticia. La señora Foucher se ocupará de vosotros. No esperéis mi regreso. Debo irme —cogió su sombrero y su bastón al salir por la puerta, enjaezó su carruaje y partió rápidamente hacia casa de los Leatham.

Cuando llegó a la mansión Durstead, el mayordomo dudó en recibirlo, lo cual no le sorprendió. Por deferencia a la posición de Harry en el pueblo, tal vez, Forester pareció obligado a explicarse.

—Es sólo que mi señora ha recibido una carta perturbadora, y me temo que no recibirá a

nadie.

Harry asintió.

—Soy consciente de ello. No quisiera inmiscuirme en su privacidad, pero me gustaría ofrecer mis servicios como párroco a alguien que esté a mi cuidado. Si le hace saber a la señorita Tunstall de mi presencia, ella podrá decidir si la señora Leatham está en condiciones de recibirme.

El mayordomo le permitió entrar y luego se dirigió al salón matinal.

La sugerencia de Harry produjo un resultado mejor de lo que él podría haber previsto. Pronto la señorita Tunstall se dirigió hacia él en la entrada.



ANNA CRUZÓ la puerta y caminó por el pasillo resonante para encontrarse con el señor Aston. Él se adelantó en cuanto la vio y, cuando la alcanzó, le cogió las manos con firmeza y calidez. Sacando fuerzas del roce de sus manos, Anna le dijo:

—Señor Aston, ¿me acompaña a dar un paseo al aire libre? —sentía como si no pudiera soportar otro momento dentro. Aún no había empezado a llover, pero el clima no era prometedor —. La señora Leatham no se encuentra bien en este momento. No iremos lejos.

El señor Aston la siguió al exterior, donde las nubes grises parecían moverse por el cielo como si fueran impulsadas por un viento enérgico. Ambos iban a la par por el sendero de guijarros que bordeaba los setos. Después de unos minutos de silencio, él dijo:

—Espero que me diga de inmediato cuál es el problema. Sir Lewis me hizo una visita después de venir aquí y me dijo que temía que hubiera malas noticias.

—No estoy segura de si son malas o si simplemente se han retrasado —dijo lentamente—. Emily ha recibido una carta urgente de su prima diciendo que el barco del capitán Leatham nunca llegó a su destino cuando se suponía que debía hacerlo, y nadie ha tenido noticias. Se suponía que debía parar en casa de la prima de Emily al llegar antes de dirigirse al norte. En el momento en que ella escribió la carta, creo que el barco llevaba semanas de retraso, más de las que se podían explicar. Su prima no cree que sea sólo un capricho o que hayan decidido ir a otro lugar porque incluso los oficiales locales de la marina se han mostrado sorprendidos. Y Emily no ha recibido una carta del capitán Leatham indicando un cambio en sus planes. De hecho, no ha recibido nada desde hace meses.

El señor Aston frunció el ceño.

—¿Cómo ha recibido la noticia la señora Leatham?

—No le ocultaré que está abatida por la preocupación —pasó sus dedos ligeramente por los setos de boj a su derecha, sintiendo su suave tacto—. Lloró durante algún tiempo, y le hice tragar unos cuantos sorbos de té que parecieron reanimarla. Me parece que la dejé durmiendo.

—¿*Usted* cree que hay motivos para preocuparse?

Anna se encogió de hombros.

—No soy propensa a preocuparme —respondió—. Pero no es mi marido quien está en el mar. Es fácil tener sólo pensamientos positivos cuando no es nuestra propia comodidad la que está en juego.

El único ruido era el crujido de los guijarros bajo sus pies mientras caminaban. Anna esperó a que él hablara, con la esperanza de que no dijera alguna absurdidad sobre cómo todo iría bien, o peor aún, que todo estaba perdido.

El señor Aston miró hacia los árboles que bordeaban el otro lado del jardín antes de cogerla

del brazo y deslizarlo entre los suyos, como si se conocieran mucho más de lo que en realidad lo hacían. El señor Aston tenía la desafortunada costumbre de cogerla desprevenida. Anna no podía alejarse, aunque sentía que debía hacerlo. De hecho, su tacto fue reconfortante.

—Creo que no debemos desesperar hasta que haya noticias certeras, y debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos para mantener el ánimo de la señora Leatham —miró directamente a Anna—. Me ha dicho que su madre llegará pronto. ¿Sabe para cuándo la esperan?

Anna negó con la cabeza, conteniendo un suspiro.

—Eso es lo lamentable. La madre de Emily la fortalecería mucho mejor que yo. La sobrina y el sobrino de Emily han contraído la fiebre escarlata. Su madre no quiere dejar a la hermana de Emily, y también teme que pueda transmitir la enfermedad si viene aquí, lo que podría ser fatal —suspiró—. Me temo que no tendrá a nadie con ella durante algún tiempo, quizá ni siquiera para el parto.

El señor Aston asimiló la noticia.

—Aplaudo la sabiduría de su madre. La fiebre escarlata es muy contagiosa, y tiene toda la razón en retrasar su visita. Tendré que ver si lady Allinthridge puede recomendar a alguien en el pueblo que la atienda mientras espera su parto, alguien que pueda servirle de compañía —hizo una pausa y luego pareció meditar cuidadosamente sus palabras—. ¿Usted no puede prolongar su estancia en Avebury?

Anna sintió el calor de su brazo junto al suyo y supo por algo en sus adentros que su estudiada indiferencia escondía un interés muy real en su respuesta. No se atrevió a mirarlo, pero sintió que él también evitaba su mirada.

—No sé cómo podría irme. No ahora —dijo finalmente.

Sintió que el brazo de él se tensaba a su lado y se volvió hacia él justo a tiempo para ver una sonrisa desaparecer de sus labios. Él se aclaró la garganta.

—Avebury se beneficiará de su presencia, creo, tanto como la señora Leatham. No le faltará compañía mientras la atienda.

—Es muy amable de su parte. Temo que hacer de enfermera me haga perder mi buen humor. Una cosa es perder el tiempo en una visita de placer, tomando el té y asistiendo a veladas. Otra cosa es apoyar a Emily a través del miedo y el dolor potencial de perder a su marido.

—Confío plenamente en sus habilidades —dijo, levantando la mano hacia el cielo y estudiando su guante para ver si efectivamente había comenzado a llover. Dirigió sus pasos de nuevo hacia la casa—. De hecho, no puedo pensar en alguien más adecuado para esta tarea. Su humor oculta un profundo sentimiento, y usted no es dada a la histeria. Creo que la señora Leatham es muy afortunada.

Este cumplido fue demasiado directo para ella, y pudo retirar su brazo del de él con facilidad.

—Creo que cuando los Rigby y los Allinthridge estén al tanto de la situación, idearemos la manera de hacer cambiar de opinión a Emily.

El señor Aston pareció aceptar tanto su necesidad de espacio como el giro en la conversación.

—Créame que la apoyarán. Hablando de un asunto completamente distinto, he recibido una carta del señor Howe, el corredor de Bow Street que la visitó. Dice que se ha producido otro robo en el camino que entra en Beckhampton y que lo están investigando. Se alojarán cerca, y promete avisarnos en cuanto tenga más información.

—¡Oh! Eso me hace recordar algo —se volvió hacia él de repente, de modo que sus rostros casi se tocaron, y sus pensamientos traicioneros se inundaron con lo que sería besar su marcada mandíbula. Echó la cabeza hacia atrás—. Cuando volvimos de la fiesta de los Rigby anoche,

descubrí la bolsa con mis joyas y monedas en el asiento de nuestro carruaje. Todo estaba allí.

—¿Ah, sí? ¿Ha interrogado a su conductor? —el señor Aston parecía ajeno a sus caprichosos pensamientos, pues su tono fue natural, cosa que Anna agradeció profundamente.

—Emily lo hizo inmediatamente. El conductor dijo que sólo había ido a visitar a su… interés en la cocina y no notó nada sospechoso a su regreso —se acercaban ya a la casa y, aunque las nubes se mantenían inmóviles, Anna sintió que el viento arreciaba.

—Muy interesante. No logro descifrarlo —frunció el ceño y acarició el mango de su bastón —. Me resulta difícil comprender la motivación del ladrón para devolver las joyas, a menos que fuera por un sentimiento de culpa.

—Nosotras pensamos lo mismo —dijo, parándose frente a él—. No sé si deberíamos suspender el trabajo de los corredores de Bow Street.

—No —fue decisivo en este punto—. Todavía hay que investigar este último robo en el camino, por no hablar de la violencia que han practicado hacia usted. Incluso si alguien está arrepentido, debe mostrar su arrepentimiento con sus actos. Si se cometen otros robos, significa que no se ha aprendido ni decidido nada.

—Muy bien entonces. Esperaremos a ver qué encuentran.

Se produjo otro silencio, y parecía como si el señor Aston se mostrara tan reacio como ella a marcharse. ¿A qué volvería? A un hogar cargado de desesperación. La conciencia entre ellos crecía a medida que miraban a cualquier parte menos el uno al otro, y Anna empezó a sentirse sofocada por la tensión.

—Creo que debo…

—No molestaré a la señora Leatham en este momento —dijo él al mismo tiempo, rompiendo el hechizo de lo que se sentía peligrosamente cercano a la atracción, para alivio de Anna—. Por lo que me ha dicho, la señora Leatham no está en condiciones de recibir visitas, ni siquiera de quienes desearían ayudar.

—No por el momento. No, creo que tiene razón —después, lamentando su impaciencia por verle marchar, añadió—. Sin embargo, espero que venga pronto y hable con ella. Puede que encuentre palabras de condolencia y apoyo más fácilmente que yo.

—Vendré mañana sin falta —hizo una reverencia y se marchó. Y como él estaba mirando en la otra dirección y no podía observar cómo ella se giraba, Anna pudo hacer lo que no se había atrevido a hacer antes: deleitar sus ojos con unos hombros que parecían lo suficientemente anchos como para soportar cualquier carga que se le presentara, incluida la suya.

Se colocó el sombrero en la cabeza y caminó por el sendero en busca de su mozo de cuadra.

CAPÍTULO DIEZ



El señor Aston no regresó al día siguiente. Emily estaba cada vez más abatida y, por primera vez en la vida de Anna, no había una solución fácil. No sabía qué hacer. Envió una carta a su hermana para informarle del retraso de su partida, ordenó a los criados que siguieran con su rutina habitual y se esforzó por levantar el ánimo de Emily.

Nunca había visto a Emily caer tan profundamente en la desesperación, pero nunca habían tenido que enfrentarse a algo así juntas. Todo su mundo consistía en risas y fiestas, como Anna prefería. No es que ella no conociera el dolor. Su madre había muerto cuando ella tenía dieciséis años, y el vacío que dejó no podía llenarse. La señora Tunstall no había sido considerada digna de atención por la alta sociedad, porque su familia había ganado su fortuna en el comercio. Pero la madre de Anna era digna y gentil, una mujer de gran valía, y su padre nunca perdió la oportunidad de exponer sus virtudes. Phoebe se parecía a su madre.

Poco antes de que Stratford regresara de la guerra, Anna había perdido también a su padre. Se mordió el labio al recordar aquellos oscuros días. No soportaba pensar en *ello*. Siempre había apreciado mucho a su padre, y todos decían que se parecía a él. Era divertido, y sus ligeras bromas eran tan sutiles que la gente nunca podía estar segura de ser el objetivo. Stratford solía ser así en su época escolar, pero se había visto obligado a asumir un papel que no le gustaba y tuvo que cargar con el mantenimiento de una extensa finca, la pérdida de sus queridos padres y el bienestar de sus hermanas gemelas. Anna se alegró de que hubiera encontrado a Eleanor. No todas las burlas de Anna le habían devuelto la sonrisa a los labios. Eleanor había logrado eso.

Pero el duelo de Emily no se parecía a nada que Anna hubiera conocido. ¿Cómo podía una manejar la pérdida (o la posible pérdida; no se debía abandonar la esperanza) de su marido con ecuanimidad? El corazón de Anna se afligió junto con el de su amiga. Así que abrió las cortinas, pidió agua caliente para el té, habló con la cocinera sobre qué preparar para la cena y le leyó a Emily, quien parecía no escuchar ni una sola palabra. La única vez que intentó conversar con su amiga, Emily se limitó a gemir «John».

Anna, sola en el salón matinal, se resistía a admitirlo ante sí misma, pero anhelaba que el señor Aston viniera hoy. *Para que él pueda asistir en el papel de párroco*. Era demasiado aceptar que pudiera ser algo más, que pudiera haber algo tranquilizador en su presencia que ella anhelaba.

Pero ahora. Anna se levantó de repente. *Yo también estoy cayendo en la melancolía, y eso no es bueno.*

El sonido de la aldaba hizo que su corazón latiera desbocado. *El señor Aston*. Tuvo que abstenerse de correr hacia la puerta y abrirla, lo que demostraba lo desesperada que estaba por tener compañía. Como era una joven educada, esperó hasta que los pasos de Forrester llegaron a

la puerta. La abrió y anunció:

—La señorita Rigby.

Anna se cuidó de no dejar entrever su decepción.

—Cuánto me alegro de que haya venido —dijo, indicando a la señorita Rigby que se sentara en el sofá junto a ella—. Emily está descansando en su habitación ahora mismo, pero estoy segura de que se alegrará de saber de su visita.

Hester Rigby se quitó los guantes y la capota y los dejó en el sofá a su lado.

—No sé qué clase de noticias recibió Emily en su carta, pero debo admitir que me han dejado intranquila. Si no es un abuso de confianza, por favor, dígame qué le ocurre. Emily ha sido una amiga para mí desde que el capitán Leatham la trajo a Avebury.

Anna no contestó de inmediato. No era su costumbre revelar noticias ajenas, especialmente a alguien a quien conocía tan poco. En lugar de eso, preguntó:

—¿Está aquí sola? ¿No la ha acompañado su hermana? ¿No la visitan juntas?

La señorita Rigby esbozó una pequeña sonrisa.

—El sábado, mi hermana no vino porque todavía estaba en cama. Suele quedarse en casa, estemos donde estemos. Hoy, sin embargo, estoy segura de que habría venido de no ser porque el señor Cranfield ha realizado una visita mi padre. El señor Cranfield no entró en el salón matinal antes de que yo me fuera, pero creo que Marianne está esperando allí con la esperanza de encontrarse con él.

—¿Y usted no? ¿No le gusta recibir visitas?

La señorita Rigby se encogió de hombros.

—Iba de camino a los establos cuando llegó. Mi madre envió a un criado para que me llamara, pero le pedí que dijera que ya me había ido. No fue difícil hacerlo. Él sabe lo mucho que me gusta montar a caballo y tomar el aire siempre que puedo, y lo poco que me gusta sentarme en el salón matinal a esperar a que aparezca un caballero —terminó la frase con un fuerte matiz de ironía que Anna no pudo sino apreciar.

—Estoy segura de que no pasará mucho tiempo antes de que todos lo sepan —dijo, habiendo decidido por fin que podía confiar en la señorita Rigby—, pero le pido de cualquier modo que no corra la voz antes de lo necesario. Tengo la sensación de que se lo guardará para usted. Emily no ha tenido noticias de su marido en varios meses. Uno o dos meses no le habrían causado gran preocupación porque sabe lo impredecibles que son sus posibilidades de enviar noticias. Pero llegó una carta de su prima con la noticia de que el barco no había llegado a su punto de encuentro cerca del estrecho de Gibraltar como se suponía. Emily está abatida por la preocupación.

La señorita Rigby asimiló esta noticia, alisando los guantes a su lado.

—Su madre llegará en breve, creo.

Anna negó con la cabeza.

—No, me temo que no. Su madre está cuidando a los sobrinos de Emily, quienes han contraído la fiebre escarlata. Emily no tiene a nadie que venga —tras dudarlo un momento, añadió—. He prometido quedarme.

Se escuchó otro fuerte golpe en la puerta principal, y Anna no tuvo oportunidad de averiguar cómo habría respondido la señorita Rigby. Esperaron en silencio hasta que Forrester llegó al salón, esta vez dudando antes de cruzar el umbral.

—Tom Wardle, el criado del señor Aston, está aquí y desea hablar con usted, señorita. ¿Qué debo decirle?

Anna se sorprendió de que el señor Aston hubiera enviado a alguien en su lugar. Curiosa,

siguió al mayordomo hasta donde estaba Tom, quien mantenía la mirada baja. Ella le hizo un gesto con la cabeza para que hablara y él lo hizo, sujetando su sombrero por el ala y haciéndolo girar lentamente en círculos de manera nerviosa. Realmente era una criatura extraña.

—Señorita, perdone mi atrevimiento, debo decirle que el señor Aston no puede venir hoy. Uno de los feligreses, el señor Morris, no estará mucho tiempo en este mundo. El párroco lo lamenta, aunque seguro que vendrá cuando pueda —habiendo revelado su mensaje, dio un paso atrás.

—Por favor, dale las gracias al señor Aston de mi parte —dijo Anna, y esperó a que Forrester le acompañara a la salida. Volvió al salón sintiéndose terriblemente decepcionada. Por supuesto, un feligrés que se está muriendo necesita a su párroco. Pero ella también. O tal vez *ella* no lo necesitaba. No necesitaba a nadie. Pero Emily lo necesitaba, y él no vendría hoy.

Anna se tranquilizó antes de entrar en el salón. No tenía ningún deseo de mostrar sus sentimientos.

—Es sólo que uno de los feligreses del señor Aston está muriendo, y por eso no puede venir hoy. Para atender a Emily —añadió apresuradamente, por temor a que la señorita Rigby captara la melancolía que Anna estaba segura de que revelaba su voz.

Los ojos de la señorita Rigby mostraron preocupación.

—¿Dijo Tom qué feligrés está muriendo?

—El señor Morris, me parece —respondió, tomando asiento y luchando por mantener una fachada optimista. Tendría que soportar sola el peso del abatimiento de la casa.

—No es ninguna sorpresa, supongo. Pero estoy triste por su familia —la señorita Rigby cruzó las manos sobre su regazo y se hizo el silencio.

El aire de la habitación comenzó a sentirse pesado a pesar de la compañía de la señorita Rigby. Parecía que todo el pueblo estaba maldito. Primero desapareció el capitán Leatham, y ahora los habitantes del pueblo estaban muriendo. Anna respiró hondo.

—Ese Tom Wardle es un tipo extraño. No mira a nadie a los ojos. Sé que algunos sirvientes inferiores pueden tener esas tendencias, pero por lo general son entrenados para ello. Tom no parece tener ningún tipo de entrenamiento —ella había pretendido que esto fuera una observación ociosa, pero la señorita Rigby se aferró a ella.

—En realidad hay una historia detrás del empleo de Tom. Sé que el señor Aston no querría que esto se conociera ampliamente, y sólo un par de familias *lo saben*. Lo sé sólo porque asisto a familias en Haggle End, donde Tom es muy conocido —tomó aire y relató la historia—. Tom estuvo una vez aliado con los ladrones, e irrumpió en la casa del señor Aston con la intención de robar —Anna se sorprendió, pero no quiso emitir un juicio inmediato. La señorita Rigby prosiguió—. El señor Aston lo sorprendió en el acto de robar la plata de su casa, y en lugar de entregarlo a las autoridades, lo que habría significado una muerte segura o la deportación, instó a Tom a que buscara una profesión más honorable. Cuando Tom le dijo que no había ninguna, el señor Aston prometió emplearlo y no decir una palabra de lo sucedido. Si alguien lo sabe, es sólo porque Tom se lo contó a la gente, no el señor Aston. Fueron los de Haggle End, quienes conocían a Tom, los más sorprendidos por su transformación. Lo creían condenado a una vida de crimen.

—Que el señor Aston ofrezca tal redención es inusual, incluso para un párroco. O me atrevería a decir, especialmente para un párroco.

La señorita Rigby sonrió, pero su historia no había terminado.

—Yo estaba allí el día que fue a casa de sus vecinos, los Callman, porque llevaba medicinas para su hijo menor. Tom entró y anunció que había sido contratado nada menos que por el

párroco de Avebury. Todos en la casa se rieron de él, pero les aseguró que era verdad —sonrió ligeramente al recordarlo—. Han pasado seis meses desde que el señor Aston empleó a Tom, y parece que le va de maravilla. No ha perdido algo de su timidez natural, o tal vez vergüenza. Pero no es porque el señor Aston no haya intentado tranquilizarlo —miró a Anna como si quisiera decir: *Bueno, ¿qué le parece?*

La historia la conmovió. Si había algo que no soportaba era que alguien se aprovechara de los defectos o debilidades de otro y lo hiciera pedazos. Si hubiera sido el vicario de su parroquia londinense, estaba segura de que no sólo habría denunciado a Tom ante las autoridades, sino que también lo habría desprestigiado ante la gente del pueblo.

Supuso que la señorita Rigby estaba esperando a que dijera algo, pero Anna no quiso revelar sus pensamientos más íntimos. Se limitó a decir:

—Su párroco parece muy adecuado para su cargo.

—Es un buen hombre —cogió la capota y los guantes y se puso de pie—. Me temo que he abusado de su bondad durante demasiado tiempo. Debo regresar. Si conozco a mi madre y a mi hermana, habrán tenido su breve charla con el señor Cranfield y ya se habrá ido, dejándome libre para hacer lo que desee.

Anna se levantó también, casi lamentando haber sido tan poco comunicativa con la señorita Rigby. Necesitaba una amiga mientras estuviera aquí, y no quería apoyarse demasiado en el señor Aston por temor a que pudiera llevarse una impresión equivocada en lo que a su corazón se refería. Eso era lo que ella quería creer. No podía permitirse pensar que su propio corazón estuviera en peligro.

Parecía que la señorita Rigby era la aliada más probable de Anna en cuanto a amistad. Estaba lady Allinthridge, por supuesto, pero era mucho mayor que ella. No quería atreverse a visitarla sin que lady Allinthridge la hubiera visitado antes. La señora Mayne era de naturaleza reservada y también mayor que Anna.

Con más calidez de la que había mostrado desde la llegada de la señorita Rigby, dijo:

—Le agradezco que haya venido. No soy tan agradable como Emily, tal vez, pero agradezco su visita. Si no le parece demasiado atrevido, puede llamarme Anna.

La señorita Rigby esbozó una sonrisa comprensiva.

—Será un placer. Y yo soy Hester. Tu situación no es fácil, Anna. Vendré tan a menudo o tan poco como quieras.

Anna se sorprendió a sí misma diciendo:

—Agradecería tu compañía cuando tu madre pueda prescindir de ti.

Mientras Hester se marchaba, Anna apretó los labios para no decir nada más que pudiera parecer desesperación. Cómo echaba de menos a Phoebe.

CAPÍTULO ONCE



Harry se había ocupado de todos los detalles para el pobre señor Morris. Fue una misericordia para él, tal vez, dejar este mundo, pues llevaba tiempo sufriendo. Realizó la extremaunción, aunque no conocía al señor Morris lo suficiente como para estar seguro de su eficacia. El señor Morris no había puesto un pie en su iglesia desde que Harry había llegado a Avebury. Sin embargo, había pedido la extremaunción, y Harry no era de los que negaban el más mínimo acto de fe incluso al más indigno de sus feligreses.

Los ritos, la preparación para el entierro y otros detalles le habían llevado a Harry dos días. Por mucho que sus pensamientos estuvieran con la familia Morris y su sufrimiento, había un constante sentimiento de deseo por ver a la señorita Tunstall. Sin embargo, pasó su primera mañana libre atendiendo los cultivos junto a Tom para remover la capa de tierra por la excesiva cantidad de lluvia que habían recibido. Harry sabía que estaba haciendo lo necesario, pero sus pensamientos estaban fijos en cuándo podría liberarse para hacer una visita a la mansión Durstead. Justo cuando estaba trabajando la última hilera, el terrateniente Mayne cruzó el jardín para encontrarse con él. Aunque una visita normalmente habría sido bienvenida, Harry experimentó un instante de fastidio. No quería que nada entorpeciera su marcha.

El señor Mayne estuvo a punto de resbalar en el barro antes de enderezarse.

—Señor Aston, no me diga que tiene la costumbre de embarrarse así las manos.

Harry se apoyó en su azada y sonrió.

—¿Pensará lo peor de mí por ello? No, a decir verdad, sólo estoy aquí los días que considero que es una carga injusta para mis agotados sirvientes. Yo soy el único culpable si me niego a contratar suficiente personal para administrar cómodamente la propiedad.

Le sonrió a Tom, quien sólo había hecho una pausa en su trabajo para levantar su gorro ante el terrateniente. Tom realmente no sabía sonreír. Era uno de los objetivos de Harry para su rehabilitación.

—Bien, bien —respondió el señor Mayne—. Me agradan los caballeros que no temen trabajar. No he conocido a muchos —sin preámbulos, se lanzó al propósito de su visita—. He recibido una carta del señor Howe, el corredor. Ha habido otro robo cerca de Calne. Es el quinto desde que el carruaje de la señorita Tunstall fue el objetivo, pero esta vez ha habido un asesinato. Los bandidos parecen cada vez más temerarios —a la derecha de Harry, Tom dio un paso adelante, como si estuviera escuchando. Harry vio que había palidecido ante la noticia—. Esta vez los corredores encontraron una pistola grabada en la escena, y no pertenece al hombre que fue asesinado: un tal señor Thompson, que al parecer viajaba a Swindon cuando lo asaltaron. Le dispararon en el pecho —frunció el ceño y negó con la cabeza—. Espero que cuelguen a los responsables de esto —Harry dijo lo que correspondía, y el terrateniente continuó—. No sé qué

clase de descuido hizo que el bandido se diera a la fuga y se dejara la pistola. El caso es que los objetos de valor del hombre parecían seguir allí, y el señor Howe cree que el ladrón fue interrumpido. En cualquier caso, ahora los corredores tienen la pistola, y eso sin duda aporta algo de claridad al caso.

—¿A quién pertenece? —preguntó Tom. Las palabras parecieron salir solas. Harry lo miró sorprendido. No era propio de Tom hablar delante de gente a la que consideraba por encima de él.

—Fue fácil de identificar porque el fabricante del arma es local —dirigió el resto de sus palabras a Harry—. La pistola pertenece a un tal lord Ramsworth. Ah, sí —explicó—. Nuestro infame vizconde que no ha hecho nada por su hacienda ni por sus inquilinos, dejándolos en manos de un administrador ausente de modo que todo Haggle End se ha convertido en nada más que un hogar para la pobreza y el vicio —el señor Mayne frunció el ceño ante la perfidia de los administradores perezosos, y luego levantó la vista al darse cuenta de sus palabras—. Salvo tu presencia, Tom. Estás haciendo un buen trabajo aquí.

Tom murmuró algo ininteligible. Había vuelto a ser el criado tímido que no se atrevía a hablar.

Harry preguntó:

—¿Qué harán ahora los corredores? ¿Han hablado de sus próximos pasos?

—Planean investigar unos asuntos en Haggle End, me parece. Creo que se quedarán en esta zona para buscar pistas.

La noticia hizo reflexionar a Harry. Parecía lógico que los corredores concentraran sus esfuerzos aquí. Sin embargo, Harry había estado ayudando a algunas familias a pasar página, sobre todo a los más jóvenes. No quería que los agentes de la ley alteraran el precario equilibrio de redención y rectitud que estaba intentando conseguir.

—Le agradezco que haya venido a darme esta noticia personalmente —le dijo al terrateniente —. Es de verdadera importancia, ya que afecta a todo el pueblo.

El señor Mayne se aclaró la garganta. Era un hombre rudo poco acostumbrado a los sentimientos. Era una suerte que su esposa fuera lo bastante compasiva como para suavizar su carácter y lo bastante práctica como para que no le molestara su franqueza al hablar.

—No se me ocurriría mantenerle desinformado de lo que afecta a su parroquia. Apruebo lo que intenta hacer allí —con eso, el terrateniente le dio los buenos días y se marchó, levantando la mano a modo de saludo.

Harry entregó su rastrillo a Tom.

—¿Te encargarías de guardar esto por mí? Tengo que ir a un sitio, y se me hace muy tarde — se apresuró a entrar, pidiendo agua caliente, mientras tiraba de su pañuelo.



—El señor Aston ha venido a verla —anunció el mayordomo. Anna pensó que iba a llorar de alivio. Por fin había venido.

¿Qué le había pasado? ¿Iba a ser una victoria tan fácil? Y eso que pensaba que su corazón permanecería siempre intacto. Después de todo, los sentimientos más dulces no eran un componente necesario para un matrimonio brillante.

—Hazle pasar —le ordenó al criado, colocando su libro en el sillón a su lado.

Se puso de pie cuando el señor Aston cruzó la habitación para saludarla, cogiéndole ambas manos y preguntándole:

—¿Cómo está la señora Leatham?

Anna no reprendió su descaro ni se rio de su dramatismo como habría hecho con cualquier otro hombre, en privado, por supuesto. Sólo era consciente de la calidez que la inundaba al verle y de sus firmes manos cogiendo las suyas.

—Lo llevaré hasta ella —dijo, con una voz no tan firme como le hubiera gustado.

Lo condujo al salón matinal, donde Emily pasaba algunas horas al día porque estaba orientado al sur y lo inundaba la luz del sol.

—¿Ha llamado al médico? —preguntó el señor Aston mientras sus zapatos rozaban el liso suelo de madera.

Anna se detuvo y se volvió hacia él con los ojos muy abiertos.

—No se me había ocurrido llamar al médico. Debería habérseme ocurrido, ¿no? Se le ocurriría a cualquiera que tuviera al menos un mínimo de sentido común.

El señor Aston le ofreció una sonrisa en lugar de una reprimenda.

—No se enferma a menudo, ¿verdad? —cuando ella negó con la cabeza, añadió—. A la mayoría de las personas no se les ocurre llamar al médico cuando consiguen sobrellevar una enfermedad o un disgusto sin grandes complicaciones.

Anna dejó escapar un pequeño suspiro, mientras avanzaba de nuevo hacia la puerta del salón.

—En mi familia no me consideran muy útil en cuestiones prácticas. O es un prejuicio familiar muy arraigado, o realmente carezco de la habilidad. Pero siempre me ha parecido más fácil dejar que otros se ocupen de esas cosas si están tan decididos.

—Haré que el doctor Carson vea a Emily. Él puede determinar si el disgusto ha afectado a su hijo nonato de alguna manera —antes de que Anna pudiera girar el picaporte y entrar en la habitación, él le puso la mano en el brazo—. Ya lo he dicho, pero permítame que lo repita. La señora Leatham tiene suerte de tenerla aquí. Yo mismo elegiría semejante arreglo… si fuera una mujer —se apresuró a enmendar con lo que sospechosamente parecía un rubor.

El señor Aston se adelantó y abrió la puerta, luego retrocedió, probablemente al darse cuenta de lo inapropiado que resultaba hacerla entrar en una habitación donde una mujer estaba indispuesta, y en una casa que no era la suya.

Anna sintió la tentación de sonreír al entrar, pero le fue fácil desechar ese impulso. Sus palabras despertaron algo en su interior. Quiso reírse de él por su tendencia a prescindir de las formalidades de la alta sociedad, pero no pudo. Era demasiado sincero como para reírse de él.

—Emily, el señor Aston está aquí —lo guio hasta el sofá donde Emily estaba ahora sentada en lugar de acostada y vestida para recibir invitados.

El señor Aston no esperó la invitación de Anna, sino que se acercó y colocó una silla con diseño de celosía frente a Emily y tomó asiento.

—Señora Leatham, ha recibido usted una noticia impactante —comenzó con una amabilidad y madurez en su voz que no concordaban con sus rizos juveniles—. Me gustaría recordarle, sin embargo, que aún no hay nada confirmado sobre el paradero de su marido. Haré lo que pueda para ayudarla a fortalecerse para afrontar todas las eventualidades. ¿Se siente preparada para intentarlo? —los ojos de Emily se llenaron de lágrimas, pero asintió—. Bien —dijo, y juntó las manos como si se preparara para tomar cartas en el asunto—. Su prioridad debe ser el bebé que lleva en su vientre. Conozco su corazón demasiado bien como para dudar de que hará todo lo que esté en sus manos para traer a este niño al mundo sano y salvo. Creo que el doctor Carson me apoyará en esto, pero no querremos saber nada de ventosas o cualquier cosa que drene sus fuerzas. Tendrá que participar en todas sus comidas, aunque sólo sea un poco, y tendrá que caminar al aire libre. Últimamente hemos tenido un poco de sol, lo que seguramente ayudará.

Señorita Tunstall… —se volvió hacia Anna, quien había estado observando el efecto que sus palabras producían en su amiga. Emily empezaba a verse más viva, y una chispa de determinación apareció en sus ojos, los cuales antes sólo habían albergado oscuridad—. Procure que la rutina en esta casa se mantenga en la medida de lo posible, ¿quiere? Abra las persianas y deje que entre la luz del sol. Procure que las comidas tengan lugar a las horas habituales. Si no me equivoco, creo que ya está haciendo todo esto. Y si puede convencer a la señora Leatham para que la acompañe a pasear, por favor, hágalo.

—¿Si puedo? —dijo Anna, alzando una ceja y con una sonrisa en su rostro, pues empezaba a sentir que todo era posible.

Los ojos del señor Aston brillaron.

—No tengo ninguna duda de que será capaz de hacer cualquier cosa que se proponga —sin perder un segundo más, se volvió hacia Emily.

—En las Sagradas Escrituras hay tanto confianza como un tremendo poder, así que le recuerdo que no debe descuidarlas. Después de todo, soy su rector.

—Sí, señor Aston —respondió Emily, aunque su voz fue débil. Esta era otra faceta suya que Anna no conocía.

Anna no pudo tranquilizarse tanto como le hubiera gustado, pues parecía que, tan rápido como había llegado, la luz de la esperanza ya había empezado a atenuarse en los ojos de Emily. *¿Tan rápido? Qué frágiles criaturas somos los humanos*, pensó.

—Y permítanos escuchar que ha recuperado el humor y el optimismo. Usted es conocida por ello, señora Leatham. No se deje llevar por los problemas. Aún no conocemos el desenlace del viaje de Leatham, y cada día ya tiene sus propios problemas. Emily sonrió por primera vez en cinco días. Para sorpresa de Anna, sus ojos casi se llenaron de lágrimas sólo de verla. Parpadeó. ¿Cuándo se había vuelto tan llorona? El señor Aston se echó hacia atrás—. Podría… —vaciló, y Anna se preguntó qué podía resultarle tan difícil de decir. Aparte de la breve confusión que había mostrado antes de entrar en la habitación, siempre parecía saber qué decir en cada circunstancia —. Podría ser capaz de obtener más información sobre su marido. Tengo contactos en la marina. Escribiré a ver qué puedo averiguar.

—Eso me gustaría —susurró Emily.

¿Conexiones? ¿A quién podría conocer un párroco rural en la Marina Real?

El señor Aston no dio tiempo a Anna para seguir reflexionando. Se levantó y se inclinó ante Emily.

—No me extenderé demasiado en mi visita, pues sé que puede ser fatigoso recibir invitados. Sin embargo, prometo venir a menudo. Señorita Tunstall, ¿tendría la amabilidad de acompañarme a la salida?

Desde luego que sí. Después de no ver al señor Aston en absoluto estos últimos días, la fuerza de su deseo de pasar tiempo en su compañía la sorprendió. Caminaron hacia el pasillo y Anna, ansiosa por hablar de otra cosa que no fuera la tragedia potencialmente inminente de John Leatham, dijo:

—Así que su última temporada en Londres fue el año anterior a mi debut. De otro modo podríamos habernos conocido.

El señor Aston asintió.

—Podríamos haberlo hecho. Sin embargo, estaba ansioso por irme. Ya había empezado a buscar una oportunidad en el campo. El primer año cubrí una vacante en Bristol para un párroco mayor que deseaba recorrer Escocia mientras aún le quedaba algo de juventud. Después ocupé otro puesto temporal en Bath. Y cuando ese puesto llegó a su fin, me ofrecieron este. Me

considero muy afortunado por haberlo conseguido.

—¿No echa de menos Londres? —preguntó en un tono que esperaba no sonara demasiado intrusivo—. Al fin y al cabo, es donde ocurre todo. Es donde surgen las últimas ideas, donde hacen su aparición las últimas modas. Es donde se reúne la gente más interesante.

—En eso voy a tener que discrepar con usted —respondió cuando salieron a la luz del sol. La ayudó a bajar los amplios escalones con un leve toque en el brazo y la condujo por el sendero que bordeaba los jardines y que se cruzaba con la calle pública más abajo—. Cualquier cosa interesante que se desee aprender sobre la naturaleza humana se puede aprender tanto en una ciudad pequeña como en una grande. En un pueblo así se puede encontrar cualquier idea fresca o cualquier nueva forma de pensar. Sólo faltan modas, no ideas.

—Creo que aquí es donde *usted* se equivoca, señor Aston —dijo, preparándose para una batalla amistosa—. ¿Nuevas ideas? ¿Qué nuevas ideas pueden surgir de personas que sólo se reúnen con las mismas personas, que sólo ven las mismas caras? Es impensable. Por eso la vida en los pueblos es tan anquilosada —su provocación fue una broma, pero reconoció que le estaba retando a refutar lo que ella creía cierto.

—¿Y qué me dice de personas como la señora Mayne, la esposa del terrateniente, que sólo con leer *Practical Piety*, de Hannah More… puede poner los ojos en blanco, querida señorita Tunstall, pero ha leído usted el libro? Produjo en la señora Mayne la idea de comenzar una clase instructiva para las niñas de Haggle End, para enseñarles los deberes de una criada y que pudieran tener esperanza de empleo. De ahí surgió la idea del señor Mayne de abrir una escuela en los barrios más pobres del pueblo, donde el futuro de los niños es la pobreza, en el mejor de los casos, y el robo, en el peor. Así que sólo tuve que prestar mi ayuda, a mi llegada, a un proyecto que ya estaba muy avanzado. Le desafío a que encuentre a alguien tan inspirado por las nuevas ideas como la señora Mayne —le dirigió una sonrisa burlona.

—Y ella me dijo rotundamente que nunca había puesto un pie fuera de Wiltshire. Oh, puede que encuentre la teoría en Londres, pero no es probable que encuentre el corazón.

—Sí, he leído a Hannah More. ¿Quién no? —contestó primorosamente y con cierta ambigüedad. Las obras de la señora More sobre la caridad y la bondad la habían conmovido, pero no le gustaba admitirlo —continuó—. Que haya intelecto no significa que no haya corazón. La hermana de lady Raymond hizo lo mismo. Tal vez no una escuela, pero acogió a cinco niños cuyo futuro no era más prometedor que el de los ladrones de Haggle End. Se los entregó a su mozo de cuadra para que les encontrara empleo en cuanto tuvieran la edad adecuada y vigiló sus progresos. Ahora los chicos trabajan en otras tres casas además de la suya. Y debo recordarle que en Londres no es tan fácil encontrar sitio para alojarlos como en el campo, y sin embargo lady Raymond encontró la manera —el señor Aston se llevó las manos a la espalda mientras caminaban, con una sonrisa en la comisura de los labios que a ella le molestó. Probablemente estaba revelando más de lo que le gustaba sus opiniones sobre el tema de la caridad—. Además —continuó, obstinada—, lady Raymond detectaba en uno de los chicos una especial afinidad por los números, y no lo dejó al cuidado de los mozos de cuadra. Pensó que con un muchacho tan hábil podría hacer de él un administrador, o al menos un maestro de escuela que sirviera de inspiración a otros que vivían en asilos. Le desafío a que diga que no hay corazón en Londres.

Algo brilló en los ojos del señor Aston cuando se volvió hacia ella. ¿Un desafío? No, parecía más bien satisfacción, como si sólo le hubiera confirmado algo que él ya sabía de ella. La mirada atenta y la lenta sonrisa que le dirigió hicieron que el corazón de Anna latiera con fuerza.

—No me atrevo a oponerme a usted —dijo con suavidad—, pero también podría rebatirle diciendo que aquí, en el campo, el hecho de que haya corazón no implica que no haya intelecto.

La señora Mayne no produjo esta idea imitando a otros que hacen lo mismo. Llegó a esta idea benévola por sí misma, simplemente porque se inspiró en la literatura que leyó. Y es una mujer sencilla, aunque gentil, criada en el campo.

—Nunca dije que las mujeres de pueblo no tuvieran intelecto —dijo, deteniéndose frente a él.

—Pero lo pensó —Anna guardó silencio. No podía negar la verdad de sus palabras. El señor Aston la miró antes de avanzar. De alguna manera, sin que ella fuera plenamente consciente de ello, ya habían caminado cierta distancia y estaban casi en la vía pública—. Vamos. No es probable que nos pongamos perfectamente de acuerdo.

Anna necesitaba tener la última palabra para recuperar el terreno que sentía haber perdido en su amistosa discusión, aunque no hubiera podido decir si era la lógica lo que faltaba o las defensas que rodeaban su corazón.

—Creo que no estuvo en sociedad el tiempo suficiente como para haber visto la bondad en las personas de la alta sociedad y, como consecuencia, está decidido a vivir su vida recluido.

Le miró de reojo mientras caminaban, y el señor Aston frunció los labios en señal de reconocimiento, o al menos eso creyó ella. Esta conversación acabó con toda su complacencia. Anna sintió que le instaba a adoptar su punto de vista, pero ¿por qué iba a hacerlo? Él se detuvo y se volvió de nuevo, con sus ojos castaños fijos en los de ella.

—Señorita Tunstall, reconozco que no siento predilección por la sociedad y tengo, tal vez, prejuicios contra quienes sienten amor por ella. Sin embargo, tengo la esperanza de que mientras esté aquí vea un lado diferente de la vida en el campo que le dará un mayor gusto por ella. Hay algo en usted… —le cogió la mano y ella se sobresaltó al tocarla, a pesar de que llevaba guantes. Él era atrevido y ella no estaba acostumbrada a dejarse llevar de esa manera. Pero él no le dio la oportunidad de apartarse, porque simplemente le puso la mano en el brazo y siguió caminando. Al hacerlo, la acercó y sus pasos se acompasaron con naturalidad. Tanto sus palabras como el calor de su presencia a su lado rompieron las defensas de Anna—. Veo algo puro en usted, señorita Tunstall, por mucho que quiera convencerme de lo contrario. Usted no tiene la vanidad superficial de la alta sociedad.

—No me atribuya rasgos más elevados de los que poseo.

El señor Aston levantó la mano y negó con la cabeza.

—No. Hay en usted una profundidad que no suelo percibir en las mujeres que conozco en Londres. De hecho, en las mujeres que conozco en cualquier parte, ya sea dentro o fuera de la sociedad. Sólo me inspira un fuerte deseo de hacerla relucir.

Se detuvo y se volvió de nuevo hacia ella, clavado en su sitio. Permanecieron así hasta que pareció que Anna estaba cautiva. Ella no podía ordenarle que se alejara, ni podía volverse hacia la casa. Los ojos del señor Aston estaban a la altura de los suyos. Ahora era el momento de retroceder. De decirle que era un presuntuoso. De decirle que perseguía la presa equivocada.

No pudo decir nada, y el silencio se prolongó tanto que se volvió pesado con su proximidad. Temió que se besaran, y su corazón latió erráticamente cuando él le puso las manos en los brazos. En el momento en que dio un paso adelante, ella tomó aire como si este le faltara.

Él se apartó bruscamente y un carruaje apareció en la curva. La apartó de la carretera para dejarlo pasar. Se volvieron hacia la casa, en un acuerdo tácito, y mientras caminaban en silencio, una horrible sospecha se apoderó de Anna al reflexionar sobre el peligroso momento que había pasado.

No sólo había sentido miedo ante la idea de besar al párroco de Avebury y comprometerse a seguir un camino tan contrario a todo lo que ella apreciaba (el recuerdo de su aroma, la visión de su rostro acercándose, el calor de sus manos aferrándose a sus brazos, todo ello la tenía cautiva),

sino que, además de su desconcierto y consternación, la idea de besar al señor Aston la había entusiasmado.

CAPÍTULO DOCE



Harry no pensó en otra cosa que no fuera Anna Tunstall durante los dos días siguientes. Nunca, *nunca*, había estado a punto de hacer algo tan *inapropiado*, algo tan indecoroso como besar a una mujer a la vista de todos, ¡y a una mujer con la que ni siquiera estaba prometido! Aquello estaba fuera de lugar, y casi no podía atribuirse semejante cosa. *Excepto*, pensó con ironía, *que estabas parado justo ahí cuando ocurrió*. Tal vez no se apresurara tanto a moralizar la próxima vez que le ocurriera algo parecido a uno de sus feligreses.

Sin embargo, la atracción era demasiado fuerte. No había nada que hacer. Sólo tenía que convencer a Anna Tunstall de que ambos estaban hechos el uno para el otro y de que debían casarse. Sabía sin lugar a dudas que ella había sentido la misma fuerza del destino, aunque no le gustaba utilizar un término tan herético.

Entonces recordó sus palabras. *Creo que no estuvo en sociedad el tiempo suficiente como para haber visto la bondad en las personas de la alta sociedad y, como consecuencia, está decidido a vivir su vida recluido*. Aunque su afirmación demostraba lo poco que sabía acerca de él, había tocado una fibra sensible. No veía fácilmente el lado bueno de las personas de la alta sociedad y sí prefería vivir su vida recluido.

Se quedó con la mirada perdida en el libro abierto que tenía intención de estudiar sobre los primeros escritos de Clemente de Alejandría y finalmente lo cerró. Hoy no iba a poder concentrarse como debía, y decidió dirigirse al arroyo que bordeaba la propiedad de los Leatham. Le vendrían bien unos momentos de tranquila reflexión.

No tardó en adentrarse en el sombreado bosque y encontrar el puente de madera que unía las dos orillas del arroyo. Estaba vacío. Le sorprendió que Lewis y Jules hubieran obedecido su orden de no revelar su identidad, pero se alegró de que lo hubieran hecho. Tal vez suponían que ya todos lo sabían. Lo más probable es que pensaran que era una gran broma. La ventaja de que la señorita Tunstall no conociera su origen era que cualquier muestra de afecto o momento de complicidad significaba que lo que sentía por él no era por su papel en la sociedad.

No sabía cómo sus padres le habían transmitido tan pronto esa aversión por la nobleza. Lo único que sabía era que él no era como su familia. Nunca había sido como ellos. Tal vez fuera la influencia de su niñera, que vino a cuidarlo después de que Hugh se marchara a Harrow. La niñera Maggie había sido tan diferente de su madre: gentil y cariñosa y todo lo bueno. Fue ella quien le había hablado del gran amor de Dios y de su interés personal por el joven Harry.

Él sostiene la vida de cada persona, grande o pequeña, decía ella. Ella nunca buscó estar por encima de su puesto, pero este no podía contenerla. Había sido demasiado digna para su puesto, y Harry había sentido su pérdida profundamente cuando ella murió antes de que él hubiera dejado la escuela. Tal vez fuera la determinación de honrar su memoria, pero Harry había

cambiado para siempre por la huella que había dejado en su vida, y sólo podía estar agradecido por ello. Cuanto más observaba a la alta sociedad, menos le interesaba unirse a ella.

A pesar de las palabras de la señorita Tunstall, encaminadas a mantener la distancia entre ellos, o eso parecía, estaba seguro de que ella sentía algo cada vez que caminaban cogidos del brazo. ¿Eran imaginaciones suyas, o ella se acercaba más cuando caminaban por el camino compartido entre sus casas, un sendero que ya le resultaba familiar? Levantó la vista y respiró hondo. *¡Cómo sería verla aquí, en uno de mis lugares favoritos!*

La señorita Tunstall era ciertamente animada en sus debates, pero no carecía de sentido común ni de corazón. Tal vez no estuviera dispuesta a llegar tan lejos como para admitir la sabiduría de otro punto de vista, pero vio la inteligencia en sus ojos y supo que no estaba cerrada a sus ideas. Si tan solo pudiera ver alguna señal de que estaba interesada en algo más que simplemente ir de un lado a otro en la sociedad, se sentiría muy tranquilo y feliz. Tal vez fuera demasiado pedir saber cuál era la posición de su corazón con respecto a Dios. Si su corazón era bondadoso con los desfavorecidos y no despreciaba a los humildes y mansos, aún había esperanza para ella. El resto se resolvería solo.

Era hora de que regresara a la rectoría para ocuparse de sus asuntos, aunque estaba lejos de sentirse en paz respecto a la señorita Tunstall. Abandonó la verde quietud del bosque y se incorporó al camino público que conducía a su puerta, mientras su mente seguía dando vueltas. Hasta el momento, no había habido nada concreto que demostrara que su fe en la señorita Tunstall estaba justificada. No había habido nada más que una intuición y la firme creencia de que algo de verdad y bondad latía dentro de ella, que los propósitos de su corazón eran aguas profundas. Se aferraría a esa creencia hasta que le demostraran lo contrario. *Y seguiré buscándola para ver si puedo ganarme su corazón.*

Entró por la puerta y llegó a la parcela donde el fiel Tom estaba reparando la valla que rodeaba su huerto. Esa mañana ya se había ocupado del ganado. No se había arrepentido ni por un momento de haber contratado a Tom. Estaba seguro de que su propiedad nunca había tenido tan buen aspecto.

Se volvió hacia la casa. En cuanto entró, la señora Foucher salió a su encuentro.

—Señor, he estado pensando en algunas cosas.

En general, el acento de la señora Foucher era apenas perceptible, y Harry se olvidaba a menudo de su origen francés. Sólo la omisión ocasional de la *r* cuando estaba nerviosa o la pronunciación fuerte de las palabras que empezaban por *d* revelaban su origen. Parecía que todo lo que iba a decir la ponía nerviosa.

—¿De qué se trata, señora Foucher?

—Me gustaría visitar a la señora Leatham, si es tan amable. He hecho la cena por adelantado y tendré la comida en la mesa a tiempo, con su permiso.

—Por supuesto —frunció el ceño—. Espero no haberte dado nunca la impresión de que soy semejante ogro como para que no puedas tomarte un par de horas libres para ir a visitar a una vecina, especialmente a una en apuros.

La señora Foucher no le devolvió ni una fugaz sonrisa, y su acento se hizo menos pronunciado a medida que ganaba confianza.

—Creo que puedo aportar algún consuelo a la señora Leatham, pues yo he estado en la misma situación. Quiero animarla a que mantenga la fe y el ánimo. También quiero decirle que estoy dispuesta a ayudarla cuando llegue el momento de su parto, si lo necesita. El doctor Carson a veces está fuera visitando otros pueblos, y no me gustaría que se sintiera sola.

Harry había aludido al hecho de que consideraba la asistencia en el parto una tarea demasiado

delicada para que la llevara a cabo un hombre del clero, incluso uno formado como él. Los conocimientos de la señora Foucher eran valiosos, por joven que fuera, y él se alegraba de que le propusiera su ayuda.

—Exactamente. Debo decir lo afortunado que soy de haber contado contigo por recomendación, y así no haber tenido que ir a buscar a alguien que ocupara tu puesto. No se me ocurre nadie a quien preferiría tener como cocinera en mi casa. Y eso va más allá de las deliciosas comidas que preparas. Tu preocupación por los demás en Avebury es reconfortante para todos en el pueblo.

Sus palabras de aliento provocaron una inusual sonrisa y un rubor que resaltó una cicatriz a lo largo de una de sus mejillas. Ella le había dicho una vez que la cicatriz se debía a un accidente que había tenido en la cocina cuando era niña, pero no dio más detalles. Él se preguntaba si siempre había sido pinche de cocina, pero era tan reservada que no le gustaba preguntar. Y su instinto le decía que había recibido una buena educación, aunque fuera difícil percibirlo cuando hablaba en inglés. Había algo de refinamiento en ella.

—Es usted muy bueno, señor —entrelazó las manos delante de ella—. Me gustaría preguntarle algo, si me lo permite. ¿Me acompañaría a ver a la señora Leatham?

—Sí, si lo deseas. Pero no me necesitas para ser recibida. La señora Leatham no es en absoluto arrogante, y agradecerá tu compañía. Estoy seguro de ello.

—Tal vez sea incorrecto por mi parte —hizo una pausa y miró a Harry antes de apartar la vista hacia la entrada, donde el sol brillaba a través de los estrechos cristales a ambos lados de la puerta principal—. Me gustaría que escuchara lo que tengo que decir. Nunca he hablado de esto con nadie, y contar la historia me resulta doloroso —de nuevo, le dirigió esa mirada fugaz—. No deseo contar la historia dos veces, pero me gustaría que usted la escuchara como mi párroco. Quizá pueda tomarla como una especie de confesión, aunque no sea su práctica.

Harry se sintió honrado de recibir su confesión, ya que no sabía prácticamente nada de la señora Foucher, aparte de su país de origen. Se dirigió a la mesa auxiliar y recogió los guantes que había dejado allí.

—No necesitas decir nada más. Lo entiendo perfectamente. Permíteme que me cambie de abrigo e iré contigo.

La señora Foucher hizo una reverencia y se retiró, dejando a Harry con una mezcla de emociones. Lo único que deseaba era ver a la señorita Tunstall, y su cocinera le había proporcionado una excusa perfecta. Aunque temía molestar a la señorita Tunstall estando en su casa con demasiada frecuencia, era una tortura tener que esperar días enteros hasta que considerara oportuno volver a visitarla. Con un sentimiento cercano a la culpa, subió corriendo las escaleras y se cambió rápidamente de abrigo.

Cuando llegaron a la residencia de los Leatham, se sintió obligado a explicar su presencia a la señorita Tunstall cuando esta se acercó a recibirlos en la entrada.

—La señora Foucher ha decidido que le gustaría compartir su historia con la señora Leatham si no somos inoportunos —al mismo tiempo, añadió—. Me ha pedido que la acompañe también para escuchar su historia, pues sólo conozco muy pocos detalles.

La señorita Tunstall le dirigió una mirada de alivio que le reconfortó el corazón. *¡Se alegra de verme!*

—Vuestra visita es oportuna, ya que los ánimos de Emily están bastante bajos una vez más. No he sido capaz de animarla por mi cuenta, y creo que vuestra presencia será justo lo que necesita.

Su sonrisa era genuina, y provocó un estremecimiento en Harry. Qué agradable era verla

sonreír plenamente en lugar de verla levantar la ceja con la ironía habitual. Ella nunca había sido tan directa en sus palabras de aliento, y eso le dio motivos para albergar esperanzas.

—Estoy segura de que Emily os recibirá. Dejadme hablar con ella primero para estar seguros.

Harry la observó caminar hacia el salón. Parecía deslizarse más que caminar, pero había cierta energía en sus pasos. Aunque nunca mostraba una actitud que no fuera de gran ociosidad, estaba seguro de que lo hacía deliberadamente. Estaba igualmente seguro de que, si hubiera algo que hacer, ella no tardaría en hacerlo. Apartó la mirada de la puerta cerrada que daba al salón donde la señorita Tunstall había desaparecido y se volvió para ver a la señora Foucher observándole. Sintió que se ruborizaba ante su mirada. Sus pensamientos eran probablemente demasiado evidentes, y se sintió aliviado cuando la señorita Tunstall regresó.

—Por favor, seguidme. Emily os recibirá.

La señora Leatham seguía pálida cuando entraron en la habitación. Harry la saludó y luego preguntó:

—¿Ha venido el médico?

—Ha venido. Todo va bien —respondió la señora Leatham en voz baja. Eso parecía ser todo lo que diría sobre su estado, pero él se sintió satisfecho.

—Creo que ya conoce a la señora Foucher —dijo Harry, esperando a que la señorita Tunstall estuviera sentada antes de tomar asiento—. Ha pedido reunirse con usted, porque tiene algo importante que revelarle. También me ha pedido que permanezca en la habitación, si usted no se opone a la idea —buscó la confirmación de la señora Foucher, quien asintió.

La señora Leatham parecía aún más débil desde la última vez que Harry la había visto, y se preguntó si estaría comiendo. Aunque parecía costarle un gran esfuerzo hablar, dijo:

—Es muy amable por su visita, señora Foucher. ¿Podría quedarse también Anna con nosotros? Me temo que demasiado a menudo agobio su sensibilidad con mis oscuros pensamientos, y no quiero privarla de visitas. Pero, por supuesto, si cree que lo que tiene que decir es de índole demasiado privada, estoy segura de que ella lo entenderá.

La señora Foucher evaluó a la señorita Tunstall, quien le devolvió una tranquila mirada. Su cocinera debió decidir que había algo digno de confianza en ella, un sentimiento con el que él estaba muy de acuerdo, porque asintió.

—Puede quedarse.

La señora Foucher habló como si estuviera acostumbrada a dar órdenes ella misma, lo que hizo reflexionar a Harry. ¿Cuál era su pasado y por qué nunca se había percatado de ello? No estaba acostumbrado a verla en otro papel que no fuera el de sirvienta. *Por otra parte*, se reprendió a sí mismo, *un párroco no debe tener estos pensamientos*. Como la señora Foucher había huido a Inglaterra durante el breve Tratado de Amiens, ahora se le ocurría que podía descender de la nobleza para haber deseado huir del país.

—Le agradezco que me haya recibido hoy, señora Leatham. Sólo he venido a decirle que comprendo un poco su situación y quería exhortarla a ser fuerte.

La señora Foucher estaba sentada perfectamente erguida, con las manos entrelazadas sobre el regazo, y sólo la rigidez de su postura hizo que Harry intuyera la inquietud de sus pensamientos. Él había tomado asiento a cierta distancia, lo bastante cerca como para escuchar lo que se decía, pero lo bastante lejos como para dar cierta impresión de privacidad a la señora Foucher. Anna estaba sentada en el sofá junto a la señora Leatham, y su mirada fija en la señora Foucher era difícil de leer, aunque Harry estaba seguro de haber detectado compasión mezclada con curiosidad.

—Pertenezco a una antigua familia francesa —comenzó la señora Foucher—. Mi nombre es

Marie-Madeleine Catherine Anne de Vieuxchamps. Mi padre era vizconde en la región de Borgoña. Cuando Napoleón empezó a recuperar su poder en 1802, mi padre dijo que era hora de que nos marcháramos, pues pronto sería demasiado difícil hacerlo y demasiado peligroso quedarse. Se llevó a mi madre, a mi hermana, a mí y… *et bien*, también vino mi marido. Antoine era hijo de Joseph Foucher, un rico comerciante, y el nuestro era un matrimonio por amor —la sonrisa que se dibujó en sus labios hizo que pareciera una jovencita más que una mujer de treinta años—. Que mi padre lo permitiera escandalizó a todos menos a mí. A mi padre sólo le importaba que mi marido me quisiera, que protegiera mi corazón y… como dicen ustedes los ingleses, «me instalara con estilo». Antoine nos acompañó hasta la frontera de Calais. Conocía a suficiente gente en los muelles como para meternos a salvo en un barco con destino a Inglaterra. Pero, por precaución, nos embarcó en un balandro dirigido por contrabandistas, que no sería detectado por las autoridades inglesas ni francesas. Mi marido iba a comprobar un envío para su padre antes de reunirse con nosotros a tiempo para zarpar. Debí darme cuenta cuando no regresó enseguida —los ojos de la señora Leatham se llenaron de lágrimas de simpatía, pero la señorita Tunstall permaneció casi estoica. Harry sólo pudo detectar signos de emoción en el entrecejo fruncido. Su voz se quebró con las siguientes palabras—. Me dijo que debía ir, que existía la posibilidad de que lo retuvieran y no llegara a tiempo antes de que zarpáramos, y que yo debía partir con mi familia, aunque él no estuviera allí. Él se reuniría conmigo después, y yo debía esperarle en Londres. Como seguramente habrán adivinado, Antoine no vino aquella noche. Así que le obedecí y me quedé en el barco con mi familia, y zarpamos. La ruta no fue directa, pues tuvimos que desembarcar en un lugar escondido de la costa de Inglaterra en lugar de tomar el camino más corto hacia Dover. Estuvimos juntos en el barco con los demás marineros hasta altas horas de la madrugada, y me di cuenta de que algunos de ellos habían empezado a temblar con una fiebre que más tarde supe que era viruela —sus palabras parecían atascarse en su garganta, y apretó los labios antes de continuar—. Cuando llegamos a la costa, buscamos refugio, pero no lo encontramos. Mi familia y yo nos metimos en graneros para pasar las noches mientras nos dirigíamos a Londres. En quince días, mi hermana y mis padres también temblaban de fiebre, y las temidas manchas aparecieron poco después. No sé por qué yo me salvé. Supongo que el único consuelo fue que, para entonces, habíamos encontrado un granero que no estaba siendo utilizado y, por lo tanto, no nos echaron de él como en otros lugares —su voz era firme, como si quisiera ahuyentar el dolor—. Dos semanas después, estaban todos muertos. Los enterré sola en un campo abandonado, cavando las tumbas con una hoz rota que quedaba dentro del granero —no se detuvo. Era como si, habiendo mostrado su debilidad a través de las lágrimas una vez, no quisiera volver a hacerlo—. No habíamos previsto qué hacer cuando llegáramos a suelo inglés, y no teníamos contactos. Habíamos contado con Antoine para eso. Aquellos contrabandistas no eran tan leales a Antoine ni a nuestra causa como él creía, pues nos habían despojado a punta de navaja del dinero y las joyas que teníamos en nuestro poder antes de dejarnos en la costa. Sola, deambulé de pueblo en pueblo hasta que encontré una familia lo bastante amable como para acogerme. No había aprendido nada de inglés mientras crecía, pero esta familia sólo me mostró amabilidad —su mirada se detuvo un momento en Harry—. Por suerte para mí, había pasado tiempo en las cocinas de casa porque el chef siempre estaba haciendo *petits-fours* y otros dulces para tentarme. Tuve tiempo de observar su habilidad, y la buena mujer inglesa me enseñó todo lo que sabía. Aprendí a cocinar con ella e incluso me formé como comadrona a sus órdenes. No podía quedarme con ella en Stockwell. Necesitaba ir a Londres, donde Antoine pudiera encontrarme —bajó su mirada hacia sus manos—. Esperé en Londres durante seis años —Harry asimiló los detalles de su historia en silencio. Se preguntó si esto sería útil para la señora

Leatham. ¿No sería otra triste historia que acabaría con cualquier esperanza? Pronto tuvo la respuesta, porque la historia de la señora Foucher no terminaba ahí—. Cuando salí de Francia, estaba embarazada. Nunca enfermé, y no sé si la viruela había logrado llegar al bebé sin que yo enfermara o si fue simplemente el peso de mi tristeza, pero en el cuarto mes de mi embarazo, una semana después de haber enterrado a mi familia, di a luz prematuramente a un niño —ante estas palabras, la señora Foucher dio por fin rienda suelta a sus emociones y se llevó las manos al rostro y lloró. La señorita Tunstall fue a sentarse junto a ella y la rodeó con el brazo. Cuando la señora Foucher se hubo secado los ojos con el pañuelo que Harry le había entregado, dirigió una mirada de súplica a la señora Leatham—. Se lo ruego, sea fuerte por el bien de su bebé. He perdido a mi marido y no tendré otro. No *aceptaré* a otro. Pero cómo he deseado, todos estos años, haber tenido a mi hijo. Aún no sabe qué ha sido de su marido. Todavía hay esperanza. Para mí, han pasado diez años y puedo decir que no hay ninguna esperanza. Por eso le pido que sea fuerte por el bebé que está creciendo dentro de usted, para que sea un consuelo sin importar lo que venga.

La señora Leatham lloró junto a la señora Foucher, y cuando la historia llegó a su fin, la señora Leatham secó sus propias lágrimas.

—Me tomaré sus palabras a pecho —dijo, con una voz llena de emoción—. Gracias por compartirlas conmigo —este vínculo común era todo lo que necesitaban las dos mujeres para entenderse perfectamente.

La señora Foucher se levantó y Harry también lo hizo.

—Acompañaré a la señora Foucher a casa —dijo él. Pensó que podría necesitar hablar más sobre lo que había revelado.

Sin duda había dado una perspectiva diferente de su situación. Por supuesto, eso significaría marcharse sin haber intercambiado ni una sola palabra en privado con la señorita Tunstall, pero tenía que estar allí para la señora Foucher.

—Iré sola a casa —dijo, como si hubiera percibido sus pensamientos—. Puede quedarse si lo desea.

Y allí estaba de nuevo esa confianza que nunca antes había visto en ella, pero que notaría a partir de entonces. Se preguntó si su elevado estatus era algo que debía abordar y buscó las palabras para hacerlo.

—En ese caso, si me lo permiten —dijo Harry, dirigiéndose a las otras dos mujeres—, acompañaré a la señora Foucher a la puerta y volveré para una breve visita.

La señorita Tunstall levantó la mirada para encontrarse con la de él y asintió.

Mientras acompañaba a su cocinera de larga estirpe de noble sangre francesa hasta la entrada principal, dijo con una pequeña sonrisa:

—Tal vez no deberías trabajar para mí. Quizá yo debería trabajar para ti.

La señora Foucher negó con la cabeza.

—Creo que sé quién es usted mejor que la mayoría —dijo, y sus palabras le dejaron sorprendido. ¿Cuánto sabía?

Cuando estaba a punto de salir, Harry no pudo evitar hacer la pregunta que llevaba rondando por su cabeza desde su «confesión».

—Me gustaría saber por qué solicitaste mi presencia para contarle tu historia a la señora Leatham. Después de todo no ha habido una gran confesión. Aunque me alegra conocer tu historia, casi he sentido que me entrometía en tus pensamientos personales, pues no era necesaria una confesión de pecado.

—Oh, pero ha sido una confesión —dijo mientras apretaba sus labios, su firme mirada

encontrándose con la de él—. Confieso el pecado de orgullo por querer que sepa que, aunque trabajo para usted y seguiré haciéndolo con gratitud, en otra vida no habría sido así.

Con estas palabras, la señora Foucher se dio la vuelta y caminó por el sendero hacia la rectoría.

CAPÍTULO TRECE



Anna, aliviada al saber que el señor Aston regresaría y traería un respiro a su día, examinó el rostro demacrado de Emily.

—Ha sido una gran historia —dijo, deseando que su amiga dijera lo que sentía.

Emily la miró fijamente y luego se volvió hacia delante sin responder. Anna sintió que su corazón se estremecía. ¿Acaso la historia de la señora Foucher no la había afectado en lo más mínimo? Cuando el señor Aston se reunió con ellas, habló de cosas sin importancia, pero Anna pensó que observaba a Emily más atentamente que de costumbre. Y de vez en cuando, sentía el peso de su mirada sobre *ella*.

Finalmente, él se levantó.

—No deseo prolongar mi visita si necesita descansar, señora Leatham.

Anna estaba lista para levantarse de la silla.

—Le acompañaré a la salida —ninguno dijo nada mientras sus pasos resonaban en el pasillo y caminaban hacia el sol, por el camino de guijarros de la entrada. Ella sintió la tentación no sólo de pasear por los jardines con él, como parecían haber adquirido la costumbre de hacer, sino de seguir caminando y no regresar a aquel melancólico hogar al que había prometido entregarse durante varias semanas, como mínimo. La pilló por sorpresa ese deseo de buscar la compañía de un hombre que seguía siendo prácticamente un desconocido cuando nunca había tenido el más remoto deseo de hacerlo en el pasado. Pero en cualquier caso, además de ser imposible, ¿qué iba a hacer? ¿Seguirle a casa? Le había dado su palabra a Emily.

Se detuvo en seco cuando el camino se cruzó con el verde césped y se volvió hacia el señor Aston. Al menos podía desahogarse.

—Ha sido como si Emily no hubiera escuchado nada de lo que dijo la señora Foucher —él se volvió, y allí estaba de nuevo la atenta mirada de sus ojos brillantes sobre los de ella—. Uno pensaría que Emily *haría* algo, que se levantaría —continuó, sabiendo que estaba siendo injusta. Sin embargo, se sentía aplastada por la tarea imposible de tener que levantar el ánimo de Emily cuando había pocas esperanzas. Aun así, no podía soportar el suspenso, la espera, la inactividad —. Después de todo, *Emily* no ha perdido a toda su familia, y aún existe la posibilidad de que su marido esté vivo. El doctor Carson dijo que su bebé parece estar perfectamente sano. Y sin embargo, ella se queda ahí sentada —estas últimas palabras fueron casi un sollozo de frustración.

El señor Aston cogió su mano entre las suyas, con una mirada escrutadora y llena de comprensión. No la había juzgado, aunque se lo merecía. Los días de intentar ser fuerte por Emily habían agotado su compasión hasta tal punto que sus fuerzas estaban a punto de romperse.

—Cada corazón conoce su propia amargura —apretó su mano, y a Anna le habría parecido una presunción si eso no la hubiera reconfortado. Estuvo atenta a sus siguientes palabras—. Creo

que ha tenido mucho que soportar últimamente, señorita Tunstall, y no es fácil ser paciente en esos casos. Ninguna persona reaccionará a la preocupación, a la pena o incluso a la alegría de la misma manera que otra. No podemos pedírselo a nadie más. Sólo somos dueños de nuestro propio corazón —le cogió la mano más tiempo del debido y parecía querer decir algo más. Pero al final, la soltó y dio un paso atrás—. Los Rigby darán otra fiesta mañana, y supongo que habrá recibido la invitación. Ya que su última fiesta fue un éxito —esbozó una sonrisa irónica y murmuró—. O son bastante decididos…

Anna no supo a qué se refería. ¿Es que estaban decididos a conseguir a uno de los caballeros londinenses para sus hijas (y sir Lewis era un barón, nada menos) o era para conseguir al párroco local?

—¿Avebury está tan escaso de gente que sólo los Rigby pueden ser anfitriones? —preguntó, procurando mantener su voz ajena a la crítica que estaba tentada de insinuar en su pregunta.

—No hay muchas familias. Los Mayne podrían serlo, supongo, pero la señora Mayne no tiene ninguna pretensión y no suele hacer invitaciones por miedo a que la gente desprecie sus sencillas cenas. Los Leatham ofrecieron tantas cenas como les permitió la agenda de John hasta que se hizo de nuevo a la mar. Los Allinthridge organizarán una cena dentro de una semana. Contribuyen a la sociedad, pero prefieren dejar la carga de ser anfitriones a los más jóvenes. Como ve, tenemos suerte de que los Rigby hayan asumido el papel —Anna comprendió lo que decía y se preguntó si la señora Mayne la consideraría a *ella* una de esas personas que desprecian las sencillas cenas del terrateniente, cuando el señor Aston continuó.

—Espero que pueda ir. Me gustaría mucho verla allí.

Anna levantó la mirada hacia él.

—No lo sé. No puedo dejar a Emily.

El señor Aston estaba considerando esto cuando un brillo apareció en sus ojos.

—Podría ser muy inapropiado, pero puedo preguntarle a la señora Foucher si estaría dispuesta a venir a hacerle compañía a la señora Leatham. Tal vez si ambas partes están de acuerdo, *yo* podría acompañarla —seguramente él sabría que acompañarla solo levantaría demasiadas especulaciones. Parecería como si estuvieran comprometidos. Anna se quedó paralizada. *¿Acaso estaba planeando…?* Sin esperar su respuesta, el señor Aston negó con la cabeza y sonrió—. Sería demasiado inapropiado —admitió—. Pero no perderé la esperanza de verla allí.

Anna trató de discernir sus sentimientos ante la persistencia de su atención. Lo máximo que pudo deducir fue que no estaba del todo segura de oponerse a ella.



AL DÍA SIGUIENTE, Emily sorprendió a Anna desayunando en la planta baja y anunciando su intención de visitar a la señora Mayne esa tarde.

—Emily —respondió Anna, con los ojos muy abiertos—. Estoy dispuesta a apoyarte en cualquier iniciativa que te ayude a recuperar el ánimo, pero llevas varios días comiendo muy poco. ¿Querrías empezar dando un pequeño paseo por el parque?

—Debo salir de Durstead —dijo en un tono que sonaba tan parecido al de antes que Anna no supo si alegrarse o preocuparse de que su amiga hubiera perdido la cabeza—. Ya hemos recorrido bastante los jardines y es hora de demostrarle a John qué clase de esposa tiene. Después de todo, si flaqueas en tiempos difíciles, ¿qué tan pequeña es tu fuerza?

Anna cerró la boca, ya que inconscientemente la había abierto por la sorpresa.

—Entonces estoy dispuesta a ir contigo —dudó antes de levantarse de la mesa—. ¿El doctor está seguro de que puedes cabalgar?

—El doctor Carson dijo que lo más importante era mantenerme animada a través de cualquier medio necesario. Dio su aprobación para paseos cortos en carruaje si no soy yo quien conduce. Al principio había hablado de ventosas, pero cuando mencioné que el señor Aston no lo había considerado necesario, cambió de opinión, aunque no lo creas. Un médico que escucha a un párroco.

Anna le siguió el juego, aunque se sentía como si estuviera viviendo en un sueño después de quince días de mantener conversaciones con nadie más que con ella misma.

—Estoy agradecida por ello. ¿Ventosas? Por favor. No creo que te haga ningún bien debilitarte aún más. Y podría hacer que enfermaras.

—Tú debes saber lo que es mejor, por supuesto —respondió con una falsa mansedumbre— Ojalá los médicos te hicieran caso.

—El sentido común es un don, no se enseña —se acercó y le dio a Emily un cariñoso beso en la mejilla. Mientras su amiga pareciera volver a ser la de antes, Anna no haría nada por impedirlo —. Y veo que abundas en sentido común, así que pongámonos en marcha antes de que este desaparezca.

Emily no había pensado en informar a Anna del propósito de su visita hasta que estuvieron a punto de llegar, pero la reunión estaba contemplada para continuar trabajando en los proyectos comunes necesarios para la escuela que se establecería en la comunidad pobre de Avebury. Cuando llegaron a la casa de los Mayne, Hester y, para sorpresa de Anna, Marianne ya estaban en el salón junto con la señora Mayne, cosiendo delantales para sus futuras criadas en formación. Anna no había visto a Marianne desde la última fiesta, ya que había optado por perderse la misa del domingo para poder quedarse con Emily. Antes de que ambas se sentaran, la razón de la presencia de Marianne se hizo evidente.

—Sir Lewis. El señor Cranfield —anunció el eficiente criado de los Mayne. Anna estaba tratando de comprender qué podía llevarlos a visitar a la esposa de un terrateniente local cuando de pronto los ojos de Hester se iluminaron y se puso de pie para recibirlos como si se tratara de su propio salón, antes de volver a tomar asiento de forma un tanto brusca. Entonces, lo entendió. Anna miró a sir Lewis y creyó ver algo parecido a lo que vio en la mirada de Hester.

Me he perdido algo, pensó.

La señora Mayne invitó a los dos caballeros a sentarse, diciendo que estaban a punto de tomar el té, pero que les traería algo más fuerte si lo preferían. Sir Lewis dijo que el té le sentaría muy bien, y el señor Cranfield hizo una pequeña reverencia mientras tomaba asiento junto a Marianne.

La puerta volvió a abrirse, y esta vez el criado anunció al señor Aston. Anna levantó la mirada para ver cómo saludaba a la anfitriona, y luego apartó la vista rápidamente antes de que él pudiera pillarla. Su corazón latía de forma extraña. ¿Tomaría asiento junto a ella? Alisó el delantal que tenía sobre el regazo y sus dedos temblaron ligeramente al enhebrar una aguja.

Emily se había instalado cómodamente y había empezado a hablar con Hester mientras sir Lewis tomaba asiento. Cuando la señora Mayne volvió a sentarse, sir Lewis mantuvo una conversación con su anfitriona mientras lanzaba miradas subrepticias a Hester. Anna no deseaba llamar tanto la atención por la consideración que le dedicaba al señor Aston, así que agachó la cabeza y se concentró en el proyecto a pesar de que no le gustaba nada la idea de coser.

Marianne habló por encima del señor Cranford en voz baja, llena de una preocupación afectuosa que no engañó a Anna en lo más mínimo.

—Es una maravilla ver por fin a la señora Leatham aquí. Tengo entendido que ha habido algunos problemas con su marido.

—No hay nada seguro con respecto al capitán Leatham, y debemos esperar lo mejor —Anna despreciaba las cursilerías, pero prefería ofrecerlas a discutir la vida íntima de su amiga en compañía.

Marianne hizo otro intento.

—Nuestra cena es esta noche. No hemos recibido su confirmación, pero no es demasiado tarde si desea venir. Todos en Avebury asistirán. ¿No es así, señor Cranfield?

Después de recibir su aquiescencia, Marianne se volvió hacia Anna y le susurró:

—Tengo entendido que no ha salido desde que Emily ha estado indispuesta, pero tal vez esta noche pueda asistir.

Anna se arriesgó a mirar al señor Aston y descubrió que la estaba mirando. Él le guiñó un ojo discretamente, lo cual a ella le pareció demasiado atrevido por su parte, aunque estuvo tentada de responder con una sonrisa. El señor Aston siempre se tomaba libertades, y ella debería ponerles fin, excepto que con él no se sentían como libertades.

—Todavía lo estoy considerando —le dijo a Marianne—. Todavía tengo que ver cómo podría llegar. Es posible que vaya con un criado.

No hizo más promesas. Para su alivio, la señora Mayne pidió la atención de todos.

—Todos estamos aquí por una razón, pero cuánto deseen participar depende enteramente de ustedes. Las mujeres tienen proyectos de costura para los delantales de las niñas, los cuales pueden terminar en casa. En cuanto a los hombres, si no les importa trabajar como campesinos un rato, se encargarán de atar estos fardos de papel y de hacer pilas con los suministros que hemos conseguido para cada niño. Les agradezco su ayuda, y como el trabajo de los hombres no debería llevar demasiado tiempo, esperaré hasta que hayamos terminado para ofrecerles los refrigerios.

La conversación derivó hacia el murmullo de la charla ociosa mientras cada uno se centraba en los proyectos que tenía entre manos. El señor Cranfield captó la atención de Marianne, como Anna estaba segura de que ella deseaba que hiciera. Eso permitió que el señor Aston pudiera cambiarse a un asiento no muy lejos de Anna y dijera con una sonrisa burlona:

—Es una suerte que sea a usted a quien se le asigne la tarea de coser, porque estoy seguro de que yo me haría un lío.

—No estoy segura de que mi intento sea mucho mejor. Mis puntadas nunca han suscitado el menor elogio —centró su atención en la puntada que intentaba dar, pero podía sentir el peso de su mirada.

—Podría ayudarme a apilar estos montones y atarlos con cordeles —ella percibió la burla en su voz y apretó los labios.

—No me atrevo a arriesgarme a ser criticada —respondió primorosamente—. Como todas las mujeres están cosiendo, debo contribuir con mi granito de arena, por pobre que sea.

Marianne no paraba de charlar a su izquierda, y Emily conversaba tranquilamente con Hester. Anna se alegró de ello, pues Emily necesitaba otra compañía que no fuera ella. No siempre era la más paciente con el sufrimiento de su amiga, sobre todo por la frustración de no poder hacer nada para aliviarlo, pero quería de verdad a Emily. Tras aquella respuesta inicial a la llegada de sir Lewis, Hester no volvió a dirigirle la palabra, pero Anna lo pilló más de una vez dirigiéndole discretas miradas.

—¿Ha considerado más la posibilidad de asistir esta noche? —la voz del señor Aston, más tranquila que de costumbre, llegó a sus oídos—. Estoy seguro de que será demasiado para la

señora Leatham, pero la señora Foucher dijo que está dispuesta a hacerle compañía para que usted pueda venir —sus orejas se pusieron rojas—. Pensó que podría necesitar un poco de diversión después de hacerle compañía a Emily toda la semana.

Anna prefirió ignorar el hecho de que el señor Aston y la señora Foucher habían hablado de su situación.

—Emily me instó a ir cuando fuimos de paseo esta mañana. Ni siquiera pensé que había leído sus invitaciones —se encontró con su mirada y añadió—. Creo que asistiré y llevaré a una de las criadas de Emily a cambio.

Cuando Anna vio que la noticia le había complacido, volvió a bajar la mirada hacia su tela, y los latidos de su corazón se aceleraron. Parecía no poder soportar encontrarse con su mirada sin que esto pasara, y eso estaba resultando perjudicial para su tranquilidad.

Por el amor de Dios, soy tan boba como una niña, pensó, molesta consigo misma.

CAPÍTULO CATORCE



Aquella noche, Anna puso especial cuidado en su aseo personal y quedó satisfecha con el resultado de su peinado. Normalmente evitaba los rizos cortos que enmarcaban su rostro y que estaban tan de moda en Londres, prefiriendo un aspecto más austero, más apropiado para alguien que disfrutaba de una pretensión lamentable. Para la ocasión, dejó que la criada de Emily la peinara con un estilo más relajado. El aire veraniego era fresco, y se puso su spencer de color junquillo para cubrirse el cuello y mantener el calor.

Era extraño subir al carruaje sólo con una criada, con la que, por supuesto, no se podía especular sobre el entretenimiento de la noche. Peggy era refinada y estaba bien preparada, a diferencia de Beatrice, pero Anna no podía compartir nada más que simples banalidades con una criada. Volvió a preguntarse qué habría sido de la mujer que la había acompañado desde Londres. Nadie merecía un maltrato como el que Beatrice parecía haber recibido, y esperaba que de algún modo hubiera escapado.

También echaba de menos la presencia de Phoebe, y estaba aprendiendo que ni siquiera una amiga podía reemplazarla. Como gemelas, era natural que fueran inseparables, y Anna había supuesto que quedarse con Emily sería algo muy parecido. Andarían de un lado para otro, intercambiando cotilleos y riéndose de sus semejantes. Qué equivocada estaba.

Miró fijamente el asiento vacío que había frente a ella en el carruaje. A pesar de sus sentimientos, tuvo que admitir que nada le habría impedido perder la oportunidad de volver a ver al señor Aston. *¿Me estoy enamorando?* Sabía la respuesta, y le asustaba que no le importara. Tal vez había algo a favor de caer en el anonimato y pasar a formar parte de la sociedad de un pequeño pueblo donde una sólo tenía que vivir una vida tranquila y mirar todos los días unos ojos tan francos y risueños como los de él.

Cuando llegaron, Anna entregó su spencer a una sirvienta, y Peggy fue a reunirse con los demás en el piso de abajo. Estaba contenta, pues eso significaba una noche de entretenimiento para ella también. Anna fue directamente a saludar a los Rigby antes de dirigirse a los Allinthridge y los Mayne, quienes también habían sido invitados. Puede que la señora Mayne no quisiera ser la anfitriona, pero la familia era lo bastante refinada como para ser invitada.

George Mayne, a quien Anna había visto reír y divertirse con otros caballeros de su edad en las dos ocasiones en que se habían visto, estaba de pie en un rincón, con los brazos cruzados, mirando con el ceño fruncido al señor Cranfield. La imagen no pudo sino divertir a Anna, aunque no lo demostró. George superaría pronto su primer amor y, con suerte, encontraría una mujer más digna de él. Cuanto más observaba a Marianne, más convencida estaba de que la mujer era una ligona empedernida. Debe de ser una pesadilla tenerla como hermana, pensó, mirando a Hester, quien, habiendo observado a George, avanzó en su dirección.

—Ahí está.

Anna se volvió hacia la voz con una sonrisa. El señor Aston había llegado, vestido con esa sencilla elegancia que uno sólo podía admirar. ¿Cómo podía un párroco rural tener una confección tan excelente? Ningún hombre en Londres podía igualarlo en cuanto al corte de su abrigo y la forma en que su ropa moldeaba su físico. Su rígido pañuelo blanco atado con suma elegancia sólo servía para realzar su fuerte mandíbula, dientes blancos y ojos brillantes.

—Aquí estoy —dijo mientras sonreía—. Creo que Peggy se alegró de tener una excusa para acompañarme y poder reunirse con los demás criados. Me hizo saber que su prima estaría abajo y la presentaría a las demás.

Se pararon cerca de uno de los rincones del fondo. El aire fresco entraba por una ventana abierta, y su pequeña distancia con respecto a la multitud daba un carácter de intimidad a su conversación.

Aunque no había mucha gente cerca, el señor Aston se acercó a ella y se inclinó para preguntarle:

—¿Me haría el honor de bailar conmigo la siguiente pieza y reservarme también la última?

Anna sabía que su corazón estaba en peligro. Nunca una petición de baile había tenido tanto significado para ella. Nunca había buscado la mirada de cierto caballero en un salón de baile lleno de personas, sólo para sentirse aturdida cuando él apareció de pronto a su lado. Su amistad había crecido, y parecía apresurarles hacia algún tipo de compromiso, sin que ella ni siquiera hubiera escrito a su hermana sobre cómo se sentía. Sólo le había mencionado en la primera carta que envió. Tal vez la segunda revelara algo más.

—Puede tener ambas —dijo, correspondiéndole con una sonrisa. Todo esto no era propio de ella.

Mientras esperaban a que comenzara el primer set, el señor Aston preguntó:

—¿Cómo dejó a la señora Leatham?

—El esfuerzo de la visita matutina la agotó, como sabía que ocurriría —respondió, con la mirada fija en las parejas que se movían frente a ella—. Pero no creo que su ánimo haya decaído por ello. De hecho, creo que la dejé mucho mejor de lo que ha estado desde que recibió la carta.

El señor Aston asintió, satisfecho.

—Como prometí, he enviado una carta a Londres para ver qué puedo averiguar sobre el paradero de Leatham.

Con una referencia tan directa, Anna tuvo que satisfacer su curiosidad.

—¿A quién conoce tan bien en la Marina Real como para recibir información de una situación tan delicada? No es común que alguien tan alejado de la alta sociedad tenga este tipo de conexiones.

—¿Le parezco tan alejado de la sociedad? —le dirigió una rápida mirada de sorpresa que le hizo parecer más arrogante de lo que ella estaba acostumbrada. Su corazón latió lentamente. También le gustaba este lado de él—. Fui educado en Harrow y Oxford.

Anna sintió que lo había ofendido o, quizás, que había herido su orgullo.

—No me refería a estar por debajo de la sociedad —corrigió—. Me refería sólo a la distancia. En la mayoría de los casos, para estar al tanto de lo que ocurre, hay que estar en Londres. Por eso siempre deseo estar allí. No soporto que haya alguna novedad de la que no sepa nada.

El señor Aston no comentó nada acerca de este último pensamiento, el cual ella no había tenido la intención de expresar en voz alta. Más tarde se preguntaría si él sabía lo difícil que era para ella considerar siquiera una relación con él.

Se limitó a responder a su pregunta.

—Es una conexión de mi padre —con eso, Anna tuvo que asumir que su padre residía en Londres y tal vez conocía a alguien que tenía contactos en la marina. Dios, qué hombre tan reservado, a pesar de su carácter franco y despreocupado.

Ocuparon sus lugares en la pista y bailar con él hizo que su corazón vibrara como nunca antes lo había hecho. Sus movimientos eran elegantes y sencillos, pero lo que le llegaba al alma era la forma en que la sujetaba, con esa fuerza deliberada. El señor Aston sabía lo que quería y, aunque era compasivo, no era débil. Anna nunca había conocido a nadie como él, y parecía que su corazón no podía resistirse a aquella potente combinación.

La velada transcurrió con rapidez, y Anna se esforzó por no mostrar demasiada predilección por el señor Aston para evitar habladurías, pero no fue fácil. Después de bailar un set con él, se dedicó a sonreír con la misma generosidad a los demás caballeros que la invitaban a bailar, incluso al joven George Mayne.

Al final del baile, George, presa de un exceso de nervios, le pisó el dobladillo del vestido, provocando un pequeño desgarro. Como él no se dio cuenta y ella no quiso mortificarlo, Anna hizo una reverencia y le dio las gracias por el baile, diciéndole que había prometido hablar con la señorita Rigby para que no tuviera que llevarla a la mesa de refrigerios. Fue la única excusa que se le ocurrió. Afortunadamente, Hester no estaba a la vista en ese momento, por lo que pudo aparentar que la buscaba.

Anna se escabulló a una habitación oscura y silenciosa apartada del pasillo. Se dirigió al rincón con ventana, donde entraba suficiente luz procedente de la luna y de los faroles que se habían encendido en el jardín. Había un asiento acolchado en el alféizar, y agradeció tanto la calma como la oportunidad de no estar de pie. Con el pequeño costurero que llevaba en su reticule, arregló el dobladillo.

Supuso que podría haber dejado la rotura y que nadie se daría cuenta, pero prefería no ser descuidada de ninguna manera. Y siempre existía el riesgo de que el desgarro empeorara y, por tanto, se hiciera visible. Cuando hubo terminado de coser el dobladillo y todo estaba en orden y a su gusto, volvió a guardar el costurero en la bolsa de tela y regresó a la puerta. Estaba a punto de coger el picaporte para salir cuando escuchó la voz de Marianne Rigby al otro lado de la puerta.

—¿Cómo es la señorita Tunstall en Londres, entonces?

Anna dio un rápido paso atrás. No había hecho nada malo, pero no le gustaría que la pillaran sola en una habitación cerrada a los invitados. Ahora estaba atrapada dentro mientras Marianne y quienquiera que fuese decidieran quedarse.

La voz frívola del señor Cranfield llegó hasta ella.

—Es una mujer muy bien parecida. Por supuesto, no es tan vivaz y encantadora como usted, señorita Marianne.

Hubo una pausa, y Anna sólo pudo imaginar qué flirteo estaba empleando él en ese momento. Dio unos golpecitos con su pie, deseando que la pareja se marchara. No podría salir de su santuario mientras estuvieran delante de la puerta.

—Bueno, no veo que sea tan bonita. Hester me dijo que la señorita Tunstall es considerada muy ingeniosa, pero yo no veo cómo puede ser así. Estoy segura de que no la he escuchado pronunciar una sola palabra ingeniosa en todo el tiempo que pasamos juntas.

—Oh, supongo que algunos afirman que es una belleza, no tire de la manga de mi abrigo de esa manera, por favor; mi ayuda de cámara la ha planchado justo de la manera que me gusta, pero la señorita Tunstall no es en absoluto de mi agrado. Prefiero las morenas.

Se hizo de nuevo el silencio. Anna se encontró escuchando con más atención y esperando

que su *tête-à-tête* no los llevara a intentar una indiscreción en la habitación en la que estaba escondida.

—Y si es ingeniosa —continuó el señor Cranfield—, yo realmente no la percibo así, porque no entiendo ni la mitad de lo que dice. Creo que la señorita Tunstall es una de esas personas que están de moda durante un tiempo, pero que no tienen esa cualidad que perdura. Su hermana, Phoebe, ya perdió popularidad. Ambas han asistido a dos temporadas sin una sola propuesta, por lo que puedo ver. En cambio, *usted*, es probable que cause sensación cuando vaya a Londres.

Marianne soltó una risita.

—Seguro que sí. Y se volverá loco de celos cuando vea todos los pretendientes que he conseguido.

—Sin duda lo estaré.

Las voces se alejaron mientras ambos caminaban hacia el salón de baile. Anna se sintió aliviada de poder escapar sin ser vista. Las palabras le habían dolido, lo cual la sorprendió. Normalmente no le importaba lo que pensara la gente, pero, aunque se lo esperaba de alguien como Marianne Rigby, pensó que el señor Cranfield, al menos, no encontraba defectos en ella… aunque ella sí encontrara en él. Aun así, había pensado que él tenía una impresión más favorable de ella.

Decidió que no se podía confiar en que los hombres dijeran la verdad. Incluso mientras lo pensaba, una visión del rostro fiable del señor Aston apareció en su mente. *Aquí, al menos, hay un hombre que no oculta su verdadera naturaleza. Siempre sabré a qué atenerme con él.*

Anna volvió a entrar en el salón de baile, y el señor Aston buscó su mirada desde el otro lado de la sala como si hubiera estado buscando verla. No fue tan indiscreto como para sonreírle, pero ella vio la calidez en sus ojos, como para confirmar la buena opinión que tenía de él. Tal como había prometido, él se adjudicó el último baile de la noche, y ella ya no pudo negar que era el más agradable de todos los compañeros que había tenido. No hubo pausas incómodas ni conversaciones aburridas, y el tacto de su mano la estremeció. Hizo que no quisiera tener otras parejas de baile.

Cuando este terminó y llegó la hora de volver a casa, el señor Aston recogió su capa, ordenó que trajeran el carruaje y mandó llamar a Peggy para que viniera de la sala de servicio y la acompañara. Todo esto lo hizo con discreción. Se esforzó, pensó ella, por ocultar a los ojos de los presentes su creciente afecto por Anna. Cuando le dio las buenas noches, su mirada estaba fija en ella.

—Iré a verla mañana, y espero poder hablar en privado con usted —cogió su mano y la apretó deliberadamente.

Anna sonrió y le devolvió el gesto antes de subir al carruaje.

—Lo esperaré en casa.

Afortunadamente, Peggy guardó silencio durante el trayecto en carruaje, lo cual no pudo sentarle mejor a Anna. Había demasiadas emociones, demasiados miedos que tenía que superar, además de una ligera sensación de conmoción. Pero parecía que la felicidad estaba a la orden del día. Mañana habría una propuesta de matrimonio. De eso estaba segura.

Será mejor que escriba a Phoebe.

La idea la hizo recuperar la sobriedad al instante. Poner palabras a sus sentimientos los haría reales. ¿Pero qué le diría a su hermana? ¿Que había aceptado la mano de un párroco local? ¿O que la había rechazado?

CAPÍTULO QUINCE



El estado general de la mente de Harry era muy agradable a pesar de las preocupantes noticias que había recibido aquella mañana sobre el capitán Leatham. No podía llamarlo amigo, ya que sólo se conocían desde hacía tres meses, antes de que Leatham volviera a hacerse a la mar, pero ambos compartían intereses similares, sobre todo en su preocupación por los más pobres del pueblo. Había pensado cuando llegó que, con el tiempo, podrían llegar a ser muy amigos.

Dejó caer la carta sobre su escritorio y decidió salir a dar un vigoroso paseo. Era demasiado pronto para visitar a Anna, por mucho que lo deseara, y tenía otras visitas que hacer en el pueblo. Tenía que caminar, a pesar de la distancia. Estaba demasiado tenso por la preocupación y el entusiasmo (qué injusto era sentir dos sentimientos tan opuestos a la vez) como para pensar en montar a caballo.

Harry optó por visitar a los feligreses que no le exigirían una profunda conversación que, por el momento, no podía mantener. Quería conquistar el mundo, o al menos el corazón de una mujer, no sentarse a charlar. Por supuesto, no es que sus conversaciones como párroco no tuvieran esencia, se recordó a sí mismo con severidad.

Al final, sin embargo, estaba demasiado eufórico para entablar largas discusiones durante aquellas visitas y se contentó con las conversaciones más breves, rechazando con sutileza todas las ofertas de refrigerios. Concluidas las visitas, Harry se alejó por el sendero, balanceando el bastón, sintiéndose mucho más a gusto consigo mismo de lo que sospechaba que un clérigo tenía derecho a estar. Ayer, Anna casi había revelado su interés por él cuando aceptó su petición de una reunión privada. Ahora sólo tenía que pronunciar las palabras.

Anna, ¿quieres…

—Buenas tardes, párroco —un carruaje negro, cuyo majestuoso avance por detrás le había pasado desapercibido, se detuvo junto a él. Lady Allinthridge se inclinó hacia la ventana para dirigirse a él—. ¿Le gustaría que le lleváramos, señor Aston? No tiene carruaje y parece que va a llover.

A pesar de lo cómoda que solía ser la compañía de lady Allinthridge, Harry no soportaba estar sujeto a un carruaje y a una conversación que, por parte de ambos, se desarrollaría a un ritmo sosegado.

—Se lo agradezco, lady Allinthridge, pero estoy disfrutando demasiado de este buen clima como para aceptar un paseo en carruaje —le sonrió.

Ella miró dubitativa al cielo y luego le devolvió la mirada.

—No puedo decir que lo entienda, ya que encuentro el aire demasiado sofocante, y un aguacero es inminente. Sin embargo, ya es usted un hombre adulto y no insistiré. He descubierto que es inútil discutir con los hombres.

Harry se rio.

—Es muy injusto, ¿verdad? Cuando las mujeres tienen tanto sentido común y nosotros nos negamos a tomarlo en cuenta.

—Tomará en cuenta la opinión al menos de una mujer cuando haya una señora Aston. Pero no le molestaré con ese tema. Buen día, señor Aston.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Harry, quien hizo una reverencia y continuó su camino. Se alegraba de que lady Allinthridge no lo molestara respecto a ese tema, pero tenía el presentimiento de que no se le había escapado nada sobre sus sentimientos hacia Anna.

El cielo ya no podía contener la lluvia y, mientras seguía por el sendero, se escuchó un trueno. Como si este hubiese sido una señal, las gotas de lluvia comenzaron a golpear la tierra. Harry siguió caminando, sin que la lluvia le bajara el ánimo. Sólo se inquietó un poco por el trueno cuando este provocó un destello chisporroteante demasiado cercano para su gusto. En ese momento se encontraba cerca de la linde del bosque, así que corrió a refugiarse allí, sabiendo que estaría más seguro que en un prado, donde sería el blanco más alto para el siguiente rayo.

Estaba más resguardado en la zona boscosa, pero la lluvia era tan intensa que ni siquiera las ramas le proporcionaban mucha cobertura. Su pañuelo empezó a arrugarse y la humedad se filtró a través de su sombrero. Sus pantalones color crema estaban salpicados de barro, e incluso su abrigo estaba empapado. Se quitó el sombrero, lo golpeó contra su brazo para sacudir las gotas de lluvia y volvió a ponérselo en la cabeza. Cuando salió del bosque por el otro lado y vio su casa, empezó a silbar. Oh, sí, su aspecto era lamentable, pero no había nadie para presenciar su desconcierto, y la señora Foucher insistiría en que tomara té caliente frente al fuego.

Quizá hoy Harry le permitiera mimarlo. Le vendría bien un período de tranquila reflexión para pensar en la mejor manera de convencer a la señorita Tunstall de que se casara con él. Ella no era una victoria fácil, ella quien amaba los bailes con adornos brillantes y la sociedad londinense y tenía un gran ingenio. Pero Harry leía bien los caracteres, si es que podía admitirlo sin caer en el pecado de la soberbia, y sabía que había algo genuino bajo sus discursos ingeniosos. Ahora sabía que ella no le era del todo indiferente. A pesar del aguacero y de su aspecto desaliñado, Harry sonrió.

No había nadie para recibirlo cuando entró en su casa, lo cual no era inusual. Los lacayos realizaban múltiples tareas según sus indicaciones, así que apoyó el bastón en la pared. Para su sorpresa, escuchó una voz que provenía de la biblioteca. Ningún miembro de su reducido personal habría permitido que alguien entrara cuando su amo no estaba en casa, por lo que los ruidos le resultaron de lo más peculiares. Se acercó rápidamente y abrió la puerta de la biblioteca. Allí, en el sillón de Harry, sentado ante un fuego crepitante y sorbiendo una bebida caliente, estaba su hermano, Hugh. Una ráfaga de viento sopló detrás de Harry y este se estremeció. Si antes no había sentido frío por estar completamente mojado, ahora sí.

—Hola, Henry —Hugh agitó perezosamente su bebida—. Entra y cierra la puerta, ¿quieres? Acabo de entrar en calor y no quiero resfriarme por culpa de un viento errante.

Harry cerró la puerta automáticamente, tratando de recuperar el habla.

—No me dijiste que vendrías.

—No lo hice. Madre y padre me estaban presionando, bienintencionadamente, sin duda, para que los acompañara a Bath, donde esperaban presentarme a la hija de sir Jillard. Creo que han abandonado la esperanza de que yo mismo me encargue de conseguir pareja —cruzó la pierna y entrelazó sus dedos—. Tenía mejores planes para mi tiempo que alentar las infructuosas esperanzas de una debutante y en su lugar decidí visitar a mi hermano menor.

—Qué amable de tu parte —logró decir, intentando en vano disimular la amargura en su

tono. Su mente dio vueltas al ver a Hugh sentado en su sillón favorito. Un sentimiento familiar de rabia e impotencia surgió en él, aquel que había pasado años tratando de erradicar dedicándose al estudio de elevadas cuestiones espirituales.

—¿Te apetece una bebida, Henry? —señaló el cuenco de ponche, que aún humeaba. La calidez sería agradable, pero Harry no estaba seguro de poder beberlo o de poder sobrevivir a la conversación con su hermano en el tiempo que le llevara ingerirlo.

—Me reuniré contigo después de darme un baño caliente. Jasper —abrió la puerta de la biblioteca y llamó a su lacayo con un tono más severo de lo que pretendía—. Prepara un baño para mí —Jasper asintió y se fue rápidamente a hacer los preparativos. Tendría que disculparse más tarde por su tono.

—Sí, necesitas un baño, querido hermano —le ofreció una sonrisa cínica—. Pareces ese cachorro tuyo ahogado que sacamos del estanque de Aldgate. No entiendo cómo pudiste ser tan imprudente como para que te sorprendiera semejante tormenta. Llegué justo cuando se desató, pero habría estado bien protegido en mi carruaje, por supuesto.

Harry arrojó el sombrero a una silla, se dirigió hacia el cuenco y se sirvió una pequeña copa. Ya más relajado, se dio cuenta de que no podría sobrevivir sin esta ni siquiera a una breve conversación con su hermano. Dio un sorbo, de espaldas a Hugh, mientras miraba por la ventana, por la que aún caían riachuelos de agua. La llegada de su hermano significaba aplazar su visita de hoy a la señorita Tunstall, y tendría que enviarle una nota para informarle de su cambio de planes. No le daría el motivo. Ella no tardaría en saber de su hermano. ¿Era su afecto tan real como para resistirse al rango de su hermano? Su ánimo, tan ligero antes, era ahora tan pesado como el plomo.



HARRY SE ENTERÓ de que Hugh, habiendo interrogado a la señora Foucher para obtener información sobre las personas que residían actualmente en Avebury, tenía especial interés en acompañar a Harry en sus visitas del día siguiente, sobre todo para ver a la señorita Tunstall, cuyo nombre reconocía de Londres. Sería imposible rechazar la compañía de su hermano. Tendría que intentar desviar la atención de Hugh de la señorita Tunstall, así como encontrar la manera de conversar en privado con la señora Leatham sobre las noticias que había recibido.

Tenía pocas esperanzas de poder tener una conversación privada con la señorita Tunstall. Salió de la casa y se dirigió al establo, buscando tranquilidad en cualquier breve momento que se le ofreciera.

Nunca pudo rivalizar con Hugh. No era sólo el título que ostentaba Hugh, aunque eso por sí solo habría sido suficiente para influenciar a las personas a su alrededor. Eran también sus modales elegantes y desenvueltos y el encanto que practicaba lo que le hacía agradable a las mujeres. Si sólo fueran las mujeres superficiales las que se sentían atraídas por él, Harry podría soportarlo. Pero no era así. La primera mujer que Harry amó, Rose Sutherlin, había caído bajo el hechizo de Hugh. Cuando se dio cuenta de que Hugh no estaba interesado en nada más que un flirteo, ya era demasiado tarde para que Harry pudiera conquistarla. Rose había hecho su elección, y no era Harry. Esto no era algo que él pudiera pasar por alto.

Rose era su vecina, y aunque se había convertido en una belleza, era la elegancia de su mente y su amor por los pobres lo que lo atrajo hacia ella. En aquel momento, aún no se le había ocurrido la idea de dedicarse a servir a Dios, pero sí pensó que le gustaría una vida en la que él y su esposa vivieran para servir juntos a Dios y a la humanidad. A pesar de todos los elevados

ideales de Rose, no la habían ayudado a elegir a Harry antes que a un marqués.

Rose había sido tentada por el mundo, y si ella podía dejarse llevar por el mal camino, cualquiera podía hacerlo, sobre todo una mujer de la talla de la señorita Tunstall, que adoraba al mundo. Se paralizó ante aquel pensamiento. *No* podía negar que Anna amaba el mundo, amaba la vida londinense, porque ella misma se lo había dicho. Seguramente preferiría al hijo mayor de un duque, el marqués de Brookdale, antes que a un segundo hijo que casi había renunciado formalmente a la nobleza.

Estos pensamientos lo atormentaron mientras buscaba al mozo de cuadra y finalmente enganchaba él mismo los caballos al carruaje, mientras su hermano permanecía ocioso, imperial, estudiando el lustre de sus botas mientras esperaba en el camino seco, lejos de los establos. Harry necesitaba averiguar cómo se encontraba la señora Leatham y luego decidir la mejor manera de darle las noticias. Esto era su prioridad, pero estaba ansioso por volver a ver a Anna. Se había resignado a que hoy no hubiera una reunión privada con ella, pero tal vez podría saber si se sentía más tranquila en su papel de consoladora y apoyo en un pequeño pueblo lejos de Londres. Esperaba sinceramente que la vida del pueblo le fuera resultando cada vez más agradable.

Mientras salían de la rectoría, Tom Wardle levantó la mano para llamar la atención de Harry.

—Señor, la cerda va a tener sus crías hoy. Voy a pedir la ayuda del señor Moore. Quizás se le necesite si el parto es difícil.

—Pregúntale si está libre, pero si no lo está, no importa. Creo que podré hacer todo lo que sea necesario —asintió, soltó las riendas y se marchó, consciente de que no había sido tan amable como solía serlo con Tom.

—Vaya, qué vida tan emocionante llevas —Hugh se cruzó de brazos y se recostó en el asiento complacido consigo mismo, aparentemente, por haber puesto en su lugar a su insignificante hermano menor. Harry empezó a arrepentirse de haber elegido el carruaje y no la vieja carreta, que le habría venido muy bien a Hugh.

Harry logró moderar el tono de su voz.

—No importa. No tengo a nadie a quien impresionar.

—Pues vaya suerte, porque no impresionas a nadie —la voz de Hugh fue igual de suave, pero contenía una pizca de malicia, un sutil matiz en sus palabras. Harry siempre se preguntaba por qué su hermano, independientemente de su título, atraía tanto al mundo.

—Nunca entendí por qué me despreciabas tanto —las palabras salieron de la boca de Harry como si tuvieran vida propia. Apretó los dientes y, a pesar de la oleada de irritación y dolor que corría por sus venas, tuvo cuidado de mantener una postura relajada y las riendas flojas. No era por la noble razón de que Harry fuera un clérigo por lo que mantenía su ira a raya; era sólo porque sabía que su hermano lo captaría y lo despreciaría por ello—. No tenemos ninguna relación fraternal, pero al menos podríamos ser civilizados. Tú eres el heredero, y me alegro mucho de ello. No tengo ningún interés en el título.

—Te confundes. No son celos. Es sólo que no me interesas —allí estaba esa voz provocadora y burlona que había perseguido a Harry desde que tenía uso de razón.

—Y sin embargo aquí estás —respondió secamente. Él también había sido criado por un duque.

Hugh miró distraídamente la pradera que rodeaba la mansión Durstead.

—He venido, querido hermano, porque le prometí a nuestra madre que te ayudaría a intentar conseguir una esposa.

Harry se quedó boquiabierto y se volvió hacia Hugh.

—Soy perfectamente capaz de encontrar mi propia esposa, te lo agradezco. ¿Y la tuya,

Hugh? ¿No deberías preocuparte por tener un hijo?

—¿Quién dice que no tengo varios? —dijo, inquisitivamente. Se encogió de hombros—. Algún día sentaré la cabeza y tendré un heredero, pero como nuestra madre necesita ver casarse al menos a uno de sus hijos, y sin más demora, empezaremos por ti.

—Estás talando el árbol equivocado —no podía confiar en sí mismo para decir algo más mientras su frustración aumentaba con cada palabra. Sabía que sus mejillas estaban sonrojadas por la ira, por mucho que intentara dominar sus sentimientos. Por lo tanto, no se encontraba del todo bien cuando detuvo su carruaje frente a la mansión Durstead.

CAPÍTULO DIECISÉIS



El mayordomo los hizo pasar directamente al salón matinal, donde estaban sentadas la señora Leatham y la señorita Tunstall. La primera expresión de la señorita Tunstall fue de placer cuando vio a Harry, y él observó con inquietud cómo se transformaba en curiosidad cuando su mirada se dirigió a su hermano. Había pensado contárselo. No había pensado detenidamente si aquella conversación tendría lugar antes o después de la propuesta, pero se lo habría dicho. En cualquier caso, se enteraría ahora y no de la forma que él hubiera elegido.

—Señor Aston, qué bien que haya venido —la señora Leatham sonaba más como ella misma, pero sus ojos iban de él a su hermano como si la presencia de otro invitado la fatigara—. Por favor, perdónenme si no me pongo de pie. Estoy bastante cansada en mi estado.

Harry fue e hizo una reverencia mientras cogía su mano, luego hizo lo mismo con la señorita Tunstall. Su corazón se aceleró al verla, pero cuando pensó en lo que estaba a punto de revelar, el pañuelo de su cuello comenzó a asfixiarlo.

—Mi hermano… —dos palabras y estaba a punto de caer por el precipicio. Sólo lord y lady Allinthridge conocían su verdadera identidad y habían respetado su deseo de ser simplemente el *señor Harry Aston, párroco de Avebury*, aunque no pudieran entenderlo. Ahora, dentro de poco, todo el pueblo lo sabría, así que se dio por vencido—. Por favor, permítanme presentarles al Muy Honorable, el marqués de Brookdale, hijo de su alteza, el duque de Kirby. Ellas son la señora Leatham y la señorita Tunstall.

Durante un largo momento, la señorita Tunstall se quedó mirándolo, enarcando las cejas, antes de que su mirada se desviara hacia su hermano. ¿Estaba furiosa con él por haberle ocultado esto? Tal vez fuera un punto a su favor el hecho de que se encontrara entre la nobleza y ella viera su propuesta más favorablemente. *No*. Frunció el ceño. *Si esa es la única razón por la que me quiere, será mejor que me desilusione antes de dar un paso irrevocable*. Aun así, sabía que lucía mediocre al lado de la estatura, los exquisitos modales y las galas de su hermano.

Finalmente, la señorita Tunstall respiró hondo y pareció que su buena educación se había impuesto, porque se volvió hacia Hugh e hizo una reverencia.

—He oído hablar mucho de usted, milord. Qué extraño encontrarle fuera de Londres.

A Harry no le tranquilizaron sus palabras. Claro que había oído hablar de su hermano. ¿Tendría ella una peor opinión acerca de él a causa de esa asociación? O peor aún, ¿lo vería en desventaja al lado de su hermano?

La señora Leatham señaló las sillas cercanas.

—Siéntense, por favor.

Harry notó entonces la tensión alrededor de sus ojos y olvidó sus propias preocupaciones.

—¿Cómo sigue? —preguntó a la señora Leatham, tomando asiento y mirando a su hermano,

quien eligió el asiento más cercano a la señorita Tunstall.

—Parece que tengo algunos días de valor y algunos días en los que… —se detuvo en seco. Se volvió hacia la ventana en silencio, examinando la vista. En un heroico esfuerzo de cortesía, pensó Harry, la señora Leatham se volvió hacia Hugh y le dijo—. Le pido disculpas por hablar de asuntos tan poco interesantes como mis problemas personales, pero su hermano es un gran consuelo para mí.

—Efectivamente, espero serlo —se apresuró a asegurarle. Miró a la señorita Tunstall al sentir el peso de su mirada, pero nunca había visto su expresión tan seria desde que la había conocido.

—En cualquier caso, señor Aston —continuó la señora Leatham—, parece como si estos fueran los días de menos valor —dijo en voz baja, como si buscara hablar en privado con Harry.

Hugh, con la libertad que se le concede a alguien de su posición en la sociedad, y con toda su habitual ligereza, dijo:

—No debe temer que le moleste durante mucho tiempo. Acompaño a mi hermano en sus visitas, pero no abusaré de su hospitalidad —se puso de pie y se inclinó ante la señorita Tunstall —. ¿Le gustaría dar un paseo conmigo al aire libre, señorita Tunstall? Así podríamos dejar que su amiga y mi hermano hablasen en privado.

Una oleada de posesividad surgió en Harry ante la idea de que su hermano se llevara a la señorita Tunstall a dar un paseo en el que mantendrían una conversación privada y Hugh probablemente le ofrecería una vida a su lado. Pero ¿qué podía hacer? Su lugar estaba dentro, con la señora Leatham, brindándole su apoyo como párroco, mientras su hermano *(maldito sea)* intentaba ganar terreno con la mujer más codiciada del pueblo. No importaba que probablemente supiera que Harry tenía interés en ella y la había hecho su objetivo sólo por esa razón.

La señorita Tunstall se levantó.

—Que sea un paseo muy corto, entonces, milord. No me gusta dejar a Emily mucho tiempo, ni siquiera en las capaces manos de su hermano.

Ella llevaba una máscara. O tal vez era su voz, que no mostraba nada de la calidez que había mostrado antes en presencia de Harry. No deseaba otra cosa más que hablar con ella y explicarle su anterior reticencia a reclamar su apellido, un apellido que se había visto obligado a revelar gracias a la inoportuna visita de su hermano.

La puerta se cerró a sus espaldas, y Harry seguía rumiando sobre esto cuando la señora Leatham dijo:

—No debe temer que cambie mi consideración hacia usted a causa de su familia, señor Aston. ¿Puedo seguir llamándole así? Creo entender perfectamente por qué ha querido mantenerlo en secreto. Puede que haya quien tenga una opinión distinta, pero confío en los residentes de Avebury —su sonrisa era débil, pero Harry se sintió conmovido de que, a pesar de sus propias preocupaciones, tratara de apoyarlo.

—Gracias por sus palabras. Es cierto que la llegada de mi hermano me ha inquietado, pero deseaba hablar con usted hoy —Harry apartó de su mente el pensamiento de su hermano con la señorita Tunstall y se concentró en la noticia que necesitaba transmitir—. Ahora que mi secreto ha salido a la luz, no le sorprenderá saber cómo pude obtener información sobre la fragata de su marido —estuvo a punto de decir «destino», pero se detuvo a tiempo—. El amigo de mi padre es el primer lord del almirantazgo y por lo tanto está al tanto de las últimas noticias. Ayer recibí una carta suya con sus conclusiones iniciales sobre el HMS *Cornwallis*.

La señora Leatham se había movido hasta el borde de su asiento y sus palabras fueron jadeantes.

—Le estoy muy agradecida. Continúe, por favor.

Harry sentía demasiada compasión por ella como para demorar unas palabras que probablemente le infligirían más daño que bien.

—El barco de su marido debía encontrarse en Gibraltar. El almirantazgo aún no ha recibido noticias sobre lo ocurrido. Sin embargo, me enteré de que el barco de su marido no llegó a un anterior punto de encuentro en Marruecos, donde habrían sido informados de un escuadrón de barcos enemigos en su ruta directa junto con instrucciones de cambiar de rumbo —la señora Leatham inspiró fuertemente. Harry continuó, esperando que sus siguientes palabras no le quitaran toda esperanza—. Que no hayan llegado al primer punto de encuentro no es preocupante, según me han dicho, ya que vientos desfavorables podrían haber sido la causa. Es una costa notoriamente difícil de navegar. Así que yo no tomaría necesariamente esta noticia como un signo seguro de que le ha ocurrido alguna calamidad.

—Pero si no atracaron, existe la posibilidad de que se encontraran con barcos enemigos en su camino, lo que podría ser la causa de la desaparición del barco —comprendió de inmediato el verdadero problema, y Harry asintió con pesar.

—Es cierto, pero es tan sólo un dato. No es bueno desesperarse mientras aún estén investigando el asunto. Debemos aferrarnos a la esperanza hasta que tengamos algo definitivo.

—La espera de noticias es interminable —tragó saliva y apretó el chal que tenía sobre el regazo hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. Sé que debo ser fuerte por mi bebé, por el heredero de John. Eso es lo que me motiva a levantarme y buscar algo en qué ocuparme, incluso a recibir visitas. No a todos, por supuesto, pero algunos —su mirada se posó de nuevo en la bucólica escena a través de la ventana, y él estaba seguro de que el verde debía de tranquilizarla, fuera o no consciente de ello—. Así que me levantaré y haré lo correcto, pero creo que ahora tengo muy pocas esperanzas.

La desdicha de su situación pesaba sobre Harry. No encontraba palabras para consolarla.



ANNA GUIO hasta el exterior al apuesto y distinguido hermano del señor Aston, *¡un marqués!* Con la barbilla levantada, decidió que tal vez sería prudente prestarle toda su atención y dejar de lado los pensamientos sobre el señor Aston. Después de todo, *él* no había demostrado ser tan franco y honesto como parecía al principio. ¿Por qué razón ocultaría su identidad y la dejaría con cara de tonta cuando se la revelara?

Su pie se tambaleó cuando bajó de los escalones de piedra y comenzó a caminar sobre los guijarros, y se enderezó rápidamente. Hizo una pausa para restablecer su estabilidad emocional tanto como su equilibrio.

Con una gracia sofisticada que portaba como si fuera un manto, lord Brookdale extendió el brazo.

—Permítame.

Anna colocó la mano en su brazo, comparando al marqués con su hermano. Lord Brookdale era más alto y, aunque de buena complexión, no tan fornido como el señor Aston. De tez similar a la de su hermano, lord Brookdale era, desde un punto de vista objetivo, el más apuesto de los dos. Sus rasgos eran más uniformes, con ojos verdes en lugar de marrones, y su sonrisa contenía un matiz de seducción. Aunque su atracción por lord Brookdale era de naturaleza superficial, sería una tontería no darle su atención.

—Milord, confieso mi asombro por el hecho de que el señor Aston sea hijo de un duque. Nunca hubiera imaginado que fuera su hermano. Por todo lo que he oído hablar de usted, lleva

una gran vida, y no hay reunión social en Londres a la que no sea invitado. El que usted honre el evento con su presencia depende de la sociedad, supongo. No puedo relacionar de ningún modo a su familia con un simple párroco rural —se cuidó de mantener la calma en su voz y de no revelar que sentía algo más que un interés superficial por el señor Aston.

Lord Brookdale levantó la mirada para estudiar los árboles, al parecer, y replicó con una voz que insinuaba desaprobación.

—Henry es la desilusión de nuestros padres. No quiere tener nada que ver con las posesiones familiares, y mi padre se ve obligado a contratar ayuda para administrar la propiedad que estaba destinada a ser suya. Nuestros estimados padres me han enviado aquí para intentar hacerle entrar en razón, para instarle a que se case y reclame la vida que estaba destinada a él —caminaban despacio, a diferencia del paso rápido que mantenía con el señor Aston, y sintió el impulso de soltarle el brazo y caminar a su propio ritmo. Se preguntó si él la seguiría. Al final, sin embargo, caminó al ritmo que él le había marcado.

—¿Cree que sus padres tendrán éxito? Tengo la impresión de que el señor Aston tiene una mentalidad muy propia y no se casará para complacer a alguien que no sea él mismo.

Anna podía pensar en varios ejemplos en los que el señor Aston tenía una mentalidad muy propia, sobre todo cuando se trataba de ayudar a mujeres jóvenes que eran perfectamente capaces de descender solas de un carruaje. Apretó los labios. No pensaría en esas cosas. Estaba claro que ella significaba muy poco para él, ya que no consideraba oportuno confiarle algo tan básico como su verdadera identidad.

—Henry es testarudo, pero cederá. Sabe lo que le debe a su familia. Creo que ha ejercido su profesión actual por despecho y que no es más que una estratagema para llamar la atención. Siempre ha sido así, siempre buscando la manera de diferenciarse del resto de la familia.

Antes de que Anna pudiera asimilar el rechazo a los deseos y la pasión del señor Aston, el marqués golpeó con su bastón el suelo empedrado, girándose como si quisiera admirar el paisaje o elegir otra dirección para su paseo. Parecía como si no tuviera otra intención más que pasar la tarde caminando con Anna, pero ella no debía ni siquiera pensarlo. Conocía su reputación.

Como si quisiera confirmar sus temores, se dirigió a Anna con toda la fuerza de su mirada penetrante.

—Pero hablemos de temas más interesantes. ¿Qué le trae a este lugar tan apartado? Usted, querida, es claramente un diamante de primera y no encaja en un pueblo tan anticuado como Avebury —estas palabras fueron acompañadas de una atractiva sonrisa que era más hipnotizante de lo que a Anna le gustaría admitir.

Se armó de valor.

—Si yo fuera un diamante de primera, milord, seguramente habría encontrado la forma de conocerme en Londres, donde incluso la flor y nata de la sociedad debe de ser considerada como un mortal inferior. Pero para responder a su pregunta, estoy visitando a Emily Leatham, quien es una amiga desde hace mucho tiempo. Iba a ser una breve visita social para pasar el tiempo hasta que llegara su madre, pero no puedo dejarla en una situación tan difícil.

—Es usted demasiado orgullosa, señorita Tunstall. Usted debe saber que la señora Leatham puede muy bien cuidar de sí misma. Es una mujer adulta, después de todo. Imagino que no se quedará aquí mucho tiempo —se adelantó de nuevo, y Anna lo siguió sin pensarlo.

Sintió a la vez la justicia de sus palabras y la irritación que le producían. Era cierto que, incluso siendo tan buena amiga como era Emily, el sacrificio que estaba haciendo por ella era algo que, por lo general, sólo se hacía por la familia. El tono de lord Brookdale fue agradable y mesurado, pero contrastaba con la apasionada bondad del señor Aston. Jamás habría imaginado

que preferiría la conversación de un párroco de pueblo a la de su más distinguido hermano. La idea le produjo escalofríos y empezó a temer por su cordura.

¡Increíble! Ayer casi estaba esperando una propuesta. Menos mal que no llegó. Este nuevo acontecimiento sólo puede ser el destino interviniendo para salvarme de un camino desastroso.

Anna cambió el curso de la conversación.

—Dice usted que es la preocupación por el señor Aston lo que le ha traído aquí, la preocupación por la situación de su hermano. Pero no creo que eso, por sí solo, lo haya traído. Me parece usted un hombre que hará exactamente lo que desee, sin tener demasiado en cuenta el deber filial o los sentimientos más preciados de otro, incluso de un hermano muy querido —pronunció las últimas palabras levantando irónicamente una ceja, pues *creía* haber entendido el carácter del hombre. También tenía la clara sensación de estar jugando con fuego.

Si él captó la ironía, no lo admitió.

—Ha descubierto mis intenciones. Es cierto que no habría venido si el viaje no coincidiera con mis propósitos de escapar de un plan de emparejamiento que mis padres pensaron organizar. Pero ya que estoy aquí, podría entretenerme. Me he enterado de que Cranfield y Faure están en los alrededores, y ahora me entero de que usted también está aquí. Tal vez mi estancia no sea tan onerosa como había imaginado en un principio.

Lord Brookdale tenía la mirada fija hacia el frente, pero al decir esto se volvió y le dirigió una mirada cautivadora. Despertó en ella el deseo de aceptar el desafío, aunque haría bien en proceder con cautela. Había algo atractivo en el marqués a pesar de su naturaleza claramente egoísta. Tal vez pudiese ser domado. Tal vez también *ella* podría entretenerse mientras estaba en Avebury en lugar de esperar a que un párroco rural de ojos castaños le confesara sus sentimientos. En cualquier caso, no estaba de más intentarlo.

—Bueno, llega a tiempo para la fiesta de los Allinthridge, la cual tendrá lugar el viernes por la noche. Será similar a la compañía que frecuenta en Londres, exceptuando, quizá, la ausencia de todos los corintios y granujas con los que suele relacionarse —le dedicó una sonrisa serena, y él rio de un modo tan natural que sonó casi humano.

—Mi reputación me precede, pero no crea que puede jugar conmigo a voluntad sin encontrar a cambio que mi mordida es igual de feroz —lo dijo de manera agradable, incluso riéndose, pero ella no dudó ni un instante de su veracidad.

Tal vez Anna no pudiera jugar con este hombre tan fácilmente como pensaba. Consiguió enarcar una vez más una ceja de manera inquisitiva y ofrecer una respuesta suave que ocultó el ligero temblor en su interior.

—No tengo ninguna intención de jugar, milord. Sólo estoy aquí para hacerle compañía a mi amiga. ¿Deberíamos regresar ya? Creo que Emily se alegrará de tenerme ahí, y estoy bastante segura de que, dado el prodigioso talento de su hermano como párroco de Avebury, ya se las ha arreglado para impartirle las palabras de fortaleza y consuelo que necesite.

—Sin duda —le sonrió mientras la cogía del brazo una vez más, y ella sintió toda la fuerza de su seducción. No es de extrañar que dejara un rastro de corazones rotos tras de sí. Para su alivio, él siguió las indicaciones de Anna y se dio la vuelta para volver a la casa con ella.

Mantuvo una conversación ligera sobre los residentes de Avebury que le permitieron dominar sus desordenados pensamientos. En medio de la charla intrascendente, su mente daba vueltas sobre el enigma que eran los dos hijos del duque de Kirby. Llegaron a la casa justo cuando el señor Aston se disponía a salir.

—Tenía razón —dijo en voz baja—. Su hermano es bastante eficaz.

Lord Brookdale se inclinó para murmurar:

—No me cabe duda de que tiene razón en muchas cosas —no fue lo que dijo, ya que esto no tuvo importancia. Fue la manera posesiva en que lo dijo lo que la atrajo de una manera que no le gustó y a la que no pudo resistirse.

El señor Aston no tenía su habitual sonrisa y comportamiento amistoso, pero Anna tampoco.

—Bueno, Hugh, ¿vienes conmigo a visitar al terrateniente, o vuelves a pie?

—Creo que ya he sido agraciado con la mejor compañía que Avebury puede ofrecer, y no intentaré superarla. Por lo tanto, volveré. Sin embargo, puedo sugerir, querido hermano, que visites a lord Allinthridge conmigo presente. Querrán que les presente mis respetos, sobre todo porque les debes mucho.

Anna vio que un músculo se tensaba en la mandíbula del señor Aston. Aunque no sentía simpatía por él en ese momento, no lo culpaba. Había algo irritante en la manera de hablar de su hermano que estaba totalmente ausente cuando lord Brookdale se dirigía a ella. Carecía de respeto y se erigía como infinitamente superior a su hermano menor. Anna no sabía cómo lo soportaba. A pesar de todo, tenía que admitir que lord Brookdale tenía cierto encanto. Por lo menos, la vida en Avebury sería más divertida con él aquí.

CAPÍTULO DIECISIETE



Cuando Harry regresó de hacer sus rondas matinales, deliberó sobre si debía enfrentarse a Hugh y dejar clara su postura respecto a la señorita Tunstall. Ella no estaba disponible para que su hermano la cortejara. Sin embargo, que su hermano ya conociera las intenciones de su corazón parecía probable a juzgar por la aparente conversación de Hugh con la señora Foucher y el rostro excesivamente expresivo del propio Harry. Era probable que Hugh cortejara a la señorita Tunstall simplemente porque quería ganar.

Harry acababa de entrar en su biblioteca, donde Hugh se hallaba una vez más cómodamente sentado en su sillón, cuando su lacayo anunció una visita de los corredores de Bow Street. El terrateniente le había avisado aquella mañana de que los corredores venían de visita desde un pueblo vecino, aunque le dijo que tenían asuntos más urgentes en Calne.

—Hugh, ¿puedes darnos un minuto? —sabía que su hermano prefería que se dirigieran a él como Brookdale cuando estaban en presencia de otras personas, pero Harry no estaba interesado en complacer los deseos de Hugh. No pudo evitar sentirse complacido por la mirada de fastidio que le dirigió antes de avanzar lentamente hacia la puerta. Su hermano haría bien en recordar que esta no era su casa ni su biblioteca. Quizás así se marcharía más rápidamente—. Siéntense, por favor —se dirigió a sus invitados cuando se quedaron solos— Supongo que tendrán noticias, de lo contrario no habrían venido.

—Podría decirse que tenemos noticias —dijo el señor Meade—. O podría decirse que tenemos preguntas.

Harry no comprendía lo que buscaban, ya que pensaba que su primera entrevista había sido exhaustiva. Se recostó en el cómodo sillón que su hermano había desocupado hacía poco.

—Bueno, ¿son preguntas o son noticias? Las dos cosas no son lo mismo.

El señor Howe, el más listo de los dos, tomó la palabra.

—Al registrar por segunda vez la zona donde atracaron a la señorita Tunstall, encontramos un pañuelo rojo que estaba atado a un arbusto —levantó el objeto roto y sucio para que Harry lo observara—. ¿Sabe a quién podría pertenecer?

Harry lo estudió. Se parecía al que llevaba Tom Wardle, aunque, pensándolo bien, no se lo había visto puesto a Tom últimamente. Pero era una prenda tan ordinaria que podía ser de cualquiera.

—He visto muchos como este. Es un pañuelo bastante común, ¿sabe?

—No quiero faltarle al respeto, señor Aston, pero ¿puede pensar en una persona en particular que posea esta prenda? —el señor Meade se inclinó hacia delante.

—¿Qué le hace pensar que la prenda pertenece a un habitante del pueblo y no a los ladrones? —contraatacó, brotando en su pecho un espíritu de defensa por los más pobres de su

congregación.

—No podemos afirmar con seguridad —dijo el señor Howe—, que no se trate de la misma persona.

Aún no se había respondido a la pregunta, y Harry sintió la tentación de mentir. Parecía ridículo echar a Tom a los lobos simplemente porque tenía un pasado, sobre todo cuando Harry estaba seguro de su inocencia. Sin embargo, todas las formas de falsedad eran aborrecibles para él, y necesitaba confiar en la inocencia de Tom lo suficiente como para arriesgarse.

—Mi propio trabajador tiene uno igual. Como quizá todos los inquilinos varones de los alrededores. Si me lo pregunta, no tiene sentido seguir con esto como prueba creíble.

—No quiero faltarle al respeto, pero será mejor que nos deje hacer nuestro trabajo como sabemos —el señor Meade volvió a guardar la prueba en el bolsillo de su abrigo.

El señor Howe había estado observando atentamente a Harry y debió de ver el enfado que no había podido ocultar.

—Basta, Walt. No te conviene insultar al hijo de un duque —Harry levantó la vista, sorprendido—. Sí, milord. Hemos recibido respuestas de la oficina de Londres a nuestras preguntas sobre todos los habitantes del pueblo, incluido el párroco de Avebury. Apreciamos su honestidad con respecto a Tom Wardle, así como su confianza en su inocencia. Pero, como ha dicho mi socio, debemos continuar la investigación de la forma que creamos conveniente.

No le hizo ninguna gracia que la mención de su familia viniera de una fuente inesperada, pero no sería la última. Pronto todo el pueblo hablaría de su relación con la nobleza y lo mirarían con una falsa veneración que no se había ganado. En este caso, sin embargo, si podía ayudar a su amigo Tom, entonces se apoyaría en su estatus social.

—Confío plenamente en la inocencia de Tom. No hace mucho que nos conocemos, pero nunca ha sido más que un excelente sirviente. ¿Tienen alguna otra noticia sobre posibles sospechosos?

—Ninguna. Sólo sabemos que es probable que continúen los robos hasta que atrapemos a los culpables. Ya ha habido varios más desde que el carruaje de la señorita Tunstall fue atacado en la carretera, y dos, me temo decir, fueron de naturaleza más violenta que el suyo. Seguimos buscando a Beatrice Slyfeel, la criada que viajaba con la señorita Tunstall y quien parece haber desaparecido por completo.

El señor Howe cerró su cuaderno, en el que anotaba las observaciones que había podido deducir, dándole a entender a Harry que ya tenían lo que habían venido a buscar. Esperaba que estuvieran satisfechos en lo que se refería a Tom. Harry se puso de pie.

—Bueno, si eso es todo, les acompaño a la salida.

Mientras veía a los corredores salir por la pequeña verja de madera que rodeaba la parte delantera de su propiedad, pensó en abordar el tema del robo con Tom. Era difícil, sin embargo, y no se le ocurría una manera de hacerlo que no diera a Tom la impresión de que no confiaba en él. *Sí* confiaba en él. Puede que eso lo hiciera parecer ingenuo, su hermano sin duda lo pensaría, pero si se mantenía fiel a sus propios principios, todo el mundo merecía una segunda oportunidad.

Después de reflexionar un poco, decidió no molestar a Tom mencionando su visita. Al final, no fue necesario. Tom se acercó y se paró junto a Harry en la puerta.

—Eran los corredores otra vez —miraba fijamente a los invitados, quienes se marchaban, más que a Harry, y su postura era encorvada, como si temiera recibir un golpe—. ¿Han encontrado algo?

Harry negó con la cabeza.

—Descubrieron un pañuelo rojo enganchado en las ramas de un arbusto de los alrededores, pero podría pertenecer a cualquiera. Tú mismo tienes uno —añadió.

La mirada de Tom bajó hacia sus pies, haciéndole parecer culpable.

—Espero que los encuentren. Pero también espero que, sean quienes sean, tengan la oportunidad de comenzar una nueva vida, como yo.

Con esas tranquilas palabras, Tom hizo una reverencia y se dirigió hacia los establos. Harry volvió a convencerse de su inocencia y pensó que tal vez sus continuas exhortaciones para que recibiera la gracia habían llegado al corazón de su criado, después de todo.



AL DÍA SIGUIENTE, todo Avebury estaba enterado del título de Harry. A su favor, muchas de las familias no cambiaron su comportamiento hacia él, tal y como había predicho la señora Leatham. Pero en algunos casos, incluida la familia Rigby, la atención que le dedicaron fue mucho mayor. Lo percibió en cuanto entró en la fiesta de lord y lady Allinthridge el viernes por la noche, y la señora Rigby interrumpió la conversación que mantenía para ir a saludarlo mientras entraba por la puerta.

—Señor Aston, criatura astuta. Y aquí pensábamos que usted era simplemente un caballero. Pero no, es usted un hombre de la nobleza. Avebury es muy afortunado de tenerlo como párroco.

Harry necesitó de todo su autocontrol para no responder de la manera en la que deseaba, una que no sería muy cristiana.

—Siempre he deseado que se me conozca por quien soy —respondió en un tono agradable —, y no por mi familia. Espero que esto no cambie entre mis feligreses.

La señora Rigby no pareció haberlo escuchado.

—¿Y su hermano se unirá a nosotros? ¡Ah! ¡Allí! Creo que acabo de verle. Confío en que usted hará las presentaciones para que él se sienta libre de relacionarse con nuestras mejores familias —se puso de puntillas, y la pluma de su sombrero rozo la cara de Harry, mientras miraba por encima de la multitud y seguía el progreso de su hermano.

—Desde luego. Tal vez pueda empezar con usted y sus hijas —dijo Harry con cierto espíritu de picardía. Sabía que eso era lo que más deseaba la señora Rigby y pensó que también podría servirle a su hermano. La señorita Marianne era una ligona empedernida.

—Oh, por supuesto, sí —dijo la señorita Marianne, dando un paso adelante al escuchar sus palabras—. Estoy segura de que todos estamos agradecidos de poder conocerlo.

No hay mejor momento que el presente, pensó Harry. Hizo una señal a su hermano, quien se acercó sin prisas y procedió a las presentaciones. Fiel a su costumbre, Hugh, habiendo visto que Marianne Rigby era atractiva y estaba dispuesta a flirtear, no perdió tiempo en empezar. *Bien*, pensó. Quizá ahora deje en paz a la señorita Tunstall.

Hablando de eso, ¿dónde estaba? Hacía tiempo que debía haber hablado con ella. Tenía que saber qué pensaba de su aparente cambio de estatus. No sabía si la señora Leatham la acompañaría esta tarde, y no se había atrevido a buscarla para saber si vendría sola. Bueno, lo habría hecho, pero no había tenido la oportunidad antes de que su hermano apareciera y acaparara toda su atención.

Por lo tanto, vio con gran satisfacción a la señorita Tunstall y a la señora Leatham entrando a la fiesta diez minutos más tarde. No perdió tiempo y se acercó a ellas. Después de hacer una reverencia ante ambas, se dirigió primero a la señora Leatham.

—Ha venido. Admiro su entereza y espero que sea una velada reconfortante, y que las

multitudes no le causen más angustia. ¿Cómo está usted, señorita Tunstall?

La señorita Tunstall no respondió y, de hecho, no parecía muy complacida con él. Fue la señora Leatham quien contestó.

—Lady Allinthridge me ha prometido una habitación tranquila donde seremos pocos. La señorita Tunstall me instó a venir, y no puedo sino pensar que tiene razón. Hasta que haya más noticias, debo preocuparme de mantener un buen estado de ánimo para ser fuerte por el niño.

—Su marido estará orgulloso de usted —habló sin pensar, con la mirada fija en la señora Leatham pero sus pensamientos en el frío comportamiento de la señorita Tunstall. Una mirada de esperanza seguida de desesperación cruzó el rostro de la señora Leatham, y Harry se dio cuenta de que él era el autor de tan engañosa esperanza. ¿Cómo podía su marido estar orgulloso de ella si estaba muerto? Eso es lo que había conseguido por seguir los deseos egoístas de su propio corazón. Estaba furioso consigo mismo, pero después de un momento decidió no intentar rectificar su error.

—Oh, ahí está la señora Mayne —dijo la señora Leatham cuando una incómoda pausa se hizo presente—. Precisamente a quien deseaba ver. Les ruego que me disculpen —con una sonrisa que parecía forzada, se marchó, y Harry se quedó a solas con la señorita Tunstall.

Se acercó un paso y la miró, pero lo que vio no le alentó.

—No me había atrevido a esperar verla aquí, pero parece que la señora Leatham ha mejorado.

—¿Ha sido esta una de esas travesuras de las que hablaba, milord? —su rostro tenía una expresión agradable, pero su tono de voz fue frío. Había ido directa al grano. Él se lo reconocería.

—Por favor. No se dirija a mí como «milord». Asumí esta profesión, incluso decidí abandonar la sociedad londinense precisamente para evitar tal pretensión.

—Pero no es pretensión —su voz fue más dura de lo que él la había escuchado. Incluso cuando él era sólo un extraño, ella le había dedicado más calidez en su mirada, más burla en su voz—. Forma parte de lo que es. Me sorprende que se lo ocultara a todos en el pueblo y que incluso sir Lewis y el señor Cranfield se abstuvieran de mencionarlo. Emily me dijo que no lo sabía.

—No todos. Lord Allinthridge lo sabía, por supuesto, ya que me proporcionó un lugar aquí, y aunque él no creía que el secreto se mantuviera mucho tiempo, estaba dispuesto a guardarlo a petición mía. Creo que Lewis y Cranfield habrían revelado la noticia, pero les pedí que no lo hicieran. Para mi sorpresa, me escucharon. Probablemente lo vieron como otra de mis bromas.

—Así que *es* una broma —levantó una ceja.

Harry negó con la cabeza, dejando escapar un suspiro de frustración. Debería alegrarse de que a él no le preocupara su posición. Cualquiera que se preocupara lo más mínimo por la autenticidad lo estaría.

—Esos días han acabado. Mis padres siempre me presionaron para que desempeñara un papel en la sociedad que me interesaba muy poco. Soy todo lo opuesto a mi familia, y si no fuera por el parecido físico, dudaría incluso de pertenecer a ellos —no pudo resistirse a añadir lo que ocupaba sus pensamientos—. Usted debería alegrarse de este descubrimiento. Es mejor una persona que decide ocultar su nobleza bajo un manto de oscuridad que un impostor que pretende ser alguien que no es.

—No me gusta que me tomen por tonta, señor Aston. Si me hubiera considerado digna de su amistad, me lo habría dicho.

¿Amistad? ¿Eso era todo? Su breve interludio fue interrumpido por lord Allinthridge, quien

había terminado de saludar al último de sus invitados.

—Bien, señor Aston, su secreto ha salido a la luz, como le dije que sucedería. Sólo me sorprende que haya durado hasta ahora.

—Sí, usted me lo advirtió —mantuvo su atención en la señorita Tunstall un momento más, pero ella había desviado la mirada. Luchó por mantener a raya la desilusión. Sin duda no había ganado esta ronda. Hugh estaba intentando distanciarse de la señorita Marianne, y Harry no necesitaba escuchar la conversación para saber que lo hacía de manera que ella no se sintiera menospreciada. También sabía que eso significaba que su hermano probablemente se dirigiría a reclamar la atención de la señorita Tunstall. Por lo tanto, añadió con cierta displicencia—. Sin embargo, no podía esperar que mi hermano se rebajara a venir a Avebury sólo para visitarme —levantó la vista y vio la sorpresa en el rostro de lord Allinthridge ante el hecho de que hubiera manifestado públicamente sus hostilidades con su hermano. Se apresuró a corregirse—. Por supuesto, siempre es un placer recibir a un familiar de visita —*oh, cielos. Esto se pone cada vez peor. Pronto tendré que renunciar a mi puesto una vez que se revele el verdadero estado de mi corazón*. Y pensaba que había escapado de la opresión que suponían sus conexiones familiares huyendo a Avebury.

La señorita Tunstall se había quedado ahí mientras él conversaba con Allinthridge y, cuando Hugh se les unió, ella levantó el rostro para sonreírle. Los ánimos de Harry decayeron aún más.

—Señorita Tunstall, está usted deslumbrante —su hermano se inclinó para coger su mano e inclinarse sobre ella, como si fueran las únicas personas en la habitación. *¡Maldito sea!*—. Es usted, sin duda, la mujer más fascinante de esta velada.

Harry sintió cierta gratificación cuando la señorita Tunstall respondió con desgana. Había demasiadas personas dispuestas a complacer la voluntad de su hermano.

—Qué halagador es usted, milord, y que gratificante es escuchar esas palabras salir de su boca; palabras, estoy segura, que solo han sido dirigidas a mí.

Sin perder un segundo, su hermano respondió:

—Puede que tenga cierta práctica en el arte de cortejar, pero puedo ver que con usted esa práctica no será necesaria. Sólo debo ofrecer palabras que sean sinceras.

Observándolos, Harry dijo con seriedad:

—Te aplaudo, hermano. Si eres sincero, será por primera vez.

Ahora fue el turno de la señorita Tunstall de mirar a Harry con sorpresa. Él sintió cómo empezaba a sonrojarse. Su hermano sacaba lo peor de él. Se estaba comportando como un niño malhumorado frente a ella. Vaya velada más desagradable.

Cuando siguió a la multitud a la hora de la cena y se sentó frente a la señorita Tunstall y Hugh, donde observó cómo sus cabezas se inclinaban hacia el otro para conversar, pensó que era la guinda del pastel de una velada desastrosa.

CAPÍTULO DIECIOCHO



Tres días después, Hugh estaba sentado a la mesa desayunando tranquilamente. Harry se preparaba para salir a sus visitas matutinas. Después dedicaría tiempo a los recados del domingo y a trabajar con Tom en el jardín y en los establos. Había llegado a amar sus sencillas rutinas diarias, las cuales eran una saludable mezcla de trabajo espiritual y mundano. El placer disminuía un poco cuando se enfrentaba a la ociosidad de su hermano.

Harry cogió el pan recién horneado que la señora Foucher le había dejado en el aparador y se dirigió a su hermano.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

La presencia de su hermano interrumpía su paz. No le gustaba la idea de que Hugh, el marqués que tenía fama de dejar un rastro de corazones rotos a su paso, se relacionara con los habitantes de Avebury. Eso siempre lo había molestado, pero ahora había una consecuencia aún mayor. No sólo tendría que recoger los pedazos del corazón roto de cualquier joven que hubiera sido herida por su hermano, sino que su comportamiento también podría reflejarse negativamente en Harry. ¿Cómo había podido pensar que podría escapar de los pecados de su familia?

—No lo he decidido, querido hermano —se reclinó mientras esbozaba una sonrisa satisfecha y levantó la cafetera para servirse una segunda taza. Harry se asombró de que encontrara la energía para hacer incluso eso—. ¿Me lo preguntas porque disfrutas de mi compañía y deseas que me quede más tiempo? Puedo hacerlo, ¿sabes?

Harry apretó los labios.

—Sabes muy bien que no hay un gran amor entre nosotros, y cuanto antes te marches, mejor será para los dos.

—Pf, pf. Palabras tan duras viniendo de ti, un párroco. ¿Saben tus feligreses que escondes este lado tan amargo? —su tono de divertido cinismo irritó a Harry como pocas cosas podrían hacerlo.

—Nunca ha habido motivo para revelárselo a mis feligreses, *si* es que realmente existe este lado amargo —él sabía que existía—. Sólo tú eres capaz de hacer aflorar esos atributos tan oscuros en aquellos cuyas vidas tocas.

Sin embargo, Harry había hecho una pregunta y se obligó a mantenerse firme. No se iría hasta tener una respuesta.

—Bueno, es todo un honor —bebió un sorbo de café, como si no hubiera otro lugar en el cual prefiriera estar. Harry sabía que tenía que controlar su temperamento. Sólo había una persona en el mundo capaz de hacerle perder los estribos: su hermano. Había habido demasiadas burlas, demasiadas palabras crueles en su historia común. Con una plegaria silenciosa, reprimió la

frustración y esperó—. Puede que me quede un tiempo. Avebury es un pueblecito encantador, y hoy tengo la intención de honrar sus comercios con mi visita. En cuanto a sus habitantes, o sus visitantes, debería decir, son igual de encantadores. Como no hay nada interesante en Londres en estos momentos, ¿por qué no entretenerme aquí? —levantó los ojos para encontrarse con la mirada de Harry, y este vio una picardía que rozaba la malicia.

—Desearía que no te entretuvieras con nadie aquí, mientras estén bajo mi protección —sabía que no debía mencionar a la señorita Tunstall—. Pero nunca te has molestado por cumplir mis deseos. Así que, por favor, quédate todo el tiempo que quieras.

Se volvió para marcharse, y las palabras de Hugh le siguieron.

—Qué bien te sienta la ironía. Casi pareces humano, como de la familia.

Harry no se dignó a contestar, sino que salió en busca de Tom, quien sabía que estaría en el jardín.

—Tom, ¿irás hoy a Haggle End?

Tom se apoyó en su horca, frotándose la barbilla antes de contestar a su debido tiempo, como siempre hacía.

—Podría ir si así lo desea.

Harry asintió.

—Se suponía que tenía que ir a comunicar las especificaciones del terrateniente sobre la distribución de las habitaciones del colegio, ya que él se ha ido a Calne. Sin embargo, la estancia de mi hermano ha complicado las cosas. No deseo que se entere de todo en lo que estoy metido, pues llegará a oídos de mis padres y no me causará más que jaquecas —vaciló antes de añadir—. También creo que debo prestar más atención a los habitantes del pueblo mientras él esté aquí.

Tom entornó los ojos en dirección a la casa.

—Pienso que su hermano no es como usted. Es más bien un lobo entre las ovejas —Harry simplemente negó con la cabeza con cansancio. Qué cerca de la verdad estaba Tom.

Ya casi había llegado a los establos cuando escuchó pasos en la tierra compactada. Se volvió para ver que sir Lewis había llegado. Por una vez, venía sin Jules, para gran alivio de Harry. Su nuevo encuentro con Julian Cranfield sólo sirvió para reforzar su sensación de que la locura y la frivolidad que uno aceptaba en un compañero de escuela no podían ser tolerados en la amistad de hombres adultos, quienes deberían ser más sobrios después de unos años. No sabía cómo Lewis podía tolerar su presencia durante más de un día.

Sir Lewis le estrechó la mano.

—Hola, Harry. Me alegro de haberte encontrado antes de que te fueras. He venido a averiguar más cosas sobre la escuela que has empezado a construir. Me gustaría participar en el proyecto.

Harry alzó las cejas.

—¿La escuela que *he* estado construyendo? Los Mayne, querrás decir, y hasta cierto punto, Leatham. Para empezar, fue idea suya, y se han implicado más que yo.

—Con tu ayuda, sin embargo, si no me equivoco, y no les conozco lo suficiente como para acercarme a ellos yo mismo. Sería un proyecto demasiado grande para los Mayne, y Leatham se marchó poco después de iniciarlo —la voz de Lewis fue suave, pero estaba claro que no aceptaría que lo engatusaran.

—Esperaba poder ocultar a la congregación los detalles de mi participación. ¿Cómo sabías que yo tenía algo que ver en esto? Sobre todo, si no habías pisado Avebury hasta hace unas semanas —le dirigió una mirada divertida.

—Ya había venido a Avebury, sólo que no desde que vives aquí. Miss Rigby me contó cómo

surgió la escuela, y supongo que se lo contó la señora Mayne, pues son bastante cercanas —se encogió de hombros—. Se corre la voz, ya sabes. Basta con que visites la escuela una vez para que las personas empiecen a hablar —Harry suponía que los cotilleos del pueblo no eran peores que los de la alta sociedad. Al menos no eran generalmente malintencionados. Simplemente no le gustaba que la gente supiera que contribuía con sus finanzas. Su mano derecha no debía saber lo que hacía la izquierda. Lewis continuó—. La señorita Rigby desea visitar la escuela por sí misma, pero una dama no debe entrar en la zona sin compañía. Como ya he dicho, yo también tengo cada vez más interés en este proyecto, ya que pienso pasar más tiempo en Wiltshire.

Harry sospechaba que podía haber cierto afecto hacia la señorita Rigby, pero no preguntó. Lewis se lo compartiría cuando estuviera preparado.

—Le he pedido a Tom que vaya hoy en mi lugar para llevar a cabo las instrucciones de Mayne sobre el tamaño de las habitaciones. ¿Deseas acompañarle para poder echar un vistazo? Tal vez podrías dar tu opinión sobre las habitaciones que están construyendo y ver si los hombres que elegimos están siendo diligentes en su trabajo.

Lewis levantó la vista mientras Tom pasaba junto a ellos, llevando el resto de las herramientas hacia el cobertizo de jardinería.

—¿Por qué no? No quería ir sin que hubiera una presentación, así que tu propuesta es oportuna. No creo que los inquilinos de Haggle End me miren con buenos ojos si me presento sin avisar. También puedo evaluar con qué facilidad podría llevar allí a la señorita Rigby sin comprometer en modo alguno su seguridad. Ella visita a los inquilinos de las afueras, pero sus padres le han prohibido llegar hasta la escuela —frunció el ceño y añadió—. Algo con lo que estoy muy de acuerdo. Pero sería bueno que pudiera ir acompañada. Después de todo, en Haggle End no sólo hay hombres que necesitan asistencia, sino también mujeres y niños.

—Muy cierto. Conociendo a la señora Mayne, estoy seguro de que ya ha pensado en cómo conseguirlo. Hablemos con Mayne esta semana e incluso con lord Allinthridge. Tal vez ellos sepan de otros en el pueblo dispuestos a ofrecer sus servicios en Haggle End para avanzar más rápidamente en el proyecto. Lo único que deseo es que todos los habitantes de Avebury tengan un empleo remunerado y vivan en mejores condiciones. Fue lo que expresó también Leatham antes de marcharse.

Lewis le miró, especulativo.

—¿Irás allí hoy? A Durstead Manor, quiero decir.

—Era mi intención —se preguntó qué tenía eso que ver con el proyecto—. Le había prometido a la señorita Tunstall que iría a ver a la señora Leatham tan a menudo como pudiera. Parece que sus ánimos mejoran por momentos, pero no es de extrañar que a menudo esté deprimida. Algunas circunstancias son más poderosas que nuestra fuerza de voluntad.

—Si no te conociera mejor a ti y a tu vida, creería que hablas por experiencia.

—Sabes muy bien que he llevado una existencia mimada —respondió con una mirada irónica —. Pero eso no significa que la condición del corazón y la vida de los demás no me conmuevan.

—Eres muy apto para tu profesión —su atención se desvió cuando Hugh salió por la puerta principal y se dirigió a los establos, balanceando su bastón. *Vaya, hoy está ambicioso*, pensó Harry. Lewis lo observó—. Así que tu secreto ha salido a la luz. ¿Cómo se tomó la noticia la señorita Tunstall?

Harry apartó la mirada de su hermano para mirar a Lewis.

—¿Por qué hablas de la señorita Tunstall?

—Tengo ojos en la cabeza —dijo, con una sonrisa asomando en sus facciones—. Te conozco desde que tenías diez años y nunca te había visto así. Deseo que seas feliz.

Tal vez Harry debería haber fastidiado a Lewis por lo de la señorita Rigby después de todo, ya que al parecer toda discreción había desaparecido. Sin embargo, respondió sinceramente.

—Me gustaría decir que tienes razón, pero la victoria está lejos de ser segura. Tal vez puedas desearme suerte.

—Suerte entonces.

Sir Lewis se volvió mientras Tom conducía el caballo fuera de los establos. Harry le dio instrucciones de acompañar a sir Lewis a Haggle End, y luego fue a buscar su sombrero y su bastón. En efecto, era hora de hacer una visita a la señora Leatham y averiguar qué pensaba realmente la señorita Tunstall.

Cuando Harry llegó a la mansión Durstead, se enteró de que la señora Leatham había ido al centro del pueblo y que la señorita Tunstall la había acompañado. Salió y se dirigió en esa dirección.

Sabiendo que era adonde Hugh tenía intención de ir, estaba seguro de que su hermano debía de haber convencido a la señorita Tunstall y a la señora Leatham para que fueran también a los comercios del pueblo, y la idea le molestó sobremanera. Él mismo no había tenido tiempo suficiente para cortejar adecuadamente a la señorita Tunstall. Había habido tanta complicidad entre ellos antes de que su hermano apareciera en escena, y antes, tenía que admitirlo, de que el pueblo estuviera *au courant* de su linaje.

No se arrepentía de haber optado por ocultar su origen a los habitantes del pueblo porque el anonimato era esencial para la posición que empleaba. Tenían que verle como alguien accesible. Era imperativo que no lo pusieran en un pedestal, como sabía que probablemente harían una vez que se enteraran. Sin embargo, se preguntó si no se había equivocado al no confiar en la señorita Tunstall. Si tenía intención de casarse con ella, debería haberle dicho quién era realmente. Su fría actitud le demostró lo que pensaba acerca de su falta de juicio.

¿Pero cómo podía luchar contra eso ahora? Ella había tomado distancia, y las dos veces que se habían visto, Harry no había sido capaz de recuperar el terreno que había perdido. Estaba enfrascado en estas reflexiones nada agradables cuando vio al terrateniente salir del despacho de su abogado.

—Terrateniente, venía a buscarle —un carromato pasó zigzagueando y Harry cruzó la calle tras él—. Seguramente sabrá que los corredores han venido una vez más con una prueba endeble. Seguro que se la enseñaron antes.

—Lo hicieron, y les dije que Tom Wardle tenía la misma —vio la mirada confundida de Harry y cambió rápidamente de tema—. Sin embargo, tengo noticias más urgentes para usted. Me han informado de que se ha cometido otro robo en Bath Road, más cerca de Avebury que de Calne, y se trata de un robo de una suma importante. Las víctimas viajaban en un sencillo carruaje negro que no debería levantar sospechas, pero su propósito al viajar era transportar un pequeño baúl con el oro del rey. La patrulla de caminos cree que los hombres sabían cuándo viajaría este carruaje porque llegó a una hora inusual, pero los ladrones estaban preparados. Estos hombres serán condenados a la horca por ello cuando los atrapen, y los *atraparán*.

Harry pensó en lo que la señorita Tunstall había soportado a manos de los ladrones y sintió unas ganas inusuales de aporrear a alguien.

—Cuando los corredores vinieron hace unos días, mencionaron su sospecha de que hubiera alguien local involucrado en este asunto. Me resulta imposible creerlo. ¿Y a usted?

El terrateniente se frotó la barbilla y, tras reflexionar un momento, dijo:

—Creo que existe alguna posibilidad —dirigió una mirada calculadora a Harry—. No se lo tome a mal, por favor. Sé que está empeñado en redimir esa parcela de tierra que hay junto a

Haggle End. Pero conozco a los criminales empedernidos. He sido el juez de paz aquí durante dieciocho años y contando. Aún no he visto a ningún criminal realmente pasar página, a excepción de Tom. Pero incluso con Tom, lamento decirlo, tengo mis dudas. Puedes vestir a un cerdo, pero sigue siendo un cerdo. No es que Tom sea una mala criatura —se apresuró a corregir.

La idea de tener que defender su decisión y sus convicciones respecto a la redención de las personas con un pasado criminal lo fatigó, pero con una inquebrantable paciencia respondió:

—Comprendo sus pensamientos. Son similares a los de muchos en el pueblo. En cuanto a mí, mi esperanza es poder demostrarles a todos ustedes que están equivocados. Tom nunca será más que un obrero. No fue criado con el conocimiento, y es demasiado viejo para empezar a estudiar ahora. Pero es un hombre honesto, y eso es suficiente para mí. Sin embargo, estos niños de Haggle End y de las afueras… —hizo una pausa y se encontró con la mirada del señor Mayne—. A pesar de su renuencia, debo agradecerle su donación y contribución para la construcción de esta escuela. Puede que no tenga mucha fe en la posibilidad de su redención, pero al menos tiene un granito de mostaza, porque está haciendo algo al respecto. Eso es suficiente para mí, y es suficiente para el Señor. Estos niños… si pudiéramos hacer que comiencen desde jóvenes, no habría límite en cuanto a lo que podrían conseguir.

—No voy a mostrar mi desacuerdo con usted en eso, señor Aston. Mi esposa ha estado insistiendo en lo mismo, y es sólo por ella que he prestado mi apoyo.

El ruido de un carruaje avanzando por la calle hizo que ambos giraran la cabeza. Harry vio que el carruaje llevaba el escudo de su hermano. Para su consternación, pero no gran sorpresa, vio que Hugh viajaba con Anna y la señora Leatham. Su sospecha había sido acertada.

El terrateniente frunció el ceño cuando vio el carruaje.

—Debería haber dicho «milord», supongo. Me he acostumbrado a llamarle Aston y debo aprender la nueva forma.

—Le ruego que no lo haga. ¿Se imagina si la congregación se acostumbrara a llamarme «milord» o «mi señor»? Siempre sentirán que hay una gran distancia entre nosotros, cuando no la hay en absoluto. Y sólo hay un Señor. Todos somos criaturas bajo la misma autoridad. Así que tenga la amabilidad de seguir llamándome Aston como hasta ahora.

El terrateniente asintió y volvió su mirada hacia el carruaje que se había detenido frente a ellos.

—Bien, Henry, veo que cumples con tu deber para con tus feligreses —con una sonrisa reluciente, añadió—. Te he quitado de encima a estas dos mujeres encantadoras, así que no tienes que preocuparte por ellas.

Harry le ignoró y se acercó al carruaje.

—Señorita Tunstall, ¿puedo ayudarla a bajar? —levantó la mano, y ella le dirigió una mirada indiferente antes de poner su mano en la de él y permitirle que la ayudara. No fue un comienzo muy prometedor. Luego se dirigió a la señora Leatham—. Por favor, permítame ayudarla también. Ha sido muy inteligente por su parte hacer el viaje en el carruaje de mi hermano. No la habrá sacudido demasiado.

—Gracias, señor Aston. Es cierto. Apenas sentí los baches del camino. Y debo decir que el aire fresco me hace mucho bien. Su hermano nos convenció para que le acompañáramos en sus compras, lo cual fue muy amable por su parte —le sonrió a Hugh.

—James, ocúpate del carruaje, tenemos algunas compras que hacer. Damas, sólo tengo un recado que hacer antes de ser completamente suyo. Henry se ocupará de que estén atendidas hasta mi regreso —volvía a hacerse el galante, y a menos que alguien lo conociera muy bien, sería difícil distinguir la falta de sinceridad en su discurso.

—Qué condescendencia —dijo Harry en voz baja cuando Hugh se marchó. Su hermano nunca era de los que prestaban servicios sin esperar algo a cambio, y Harry se preguntaba cuál era ese algo a cambio. Sospechaba que tenía algo que ver con la señorita Tunstall—. ¿Entonces, usted también tiene compras que hacer? —le preguntó. Sentía que el calor lo estaba debilitando, aunque parecía que para la señorita Tunstall este no era un problema. Un aroma a lilas llegó hasta él.

—Sólo unas pocas. No había planeado quedarme tanto tiempo en Avebury, y no quiero que me falten recursos. Pero estoy aquí sobre todo para ayudar a Emily a elegir lo que necesite —seguía hablándole con frialdad. Aunque le había contestado, no podía escalar el muro que ella levantaba delante de él.

—Un muy buen plan —sin dejarse intimidar, ofreció su brazo a ambas damas, deseando poder caminar a solas con la señorita Tunstall. Si tan solo pasaran tiempo juntos, podría encontrarse con ese lado amable y cálido que sabía que estaba oculto. Pero, por supuesto, no podía dejar a la señora Leatham.

No habían ido más allá que al otro lado de la calle cuando su hermano llegó caminando con aquel paso mesurado que mostraba al mundo que debían esperarle.

—Tienes a demasiadas en tus manos. Permíteme llevar a la señorita Tunstall, y tú puedes ayudar a la señora Leatham.

Harry observó la maniobra sin sorpresa, pero no por ello le molestó menos. Hizo uso de todo su autocontrol para ofrecer a la señora Leatham la gracia que se merecía.

—Aprovecharé este momento para saber cómo se encuentra. Veo que no le falta valor, pues ha accedido a salir.

Su hermano había empezado a murmurar a la señorita Tunstall más cerca de lo que era apropiado, y Harry apretó los labios con fuerza. No podía escuchar lo que Hugh decía. Cuando volvió a mirar a la señora Leatham, se dio cuenta de que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Me mantengo fuerte por él… por mi marido. También lo hago por mi bebé. No quiero que mi hijo nazca entre lágrimas, sino con esperanza. Y en eso fijo mi atención. Rezo para que esta esperanza no sea una ilusión o algo débil y frágil, sino algo a lo que pueda aferrarme.

Ahora tenía toda la atención de Harry, quien se volvió para mirarla con asombro.

—Señora Leatham, usted es un ejemplo de cómo soportar la prueba. Aunque no le desearía esta aflicción ni a usted ni a nadie, espero que pueda consolarse por el hecho de saber que usted es una inspiración.

La señora Leatham le apretó el brazo, pero no contestó. Los cuatro habían llegado a la mercería, donde la señorita Tunstall asintió fríamente en dirección a Harry a modo de despedida antes de entrar en la tienda.

La puerta se cerró tras ella y Hugh se volvió para ayudar a la señora Leatham.

—Henry, estoy seguro de que tienes alguna visita urgente que no se puede posponer. No te preocupes, yo me encargo a partir de aquí.

—Buen día, entonces, señora Leatham —dijo Harry.

Por supuesto, podía quedarse y obligar a la señorita Tunstall a que se fijara en él, pero no era tan tonto como para pensar que era una batalla que podía ganar. Prefirió retirarse y probar su táctica otro día.

CAPÍTULO DIECINUEVE



Anna se había acostumbrado a estar sola en Avebury. Desde que tenía uso de razón, rara vez pasaba tiempo aislada, e incluso cuando visitaba a sus amigos en Londres, Phoebe nunca estaba lejos. Por primera vez supo lo que significaba estar sola, no tener a nadie con quien compartir las pequeñas alegrías de la vida o calmar alguna preocupación simplemente encontrando algo de lo que reírse.

El señor Aston se estaba convirtiendo en una especie de preocupación, pero ella no encontraba nada de lo que reírse. ¿Por qué había ocultado su verdadera identidad y por qué se había mantenido alejado de ella desde entonces? Tal vez, ahora que le había sido recordaba su posición en la sociedad, la consideraba inferior a él. Pero, entonces, ¿a qué se debía la continua atención de lord Brookdale?

Debía reconocer la excepcional delicadeza del hombre a la hora de convencer a Emily para que se uniera a ellos. Habló con el grado justo de persuasión al expresar la necesidad de que ella acompañara a Anna por razones de decoro, y al clima perfecto que haría que el viaje no fuera demasiado agotador. Dijo además que le complacería aprender más sobre los proyectos del capitán Leatham en el pueblo y su ascenso de rango en la marina. Su discurso fue tan perfecto que Anna casi podría haber llegado a creer que estaba realmente interesado. Y, por supuesto, la manera más segura de llegar al corazón de Emily era pedirle que expusiera las virtudes de su marido.

Hoy volvía a hacer buen tiempo, y Anna, vestida para salir a cabalgar, estaba casi en la puerta principal cuando Emily la llamó. Se dio la vuelta y entró en el salón matinal, donde Emily estaba sentada con las manos juntas sobre el regazo y una expresión resuelta.

—Anna, quería decirte algo —hizo una pausa—. Veo que estás vestida para ir a cabalgar. ¿Puedes dedicarme un poco de tu tiempo?

—Por supuesto —se quitó los guantes y se sentó junto a Emily—. No me había dado cuenta de que estabas aquí. Ahora descansas a menudo por las tardes. Te aseguro que tienes toda mi atención.

—Eres tan buena amiga conmigo —apretó la mano de Anna mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Pasaron unos minutos antes de que pudiera continuar—. Quería decirte que estoy segura de que John no volverá…

Anna no pudo permitirle terminar.

—Emily, no puedes saberlo. Es demasiado pronto para perder la esperanza.

Emily negó con la cabeza y volvió a apretar la mano de Anna, silenciándola.

—No me sirve de nada tener esperanza en este caso. Sé que puede parecerte extraño, pero la *esperanza* me mantiene prisionera de un estado de angustia. En cualquier momento puedo recibir

la noticia de que el cuerpo de mi marido está perdido en el mar y entonces mis esperanzas se desvanecerán por completo. Tengo que superar este estado de incertidumbre para que el miedo y el dolor no se apoderen de mi futuro. Debo hacerlo por mi bebé y por mí misma.

Anna abrió la boca para hablar, pero luego la cerró. No había nada que pudiera decir. Emily tenía razón. Lo más probable era que John estuviera muerto. Darse cuenta de ello casi la dejó sin aliento. ¿Cómo podía Emily soportarlo? ¿Cómo podría soportar saber que su marido nunca volvería? A Anna se le llenaron los ojos de lágrimas y se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? —preguntó en voz baja.

—No me dejes hasta que llegue mi madre —le dirigió una mirada suplicante—. Eso es todo lo que pido. Me centraré en no caer en una profunda melancolía —soltó una carcajada que se convirtió en sollozo, y a Anna le costó mucho luchar contra la tristeza que amenazaba con hundirla al presenciar el dolor de su amiga. Cogió las manos de Emily entre las suyas.

—No te dejaré —prometió.

Unas nubes blancas y brillantes llenaban el cielo, y Anna sintió una suave brisa cuando por fin salió de la mansión Durstead y se dirigió a los establos. Necesitaba este paseo aún más después de su charla con Emily para restablecer el orden de su mente. Si Emily era tan valiente como para negarse a caer en un estado de depresión, Anna no debía ser menos valiente.

Partió a paso ligero por el prado hacia el camino que la había llevado a Avebury. La acompañaba el mozo de Emily, un hombre tranquilo. A pesar de su avanzada edad, era tan tímido que apenas podía articular dos palabras en presencia de ella. Anna estaba tan distraída que cabalgó hacia el lugar donde se había producido el asalto sin ser consciente de ello y sin que el mozo de cuadra la detuviera. Tal vez era demasiado tímido para llamarle la atención, pero sin duda estar ahí era poco deseable.

La vista del claro la cogió por sorpresa y supo enseguida dónde se encontraba. Los arbustos habían sido pisoteados, y vio el conjunto de abedules por donde había desaparecido el mozo de cuadra. Un inconfundible sentimiento de miedo se asentó en su estómago. ¿Y si los ladrones asaltaban este lugar con regularidad? La habían atacado, pero podía haber ocurrido algo mucho peor. Se detuvo mientras el mozo acercaba su caballo a una distancia respetuosa y trató de respirar hondo.

—Señorita Tunstall, parece ser mi día de suerte.

Anna se volvió al escuchar la voz de lord Brookdale y sintió un gran alivio al verlo. Ya no sería presa de cualquier bandido que se le cruzara por casualidad, con sólo un mozo de cuadra demasiado viejo para defenderla en caso de necesidad. Al alivio le siguió rápidamente la idea de que, si lord Brookdale decidía forzar algo contra ella, el mozo de cuadra no sería de mucha ayuda. Pero sin duda lord Brookdale era un caballero.

Anna forzó una sonrisa, decidiendo al hacerlo que no diría nada de lo que había sucedido aquí. El ataque era algo demasiado personal para hablarlo con alguien a quien no conocía bien. Además, el señor Aston ya conocía todos los detalles, y eso era suficiente.

—¿Qué le trae por estos lares, lord Brookdale?

—Me había detenido primero en la mansión Durstead, pero como no estaba allí, me dispuse a dar un paseo, pensando que aún podría toparme con usted. Imagínese mi sorpresa al encontrarla *aquí*. En el camino que lleva a Londres —sus caballos se habían puesto uno al lado del otro, y añadió con voz burlona—. ¿Se siente tentada a regresar?

Tardó un minuto en asimilar la pregunta. *¡Oh! El camino a Londres*. Anna se preguntó si tendría razón. ¿Por eso había elegido ese camino? ¿Porque llevaba a Londres? Desde luego, echaba de menos las conversaciones de Londres. Sin embargo, tal vez su anhelo de marcharse no

era tan profundo como hubiera supuesto, porque su siguiente pensamiento fue que echaba de menos la conversación del señor Aston.

—Podría preguntarle lo mismo a usted —respondió con ligereza—. De hecho, me asombra que siga aquí después de una semana.

Lord Brookdale miró al frente y ella admiró su perfil. Realmente era un hombre atractivo, y su seguridad en sí mismo resultaba agradable. Según le habían dicho, todas las mujeres elegibles de Londres se habían fijado en él desde que hizo su debut en la sociedad. Qué gran triunfo sería que él se fijara en ella. *Santo cielo. ¿En qué estaba pensando después de imaginarse a sí misma extrañando la conversación del señor Aston? ¿Había alguna mujer más indecisa sobre la faz de la tierra?*

Supuso que sí. Las mujeres son notoriamente indecisas, pensó Anna sin ninguna simpatía, bastante molesta consigo misma por pertenecer a esa categoría.

—Digamos que —se giró brevemente en su dirección para encontrarse con su mirada—, he encontrado un motivo para quedarme por un tiempo. Su mirada fue lo bastante expresiva como para dar a entender que lo había dicho por ella, y no pudo evitar sonrojarse ante esta victoria. ¿O sólo estaba jugando con ella? En cualquier caso, Anna sabía poco de lo que realmente sentía en su propio corazón y era mejor que guardara silencio. Cuando ella no respondió, él la miró de reojo y le dijo en un tono dulce—. Deseo felicitarla por haber logrado desmentir los rumores sobre la señorita Daventry.

Anna se giró sobre su silla de montar para mirarle.

—¿Cómo sabe que tengo algo que ver con los rumores sobre la señorita Daventry?

Lord Brookdale se encogió de hombros, pareciendo satisfecho.

—Cuando estalla un gran escándalo, uno de mis amigos se apresura a contarme todos los *detalles*, sobre todo cuando se trata de un rival.

—Una amiga, entonces —dijo, levantando una ceja—. Por rival, imagino que se refiere a la señorita Broadmore. Harriet Price ni siquiera ha tenido una temporada completa.

Asintió.

—Ha juzgado correctamente, señorita Tunstall.

El movimiento de los caballos era tranquilizador en el silencioso sendero, y Anna se dejó arrullar por él hasta que una pregunta surgió en su mente.

—¿Y cómo me atribuyó su amiga el haber acabado con el rumor?

—No tuvo más que seguir la progresión de sus visitas aquella mañana a partir de todos los relatos que circularon y ver adónde conducía la conversación a partir de ahí —la miraba ahora con interés para ver cómo asimilaba la noticia.

—Me sorprende que haya sido capaz —dijo con aspereza—, porque el tipo de amiga de la que usted habla no suele ser bien recibida en la *alta sociedad* —tan pronto como las palabras salieron de su boca, se arrepintió.

—*Touché*, querida —no pareció disgustado por su insinuación y se limitó a reír—. Tengo otras amigas.

—Seguramente *casadas* —sabía que estaba pisando terreno peligroso con el rumbo de su conversación, pues demostraba un conocimiento poco favorecedor del punto débil de la sociedad. Y probablemente estaba equivocada. Lord Brookdale no sería el chichisbeo de nadie. Él se limitó a reír de nuevo, sonando más humano… y más atractivo. Era hora de que Anna cambiara de tema—. Fue muy amable al invitarnos a ir al pueblo con usted. Le vino muy bien a Emily.

Habían abandonado el bosque y se encontraban en la carretera, y el silencioso mozo de

cuadra iba detrás. Anna no pudo evitar mirar hacia la izquierda, donde el camino llevaba a la rectoría. Le hubiera gustado ver al señor Aston viniendo en esa dirección, pero no estaba segura de que le conviniera que la viera cabalgando con el marqués. El señor Aston pensaría que se habían encontrado a propósito.

—Me alegro de haberle sido útil. Puede enviar una nota a la rectoría en cualquier momento que necesite algo, incluso algo tan simple como persuadir a la señora Leatham para que salga. Henry está ocupado con sus obligaciones y no siempre puede prestar tan pequeños servicios. La vida con él es bastante agotadora.

Era cierto. Lord Brookdale había ido dos veces a Durstead, y el señor Aston no había ido ni una sola vez desde que había presentado a su hermano. Seguramente Emily merecía su tiempo como una de sus feligresas más necesitadas. Anna frunció el ceño. ¿*Sería* agotadora la vida con él?

—Agradezco su oferta y no dudaré en hacerlo si surge la necesidad.

Al día siguiente, el mayordomo volvió a anunciar a lord Brookdale mientras Anna y Emily estaban sentadas en el salón matinal. Anna no entendía por qué el marqués era tan asiduo en sus atenciones y el señor Aston parecía haberse borrado del mapa. Sólo el orgullo le impedía preguntar. Tal vez sólo había imaginado el interés del señor Aston.

Entonces recordó lo que sentía al estar cerca de él, al ser sostenida por él, incluso si sólo era para ayudarla a bajar. Su memoria se inundó con la visión de ellos, uno frente al otro en la vía pública, más cerca de él de lo que nunca había estado con un hombre, el aire zumbando con la fuerza de su atracción.

—¿Señorita Tunstall? —lord Brookdale la miraba y ella se ruborizó al saber adónde la habían llevado sus pensamientos. Anna sonrió débilmente y miró a Emily, quien, tras el saludo inicial, había parecido apartarse de ellos—. Le he traído algo que podría interesarle —le entregó las páginas de *The London Gazette*, y pareció divertido cuando ella jadeó y las cogió con avidez.

Hojeó las columnas de noticias.

—Cuánto he deseado un ejemplar reciente. ¿Cómo lo ha conseguido? *¡Mmm!* ¿Qué es lo que hay? Lord Liverpool ha presentado otro proyecto de ley al parlamento que seguramente pondrá las cosas en orden, ganándose muchos *amigos*, seguro… Oh, veo que el duque de Clarins se va a casar. ¿Pero quién es ella? ¿Quién ha oído hablar de Kathryn Martin? Un nombre tan común. Y aquí…

El sonido de la aldaba interrumpió su lectura, pero no levantó la vista hasta que el mayordomo anunció:

—El señor Aston.



PARECÍA QUE HARRY nunca había estado tan ocupado. Afortunadamente, no había más muertes, pero sí bautizos y matrimonios que celebrar entre los más humildes de su congregación. No pudo encontrar en su corazón la forma de rechazarlos o de exigirles los honorarios que debían por sus servicios. No les reclamaba los honorarios, pero sí el tiempo que le llevaba realizar los ritos y sacramentos. Confesó a Dios su corazón dividido, pero saber que la señorita Tunstall pasaba todo su tiempo con Hugh mientras él se mantenía ocupado haciendo la obra del Señor era un trago amargo.

Verla sentada al lado de Hugh cuando entró en la sala matinal de la mansión Durstead no ayudó, aunque creyó detectar el más leve temblor en sus manos mientras ella se ponía de pie.

¿Le había echado de menos? Su mirada pasó del rostro de su hermano al de ella, le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Henry, por fin estás despierto —lord Brookdale había permanecido sentado y hacía girar su monóculo entre sus blancos dedos.

—Sabes muy bien que me levanto antes que tú y que llevo fuera desde el amanecer. ¿Cómo está, señorita Tunstall? Tiene muy buen aspecto —sus ojos buscaron los de Anna, pero ella sólo le dirigió una mirada fugaz antes de sentarse. Harry se inclinó ante la señora Leatham, quien le devolvió el saludo discretamente. Al sentarse, se fijó en el periódico que la señorita Tunstall había dejado caer sobre el sofá. Ella volvió a coger el periódico, pero no lo abrió—. ¿La gaceta de la alta sociedad?

Supo que había desaprobación en su tono, y la señorita Tunstall levantó la barbilla con una mirada desafiante.

—Como puede ver.

—Debo suponer que ese era el objetivo de tu visita, Hugh, ya que tu periódico llegó con el correo de la mañana —se esforzó por mantener un tono neutro, pero su hermano lo miró fijamente, sin que sus ojos pasaran nada por alto.

—No era el único objetivo de mi visita —respondió Hugh. Cogió el periódico de manos de la señorita Tunstall y lo abrió. Inclinándose y señalando un artículo, murmuró—. Y aquí está.

Harry se estremeció en su asiento ante la imagen íntima que presentaban y no le hizo ninguna gracia cuando la expresión de la señorita Tunstall se iluminó ante lo que Hugh le había mostrado.

—Vaya, vaya. La señorita Judith Broadmore casada con el señor Samuel Ponsonby —ella negó con la cabeza.

Harry tomó aire y se volvió hacia la señora Leatham con determinación.

—¿Ha vuelto a verla el doctor Carson?

—Ayer mismo —contestó ella—. Dijo que todo sigue tan bien como se esperaba —parecía que iba a decir algo más, pero miró a su hermano y cerró la boca.

La señorita Tunstall levantó la vista de repente y se volvió hacia Hugh con los ojos entrecerrados.

—¿Qué podría convertir a Judith Broadmore en rival de alguien, y por qué se precipitó a este apresurado matrimonio? Seguro que no ha sido por una travesura mía, pues sólo pretendía que se retractara de lo que dijo de Eleanor.

—No, ni siquiera una persona con su influencia podría haber llevado a Judith Broadmore a casarse con alguien de la calaña de Ponsonby. Le responderé. Judith fue vista demasiadas veces en compañía de sir Delacroix, el francés, quien se vio obligado a huir a Francia. ¿Lo conoce? — Harry pensó que la señorita Tunstall se sonrojó al escuchar el nombre, y sintió una vaga sensación de alarma. ¿Qué relación podía tener ella con un hombre que se había visto obligado a huir del país? Hugh prosiguió—. Creo que mi amiga compartía la atención del caballero, pero se negó a huir con él. Delacroix dejó a Judith sin previo aviso, con mucha prisa y en una situación delicada.

La señorita Tunstall jadeó.

Harry no pudo soportarlo más, y tampoco pudo evitar incluir a la señorita Tunstall en su mirada de reproche cuando dijo:

—Hugh, ¿no tienes nada mejor que hacer que parlotear sobre otras personas?

Hugh se volvió hacia él con una mirada de desdén.

—Sólo reciben lo que se merecen. *Le remords est la seule vertu qui reste au coupable.*

La señora Leatham se encontró con la mirada inquisitiva de la señorita Tunstall y salió de su

silenciosa contemplación para explicar:

—«El remordimiento es la única virtud que le queda al culpable». Fue Voltaire quien lo dijo.

—Esto es lo que pasa por ser adicto a la sociedad —forzosamente, Harry controló su voz, pero apretó los puños sobre su regazo—. Poco a poco renunciamos a trozos de nuestra alma, ¿y para qué? Unos cuantos bocados selectos que saben bien mientras se tragan hasta que nos toca a nosotros ser masticados por la sociedad.

Los ojos de la señorita Tunstall brillaron peligrosamente.

—¿Qué le importa a usted, señor Aston, si yo deseo leer *The Gazette*? ¿No tengo derecho a saber qué propuesta ha presentado el parlamento tanto como alguien que todavía está en Londres? Y si deseo celebrar las noticias de amigos que se han casado o alegrarme de la ruina de alguien que ha hecho mal por mi hermano y su prometida, estoy totalmente en mi derecho.

—Es el alegrarse de la ruina de alguien lo que me molesta. Esto es lo que pasa por adorar a la sociedad. Lleva a la ruina moral —dijo Harry con amargura.

Hugh había estado observando la interacción con cierta diversión, pues seguramente había notado la tensión alrededor de la boca de Harry y las mejillas coloradas de la señorita Tunstall. Se echó hacia atrás.

—Concuerdo plenamente con su sentir, señorita Tunstall. Puede estar segura de que disfruto con la ruina de aquellos que la merecen y que son demasiado simples para evitarla —levantó su monóculo y examinó a Harry a través de este.

Anna dirigió su mirada a Harry, levantando la barbilla en lo que equivalía a un desafío.

—No seas demasiado justo, ni seas sabio con exceso: ¿por qué habrás de destruirte?

Harry la miró sorprendido, molesto por su mala aplicación de las escrituras, pero complacido por su conocimiento de las mismas.

—Señorita Tunstall, seguro que sabe lo que viene después si vamos a citar eso.

Ella se cruzó de brazos y miró hacia otro lado, pero él fue lo bastante listo como para no continuar. *No seas demasiado malvado ni insensato: ¿por qué has de morir antes de tiempo?*

Se hizo el silencio y Hugh pareció disfrutar de la tensión.

—Bueno, señorita Tunstall, espero con impaciencia la próxima temporada, en la que espero que nos hagamos mucha compañía. Henry se quedará en Avebury, donde podrá permanecer «demasiado recto» a voluntad.

Anna le ofreció a Hugh una sonrisa cortés, y Harry, sintiendo que había perdido otro encuentro más, se despidió y se marchó.

CAPÍTULO VEINTE



Anna necesitaba escapar, pero era imposible alejarse físicamente de Avebury. Ni siquiera podía escapar de sus sentimientos encontrados sumergiéndose en una buena dosis de sociedad superficial. Tampoco podía burlarse y provocar a algún sujeto que se lo mereciera, lo cual siempre levantaba su estado de ánimo. No había nadie con quien pudiera bromear. En lugar de eso, estaba sola con sus pensamientos y tenía que enfrentarse al triste hecho de que no eran muy alentadores cuando se perseguían unos a otros en su cabeza. Emily había dicho que estaba cansada, así que Anna decidió dar un paseo y se dirigió al fresco follaje del bosque.

Dejó la brillante luz del sol en el sendero y ahora pisaba los suaves mohos de las hojas. Era bueno estar a solas con sus pensamientos. Lord Brookdale le había dado un trato preferencial y no sabía qué pensar al respecto. Tal vez la encontraba encantadora, pero no podía evitar pensar que toda esa atención tenía el único objetivo de irritar a su hermano. Aun así, había suficiente encanto en su discurso como para tentarla, sobre todo cuando el señor Aston se mostraba tan provocadoramente sobrio. ¿Esperaba él que ella renunciara a sus placeres sólo porque habían formado un vínculo?

Se detuvo en seco y jadeó. De eso se trataba, ¿no? Habían formado un vínculo, aunque no había llegado a ser una declaración.

Tal vez fuera lo mejor. Anna volvió a avanzar, apretando los dientes. Si el señor Aston iba a estar siempre moralizando, era mejor que lo supiera ahora. Desde luego, no tendría que soportar algo así con lord Brookdale.

Es cierto que no sentía por el marqués lo mismo que sentía por el señor Aston (ni de lejos), pero no podía evitar sentirse tentada por la influencia que tendría como duquesa. *Mi vida sería bastante cómoda, si he de ser sincera conmigo misma. No pensaría más que en el placer, y tendría el guardarropa de mis sueños. Sería una líder de la sociedad, como estoy destinada a ser. Y no tendría que preocuparme por los asuntos de mi conciencia.*

Incluso mientras los pensamientos pasaban por su cabeza, como si se trataran de la selección de vestidos que le ofrecía la modista, Anna sabía que no podía aceptarlos. Ella no era así. No era alguien que ignorara por completo los dictámenes de su corazón por puro estatus. Lord Brookdale no encendía ninguna chispa de deseo dentro de ella. Y luego estaba el maldito hermano de lord Brookdale, quien sí lo hacía.

Anna suspiró. Siguió caminando junto a un arroyo que había descubierto durante sus primeros paseos por la mansión Durstead. Emily nunca le había negado los paseos, tal vez sabiendo lo mucho que necesitaba estar sola. Incluso en sus momentos más profundos de dolor y duda, Emily la había instado a realizarlos. Pero hacía tiempo que Anna no iba tan lejos, y estaba decidida, en el calor del día, a encontrar el fresco alivio del sonido del gorgoteo del agua al

salpicar las piedras.

Se acercó a un puente que cruzaba el arroyo. No necesitaba llegar al otro lado y ni siquiera sabía si esa zona aún pertenecía a los Leatham, pero el puente curvo era pintoresco. Era el lugar perfecto para reflexionar. Caminó sobre él y sus pisadas hacían eco en la madera. Ya en el centro, se inclinó sobre la barandilla y dejó caer una de las hojas que había recogido mientras recorría el bosque. Una a una, las dejó caer en el agua que corría, y con ellas su confusión.

Una hoja cayó por una vida como la señora Aston en un hogar tranquilo donde podría haber amor. Otra hoja cayó por una vida con toda la alegría y las galas que podía esperar: fiestas y veladas y viajes al continente que seguramente llegarían si este asunto de la guerra llegaba a su fin y si se casaba con lord Brookdale. Otra más cayó por una vida sostenida por la sólida presencia del señor Aston, por ser escuchada y besada.

Negó con la cabeza. Sabía hacia dónde se inclinaba su corazón, pero era demasiado difícil dejarse llevar. Simplemente no podía. *Y no me dijo la verdad sobre quién era*, se recordó a sí misma en un intento de endurecer su corazón contra él.

—¡Señorita Tunstall!

El primer rubor que sintió en las mejillas por la alegría de escuchar la voz del señor Aston fue seguido por una oleada de ira. ¿Había venido a reñirla aún más? Anna le dio la espalda, con la mirada fija en el agua que corría bajo el puente, y sólo se dignó a asentir fríamente en su dirección cuando el sonido de sus botas sobre el puente de madera llegó a sus oídos.

El señor Aston rompió la débil barrera de su fría actitud al coger su mano derecha y llevársela a los labios, tirando de ella para que le mirara.

—Señorita Tunstall, sé que está molesta conmigo, y tiene toda la razón —miró a Anna con una expresión tan seria y pesarosa, que sus defensas no pudieron resistir—. ¿Qué derecho tengo a sermonearla cuando he tenido tiempo de sobra para observar la generosidad de su espíritu al ayudar a la señora Mayne con su proyecto y su apoyo incondicional a la señora Leatham en su angustia? Soy un canalla.

Anna resopló.

—Bueno, supongo que uno espera que un párroco pontifique y restrinja todo tipo de placeres.

—Fomentar la restricción del vicio, quizás, ¿pero del placer? —negó con la cabeza—. Espero que no.

Anna apartó sus manos, no dispuesta a sucumbir tan fácilmente.

—¿Cómo conoce este lugar?

El señor Aston dejó ir sus manos y se apoyó en la barandilla junto a ella.

—Nuestras tierras lindan. Esta no es mi propiedad. Es de Leatham, pero él me permitió acceder para practicar mis tiros y dar paseos tranquilos. Vengo a menudo al arroyo. Es un buen lugar para reflexionar, ¿no es así?

—Su hermano ha sido un visitante frecuente de nuestra casa —observó. No quiso añadir que él había sido menos frecuente, por miedo a que pensara que ella se daba cuenta o se preocupaba por su ausencia. También debía decir que su última visita no había terminado bien.

El señor Aston pareció debatir consigo mismo antes de responder.

—No le ocultaré que mi hermano y yo no nos llevamos muy bien. Hugh puede ser provocador a veces, y supongo que yo caigo en el viejo esquema que establecimos en la infancia. Si he de serle franco, yo tampoco me gusto tanto cuando él está cerca.

Anna se mordió el labio mientras consideraba sus palabras.

—Supongo que puedo entenderlo. Siempre hay personas que sacan lo peor de nosotros y otras que sacan lo mejor —se hizo el silencio, excepto por el ruido del agua bajo sus pies, y

Anna se dio cuenta de que había echado de menos su amistad. Se quedó mirando los árboles a ambos lados del arroyo en vez de a él—. Empiezo a temer que el capitán Leatham no regrese, y no puedo imaginar qué hará Emily si no lo hace. No puedo quedarme aquí —añadió rápidamente —. Mi hermano no puede prescindir de mí indefinidamente, ya que su boda se celebra dentro de un mes.

El señor Aston enderezó su postura, sin responder de inmediato.

¿Está decepcionado? se preguntó Anna.

—Las noticias que hemos tenido no han sido reconfortantes, es cierto. Pero no perderé completamente la esperanza hasta que recibamos una noticia definitiva sobre su destino.

Anna pudo sentir su mirada clavada en ella, y preguntó:

—¿Es eso lo que hace, entonces? ¿Mantiene la esperanza, aunque tenga pocas razones para tenerla? —se volvió hacia él. *Aún* la estaba mirando.

—Por supuesto. ¿Qué clase de hombre pierde la esperanza tan fácilmente? —sus palabras empezaron a cobrar un significado más personal, y el corazón de Anna comenzó a acelerarse por su cercanía y su mirada atenta y concentrada. Se preguntó si debía marcharse, si debía escapar mientras pudiera. Tenía la sensación de que si se quedaba, se comprometería irrevocablemente. Como si hubiera leído su mente, el señor Aston dijo—. Anna —ella inspiró bruscamente y se volvió hacia él mientras sentía que sus mejillas se sonrojaban. Había utilizado su nombre de pila. Él levantó la mano para rozarle la mejilla suavemente—. Anna, dime que puedo atreverme a tener esperanza.

Anna estaba hipnotizada por la intimidad de su caricia y la visión de él acercándose. Con la mano aún en su mejilla, el señor Aston se inclinó y rozó sus labios con los de ella, luego se apartó mientras la estudiaba.

—Yo… Yo… —su voz no fue más que un susurro y negó con la cabeza. Cuando el sonido de la corriente llenó el silencio, levantó la mirada hacia él. Vio una arruga formarse en su entrecejo y percibió el dolor—. Harry, no puedo.

Él dio un repentino paso hacia atrás y Anna casi se tambaleó cuando el aire inundó el espacio donde él había estado. Lo vio tragar saliva, vio cómo apretaba la mandíbula y quiso decir algo. Quiso explicárselo, pero no le salieron las palabras. Él hizo una rápida reverencia y se dio la vuelta para cruzar el puente de madera sin decir nada más.

Anna había hecho lo correcto. Por supuesto, no podía quedarse en Avebury y casarse con un párroco. La idea era impensable. ¡Esto era lo que le esperaría si lo hiciera! Nada más que una conversación aburrida y el más estricto decoro. Había puesto al señor Aston en su lugar.

Anna. El recuerdo de su nombre en sus labios volvió a ella y se preguntó cómo sería estar en términos tan íntimos con él, devolverle el beso en lugar de conformarse con el breve roce de sus labios con los suyos. Anna abandonó el puente y comenzó a caminar de regreso a la mansión Durstead. Si había hecho lo correcto, ¿por qué tenía ganas de llorar?

Sólo cuando se acercaba al final del bosque y sus pensamientos volvieron al beso que había recibido, al más leve roce de sus labios, se dio cuenta de algo.

Le había llamado Harry.

CAPÍTULO VEINTIUNO



Harry llegó a la linde del bosque antes de darse cuenta. Ver a Anna en uno de sus lugares favoritos había sido un placer inesperado. De vez en cuando, se había preguntado si ella llegaría tan lejos, y hoy, cuando el destino le brindó su oportunidad, le pareció el momento oportuno para declararle sus sentimientos.

No había salido bien. Siguió caminando a paso ligero, intentando controlar sus sentimientos antes de enfrentarse de nuevo a su hermano. Debería ir más despacio para no llegar a la rectoría antes de estar preparado, pero su corazón le dolía demasiado y necesitaba moverse. Recordó la suavidad de sus labios y la dulzura de su rostro antes de que todo el dolor lo inundara de nuevo.

No puedo.

Debería rendirse. Estaba claro que a Anna sólo le interesaba Londres y todo lo que su sociedad podía ofrecerle, y Harry había hecho un pacto consigo mismo para no conformarse nunca con una mujer así. Su esposa no se dejaría tentar por el mundo, sino que estaría hecha de la mejor calidad moral.

Sin embargo, a pesar de los grandes propósitos de Harry y del carácter poco perfecto de Anna, no podía evitar seguir queriéndola. ¿Acaso ella no había sentido algo cuando él le sostenía la cara y la besaba? ¿No había luchado en su interior antes de rechazarlo? Él creía que sí. Y le había llamado Harry. Aunque fuera el mortal más tonto que existiera, no podía perder la esperanza hasta estar seguro de los sentimientos de Anna.

Harry estaba casi en su puerta cuando el sonido de un carruaje capto su atención. Se dio la vuelta y vio al terrateniente. Aunque no estaba interesado en ver a nadie en ese momento, sabía por experiencia que el señor Mayne iría directo al grano.

—Hola, Aston —se levantó el sombrero y sonrió amistosamente mientras se detenía—. Veo que acaba de regresar. Espero que mi visita no le cause molestias.

Harry estiró el brazo para coger la brida del caballo del señor Mayne.

—En absoluto —dijo cortésmente—. ¿Le gustaría entrar? Seguro que mi mozo de cuadra está por aquí.

—Muy amable de su parte. No, no le molestaré mucho. He venido con ese trozo de tocino que me prometió mi administrador y un recordatorio sobre la cena de la señora Mayne. Estoy seguro de que la invitación se ha extraviado, ya que usted está corriendo por todo Avebury para atender a los parroquianos.

—Santo cielo, ¿me olvidé de responder? —dijo, atónito. La señora Mayne había organizado por fin una pequeña cena, y Harry había tenido la intención de preguntarle a Anna si asistiría cuando se encontró con ella en el pueblo, junto con su hermano y la señora Leatham. No había tenido oportunidad de hacerlo—. Desde luego que asistiré. Por favor, extienda mis disculpas a la

señora Mayne. Siempre fue mi intención asistir, pero la llegada de mi hermano debe haberme sacado de quicio.

—Bueno, ya sabe que las mujeres son criaturas sensibles —dijo, tranquilizándolo—. Estaba seguro de que no era más que eso y yo mismo se lo dije. No es costumbre de la señora Mayne ser anfitriona de cenas, y debo decir que tiene sus dudas. Es este proyecto escolar suyo en Haggle End lo que la ha alentado. Desea dar las gracias personalmente a todos los que han ayudado —miró a su alrededor para comprobar que estaban solos y luego añadió en voz baja—. Su hermano está incluido en la invitación, por supuesto. Espero que no desprecie una cena más sencilla.

En secreto, Harry pensó: *Probablemente, pero no lo admitirá*. En lugar de eso, dijo:

—Estoy seguro de que lord Brookdale estará encantado de asistir.

—Bien, bien —inspiró—. También he venido a darle una noticia. Debe saber que los corredores de Bow Street se han instalado en la posada del pueblo por el momento. Han decidido que merece la pena vigilar más de cerca a nuestros habitantes, con todo lo de la pistola robada a un lord de la zona. Y ahora, con el pañuelo que han encontrado, quieren localizar a su dueño. Con estas dos pruebas, creen que podrían atar cabos.

—Lo de la pistola lo entiendo, pero me parece extraño que hayan decidido centrar su atención en el trozo de tela. Cada trabajador en Avebury debe tener uno como este. Sin embargo, no voy a discutir sus métodos —estaba impaciente por entrar y se alejó de los caballos.

—Así es —miró a Harry de cerca—. Debo decir, Aston, que parece un poco cansado. Espero que los deberes de nuestra parroquia aquí no le estén sobrecargando de trabajo. No me gustaría perderle —Harry esbozó una débil sonrisa y negó con la cabeza mientras el señor Mayne continuaba—. Y si no le importa que se lo diga, lo que usted necesita es una esposa. Una señora Aston se aseguraría de que las invitaciones fueran respondidas y de que usted tuviera suficiente comida y descanso. Estoy seguro de que la señora Mayne se opondría a que hablara de esto, pero ya sabe que siempre he sido así. Supongo que no debería decirle a un hombre adulto lo que tiene que hacer.

—No, no debería —una vez pronunciadas las palabras, Harry se dio cuenta de que había sido más duro de lo que le hubiera gustado, pero el terrateniente no se lo tomó a mal. Se limitó a llevarse la mano al sombrero y levantarlo.

—Bueno, le dejo entonces. Estaremos encantados de verle en nuestra casa para cenar dentro de dos días. También hemos invitado a esos amigos suyos de Londres, sir Lewis y Cranfield.

—Estoy seguro de que será una velada perfecta. Por favor, dele mis saludos a su esposa, junto con mis disculpas.

Harry lo vio alejarse antes de entrar en la biblioteca, donde Hugh estaba sentado en su sillón. No era de extrañar, dado lo bien que había transcurrido su día hasta el momento. Se negó a ser expulsado de su propia biblioteca y se dirigió a su escritorio, donde se sentó y sacó su libro de contabilidad.

—Debo decirte que estás invitado a casa del terrateniente a una sencilla cena dentro de dos días. Avísame si debo enviarle tus disculpas.

Hugh levantó la vista del periódico que estaba leyendo.

—Eso te gustaría, ¿verdad? Pero creo que iré. Me parece que la compañía aquí es más interesante de lo que esperaba cuando llegué —Harry estaba demasiado cansado para morder el anzuelo y se concentró en arreglar sus cuentas. Había recibido el diezmo de más de un feligrés, pero no había tenido tiempo de registrarlo. Una tarea aburrida como esta era justo lo que necesitaba. Hugh dobló su periódico y lo miró—. Supongo que haré una visita a la señorita Tunstall.

El nombre de Anna en los labios de su hermano fue como un cuchillo en el corazón, pero Harry se negó a dejar que se notara.

—Como quieras.

Hugh no abandonó la habitación de inmediato, por lo que Harry supuso que, o bien se trataba de una amenaza vana para provocarlo, o bien su hermano no estaba tan seguro de ser bien recibido en la mansión Durstead, aunque no es que normalmente le importaran esas cosas. Casi deseaba que se marchara, aunque eso significara que iba a ver a Anna.

Necesitaba tiempo para asimilar lo que sentía tras su último encuentro, y no podía hacerlo con su hermano pisándole los talones. Se obligó a concentrarse en los libros y escribir sus cuentas. Cada vez que su mente divagaba, que era a menudo, se obligaba a volver a las columnas de números.

—Qué enfadado pareces, Henry. ¿Te preocupa algo? —Hugh tenía una pierna cruzada sobre la otra y lo estudiaba distraídamente.

—No sé a qué te refieres —mantuvo su expresión impasible, pero se esforzó demasiado. Para su alivio, Hugh pareció cansarse de provocarle y pronto se marchó. Por fin estaba solo.



DOS DÍAS DESPUÉS, acompañado por su hermano, Harry se dirigió a la residencia del terrateniente, donde fueron recibidos por las luces que se colaban por las ventanas. Con un poco de suerte, se separarían a la entrada y permanecerían así durante toda la fiesta. Tendría que concentrarse en su papel de párroco para sobrevivir a las conversaciones y no dar la impresión de que algo iba mal. No había visto a Anna desde aquel día en el puente, y no quería estar aquí viendo a su hermano flirtear con ella. Al mismo tiempo, se preguntaba si Anna le habría echado de menos y si se arrepentiría de su decisión.

Sir Lewis y Julian entraron juntos, y lo saludaron antes de ser ignorados por la señorita Rigby. Ella le dedicó a Harry una sonrisa amistosa, pero no se acercó a él, pues estaba inmersa en una conversación. Su hermana parecía estar dividida sobre si abordar primero a Hugh o a Jules. Harry se dio cuenta de que no le importaba cuál.

Cuando Anna entró por fin en la habitación, a Harry le costó mantener su corazón en el pecho. Era tan encantadora en la vida real como en su imaginación y pasaba con naturalidad de una conversación a otra. Ella sólo le dirigió una mirada fugaz, y tal vez fue un pensamiento nostálgico de su parte, pero la rápida mirada no había sido descortés. Era casi como si albergara algún remordimiento o añoranza. Tal vez había cambiado de opinión desde que se encontraron en el arroyo. Al menos, él aún podía albergar esperanzas.



ANNA HABÍA ACUDIDO a la fiesta con un objetivo: ver qué sentía por Harry después de haberlo rechazado. Quería ver qué haría su corazón. ¿Sería problemático y se creería enamorado de Harry? ¿O seguiría siendo fiable e inteligente? Sus pensamientos habían huido más de una vez al recuerdo de sus labios rozando los suyos.

Recorrió el salón, saludando a sus conocidos. Cuando llegó al final del mismo, se volvió para encontrar la mirada de Harry fija en ella, y rápidamente volvió a apartar la vista. *Oh, cielos.* Ya tenía su respuesta. Su corazón estaba causando más estragos en su tranquilidad de los que

imaginaba.

—Vaya, señorita Tunstall —el señor Cranfield se inclinaba ante ella—, ha pasado algún tiempo desde la última vez que nos vimos.

Anna esbozó una sonrisa cortés. No se dejaba engañar por su carácter después de haberle escuchado con Marianne Rigby, pero no podía hacerle saber que le había escuchado, por mucho que le hubiera complacido.

—Me alegro de verle, señor Cranfield. ¿Cuánto tiempo prolongará su estancia en Avebury?

—Podría preguntarle lo mismo. Veo que está aquí sin la señora Leatham.

—La señora Leatham no se encuentra bien esta noche. No tengo planes inmediatos de partir, pero debo hacerlo a mediados de septiembre, pues mi hermano se va a casar —se volvió cuando lord Brookdale se puso delante de ella.

—Cranfield. Buenas noches, señorita Tunstall. Está tan radiante como siempre —lord Brookdale cogió sus dedos entre los suyos y los besó mientras se inclinaba.

—Buenas noches, milord. ¿No es esta una fiesta demasiado pequeña para que usted asista? No había pensado verle aquí.

La mente de Anna daba vueltas mientras pronunciaba esas palabras. Sólo había preparado su corazón para encontrarse aquí con Harry, no con su hermano. ¿Había hablado Harry con lord Brookdale sobre su encuentro? Anna pensó que no. Percibía demasiada rivalidad entre ellos como para que le hubiera confiado algo así a su hermano.

—Como no hay otras fiestas propuestas para esta noche, ya que Avebury no es más que un pueblo, bien puedo asistir a esta, sobre todo si hay personas a las que deseo ver especialmente —su mirada fue significativa y Anna lo miró sorprendida. Sus atenciones, dadas como eran en público, eran bastante notorias para lo que debería ser un flirteo inofensivo. El marqués apartó la mirada de ella y se volvió hacia el caballero que estaba a su lado—. Cranfield, Faure, justo los hombres que deseaba ver. ¿Qué os parece si organizamos un viaje a caballo al castillo de Barbury, cerca de Wroughton?

El señor Cranfield miró a sir Lewis, quien se había unido a su grupo.

—Habíamos hablado de visitar Stonehenge, pero quizá esté demasiado lejos para ir a caballo. ¿Lo intentamos, Lewis?

Sir Lewis se inclinó ante Anna.

—Por supuesto. Podríamos hacer un picnic al aire libre.

Cuando lord Brookdale volvió su encanto hacia Anna, ella se preguntó a qué juego estaba jugando. Si no lo conociera mejor, pensaría que él estaba organizando esto para su beneficio.

—Señorita Tunstall, espero que forme parte del grupo, si logramos persuadir a algunas de las otras jóvenes.

—Estoy seguro de que a la señorita Rigby le agradaría la idea —murmuró sir Lewis.

Anna sonrió en su dirección.

—Me gustaría mucho, y sobre todo si la señorita Rigby puede acompañarnos.

Su conversación se interrumpió cuando Harry se acercó. Anna no pudo resistirse a dedicarle una sonrisa sonrojada, la cual lord Brookdale no pareció pasar por alto. Anna esperaba que no se mostrara demasiado serio después de su última conversación; sería desgarrador ver desaparecer la calidez de su mirada.

—Señorita Tunstall, ¿cómo le ha ido? —Harry se inclinó ante ella, y cuando levantó la mirada hacia la suya se sintió conmovida por la sinceridad que vio allí. No la había ignorado.

—Estoy muy bien, gracias —respondió—. Su hermano me estaba proponiendo dar un paseo hasta el castillo de Barbury. ¿Vendrá usted también?

Anna sabía que con su invitación estaba dando a Harry motivos para la esperanza, pero no pudo evitarlo. *Deseaba* que viniera. Le bastó mirar rápidamente la expresión irritada de lord Brookdale para comprender que *él* no había planeado invitar a su hermano. Se alegró de haberlo hecho. Por mucho que se sintiera halagada por la atención de lord Brookdale, él no la reconfortaba como lo hacía Harry.

La mirada de Harry pasó por encima de su hermano y se posó en ella.

—No me gustaría perdérmelo. ¿Cuándo?

—El viernes —fue la cortante respuesta de lord Brookdale—. Habría pensado que tus obligaciones parroquiales eran demasiado numerosas para emprender semejante viaje.

Harry se limitó a sonreír dulcemente.

—No.

Pronto fueron llamados a cenar, y Anna se sentó entre el señor Cranfield y lord Brookdale. Hubiera sido un placer para ella sentarse entre los dos solteros londinenses más codiciados, pero su corazón no estaba por la labor. De los dos, prefería conversar con lord Brookdale, sabiendo que al menos a él no le había escuchado expresar ninguna opinión negativa sobre ella. Marianne reía a carcajadas al otro lado del marqués, en su propia estratagema para captar su atención.

Hester estaba sentada al otro lado del señor Cranfield, quien, en más de una ocasión, intentó ganarse la atención de Anna, aunque su participación en la conversación debería haberse dirigido a Hester. Anna admiraba la paciencia de Hester, pues incluso cuando la ignoraban, seguía siendo amable. Decidió pasar un rato con Hester cuando los hombres y las mujeres se separaran, y tuvo la oportunidad de hacerlo cuando las damas se reunieron en el salón.

Hester se acercó a ella.

—Tengo entendido que estás invitada al castillo de Barbury. Sir Lewis me habló de ello justo antes de entrar a cenar, y le prometí que iría.

—Oh, me alegro mucho —su atención fue captada por Marianne, quien interrumpió su conversación con sonoras carcajadas. Intentó no fruncir el ceño ante el ruido—. De momento, no estaba segura de quién más estaría invitada.

Hester pareció comprender el giro de sus pensamientos y soltó una suave risa antes de contestar.

—El señor Cranfield invitó a mi hermana, y sir Lewis tuvo la amabilidad de invitarme a mí. Hemos prometido hablar con nuestra cocinera para contribuir con los refrigerios. Es más fácil para nosotras, ya que no vivimos en un establecimiento de solteras.

—Aunque parece que al señor Aston le va muy bien con la señora Foucher.

—Me parece que sí —frunció el ceño—. ¿Cómo le va a Emily?

—Hay momentos en que parece haber mejorado mucho, para soportar la tensión. Sin embargo, creo que está cada vez más cerca de su parto, y eso debe traerle preocupaciones adicionales.

Anna miró a lady Allinthridge, quien estaba sentada conversando tranquilamente con la señora Mayne.

—¿Crees que podría convencer a lady Allinthridge para que le haga compañía a Emily mientras hacemos nuestro picnic? Parece que le tiene cariño.

—Estoy segura de que estará encantada. Podríamos pedírselo en cuanto esté libre.

Lady Allinthridge aceptó el plan justo cuando los hombres entraban en la habitación. Se excusó para ir a atender a su marido, diciendo que había contraído una ligera tos y deseaba persuadirle para que se marchara temprano. Lord Brookdale vio a Anna sola y se acercó a ella.

—Parece que nuestra salida va a ser un éxito.

—*Mm.*

Anna observó a Harry sumido en una profunda conversación con lord Allinthridge mientras lady Allinthridge aguardaba pacientemente al lado de su marido.

—¿Qué es lo que más echa de menos de Londres?

La pregunta de lord Brookdale la tomó por sorpresa, y se volvió hacia él.

—Encontrar a personas de la alta sociedad donde quiera, supongo. Conocer los últimos *cotilleos*. Los bailes que duran hasta altas horas de la madrugada. La hora más concurrida en Hyde Park. Los helados de limón de Gunter —se rio—. Podría continuar fácilmente. La lista es bastante larga.

—Exactamente —esbozó una leve sonrisa, pero su mirada se clavó en ella—. Hará bien en no perder de vista el premio, querida muchacha —no necesitó mirar a su hermano para que su intención quedara clara: Harry no era el camino que la guiaría a todas las diversiones de Londres.

Anna resopló. No iba a fingir que no lo había comprendido, aunque desde luego no era asunto suyo. Sin embargo, tuvo que admitir que sus palabras contenían cierta verdad.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



Lady Allinthridge llegó cuando Emily y Anna habían terminado de desayunar y se dirigieron al salón matinal. Dejó su sombrilla y se sentó en el sofá junto a Emily.

—Te ves un poco cansada, lo que a veces sucede cuando las mujeres se acercan al parto. Me parece una buena idea que te esfuerces por levantarte cada día, pues la rutina sólo te fortalecerá —abrió la bolsa que había traído y empezó a sacar cosas de ella—. He traído un libro para leer en voz alta y algunos materiales para hacer manualidades, si lo deseas. Tengo una flor a medio terminar en la que podríamos trabajar, ya que sé que eres hábil en esas cosas.

—Estoy segura de que pasaremos una tarde muy agradable —respondió Emily con voz apagada.

Lady Allinthridge hizo una señal al criado que estaba colocando un cojín en la espalda de Emily.

—Haz que nos traigan esa mesita para que podamos trabajar con más facilidad. No te importará que dirija a tus sirvientes —le dijo a Emily—. Después de todo, estaremos más cómodas así. Señorita Tunstall, debe estar ansiosa por irse.

Efectivamente, Anna estaba vestida y lista. No recordaba cuándo le había atraído tanto la idea de una excursión. Necesitaba la libertad que supondría abandonar la mansión Durstead durante un día entero, algo que no había hecho desde su llegada. También deseaba la compañía del señor Aston. Quizá tuvieran tiempo para hablar.

—Sólo iré a buscar mi capota —plantó un cariñoso beso en la mejilla de Emily—. Me alegra verte en tan buenas manos. No tengo reparos en dejarte ahora.

—Anna, eres tan buena amiga conmigo —las palabras salieron entrecortadas, y Anna no pudo resistirse a volver y rodear con sus brazos los hombros de Emily.

—Eres fácil de querer, querida. Gracias, lady Allinthridge.

Tuvo que contenerse para no correr a buscar su capota y parecer poco femenina. Con una sonrisa y paso ligero, se puso los guantes y salió al sol.

Para cuando el mozo de cuadra la ayudó a subir a su caballo favorito del establo bien equipado de Emily, el grupo había empezado a congregarse en el camino que llevaba de la mansión a la carretera principal. El señor Cranfield y sir Lewis estaban presentes, así como Hester y Marianne Rigby. George Mayne también había llegado, acompañado por un amigo de la infancia que acababa de llegar de visitar a su tía en Cornualles. No serían suficientes parejas, pero no podía evitarse porque otra joven se había puesto enferma en el último momento. Todos estuvieron de acuerdo en no posponer la salida.

Su corazón se aceleró en cuanto el señor Aston y lord Brookdale aparecieron a la vista. Apartó la mirada, deseando ser más natural. Aunque sabía de su antipatía mutua, no podía dejar

de admirar la elegancia de sus personas. ¿Cómo había podido pensar que el señor Aston no era más que un simple párroco rural?

Ambos hombres tenían la mirada fija en ella cuando llegaron, y Anna los saludó inclinando la cabeza, primero a lord Brookdale. *Es justo que le dé preferencia. Tiene un rango superior*. Pero ella sabía que la verdadera razón era ocultar su creciente afecto por el señor Aston. No podía dejar que todos supieran cuál era su preferencia.

Cada vez le resultaba más evidente que, a pesar de los modales elegantes y el porte sereno del marqués, a pesar de su riqueza, su título y su habilidad para hablar con fluidez, lord Brookdale carecía de la profundidad y la fibra moral que el señor Aston poseía con creces. Lord Brookdale ni siquiera era capaz de sentir aprecio por su propio hermano. ¿Cómo podría sentir afecto por alguien más?

No, lord Brookdale era el inferior de los dos, al menos a sus ojos.

—¿Nos vamos, entonces? —en consonancia con su rango, lord Brookdale encabezó el grupo. El grupo avanzó con naturalidad, repartiéndose por el ancho camino, cada uno a un paso tranquilo. Lord Brookdale llevó su caballo junto al de Anna, dejando a su hermano a la zaga. Ella sintió cierto fastidio, pero no quiso llamar la atención ni sobre sí misma ni sobre él objetando—. Señorita Tunstall, por fin es usted libre. ¿Está tan ansiosa por este paseo como yo? Le resultaba difícil imaginar a lord Brookdale disfrutando de algo cuando siempre proyectaba un aire tan lánguido. Sonrió al pensarlo, y cuando él la interrogó sobre su motivo de diversión, ella le explicó—. No está de moda encontrar diversión en las cosas. Seguramente usted lo sabe, señorita Tunstall, pues es adicta a la moda.

—Sin embargo, sí me estoy divirtiendo. De hecho, respondiendo a su pregunta, hace tiempo que deseaba una excursión de un día como esta. Esperaba más salidas de este tipo cuando vine al campo, pero la vida me dio un giro inesperado.

O, mejor dicho, le había dado a Emily un giro inesperado, y Anna había ido a su rescate.

Lord Brookdale asintió.

—La vida a menudo hace eso, me parece, por eso acomodo todas las cosas a mi conveniencia.

—Un sentimiento con el que me identifico —algunos de los jinetes se habían adelantado y ella podía escuchar el murmullo de sus conversaciones. No podía ver al señor Aston, quien seguía detrás, pero de vez en cuando le escuchaba intervenir y pensó que podría estar hablando con George Mayne—. Pero no creo que podamos elegir nuestra vida a voluntad. Hay cosas fuera de nuestro poder que influyen en nuestras circunstancias.

—Es mucho más fácil cuando uno decide no preocuparse. Esta es la razón por la que he emprendido mi vida del modo en que pretendo hacerlo. No seré de los que se dejan arrastrar por la corriente de las pasiones y agonías de la vida. Es mucho más sensato simplemente ser desinteresado.

Era una postura racional, y normalmente habría estado de acuerdo con ella. Pero sus sentimientos habían empezado a cambiar. Tal vez había llevado una vida protegida. Si no le preocupaba lo que los demás pensaran de ella, tal vez se debiera a que su familia la había apreciado tanto que nunca dudó de su valía. Es cierto que no necesitaba la aprobación de los demás, pero eso no significaba que ganarse su buena opinión careciera de valor.

Lejos de la influencia de su hogar y de su familia, estaba descubriendo que su propia conciencia la guiaba hacia los mismos valores que su familia había mantenido siempre. Era bueno tener en cuenta las necesidades de los demás, incluso cuando resultaba incómodo hacerlo.

—Bueno —dijo, volviéndose para contemplar la vista entre las orejas de su caballo—. No

voy a estar en desacuerdo con usted, pero no estoy segura de que su camino sea el mejor para encontrar la felicidad.

El camino se abrió ante ellos, y Harry impulsó a su caballo alrededor del de ella y galopó hacia adelante para caminar junto a sir Lewis y Hester Rigby. Ella lo vio alejarse y deseó que hubiera venido a su lado. ¿Imaginaba él que ella prefería a su hermano? Tal vez Harry viera su *tête à tête* como una señal de que su corazón le era indiferente, pero no era ella quien alentaba las atenciones de lord Brookdale. Necesitaba encontrar una manera de demostrarle que sus sentimientos estaban sufriendo un cambio.

¡Cielos! La idea la hizo estremecerse. No podía ser demasiado obvia. ¿Y si lo notaban los demás? No podría soportar que los líos de su corazón estuvieran a la vista de todos.

Volvió a concentrarse en el marqués, pero lord Brookdale era demasiado perspicaz. La desconcertó al decirle:

—Veo que mi hermano ha captado su atención. ¿Es su apego de larga data?

Anna sintió que sus mejillas se sonrojaban y le ofreció una sonrisa anodina.

—No sé a qué se refiere. No hay ningún apego entre nosotros.

Por el rabillo del ojo, vio la mirada cínica de lord Brookdale.

—De hecho, espero que no. Es usted demasiado atractiva para conformarse tan rápido y tan pronto.

Anna se sintió halagada pero irritada, y trató de mantener ambas cosas ocultas. Tenía que estar en guardia cuando bromeaba con lord Brookdale.

—Y, sin embargo, milord, he tenido dos temporadas. La mayoría diría que ya soy una solterona y que debería aceptar la primera oferta que se me haga.

—Sabe muy bien que se equivocarían. Le ruego… —Anna lo miró cuando él no continuó y se sorprendió al ver cierta duda en su expresión. Cuando por fin habló, volvió a mostrar su habitual expresión indiferente—. Le ruego que no se precipite a comprometerse.

—¿Compromiso? —su risa sonó falsa a sus propios oídos—. Le aseguro que no tengo esa intención.

El paseo no fue excesivamente largo, aunque Anna no había cabalgado lo suficiente durante el verano como para que no le doliera. Por fin se acercaron a la famosa colina con sus antiguos fosos y murallas.

—Los caballos tendrán que subir esto a un paso tranquilo —anunció Harry mientras formaban una fila.

Anna se colocó detrás de Harry, y lord Brookdale se puso detrás mientras subían por el camino. Ella permaneció en silencio mientras su yegua seguía el paso tranquilo del caballo de Harry, y sus ojos contemplaron la vasta extensión de campo que se presentaba ante ella.

Una vez en la cima, George Mayne señaló hacia el oeste.

—Esos de ahí son los Cotswolds —se volvió—. Y allí está el Severn.

Anna colocó una mano sobre sus ojos y distinguió el agua brillando bajo el sol en la lejanía. Los demás a su alrededor desmontaron y empezaron a colocar los platos que habían traído para hacer un picnic. Ella permaneció sobre su caballo para apreciar mejor la extraordinaria vista.

Harry, con los ojos fijos en ella, había desmontado y se acercó para ayudarla a bajar del caballo. En el rostro de su hermano pudo notarse cierto fastidio. Estaba agradecida de volver a estar cerca de Harry y aliviada de que no pareciera enfadado con ella, a pesar de su rechazo. Después de todo, había esperanza.

—Gracias —murmuró.

—Ha sido un placer —a Harry se le dibujó una sonrisa que arrugó las comisuras de sus ojos

y se dio la vuelta para indicarle a los demás dónde colocar las cosas. Ayudó a montar el picnic en la cresta cubierta de hierba y respondía burlonamente a los demás miembros del grupo.

Lord Brookdale, con expresión severa, le tendió el brazo de un modo que Anna no pudo rechazar. Colocó su mano encima y lo siguió hasta donde estaban sentados los demás. El marqués era alto, y ella tan sólo le llegaba al hombro, lo que la hizo sentirse pequeña. En comparación, la estatura de Harry siempre la dejaba con la sensación de que sería fácil refugiarse en él y que la rodeara con sus brazos.

Cómo se sentiría al apoyar la cabeza en su hombro.

Anna reprimió las ganas de reír. Probablemente le dolería el cuello. Eran casi de la misma estatura. Lord Brookdale la miró extrañado, pero no preguntó qué pasaba por su mente.

Se sentaron sobre las mantas ya cubiertas de comida y lord Brookdale la entretuvo con historias cuestionables sobre sus amistades con algunas de las actrices de Drury Lane. Más de una vez, ella miró a hurtadillas a Harry, quien debió de haber estado escuchado, pero no era tan imprudente, supuso ella, como para mostrar la desaprobación que seguramente sentía. Después de que hubieron comido, lord Brookdale se levantó para rellenar su copa, y Harry aprovechó la oportunidad para acercarse a ella.

—Señorita Tunstall, ¿le gustaría dar un paseo por toda la muralla conmigo?

Lord Brookdale había iniciado una conversión con sir Lewis, y ella lo tomó como una señal de que estaba liberada de su papel de acompañante temporal. Después de asentir, Harry la ayudó a ponerse de pie y comenzaron a caminar. Su nariz se llenó de su aroma a almizcle con un fondo de cedro, y se dio cuenta de que este olor, que ahora le resultaba tan familiar, le producía una sensación de calma.

—El paseo le ha devuelto algo de color a las mejillas —observó él.

—Sí, me temo que, en general, me encuentro triste —bromeó—. Estoy segura de que nadie se ha dado cuenta.

Harry no le siguió el juego porque le contestó con seriedad.

—Sólo creo haberlo notado porque no puedo evitar examinar sus facciones cada vez que la veo. Le aseguro que es usted la mujer más hermosa en la que he posado mis ojos, incluso cuando está decaída. Pero cuando hay una luz en sus ojos y un rubor en sus mejillas, no tiene parangón.

Él se volvió para mirarla, pero no aprovechó su momento de soledad para detener su avance. Ella casi deseó que lo hiciera.

—Intenta dejarme sin respuesta —dijo finalmente—. Pero yo soy más fuerte que eso. No me avergonzaré. No olvide que siempre había imaginado mi vida al lado de un hombre de política. Y alguien que está destinado a una vida en la política debe tener siempre una respuesta astuta en su boca —déjale que piense lo que quiera de ese comentario.

Su comentario no pareció alterarle en absoluto.

—Cree que está destinada a una vida en la política, pero yo creo que está destinada a una vida de amor. Y puede hacer todos los comentarios astutos que desee. No me importará.

Estaban llegando al otro lado de las murallas, y Anna trató de reorientarse dando una respuesta traviesa.

—¿No hay más reprimendas guardadas para mí entonces, señor Aston?

Harry la cogió del brazo y tiró suavemente de ella hasta detenerla. Estaban parcialmente ocultos de la multitud por una elevación del terreno, y él miró en dirección a sus amigos. Avanzó dos pasos más con ella a su lado hasta que el terreno los ocultó por completo de la vista. Sin embargo, el camino estaba abierto y en cualquier momento podría aparecer alguien más.

—Anna —ella miró su rostro, y las líneas severas alrededor de su boca revelaron la gravedad

de lo que deseaba decir—. No volveré a presionarla. No ahora. Y no resistiré por una causa perdida —levantó la mano para tocarle la mejilla, haciendo que ella se congelara en su sitio—. Pero no creo que la idea de un matrimonio entre nosotros esté completamente descartada.

La mantuvo cautiva con la mirada durante un instante y luego se dio la vuelta para marcharse, cogiéndola del brazo. Antes de que ella tuviera tiempo de digerir lo que sentía, se reunieron con el resto del grupo.

Harry la llevó hacia Hester y se quedó unos minutos, respondiendo a las preguntas de Hester sobre un miembro de la parroquia. Luego se dirigió hacia los caballeros, quienes discutían si no habría una ruta más corta para evitar pasar por la propiedad de lord Ramsworth. Lord Brookdale miró sagazmente a Anna.

La paz de Anna se había quebrantado. No estaba acostumbrada a que sus defensas fueran vulneradas con tanta facilidad, y aunque se reprendió a sí misma, *esto no va a pasar, esto no va a pasar*, su corazón y su mente la traicionaron.

Sus defensas parecían desmoronarse.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



Anna no podía soportar la mirada burlona de lord Brookdale. Debía de haberse dado cuenta de aquellos pocos minutos en que Harry y ella habían desaparecido tras la elevación de la colina. *No ha pasado nada, se lo aseguro*, respondió en su mente. De hecho, el camino estaba demasiado abierto para que hubiera ocurrido algo de naturaleza indiscreta.

Estaba demasiado insegura de lo que sentía por las palabras de Harry como para soportar el escrutinio de otra persona, especialmente de una tan cínica y conocedora como lord Brookdale. Por supuesto, tal vez fuera sólo su propia imaginación la que la llevaba a pensar que lord Brookdale pensaba algo sobre el tema.

Y luego estaba el incómodo hecho de que algo *había* sucedido. Harry le había dicho que aún no se había rendido, esencialmente reafirmándole sus sentimientos por ella y haciéndole saber que la carga de la decisión recaía ahora sobre ella, lo que la hizo retorcerse interiormente. ¿Cómo iba a decidir? ¿Cómo podía esperar que lo hiciera?

Incómoda era una palabra que estaba asociando demasiado con Harry Aston. *¡Y el amor no debería ser incómodo!*

Anna pasó el resto de la tarde conversando con varios miembros del grupo, pero no con lord Brookdale ni con Harry, quienes no parecían tener ningún deseo de conversar con ella. Cuando llegó la hora de partir, lord Brookdale la ayudó a subir a su caballo. Lo hizo con su pulcritud habitual y dejó que sus dedos se posaran en su bota una vez que ella hubo subido a la silla. Montó su propio caballo en silencio y siguió a Anna mientras ella seguía a sir Lewis y al señor Cranfield, quienes lideraban el grupo.

Cabalgaron en silencio durante casi un cuarto de hora, y Anna se sintió aliviada de poder descansar un poco de la conversación. Se contentó con escuchar los murmullos de las conversaciones a su alrededor y sentir cómo el aire fresco levantaba los pequeños mechones de cabello que se habían soltado de su moño. Habían elegido un buen día para su paseo.

—¿Asistirá al servicio del domingo?

Fue sacada de sus pensamientos por lord Brookdale, quien seguía cabalgando a su lado, aparentemente indiferente a su falta de conversación.

—Por supuesto. ¿Cómo puede preguntar semejante cosa? —ni siquiera los miembros más indiferentes de la sociedad se arriesgarían al escándalo de faltar a la iglesia en domingo.

Lord Brookdale resopló.

—Su fe es importante para usted, entonces.

Ella no entendió lo que quería decir, pero percibió su crítica y se sintió obligada a responder.

—Es usted bastante provocador. Seguro que sabe que no se puede faltar a la misa del domingo sin suscitar duras críticas.

—¿Y esa es la única razón por la que asiste?

No le gustaba que la arrinconaran. Era algo más que una obligación. Le conmovía la pureza de los fieles más sinceros y anhelaba lo que ellos tenían. Pero eso era algo que jamás admitiría, especialmente ante alguien tan cínico como lord Brookdale.

Esbozó una sonrisa tensa y mantuvo la mirada fija en el camino que tenían ante ellos.

—¿Nos está guiando por esta conversación divagada con algún destino en mente?

Lord Brookdale se rio.

—Simplemente me pregunto qué le parece el discurso de Harry sobre las escrituras. Tal vez me pregunte cómo se mantiene despierta.

No debería haberse sorprendido, pero Anna sí se sorprendió por esta cínica observación. Incluso el mayor escéptico tenía que admitir que el señor Aston había nacido para su profesión. Le daba vida a una religión que muchos daban por muerta. Tal vez lord Brookdale era peor que un escéptico. Tal vez no tenía corazón.

Su yegua aceleró el paso al igual que los demás que iban delante de ella, y dejó que el caballo hiciera lo que quisiera. Le dio tiempo a poner en orden sus pensamientos. Finalmente, decidió arriesgarse a decirle al marqués lo que pensaba. Al fin y al cabo, no era la primera vez que lo hacía.

—Las continuas calumnias que lanza sobre su hermano no dañan su reputación, la cual se mantiene fiel a la vida que lleva. Pero no hacen ningún bien a su propio carácter. Nunca sería tan presuntuosa como para recomendarle un comportamiento diferente, pero tampoco me uniré a usted para difamar el carácter de alguien a quien debería apreciar.

El camino se estrechó e hizo que sus caballos se acercaran hasta que sus piernas casi tocaron las de él. Miró a lord Brookdale y notó que apretó la mandíbula.

—Mi intención no es causarle remordimientos, pero me pregunto si no se tratará de un capricho pasajero, y si cuando regrese a una sociedad más razonable tendrá motivos para replantearse las cosas. Puede que decida que tengo razón. Pero no tema, no cambiaré. Creo que usted y yo somos compatibles.

Cualquier respuesta ingeniosa que pudiera haber salido de ella, se esfumó. Las palabras de lord Brookdale no dejaban lugar a dudas sobre su significado, pero ella estaba lejos de desearlas. Sin embargo, ¿cómo podía decir que no las deseaba si él no le había hecho una propuesta más concreta?

Anna se esforzó por mantener un tono de voz tranquilo.

—Por supuesto. Tan compatibles como cualquier miembro de la alta sociedad que disfrute de las mismas fiestas.

Lord Brookdale rio una vez más y cabalgó hacia adelante, aparentemente seguro de su conquista.

AL DÍA SIGUIENTE, Emily afirmó que necesitaba descansar. Al parecer, había estado sintiendo dolores, aunque Anna sólo lo supo después de presionar a Emily en busca de información. Y aun así, la engañó. Emily parecía creer que los dolores no eran nada de qué preocuparse, y Anna tuvo que conformarse con eso.

Al quedarse sola, Anna se escapó al santuario del aire libre y buscó al jardinero para que le proporcionara una herramienta de corte, ya que había decidido sustituir algunas de las flores marchitas del interior por flores recién cortadas. En eso estaba, cuando lord Brookdale se acercó

hasta donde ella estaba arrodillada.

—Venga, camine conmigo —le dijo, en cuanto ella se hubo dado cuenta de su llegada—. Tengo una propuesta que hacerle.

Anna entregó el ramo de flores y las tijeras a un lacayo que la esperaba, desconcertada por la petición directa tras el comentario de ayer. Lord Brookdale parecía enorgullecerse de ser circunspecto. Ella supuso que era una conversación que había que tener y se colocó a su lado.

—Creo que le debo una disculpa por mis palabras —comenzó, pillándola por sorpresa—. No fueron de su agrado. De eso me di cuenta enseguida.

¿Qué palabras? pensó ella. *¿Sus palabras cortantes con respecto a su hermano o su insinuación de que somos compatibles?* Decidió no preguntar.

—Es usted muy astuto, milord.

—Siente afecto por mi hermano, entonces, ¿si es que le defiende de esa manera? —la última parte fue pronunciada en forma de pregunta, lo que habría hecho que el marqués pareciera humano si no hubiera sido pronunciada en un tono tan frío.

—Su hermano y yo no somos nada el uno para el otro —respondió en voz baja. *No de manera formal.*

—ME ALEGRA OÍRLE DECIR ESO. Henry es un buen hombre, pero… Digamos que he llegado a apreciar su valía en estas cortas semanas. Su vida no es la de la esposa de un párroco. Pertenece al tipo de sociedad que yo frecuento —Anna continuó caminando, sin saber cómo podía cambiar el rumbo de la conversación, sólo que debía hacerlo. Su lenguaje hablaba de intimidad, pero no había dicho nada que ella pudiera refutar o responder. No parecía que lord Brookdale necesitara su respuesta, pues continuó caminado, guiándola, ya fuera a propósito o por casualidad, en dirección a la rectoría. Pronto llegarían a la calle que unía las dos casas—. En cuanto a mí —dijo finalmente—, nunca me he planteado seriamente el matrimonio. Sabía que algún día tendría que contemplar la idea, pero me parecía natural aplazar tal cosa el mayor tiempo posible, dado que no encontraba a nadie a quien pudiera admirar —*Oh cielos.* Si antes había alguna duda, ahora no la había acerca de hacia dónde se dirigía esta conversación, pero hasta ayer, él no le había dado ningún indicio de que esto iba a llegar. O tal vez ella había hecho oídos sordos a sus insinuaciones. ¿Había tomado él una fría decisión que excluía sus sentimientos personales, o simplemente sus sentimientos no eran muy profundos? No podía imaginar cómo poner fin a lo que estaba segura iba a ser una declaración antes de que él la hiciera. Sería presuntuoso suponerlo y humillante que le pillara desprevenida—. Nunca he envidiado nada a mi hermano. Si acaso, debiera ser lo contrario, pero si he de decir algo a favor de Henry, es que no parece propenso a sentir celos. Se me atribuye el mejor aspecto —*siento contradecir a alguien tan seguro de sí mismo, pero a pesar de lo que se le atribuye, es Harry…* Anna no pudo terminar ese pensamiento. Aún le asustaba admitirlo. Ahora estaba convencida de que amaba a Harry, pero aún no amaba todo lo que le acompañaba. No amaba su vida—. Y heredaré el ducado —continuó —. No estoy obligado a ganarme mi sustento ni a probar la vida como un simple párroco rural como forma de adquirir un sentido de valía. Si Henry fuera más sensato, habría aceptado la vida que le dieron mis padres. Estaría mucho mejor que ahora —*para alguien que parece despreciar a los hombres que no paran de hablar, tiene que ir al grano, señor, para que pueda rechazarle y volver a sentirme tranquila*. Lord Brookdale avanzó sin detener sus pasos ni su cortejo—. Imagine mi sorpresa cuando encontré por primera vez algo suyo de lo que podría estar celoso — se detuvo y se volvió para mirar a Anna, cuya sensación de alarma se disparó, junto con todo

pensamiento racional, aparentemente—. ¡Su consideración!

No se lo esperaba. Era igual de imposible confirmar su aprecio por Harry como negarlo.

—No… más bien… debo decir…

—No necesitas decir nada más, Anna. Me alivia mucho que no se haya ganado tu afecto para siempre. Significa que tengo la oportunidad de ganarlo para mí —sin perder un segundo más, el marqués la rodeó con su brazo, estrechándola contra él. Con un solo gesto, se inclinó para apoderarse de su boca. Con la otra mano, le sujetó la nuca con firmeza, y Anna permaneció inmóvil, demasiado sorprendida para hacer otra cosa que permanecer rígida mientras sus labios cubrían los suyos y luego recorrían el resto de su rostro. Lord Brookdale se apartó sólo lo suficiente para murmurar—. Pronto seremos menos formales el uno con el otro, querida.

Esas palabras fueron todo lo que Anna necesitó para respirar y para que la conmoción se convirtiera en una furia ardiente. Con una exhalación temblorosa, se apartó para abofetear al marqués, pero él le cogió la mano en el aire con fuerza.

¡Qué demonios! El rostro de lord Brookdale palideció mientras le cogía la muñeca con una fuerza que hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. Parpadeó para ocultarlas.

—Tenga la bondad —su voz temblaba, y la controló, junto con las lágrimas, con todo su ser —, de soltarme, milord.

El marqués por fin la dejó ir, y ella se llevó la mano al costado, negándose a frotarse donde él la había herido o a apartar la mirada de la suya.

—¿Te has vuelto loca? —le espetó.

—¿Disculpe? No le he dado permiso para hacer algo tan inapropiado como besarme sin siquiera detenerse y preguntarme si le correspondía. Si hubiera expresado sus intenciones de una manera más adecuada, se habría llevado una desilusión inmediata. Tradicionalmente, un beso sucede a una aceptación y no la precede.

Los ojos de lord Brookdale brillaron con ira antes de que su máscara de cinismo volviera a su lugar. Se rio fuertemente y cogió su barbilla entre sus dedos, obligándola a mirarlo. Anna no podía controlar su respiración agitada, pero se negó a darle la satisfacción de apartar la mirada. Él mantuvo su rostro a escasos centímetros del suyo mientras la estudiaba, con un brillo en los ojos.

Por fin la soltó.

—Me equivoqué contigo. Entonces, ¿Henry trató de aventajarse? ¿Esos minutos que estuviste oculta a la vista en Barbury? No creas que no lo vi —observó su rostro mientras apretaba los labios—. Queda por ver si vivirás para lamentar haberme rechazado o si yo viviré para lamentar haber sido rechazado. Pero no creo que yo me arrepienta —dijo en voz baja. Dio un paso atrás—. Henry puede haberte cautivado, pero no ha despertado tu pasión, y lo sabes.

Y con eso, se marchó.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



Harry se dirigió hacia la mansión Durstead con paso decidido. Después de ver las mejillas sonrojadas de Anna ayer, mientras cabalgaba junto a su hermano desde Wroughton, decidió que era hora de dejar las cosas claras. Su hermano estaba flirteando con Anna. Podía verlo por sí mismo, aunque ella no pudiera. Había presenciado ese tipo de conversación con una mujer esperanzada, una y otra vez, ¿y había terminado en una propuesta? No. Una oferta, más bien.

Harry se acercaba a Anna con intenciones honorables. No. Detuvo su avance con la fuerza de sus sentimientos. Se acercaba a ella con el corazón en la mano. Incluso si Anna no estaba preparada para comprometerse con él, debía saber lo que era Hugh, para no dejarse llevar por un lobo que se escondía bajo la apariencia de su título. *Puede que no me elija, pero que conozca a Hugh por lo que es*. Su corazón se aceleró al recordar cómo ella se había paralizado ante su tacto en las murallas.

No creo que esté totalmente decidida a rechazarme.

Abandonó el camino principal y se desvió en dirección a la finca de Leatham. Después de la bifurcación había un gran sicomoro, cuyo tronco estaba partido en dos, formando un asiento tallado por la naturaleza. Se detuvo para recuperar el aliento y meditar sobre lo que debía decir y cómo debía decirlo para convencerla. Ella no debía pensar que él tenía motivos ocultos para difamar a su hermano.

Apoyó la mano en el tronco del sicomoro. Cuando levantó la vista, se le cortó la respiración. Allí, a cierta distancia en el sendero que intercedía el suyo, Hugh caminaba junto con Anna. En otro momento lo habrían visto. Harry apretó los puños. *¿Cuándo dejará Hugh de molestar? ¿Cómo voy a tener un minuto a solas con ella estando él aquí?*

Sabía que estaba espiando, pero no pudo evitar observar cada uno de sus movimientos mientras Hugh se volvía para dirigirse a Anna. ¿Le respondería ella del mismo modo que a él? No parecía del todo complacida, lo que le animó. Pero la expresión de su hermano era preocupante. Nunca había visto a Hugh tan concentrado en uno de sus flirteos.

Sin previo aviso, Hugh estrechó a Anna entre sus brazos y la besó. Se le heló la sangre. En un movimiento magistral, Hugh la había hecho suya, y Harry había llegado demasiado tarde. No necesitaba más pruebas de que sus esperanzas se habían esfumado y, en aquel instante, la pena y la furia le desgarraron el alma. No había duda. Anna no se resistió. No se marchó.

Harry lo hizo.

Sin detenerse, volvió sus pasos hacia la rectoría y golpeó con su bastón la hierba marchita, marrón por dos semanas sin lluvia. Se ajustó un poco más el sombrero en la cabeza y en lo más recóndito de su cerebro se formó la desesperada esperanza de no encontrarse con nadie en ese momento. No podía enfrentarse a otra alma cuando tenía los hombros encorvados por el golpe

aplastante, y necesitó todo lo que llevaba dentro para apartar las lágrimas que amenazaban con caer. Cualquiera podía notar a simple vista que acababa de encontrarse con la más severa decepción.

Trató de ralentizar su respiración mientras avanzaba. Anna amaba a Hugh, ¿no? Claro que lo amaba. Él había visto con sus propios ojos que ella había permanecido ahí, congelada, mientras su hermano la estrechaba en un apasionado abrazo y la reclamaba para sí. Apretando los puños, Harry sintió, en lugar de escuchar, el sollozo ahogado que salió de su garganta. Ahora todo estaba claro. Anna había sonreído ante el cortejo de Hugh desde la primera vez que se vieron. Al menos su hermano era sincero sobre quién era, no intentaba ocultar su origen en un intento equivocado de humildad. Y Hugh había sido persistente en su cortejo. Harry había visto la demostración por sí mismo, y quién sabía cuántas veces se habían visto sin que Harry se diera cuenta.

De pronto, su rubor durante el viaje de vuelta de Wroughton adquirió un significado diferente. No se sentía incómoda por la atención. Estaba enamorada.

Había sido un tonto. ¿Cómo *no* iba a amar a su hermano? Hugh era una cabeza más alto que él, hacía todo *comme il faut* y era el heredero. A Harry se lo habían metido en la cabeza desde que tenía uso de razón. Hugh también tenía la lengua de una víbora y podía engañar a cualquiera con unas simples palabras bonitas. *¿Cómo es que ella no se había dado cuenta?* Harry golpeó el árbol que bordeaba el sendero y sintió cómo se formaba una grieta en su bastón. Atravesó el prado y se adentró en la privacidad del bosque, donde se detuvo y cogió aire. Sus rodillas flaquearon y cayó contra un árbol. Se hundió en el suelo, gimiendo, y apoyó la cabeza en las manos. Había perdido a Anna para siempre.



ANTES DE ENTRAR en la casa, Anna necesitó recuperarse de la conmoción y el disgusto de haber sido besada contra su voluntad. Caminó en dirección opuesta a la casa y por los senderos que bordeaban el jardín de invierno, con la mente aturdida. Antes de darse cuenta de adónde iba, ya estaba en el arroyo, el lugar que ahora asociaba con Harry. Se arrodilló junto al agua corriente, sin importarle las manchas de su vestido, y sumergió las manos en el agua helada para refrescarse la cara. No fue suficiente. Se frotó la cara furiosamente con el agua antes de levantarse y caminar hacia el puente.

¿Y si Harry venía aquí? ¿Lo confesaría todo, incluidos los sentimientos que albergaba por él y que ya no podía negar? Si algo lo había dejado claro era recibir las insinuaciones inoportunas de un hombre al que no deseaba. No sabía si se atrevería a decírselo, pero al final no tuvo la oportunidad. El puente estaba vacío, salvo por un pequeño gorrión que se posó en la punta de la barandilla del puente antes de volar cuando ella hizo un movimiento brusco. Se apoyó en la madera y escuchó el correr del agua. A medida que pasaban los minutos, la fuente y el movimiento de la corriente la tranquilizaron.

Cuando vea a Harry, lo sabré. Al menos, creo que sabré cuál es la posición de mi corazón y si acepto su cortejo. Ahora solo estoy segura de que no quiero a lord Brookdale.

Miró a su alrededor con la vaga esperanza de ver a Harry, pero lo único que encontró su mirada fue agua y bosque y el susurro ocasional en las hojas de alguna criatura del bosque.

Al cabo de media hora, su mente estaba más tranquila. Regresó a la mansión Durstead, donde la recibió el silencio. Emily debía de estar descansando. Anna había llegado a la abrumadora conclusión de que tenía que ver a Harry sin demora. Eso solucionaría todo lo demás. Tal vez

viniera a visitarla sin su hermano, para que pudieran dejar las cosas más claras entre ellos. En Barbury, él había dejado perfectamente claro que seguía interesado en ella. Sólo había sido ella la que se había abstenido de revelar lo que sentía.

Al pasar otro día, los sentimientos de Anna se hicieron más claros. Ella lo anhelaba, pero Harry seguía sin venir. En su ausencia, y en el exceso de soledad con Emily descansando más de lo habitual, se vio obligada a reexaminar su propio comportamiento. Tuvo que admitir que no era ejemplar. Al principio, sólo pensó en castigar a Harry manteniendo un inofensivo flirteo con lord Brookdale. Había jugado con fuego y se había quemado, y ahora se daba cuenta de que había cometido un error. Esperaba que no fuera uno irrevocable.

La siguiente vez que vio a Harry fue en la iglesia, dos días después. Emily la acompañó, aunque sus dolores habían aumentado, por lo que Anna dudaba de la conveniencia de salir. Emily insistía en que aún no había de qué preocuparse, pero su creciente necesidad de descanso y tranquilidad desmentía sus protestas. No le había contado a Emily nada de lo sucedido por miedo a preocuparla y estaba demasiado contenta de su reconfortante presencia en la iglesia como para insistir en que se quedara en casa. Cuando tomaron asiento en el banco del fondo, pudo ver que Emily parecía preocupada. *He sido egoísta, pero la necesito. No puedo enfrentarme a Harry sola.*

De repente, él apareció por la puerta lateral de la iglesia. Anna sintió que se desmayaba. Incluso vestido de clérigo, Harry le resultaba abrumadoramente atractivo, un pensamiento que desechó rápidamente. Este no era lugar para albergar tales pensamientos. Mantuvo los ojos fijos en él, deseando que la mirara, cosa que él no hizo en medio del ajetreo de la gente que tomaba asiento. Cuando por fin llegó al centro del pasillo, su mirada recorrió finalmente la multitud y se posó en ella. Su corazón se encogió. No fue más que una mirada fría, que él apartó rápidamente cuando la señora Banbury se acercó a saludarlo.

Anna siguió observándolo mientras conversaba, pero le pareció que estaba siendo difícil para él mostrar una expresión de interés. Harry no era un actor. No podía ocultar fácilmente lo que sentía, así que debía de estar intentando apartarla de su mente. *Su hermano debe de haberle contado alguna falsedad.*

La congregación fue llamada al orden por los monaguillos que llevaban velas al frente para encender allí las más grandes. Aturdida, Anna se sentó junto a Emily y escuchó toda la misa, repitiendo la liturgia de memoria. No sabía si era su imaginación, pero encontraba menos pasión en la voz del señor Aston. Ciertamente había menos risas en la iglesia, pero suponía que sería ridículo asumir que *eso* ocurría todas las semanas.

Emily se inclinó hacia ella para susurrarle:

—Nuestro párroco parece muy triste. Supongo que no sabes el motivo —aunque tenía el ceño fruncido por la preocupación, Emily sonaba más parecida a la de antes.

Anna mantuvo la mirada fija al frente y negó con la cabeza. *Sólo puedo suponer que lord Brookdale le ha mentido. Debería saber que no debe creer nada de lo que le diga su hermano.*

Al final de la misa, se dirigieron a la parte de atrás, y Anna no sabía si agradecía el encuentro con Harry o lo temía. La fila parecía interminable mientras él estrechaba la mano de todos y compartía unas palabras con cada miembro de la congregación, como correspondía a un párroco. Luego les llegó el turno a ellas.

Harry fijó su mirada en Emily.

—Puede que tenga noticias para usted, señora Leatham. Espero poder visitarla mañana. Esta tarde, por desgracia, estoy ocupado —evitando cuidadosamente su mirada, Harry consiguió que Anna se sintiera ajena a su conversación.

Al escuchar sus palabras, el rostro de Emily palideció. Cogió la mano de Anna y la apretó.

—No parecen ser buenas noticias, señor Aston. Espero que mi marido… ¿ha recibido noticias definitivas?

—No, no es eso —se apresuró a tranquilizarla. Debió de haberse dado cuenta de lo que implicaban sus palabras.

Emily apretó con fuerza sus manos frente a ella.

—En ese caso, venga, por favor, tan pronto como pueda para que pueda librarme del suspenso.

Él asintió.

—Me aseguraré de ir —luego asintió en dirección a Anna—. Señorita Tunstall.

Así que eso era todo lo que iba a recibir. Anna levantó la cabeza ligeramente y luego levantó la barbilla y se volvió antes de revelar algo del dolor que la invadía. Cogió a Emily del brazo y, mientras salían de la iglesia, escuchó una risita detrás de ella. Alguien se había dado cuenta de que había caído en desgracia.

Sabía que debía apoyar a Emily, pues no parecía que su amiga fuera a recibir muchos ánimos mañana, pero su propio corazón estaba roto. ¡Él la culpaba! Culpaba a Anna de lo que imaginaba que había ocurrido entre ella y su hermano, sin ni siquiera tomarse el tiempo de averiguar qué había pasado realmente. Era el colmo de la injusticia. Incluso si su hermano la había acusado falsamente, Harry debería haber confiado en ella lo suficiente como para ir y averiguar lo que había pasado por sí mismo.

Anna hizo a un lado los sentimientos hirientes que la calaban mucho más hondo de lo que hubiera imaginado y apretó la mandíbula. *Bien*. No es que se hubiera planteado seriamente casarse con un simple párroco. Una oleada de disgusto la golpeó a continuación, y tuvo que reconocerse a sí misma que eso no era cierto. Sin embargo, si los sentimientos más profundos dolían de esta manera, hubiera sido mejor no haberlos experimentado nunca.

Pronto estuvieron en el carruaje, donde Emily estaba demasiado distraída con la revelación de Harry como para darse cuenta de que algo atormentaba a Anna.

—¿Qué crees que puede ser? —preguntó Emily en un susurro jadeante. Notó las lágrimas de Anna que amenazaban con caer y le cogió las manos—. ¿Así que tienes tanto miedo como yo? Deben de ser noticias terribles.

Anna tragó saliva y parpadeó para ahuyentar las lágrimas, dominando sus emociones por la fuerza.

—No, no pienses lo peor antes de saber lo que es. Te aseguro que no es así —intentó sonreír —. Después de todo, el señor Aston dijo que no había noticias definitivas, así que no está perdida toda esperanza. Lo sabremos mañana, y hoy ocupémonos en algo para que no nos invada la preocupación. Tal vez escriba a Phoebe y tú le cuentes a tu madre la excepcional noticia sobre la cosecha de ciruelas. Luego jugaremos al chaquete. Creo que fue el señor Aston —tragó saliva—, el señor Aston quien dijo: No se deje llevar por los problemas. Cada día ya tiene sus propios problemas.

La comida de la tarde fue meramente formal, ya que cada una estaba perdida en sus propios pensamientos. Su amistad era lo suficientemente larga como para que no se sintieran obligadas a mantener conversaciones superficiales. Y cuando Anna finalmente se quedó sola en su habitación, se sentó ante el escritorio que había en un rincón y sacó una hoja de papel color crema.

Querida Phoebe,

Oh, cómo te echo de menos. Te he necesitado y nunca he sentido tanto tu ausencia. Notarás

que por una vez no estoy bromeando. No puedo, porque nunca creerás lo que me ha pasado. El señor Aston, sobre el que he escrito (el rector de Avebury), no es otro que el hermano del marqués de Brookdale y el hijo del duque de Kirby. Puedes imaginarte mi sorpresa cuando lo descubrí, porque no es un simple párroco rural. En todo el tiempo que estuve con él, no me dio ni una sola pista de quién era. Confieso que no me gusta que me engañen, y no abrí mi corazón tan fácilmente como lo había hecho antes, lo que hizo que el señor Aston desistiera en cierta medida de su cortejo. No supe cómo reaccionar, porque, como ves, me había encariñado mucho con él.

Sin embargo, parece que la sabiduría y yo hemos separado nuestros caminos, pues lord Brookdale estaba dispuesto a intervenir donde el señor Aston no lo había hecho. Puedes adivinar lo que ocurrió a continuación. En mi locura habitual, alenté las insinuaciones de Brookdale, aunque mi corazón no estuviera de acuerdo. Fui una insensata, querida Phoebe, porque aquello condujo a una propuesta que yo no quería, o al menos eso creo. No creo que haya caído tan bajo como para ofrecerme una carta blanca.

Y en lugar de pedírmelo como un caballero para que pudiera rechazarlo, me cogió en brazos y me besó a la fuerza. Fue lo más desagradable que he experimentado jamás. No se lo digas a Stratford, te lo ruego. No quiero que se sienta obligado a desafiar a lord Brookdale y posiblemente hacer viuda a Eleanor antes de que sea su esposa. Me dirás que tal cosa es imposible, por supuesto, pero verás, cuando amas a alguien, empiezas a imaginar tu vida con esa persona. Así que es inútil decir que Eleanor no enviudará, aunque no sea precisamente de ese modo. Estoy divagando, y te costará entender mi carta, pero no hables de ello con Stratford, pues soy perfectamente capaz de manejar el asunto por mí misma.

Y ahora voy a contradecirme. Me siento mancillada, mi querida Phoebe, y desearía que estuvieras aquí para consolarme con tu calma y sensatez. Siempre has sido una fuerza tranquilizadora para mí. Y ya ves lo que pasa cuando nos separamos. Pierdo todo el sentido común. Vi al señor Aston en la iglesia, y debe de saberlo. Oh, Phoebe, no puedes imaginar la mirada que me dirigió. No pensé que unos ojos marrones tan cálidos pudieran sostener una mirada tan fría. Estoy angustiada. Y me temo que tendrás que pagar el franqueo de una carta ilegible a causa de las lágrimas. No sé cómo arreglar esto, y sólo deseo poder volver a casa. Sin embargo, aunque la tía Shae estuviera bien, no podría dejar a Emily, ya que la fiebre escarlata ha continuado extendiéndose por la casa de la hermana de Emily, y su madre se encuentra prisionera por la enfermedad. Así que debo quedarme y afrontar lo que he hecho.

Tú me animarías a tener un corazón fuerte, estoy segura. Intentaré hacerlo. Pero el corazón es una cosa frágil y débil, y no creo que el mío me haya dolido nunca tanto. Como había empezado a creer que no tenía corazón, supongo que es una excelente noticia descubrir que sí lo tengo. Te dejaré solo con esta breve misiva, porque no tengo energía para reírme de los disparates de los habitantes de Avebury o escribir cualquier otra noticia inane. Emily se siente igual. Se mantiene activa y está decidida a ser fuerte, pero hay un aire de melancolía que se ha instalado en la casa y que la sofoca. No estoy segura de que pueda recuperarme de esto.

Creo que tendré que volver a la sociedad para recuperar el equilibrio.

Tuya miserablemente,

Anna.

CAPÍTULO VEINTICINCO



Harry no había vuelto a ver a Hugh desde el nefasto momento en que lo vio besando a Anna. El primer día se consideró afortunado porque no estaba preparado para verlo. El dolor era demasiado reciente, la ira sería incontrolable y sería blanco de burlas, sobre todo cuando su hermano anunciara su compromiso.

El segundo día se sintió confundido. Se preguntaba si su hermano se había marchado a los pabellones de caza de uno de sus amigos para una juerga de fin de semana. ¿Era una celebración por su compromiso? Hizo una pausa y se quedó sin aliento. ¿Era para consolarse después de un rechazo?

Al tercer día, estaba ansioso. ¿Se habría ido a Londres para anunciar su compromiso en *The Gazette* sin ni siquiera mencionárselo a su hermano? Por supuesto que lo haría. No sabía si prefería no tener que ver la cara de regodeo de su hermano o la oportunidad de resolver el asunto como es debido. *No es que pudiera esperar sentirme satisfecho ni nada por el estilo*, pensó cabizbajo. Uno no podía precisamente convocar a su propio hermano a un enfrentamiento al amanecer. Sobre todo, cuando se era párroco.

Al final, Harry entró en la sala de desayunos a la cuarta mañana y encontró a Hugh sentado a la mesa, con muy mal aspecto. Así que ha sido la borrachera.

—¿Dónde has estado? —preguntó. *¿Y por qué has vuelto?*

Hugh vació el contenido de su taza de café, con la mirada fija en Harry, y dejó la taza en su platillo. Respondió con voz cansada:

—Bromley's. Acabo de regresar, pero me marcharé en cuanto me haya tomado un baño caliente y este desayuno. Llevo demasiado tiempo fuera de Londres.

—Podrías haber vuelto en cualquier momento. No había nada que te lo impidiera —la mirada de enojo y la ironía de Harry no parecieron afectar el semblante desinteresado de su hermano.

Hugh no dijo nada más y Harry esperó. Su hermano partió un panecillo y le untó una generosa porción de mantequilla antes de señalar la silla que tenía enfrente.

—Por favor, siéntate.

Harry se negó a dejarse provocar… o a que desviara su atención.

—¿Tienes algo que anunciar?

Hugh hizo una pausa, cogiendo la comida a medio camino de llegar a su boca, y enarcó una ceja.

—¿Estás mejor informado que yo sobre algún motivo de celebración?

Su confusión parecía genuina, lo cual era irritante, y Harry perdió todo deseo de discutir.

—Me refiero a la señorita Tunstall. Supongo que no eres tan depravado como para besar a una dama y hacer otra cosa que proponerle matrimonio. Nunca has dado muchas señales de tener

conciencia, pero no creo que hayas caído tan bajo. He estado esperando tus noticias a diario, como suele ocurrir en cuestiones de matrimonio: se informa a la familia antes que a nadie.

Un brillo inidentificable de emoción apareció en el rostro de Hugh. Antes de que Harry pudiera descifrar su significado, se transformó en diversión.

—Viste el beso, ¿verdad, hermano? —rio suavemente, y a Harry le resultó casi imposible resistir las ganas de estrangularlo.

—Permíteme recordarte que aún no has respondido a la pregunta. ¿Tienes algo que anunciar? —le costaba respirar por la emoción que estaba reprimiendo.

—¿Por qué? ¿Planeas llevar a cabo la ceremonia? —al no recibir ninguna reacción, Hugh se limpió las migas de las manos—. Te equivocas. No hay ningún anuncio. No va a haber boda. ¿Cómo puede haberla si no ha habido propuesta?

Harry caminó alrededor de la mesa con un propósito en mente.

—Realmente has perdido toda decencia.

Hugh se puso en pie y acercó una mano al pecho de Harry, impidiéndole avanzar. Cuando Harry blandió el puño, Hugh levantó la otra mano para sujetarlo.

—No hagas algo de lo que te arrepentirás, Henry —murmuró con frialdad antes de apartar a Harry de un empujón.

Harry se soltó de su agarre y levantó los puños, pero las siguientes palabras de Hugh lo detuvieron en seco.

—La señorita Tunstall no tiene intención de casarse.

—Entonces la besaste contra su voluntad —dijo, esforzándose por bajar los brazos—. Si sabías que no se casaría contigo, le quitaste lo que no te pertenecía.

—Oh, no. Confundes la situación —lo miró, luego volvió a su asiento y cogió su cuchillo de mantequilla—. Siéntate, Henry. No montemos una escena antes del desayuno —cuando Harry permaneció de pie, Hugh dijo—. Muy bien. Tu señorita Tunstall me ha informado de que no desea casarse y de que dispone de medios suficientes para que esto no sea una necesidad. Sólo me pidió saber qué se sentiría con un beso, ya que va a seguir siendo una solterona, y yo la complací. Eso es todo. No habrá boda por causas ajenas a mí, así que ya puedes dejar de culparme —la mente de Harry daba vueltas. *¿Es verdad?* Recordó sus palabras cuando se lo preguntó. Ella había dicho: No puedo. No dijo que no, sólo que no podía. ¿Era porque había decidido no casarse? La rabia lo abandonó y sólo sintió un vacío. Se sentó en una silla a cierta distancia de su hermano—. Así está mejor. Prefiero que mi compañía en el desayuno esté sentada. Tal vez aún no hayas comido. ¿Te sirvo algo? —Harry negó con la cabeza, mientras apoyaba los brazos sobre la mesa—. Te aconsejo que pruebes los arenques de la señora Foucher. Los prepara de un modo tan delicioso que quizá le pida que comparta su secreto con Peterson, si es lo bastante instruida como para escribirlo. ¿No? No importa. Me retiraré, como he dicho, y podrás volver a tu cómoda y tediosa existencia.

Algo en Harry se quebró y levantó la cabeza para mirar directamente a Hugh.

—Estaré encantado de volver a ella, porque la encuentro de mi agrado —cogió aire y se enderezó. Ya estaba harto de que le hicieran sentirse inferior a su hermano—. Que sepas que esta «cómoda y tediosa existencia» mía, como tú la llamas, cuando se apila, minuto tras minuto, hora tras hora y año tras año, es la existencia más rica y emocionante que uno puede esperar en esta tierra. Y si hubiera alguna forma de que pudieras saborearla por ti mismo, si tan sólo te humillaras lo suficiente como para cuestionar tu propia existencia, verías tu vida tal como es: superficial, vanagloriosa, solitaria y miserable.

Al pronunciar las cuatro últimas palabras, una expresión de dolor se dibujó en el rostro de

Hugh antes de que pudiera disimularla. Cogió la cafetera y se sirvió, manchando el impoluto mantel blanco con el líquido que se derramó por el borde de la taza. El silencio se prolongó mientras bebía el café. Cuando por fin Hugh respondió, lo hizo con voz hastiada.

—Me conmueves, querido hermano.

Harry no tenía apetito y salió de la habitación. Había prometido ir hoy a la mansión Durstead, y le resultaba muy difícil ir después de lo que había averiguado. Pero le había dado su palabra a la señora Leatham, así que lo haría. Cuando por fin estuvo listo para partir, su criada le informó que el marqués se había marchado.



ANNA Y EMILY estaban en el salón cuando Harry fue anunciado. Hizo una reverencia formal ante Anna antes de tomar asiento frente a Emily e infundirle más calidez con la mirada en beneficio de ella.

—No voy a retrasar mis noticias, pues sé que las estaba esperando. He recibido una segunda carta del almirantazgo. El contacto de mi padre me escribió para decirme que habían encontrado trozos del mástil y la popa de la fragata en la que navegaba su marido atrapados en las rocas y arrastrados hasta la orilla. También había tablones de madera que se habían quemado durante un incendio, tal vez a causa de una explosión ocurrida a bordo —Emily jadeó, y Harry, totalmente preparado, sacó su pañuelo y se lo entregó mientras le apretaba las manos—. La creencia mayoritaria —continuó tras una pausa—, es que un barco enemigo remolcó los restos del HMS *Cornwallis* para rescatarlos para su propio uso, razón por la cual no descubrieron más que los mástiles rotos y algunas tablas. Sin embargo, la mayor preocupación del Almirantazgo es el hecho de que no ha habido ninguna carta de los franceses. Tanto si fue un buque de guerra o un corsario el que encontró la fragata de su marido, el hecho de que no pidieran un intercambio de prisioneros no es alentador —aunque el rostro del señor Aston no mostraba más que dulzura, Anna sintió todo el horror de la situación y buscó la mirada de Emily. Su rostro había palidecido. Harry se inclinó hacia delante—. Señora Leatham, es una noticia muy angustiosa la que le doy. Haré todo lo que esté en mis manos para ayudarla a superar esta prueba, pero también estoy aquí para decirle que usted es muy querida en Avebury. Tengo plena confianza en que el pueblo estará con usted. No estará sola.

Los ojos de Emily brillaban con lágrimas, y cuando habló, fue como si las palabras le fueran arrancadas.

—No veo el camino a seguir. No sé cómo continuaré. Sólo sé que debo hacer lo que pueda para que este bebé llegue sano y salvo a este mundo.

Las defensas de Emily se quebraron, y terminó su frase con un gemido, meciéndose hacia adelante y hacia atrás.

—No necesita conocer el camino que tiene ante usted y cómo termina. Ese conocimiento está reservado para alguien superior. Sólo necesita fijar la vista en el siguiente paso que tiene ante usted —con Harry totalmente concentrado en Emily, Anna volvió a sentirse como una extraña. No sabía si debía correr al lado de Emily con Harry allí. Se quedó en su sitio—. ¿Tiene a alguien que se ocupe de sus necesidades materiales? —le preguntó—. No deseo entrometerme en sus asuntos, pero quiero asegurarme de que se atienden sus necesidades físicas. ¿Quién supervisa sus intereses, si puedo atreverme a preguntar?

Pasó algún tiempo antes de que Emily pudiera responder, pero se esforzó por hacerlo.

—Yo… me queda una gran cantidad por parte de mi madre, y John ha dicho que ha hecho

una amplia provisión para mí en caso de que algo le sucediera —respiró hondo, obligando a su voz a ser más serena—. El abogado de mi padre en Londres sigue ocupándose de mis asuntos, así que no me echarán de casa.

—Me alegra escucharlo —el señor Aston exhaló y se acomodó en su asiento, dirigiendo a Anna una mirada fugaz antes de ponerse en pie—. Me despido de usted y le doy mi palabra de que volveré para ver cómo sigue. Ahora, si me disculpa…

Anna también se levantó.

—Emily, por favor, perdóname un momento también. Señor Aston, espero que me conceda unos minutos de su tiempo. Si es así, le acompañaré a la puerta.

Harry vaciló, y Anna se quedó inmóvil por el miedo y la vergüenza hasta que por fin hizo una seña para que avanzara.

—Por supuesto.

Anna lo siguió por la puerta principal y empezó a caminar a su lado, lo que de pronto la hizo querer llorar. Era justo de esa manera tan acogedora que solían pasar el tiempo juntos. ¿No era esa la base de su amistad desde el principio; encontrarse siempre al aire libre, caminar juntos y hablar de diversos temas, ya fueran generales o personales? Supuso que no servía de nada pensar en eso ahora. Por lo visto, *él* no pensaba en ello.

Respiró hondo.

—Veo que está decidido a adoptar una rígida formalidad, así que tratemos el asunto directamente y con franqueza, ¿de acuerdo? Supongo que su hermano le ha contado algo sobre mí que ha hecho que su opinión con respecto a mí cambiara. No lo vi ayer en la iglesia, así que debo suponer que se ha ido de Avebury.

No se habían alejado mucho de la casa y estaban a la vista de todas las ventanas, por lo que cualquier criado podría mirarlos. Pero Anna no pensó en eso cuando Harry dio un paso hacia ella hasta que estuvieron a escasos centímetros. Con una angustia que apenas pudo reprimir, dijo entre dientes:

—Sí, mi hermano se ha ido, pero no necesitó decirme nada. Lo vi con mis propios ojos.

Ahora estaba muy cerca de ella, y sus ojos estaban fijos en los suyos, sus labios a escasos centímetros de los suyos. Ella vio cómo la ira y el deseo se mezclaban en su mirada.

Sus rodillas flaqueaban y Anna apenas pudo pronunciar las palabras.

—¿Qué vio exactamente?

—Vi el *beso* —dejó que las palabras calaran hondo mientras estaban frente a frente, con sus miradas fijas.

Anna se quedó boquiabierta.

—*¿Y?* ¿Acaso su hermano no tuvo nada más que decir sobre *este beso* antes de marcharse? —se quedó atónita. ¿Acaso Harry creía que ella participaría voluntariamente en semejante acto?

—Oh, créame, lo hizo, señorita Tunstall. Brookdale me dijo que usted no tenía ningún interés en casarse y que sólo deseaba saber lo que era ser besada antes de embarcarse en una vida de soltería. Él estuvo encantado de complacerla, como estoy seguro de que usted ya sabía.

Las palabras de Harry estaban fuertemente cargadas de ironía, y la angustia que había ido creciendo dentro de ella desde el frío trato que le había brindado en la iglesia fue sustituida por un gélido desdén. La falsedad de lord Brookdale seguramente explicaba por qué Harry no quería tener nada que ver con ella, pero, *por amor de Dios,* debería haberle preguntado. Debería haberle concedido el beneficio de la duda. ¿No era eso lo que uno hacia si sus sentimientos estaban comprometidos hasta el punto de hacerle una propuesta de matrimonio? Anna enderezó los hombros al darse cuenta de la superficialidad de la confianza que él le demostraba. ¿Cómo se

atrevía a levantar tales acusaciones contra ella?

No se habían apartado de su proximidad cuando la expresión de Harry se suavizó. La miró a los ojos, tal vez en busca de una señal que le indicara que había sido engañado. Pasaron varios segundos y sus miradas seguían fijas, y Anna tenía la impresión de que se debatía en su interior. ¿Iba a confiar en ella o no? ¿Intentaría conquistarla o la abandonaría?

Anna estaba demasiado indignada para ayudarle a tomar una decisión.

—Bueno, si vio nuestro beso, supongo que sabe todo lo que hay que saber —ella notó el cambio en sus ojos, la mirada de dolor que lo recorrió antes de que se convirtiera de nuevo en hielo. Él dio un paso atrás, con la mirada aún fija en ella.

—Supongo que sí.

Harry tenía su sombrero en la mano, se lo puso en la cabeza y se dio la vuelta. La imagen de su orgullosa figura alejándose de ella casi derrumbó sus defensas. Anna estuvo a punto de gritarle que se había equivocado. Que nunca había estado interesada en su hermano y que su corazón le pertenecía a él. Pero Harry se había apresurado a creer lo peor de ella y, después de todo, Anna tenía su orgullo.

Un criado la llamó mientras entraba en la casa.

—Señorita, por favor. La señora Leatham le pide que vaya al salón principal en cuanto pueda.

Anna dejó caer los brazos a los costados y se volvió hacia el criado, con una sonrisa que seguramente fue un esfuerzo lamentable.

—Dile que iré pronto. Primero debo buscar algo en mi habitación.

Mientras subía las escaleras, obligó a sus pasos a ser mesurados, a su respiración agitada a ralentizarse. El señor Aston había demostrado ser indigno de sus sentimientos, y había hecho bien en no aceptarlo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



B*ueno, supongo que eso es todo,* pensó Harry, sentado en su biblioteca al final del día. A pesar del dolor de haber sido traicionado por Anna, le consolaba el hecho de que su hermano se hubiera ido. Nunca antes se había sentido tan agradecido de tener su casa para él solo.

Cuando llegó de la mansión Durstead aquella tarde, Tom lo había observado entrar por la puerta y luego se había dado la vuelta como si el dolor que veía en él fuera demasiado intenso para contemplarlo. La señora Foucher era igual de perspicaz, y le llevó una bebida caliente sin decir palabra poco después de que se sentara en su sillón favorito. Desde entonces no se había movido de allí.

Había estado de pie junto a Anna, torturándose con su cercanía. Una extraña compulsión se había apoderado de él en aquel momento. Quería ver si ella se volvía hacia él como lo había hecho con Hugh. Él también quería saber lo que era abrazarla.

Las palabras de Anna volvieron entonces de pronto, con una expresión firme en su desdén. *Entonces lo sabe todo*. Ella no había elegido a Harry. Aunque hubiera decidido seguir siendo una solterona, o tal vez sólo fuera una forma de rechazar civilizadamente a Hugh, había dejado claro que no quería a Harry.

Harry se levantó y empezó a caminar. ¿Por qué ella tenía esa expresión de desesperación en el rostro cuando él la confrontó? Lo había notado. No importaba lo rápido que ella se pusiera una máscara de fría despreocupación, él había visto su miseria. Y era muy similar a la suya.

Casi podía oler sus fragantes notas de lila, un ligero aroma que no parecía corresponder a una mujer tan imponente como Anna Tunstall. Uno esperaría que llevase algo más embriagador. Pudo ver la fina línea de sus labios y su nariz respingona, sus ojos azules grandes e inocentes pero que contenían una mirada de comprensión. Aquellos ojos penetraban. Veían la locura y se burlaban de ella. Vieron el dolor y se llenaron de compasión por él.

Me vieron y me hicieron querer ser alguien mejor. Volvió a sentarse y se cubrió la cara con las manos, permaneciendo en aquella postura como si pudiera bloquear el dolor. La sombra aumentó y ya no supo qué hora era.

Por fin se puso en pie. Esta noche no conseguiría nada. Ya había sido bastante tortuoso intentar preparar una Santa Cena el domingo pasado, y no estaba seguro de si volvería a encontrar la pasión para preparar una de la misma manera. Se convertiría en uno de esos predicadores aburridos que todo el mundo tolera pero nadie admira. No obstante, sonrió con cierta tristeza al pensar en sí mismo como un viejo clérigo célibe aburriendo a su congregación durante horas, semana tras semana. La sonrisa se le borró enseguida.

Alguien llamó suavemente a la puerta y entró la señora Foucher. Su expresión reveló sin palabras que ella, al menos, sabía de su abatimiento, si es que no toda la servidumbre.

—Le traeré la cena, señor Aston.

Harry estuvo a punto de negarse, pero luego pensó en lo absurdo que sería, sobre todo después de que ella se hubiera esforzado por prepararle algo.

—Sólo algo ligero, por favor —le dedicó una débil sonrisa, y ella no hizo ningún comentario sobre su tono apagado.

Comió en silencio, decidido a terminar pronto el día. Había descubierto que el sueño curaba todo tipo de males, aunque no había curado su corazón en los cuatro días transcurridos desde que se había roto. Cuando salió al pasillo, se sobresaltó al ver a Tom salir de entre las sombras.

—Tom —no tuvo fuerzas para preguntar qué quería.

—Vine a decirle que me iré unos días. No quiero que piense que no volveré, porque lo haré —el sombrero de Tom parecía un bulto desgastado en sus manos mientras masajeaba el ala—. Si me acepta de nuevo, claro.

Harry se sorprendió, y eso desvió su atención de su propio dolor, aunque sólo fuera por un momento.

—¿Te vas? ¿Adónde te diriges?

—No puedo decirlo, señor, discúlpeme. Es una obligación que tengo, pero volveré a casa.

La mirada de Tom era suplicante. Harry sabía que, como su patrón y como su guía en la fe, debía pedirle más detalles, pero no se atrevía a hacerlo.

—Está bien, Tom. Puedes irte. Sé que volverás en cuanto puedas.

Harry le dedicó una rápida sonrisa, y Tom pareció debatirse entre la culpa y el alivio. Asintió con la cabeza y desapareció entre las sombras mientras Harry seguía su camino, preguntándose si acababa de exponer a la tentación a uno de los suyos.

Señor, rezó en silencio, *tendrás que vigilarlo. No me quedan fuerzas para hacerlo esta vez.*

UNA BUENA NOCHE de sueño no sirvió para mitigar el dolor en su pecho, pero se despertó decidido a desempeñar su papel de rector con satisfacción. Nadie podría acusarlo de eludir esos deberes, al menos. Era lo único que le quedaba ahora. Enganchó la carreta a su caballo y se dirigió a las viviendas situadas al otro lado del pueblo. Pensó en ir a ver al terrateniente. Su casa estaba situada no muy lejos del círculo de piedra, pero Harry no estaba seguro de estar preparado para una visita que no fuera de naturaleza estrictamente clerical.

Al entrar en el pueblo, se cruzó con una pareja que caminaba con las cabezas juntas. Levantaron la vista cuando él se acercó.

—Aston —llamó el caballero, y Harry frenó. Era sir Lewis, quien caminaba con Hester Rigby. Harry dirigió su carreta hacia un lado de la calle para no entorpecer el paso de otros carruajes.

Esbozó una sonrisa que esperaba engañara a su amigo.

—Hola, Lewis. Señorita Rigby —se levantó el sombrero—. ¿Cómo está usted?

—Pareces muy abatido —dijo sir Lewis con ligereza. No le había engañado—. Baja un momento. Tengo algo que decirte. Aquí —Lewis llamó a un muchacho que Harry reconoció de Haggle End. *Probablemente haya venido a robarle algo a uno de los comerciantes*, pensó Harry antes de retractarse de su propio cinismo. ¿Cuándo había ocurrido eso? *No debo volverme amargado*—. Coge las riendas y átalas a ese poste —le dijo al muchacho.

Harry le entregó las riendas, dedicándole al muchacho una sonrisa para compensar sus muy poco amables prejuicios. Luego se volvió hacia Lewis.

—¿Y bien?

Sir Lewis dio un paso hacia atrás y estudió a Harry, quien no estaba preparado para aquel escrutinio. Cuando Lewis finalmente habló, su sonrisa fue cohibida.

—Dame tus felicitaciones, si lo deseas.

Harry vio que las mejillas de la señorita Rigby se sonrojaban y lo comprendió de inmediato.

—Con mucho gusto. Te felicito —su sonrisa surgió de forma natural, pero esta vez le produjo cierto dolor. Estrechó la mano de su amigo y se inclinó ante la señorita Hester—. ¿Cuándo será el dichoso acontecimiento?

—Los padres de Hester piensan que es mejor esperar hasta navidad, y así será —acercó a su prometida. Con la mirada clavada en ella, añadió—. Yo esperaría lo que hiciera falta, pero la navidad será muy apropiada. Será un desayuno de boda festivo.

Harry pensó que la señorita Rigby nunca había tenido mejor aspecto. *El amor debe de hacer eso.*

Ella y sir Lewis lo miraban con curiosidad, y él se dio cuenta al cabo de un momento de que había olvidado responder.

—Me alegro mucho por vosotros. ¿Y Jules? ¿Ayudará en los preparativos? —preguntó, sospechando ya la respuesta.

Sir Lewis mostró una expresión irónica.

—Jules se ha ido. Dijo que ahora que seré esclavo del matrimonio sería demasiado aburrido que se quedara, lo cual no debe sorprender a nadie, supongo. Pero eso no viene al caso. El caso es que… —miró a la señorita Hester, quien asintió suavemente—. Nos gustaría mucho que tú celebraras la ceremonia, es decir, si fueras tan amable.

—Oh —la petición no debería haber sido inesperada, pero lo fue. Llevaba una semana intentando *no* pensar en bodas. Harry se sacudió mentalmente—. Por supuesto. Podéis contar conmigo —los tres permanecieron un momento en incómodo silencio—. Bueno… —estaba desesperado por escapar, y estaba a punto de disculparse cuando dos caballeros salieron de la posada del pueblo y se detuvieron en seco al verle.

—Milord. Justo el hombre que queríamos ver —el señor Meade levantó su sombrero en dirección a Harry.

Él se volvió hacia ellos lentamente. No había visto a los corredores de Bow Street desde que habían ido a su casa. Eran las últimas personas con las que le apetecía hablar, pero negarse era imposible.

—Bueno, entonces te dejo —sir Lewis le dedicó una sonrisa de compasión y se llevó a la señorita Rigby, abandonando a Harry a su suerte. Al menos eso era lo que parecía.

—¿Por qué no nos sentamos dentro de la posada? Es agradable y acogedora, ideal para charlar —el señor Meade hizo un gesto para que avanzara, el cual ofendió a Harry de inmediato. Era como si él fuera un sospechoso.

El señor Howe debió de notar su expresión de descontento, porque le tranquilizó:

—No le robaremos más que un momento de su tiempo, milord.

Harry asintió bruscamente y guio el camino hacia el interior de la posada. Cuando estuvieron sentados, fue directo al grano.

—Tengo varios feligreses que visitar, así que, por favor, díganme en qué puedo ayudarles.

El señor Meade se sentó y miró a Harry con escrutinio.

—Nos preguntábamos dónde podríamos encontrar a Tom Wardle.

—¿Tom? —Harry sintió un nudo en el estómago. Iban tras él. Había temido que lo acusaran falsamente por su pasado. Su temor aumentó cuando le asaltó el siguiente pensamiento. *O tal vez*

sus acusaciones se basen en la verdad.

El señor Howe asintió.

—Hemos estado vigilando a Tom como persona de interés, y como tal podría interesarle saber que tenemos pruebas de que estuvo con los bandidos ese día.

—Si se refiere al pañuelo —interrumpió Harry—, este tipo de prueba no puede sostenerse. Hay demasiados artículos como este, sobre todo entre los obreros.

—No es sólo eso —continuó el señor Howe—. ¿La pistola que encontramos en la escena? ¿La que perteneció a lord Ramsworth? Fue robada por el señor Wardle en los tiempos en que no ocupaba un puesto tan honorable. Oh, sí, milord. Quizás no sabía que Tom Wardle no siempre fue el honrado sirviente que ahora parece ser —bajó la mirada hacia las minuciosas notas que había tomado—. Pero lo sabemos porque le seguimos la pista hasta donde solía vivir, encima de una vieja taberna en Bishops Cannings. Buscamos entre sus cosas, aunque la habitación no se ha utilizado últimamente, y encontramos la segunda pistola. Se trata de un juego de pistolas de duelo.

El señor Howe hizo una pausa para ver el efecto que eso causaba en Harry. A decir verdad, fue un gran golpe. Sabía que Tom no había llevado una vida ejemplar, pero ¿qué mal había hecho con esas pistolas? Y el hecho de que una de ellas estuviera en la escena del robo y con Tom tan cerca de ella. ¿Acaso estaba involucrado?

—Insinúa acerca de los pecados pasados de Tom. No los desconozco —dijo Harry con brevedad, prefiriendo decir lo menos posible sobre el tema—. Lo he absuelto de ellos y le he dado un nuevo comienzo.

El señor Meade volvió sus ojos muy abiertos hacia Harry, su fuerte acento mostraba su conmoción.

—Será mejor que lo entregue, milord.

—Usted responde ante su autoridad, y yo respondo ante la mía —respondió Harry—. Todo hombre merece un nuevo comienzo, y Tom no ha sido indigno del suyo. De hecho, desde que trabaja para mí, su conducta ha sido intachable.

—Intachable hasta que la tentación fue demasiado grande, tal vez —dijo el señor Howe—. Él estaba allí. Y sus intenciones no fueron honorables.

—*Pff*. Especulaciones —dijo Harry, negando impacientemente con la cabeza. Pronunció las palabras con confianza, pero la verdad era que, con todas las pruebas que apuntaban a Tom, su fe en la humanidad nunca había sido más endeble. Las siguientes palabras la destruyeron por completo.

—Entonces, ¿podría explicarme por qué nos robó la pistola de mi habitación? —el señor Meade se cruzó de brazos y levantó la barbilla en señal de desafío.

—¿Qué es esto? —preguntó Harry, ahora seriamente alarmado—. ¿Qué pruebas tiene?

—Lo he visto con mis propios ojos —el señor Meade compartió una mirada con el señor Howe—. Estaba durmiendo cuando un ruido me despertó. Miré hacia arriba y ¿quién se asomaba por mi ventana sino Tom Wardle? Me acerqué a él, pero fue demasiado rápido. Y yo estaba en mi turno de noche.

El señor Meade pareció avergonzado. En otras circunstancias, Harry se habría reído de la imagen que esto presentaba.

El señor Howe terminó de dar la deprimente noticia.

—Y las pruebas desaparecieron. Fuimos esta mañana temprano a su alojamiento, pero no estaba allí. La gente de Haggle End ha sido muy reservada acerca de Tom, aunque él es de por aquí. Pensé que tal vez usted sabría adónde había ido. O estaría dispuesto a hablar con la gente.

La mente de Harry repasó todos los hechos y negó con la cabeza. No podía seguir ignorando los hechos. Tom era culpable. No podía ser culpable de todo porque acudía con demasiada frecuencia a la rectoría, pero el suyo no era el comportamiento de un inocente. Esto debería haberlo entristecido, pero sólo se sintió aturdido.

—No lo he visto. Me pidió unos días para ocuparse de unos asuntos y se los concedí. Prometió que volvería —los corredores intercambiaron una mirada llena de escepticismo—. Hablaré con los habitantes de Haggle End en cuanto me vaya de aquí —era lo único que podía hacer. Él también tenía una responsabilidad en esto—. Puede que confíen en mí lo suficiente como para hablar conmigo, pero no ocultaré que he hablado con ustedes. Y no abandonaré a Tom a su suerte sin intentar ver si hubo alguna coacción, o tal vez alguna otra razón.

—En general, milord —dijo el señor Howe con una expresión de simpatía rayana en la lástima—, un hombre nunca cambia.

Fiel a su palabra, Harry cabalgó directamente a Haggle End después de cambiar su carreta en la rectoría por su semental ruano. Todo pensamiento de hacer otras visitas matutinas desapareció de su mente. No estaría en condiciones de conversar después de una noticia como esta. Cuando llegó a la escuela, fue saludado por el obrero y luego por el capataz, pero una mirada al rostro de Harry fue suficiente para preocuparlos.

—Buenas tardes —dijo Harry—. Estoy tratando de encontrar a Tom. ¿Lo habéis visto? —intercambiaron una mirada furtiva, pensó Harry, y se preguntó si de pronto estaba viendo las cosas bajo una luz más precisa o si ahora estaba hastiado—. ¿No ha estado por aquí? ¿No lo habéis visto? —volvió a intentarlo.

—No, señor —dijo el capataz—. ¿Él está teniendo algún problema?

Harry hizo una pausa antes de contestar, y fue tan larga que su caballo dio un respingo impaciente.

—Sí, puede decirse así. Si lo veis, decidle que lo estoy buscando. Pero hacedle saber, si sois tan amables, que los corredores me hicieron una visita, para que entienda el propósito de mi petición.

Los dos hombres compartieron otra mirada. El capataz se examinó la bota y rascó el barro que tenía en el borde del muro.

—Vale. Si lo veo se lo diré.

Harry tuvo que contentarse con eso, y como carecía de valor para continuar la búsqueda, volvió su caballo a casa. Anna no lo amaba. Tom era culpable. Los parroquianos ya no lo veían como pastor de buena fe, sino como un noble. Su hermano era un canalla de la peor calaña y probablemente nunca cambiaría.

Mantuvo la mirada al frente mientras el caballo recorría el familiar camino hacia su acogedor establo. Tenía veintiocho años y ya era un fracasado.

CAPÍTULO VEINTISIETE



Había llegado el uno de septiembre y Emily estaba cada vez más gordita. Sus dolores continuaban, pero Anna había empezado a aceptar que eran falsos dolores, como la señora Foucher le había asegurado a Emily que era el caso, y que no había necesidad inminente de correr a buscar al médico.

Después de otra semana sin ver a Harry, aunque él le había prometido a Emily que vendría, Anna había empezado a aceptar que aquel interludio, el breve hechizo de lo que había llegado a comprender que era amor, al menos por su parte, había terminado. Tal vez fuera lo mejor. No había sido fiel a sí misma cuando consideró la idea de abandonar la vida para la que había nacido para recluirse en el campo. Mientras estaba de pie ante la ventana, observando el camino que llevaba a la rectoría, vacío como de costumbre esos días, el crudo dolor de su corazón llenó por completo su ser hasta robarle el aliento.

Emily se acercó a la puerta del salón matinal, con la capota atada y los guantes en sus manos.

—¿Vamos? —preguntó.

Anna asintió y se volvió para acompañarla al exterior. *Qué dupla hacemos*, pensó. *Entre nuestras dos caras largas podríamos hacer llorar a un niño en la fiesta de Noche de Reyes.*

Bajo el resplandor del aire libre, emprendieron lentamente el camino que serpenteaba alrededor de los jardines de la mansión Durstead. Anna respiró hondo y decidió ahuyentar el dolor que le carcomía el corazón y el alma. ¿Qué podía hacer? ¿Ir a suplicar a los pies de Harry? ¿Lo querría bajo esas condiciones?

Dieron la vuelta a la casa en silencio, y pensó que Emily sufría bajo pensamientos aún más sombríos. Su rostro parecía más demacrado que de costumbre y sus pasos eran vacilantes. Casi habían llegado al seto que cercaba el jardín francés cuando Emily lanzó un grito de dolor y se llevó la mano a la barriga.

—Anna —jadeó—, no creo que esto sea como el dolor que he experimentado antes. Creo que esto es nuevo.

Anna tardó sólo un segundo en recuperarse de la sorpresa, pero la sensación fue rápidamente sustituida por miedo. Dijo en lo que esperaba que fuera un tono tranquilizador:

—Vamos a casa, donde me ocuparé de ti antes de enviar a alguien a buscar al doctor Carson.

Rodeó a Emily con el brazo. Luego, cuando tuvo dificultades para caminar, Anna la cogió del brazo y se lo puso sobre los hombros para que pudiera soportar más peso.

—No creo que pueda caminar.

—No puedo dejarte aquí, querida, y no hay un sitio para sentarse. Ven. Si dejo que te acuestes, no podrás volver a levantarte —intentaba sonar despreocupada, pero no lo consiguió—. La casa no está lejos. Demos un paso tras otro y llegaremos. Sólo necesitas un poco de fuerza.

Tienes más de la que crees. Emily no respondió, pero obedeció y comenzó a caminar hacia adelante, un paso tras otro, deteniéndose a medida que le sobrevenían los dolores. Anna la sujetaba con fuerza y soportaba todo el peso que podía. Cuando aún estaban a cierta distancia de la puerta, una sirvienta salió corriendo por la puerta trasera, provocando un gran alivio en Anna. Los criados las habían visto a través de la ventana. Anna gritó—. Ve a buscar a Albin. No, espera. Llama también a Forrester. Albin será lo bastante fuerte para cargar a la señora Leatham, y Forrester puede ir a buscar al doctor Carson.

La criada volvió corriendo al interior. Poco después apareció Albin, corriendo tan rápido como le permitía su corpulento cuerpo, mientras otro lacayo corría hacia el establo. Albin cogió a Emily de manos de Anna, la levantó en brazos y comenzó a caminar a paso ligero con Anna detrás. Subió a Emily por las escaleras, respirando con dificultad, y la colocó suavemente en su cama, en la habitación principal.

Anna se sintió impotente. No sabía absolutamente nada de partos, y cuando Emily gritó de dolor, se obligó a sentarse a su lado en lugar de seguir su propio instinto y salir corriendo. *Dijiste que estabas bromeando, Emily. Pero, en efecto, me pediste que te cogiera de la mano, y aquí estoy para hacerlo.*

Otra serie de contracciones se apoderó de Emily y volvió a soltar un gemido que sonó sobrenatural. A Anna le heló hasta la médula. Todo pensamiento se esfumó y no pudo hacer otra cosa que aceptar la palangana de agua de lavanda que la criada había traído sin que se lo pidiera y humedecer la frente de Emily.

Pasó una hora, luego dos, y Anna empezó a sentir pavor.

No podía hacerlo sin ayuda. Cuando escuchó el crujido de las ruedas sobre la grava, se apresuró a asomarse a la ventana. ¡El doctor Carson!

Sintió un gran alivio y se volvió hacia Emily.

—El doctor Carson está aquí. No debes temer. Todo irá bien —Emily tenía los ojos cerrados por el dolor y la concentración, y no contestó.

El doctor pareció tardar una eternidad en subir las escaleras y entrar en la habitación. Tras una reverencia a Anna, le pidió que se apartara mientras examinaba a Emily. Ella obedeció, pensando en aquel momento en lo vulnerables que eran las mujeres. ¿Qué podía poseer a una mujer para desear semejante caos?

Una visión la golpeó, y con ella un torrente de deseo: Anna sosteniendo al hijo de Harry contra su pecho, mientras él la miraba de aquella forma que parecía atravesarle el alma, apreciando y amando lo que estaba frente a él. Aquello fue demasiado y se secó las lágrimas.

La voz del doctor Carson fue firme cuando dijo:

—Señorita Tunstall, he de pedirle que vaya a buscar a la señora Foucher. Es una comadrona experta y creo que necesitaré su ayuda —la urgencia tardó un segundo en llegar a la conciencia de Anna, y el médico no volvió a mirar en su dirección.

Salió rápidamente de la habitación y abandonó la mansión Durstead, dirigiéndose a toda prisa hacia la rectoría. Había recorrido un tercio del camino cuando se dio cuenta de que había olvidado ponerse la capota. Debería haber enviado a un criado o pedido un carruaje para llegar más rápido. No estaba segura de si era el susto de haber estado con Emily mientras sufría durante aquellas horas, o si era una necesidad profunda de volver a posar sus ojos en Harry, pero no estaba pensando en absoluto. Arrojando por la borda todo decoro, comenzó a correr temiendo que su demora le causara algún daño a su amiga.

Rodeó la verja de la rectoría y corrió hacia la entrada, donde golpeó la puerta. Se abrió rápidamente y Harry salió, sus ojos muy abiertos por la preocupación.

—Anna, ¿qué ocurre? —a pesar de su pánico, lo escuchó. La había llamado Anna.

Ella se esforzó por hablar a pesar de los fuertes latidos de su corazón y la falta de aliento.

—El doctor Carson dice que necesita la ayuda de la señora Foucher. Emily va a dar a luz.

Harry se volvió de inmediato y se dirigió a la cocina, llamando a la señora Foucher. Anna se apoyó en la pared para recuperar el aliento y descubrió que sus rodillas flaqueaban. En unos minutos, Harry salió por la puerta junto con la señora Foucher, quien llevaba una cesta en el brazo y una mirada decidida en los ojos. Estaba lista para traer un bebé al mundo.

—Haré que preparen el carruaje —Harry se detuvo en seco. Aunque no se dirigió directamente a Anna, la mirada severa de sus ojos había desaparecido—. No, le pondré los arneses a la carreta y podremos ir los tres.

—No, no. Lleve a la señora Foucher sin demora. Yo volveré andando —le insistió Anna.

Harry dudó sólo un momento y luego se volvió hacia donde el mozo de cuadra estaba sacando los caballos del establo. La señora Foucher se tomó un momento para apretar la mano de Anna, y el contacto fraternal la reconfortó. Engancharon el carruaje y en un instante se marcharon.

Anna comenzó a caminar, esta vez a un ritmo mucho más lento porque sus piernas no la llevarían más deprisa. Siguió el camino y llegó a la bifurcación antes de darse por vencida. Sus piernas temblorosas no estaban dispuestas a seguir sosteniéndola hasta que descansara, y se sentó en el tronco deformado de un sicomoro a un lado del camino. El sonido de los grillos llegó a sus oídos por encima del ruido de su corazón palpitante y de la expresión anómala de la tórtola que la arrullaba en el calor del día.

Pensó en Harry. Era la primera vez que se veían desde aquel nefasto día, y él había utilizado su nombre de pila. Seguramente eso significaría algo, ¿no? Sin embargo, después de la frialdad con que la había recibido en la iglesia y en la mansión Durstead, debía considerar que su conexión había llegado a su fin. Probablemente había hablado sin pensar cuando vio que ella estaba angustiada. Harry había tocado su corazón más que nadie, pero después de todo, ¿qué significaba eso para él? El premio de haberse ganado su afecto evidentemente tenía poco valor para él ahora. Lo que más la angustiaba era que *su* insensatez y su naturaleza coqueta lo habían arruinado todo.

Al cabo de un rato, Anna se puso en pie y empezó a caminar con un poco más de fuerza. Necesitaba volver con Emily. *Después de todo, soy joven. Encontraré a alguien nuevo.*

Se secó las lágrimas de los ojos, mientras el sonido de las ruedas de un carruaje circulando por el camino llegaba a sus oídos. Una tentación errante de refugiarse detrás de un arbusto estuvo a punto de vencerla, pero no se rebajaría a eso por muy poco que deseara encontrarse con alguien en ese momento, sobre todo tan inapropiadamente ataviada. Cuando el carruaje apareció a la vista, la visión de los caballos color caramelo del señor Aston hizo que sus ya turbulentas emociones dieran un vuelco.

—Señorita Tunstall —la llamó cuando hubo parado. Se apeó del carruaje y mantuvo las riendas en la mano, mientras extendía la otra para ayudarla a subir—. Como no regresó enseguida, pensé que el corto viaje podría ser demasiado para usted, y vine en su busca.

Ella colocó su mano sobre la de él, agradecida por la ayuda.

—Creo que es el shock, pero mis rodillas no me permitían caminar —se volvió hacia delante y le permitió a Harry concentrarse en maniobrar el carruaje para girar en sentido contrario.

—El bebé de Leatham llegará a este mundo antes de lo esperado —dijo Harry, poniendo en marcha a los caballos—. La señora Foucher sólo salió brevemente para dar unas órdenes a una de las criadas y me dijo que la llegada es inminente. No me quedé más tiempo.

Anna estaba profundamente agradecida por el ritmo lento, pues no sólo le permitía retrasar el regreso a una casa donde no sería de ninguna utilidad y sólo sufriría al escuchar los llantos de su amiga, sino que también esperaba que le diera la oportunidad de explicarse. Tal vez Harry buscara saber más sobre lo que había sucedido entre ella y lord Brookdale.

—Me alegro de que sus dolores terminen pronto.

—El dolor debe seguir su curso —respondió, con voz grave—. Es el orden natural de las cosas —aquellas fueron palabras desalentadoras. Se refería a los sentimientos de Anna, estaba segura. Sintió que su corazón se encogía y deseó que él acelerara el paso para poder cambiar un sufrimiento por el otro.



¿Qué estoy diciendo? Harry chasqueó las riendas para impulsar a sus caballos al trote. Fijar su mirada en el encantador rostro de Anna después de una semana de privación había trastornado claramente sus sentidos. *El dolor debe seguir su curso*. ¡Santo cielo! Pensaba, por supuesto, en el período de luto que debía atravesar para liberar su corazón de cualquier sentimiento que alguna vez sintió por Anna. *Anna*. No, ahora debe ser la señorita Tunstall.

Pero entonces una mirada a la expresión de Anna bastó para demostrarle que no era una coqueta empedernida que deseaba rechazar a un hermano para irse con el otro. Una mirada a su rostro y vio su propio sufrimiento reflejado en el de ella. Anna no había respondido, pero ¿cómo se podía responder a una frase tan inane?

—¿Cuánto tiempo más durará su estancia en Avebury?

—Emily recibió ayer una carta diciendo que su madre llegaría seguramente en quince días. No es demasiado pronto, ya que debo ir a la finca de mi hermano tan pronto como sea posible.

Para un oído inexperto, Anna parecía llevar la conversación con cortesía, casi con indiferencia, pero para Harry sonaba apagada. Lo confundió. ¿*Estaba* ella sufriendo?

—Son buenas noticias. No querrá perderse los preparativos de la boda. ¿Y entonces estará en Londres para la temporada?

—¿Dónde si no? —dijo, encogiéndose de hombros.

Un silencio se apoderó de ellos mientras las ruedas del carruaje crujían sobre el suelo y el clip-clop de los caballos los conducía a su destino. Un espíritu de rebelión se apoderó de Harry. *Mencionaría* el nombre de Hugh. Le haría sentir su dolor por la decisión que había tomado.

—Mi hermano se fue esta semana. Supongo que tiene planes de volver a verlo en Londres.

Anna apretó la mandíbula.

—No puedo imaginar por qué supondría eso. No hemos hecho tales planes.

Harry se volvió hacia ella, estupefacto, pero la curva del camino hizo que sus ojos volvieran a mirar hacia delante con la misma rapidez. *¿Qué? Así que Hugh tenía razón y ella se niega a casarse. ¿Pero qué mujer besaría a un caballero y luego no se casaría con él?* No podía ordenar sus pensamientos para dar sentido a lo que estaba escuchando. Habían llegado a la entrada de la mansión Durstead y él tiró de las riendas para detener el carruaje. Se giró para mirarla de frente.

—¿Ningún plan para ver a Hugh? ¿Le había hecho él una propuesta? ¿Realmente lo rechazó después de…? —*santo cielo*. ¿Cómo podía completar la frase? Anna parecía estar esperando que lo hiciera, porque no completó el resto por él—. ¿El beso? —dijo finalmente, con voz débil.

El rostro de Anna permaneció tenso, y todo rastro de dolor fue sustituido por una indignación que la hizo sonrojarse.

—Como ya ha tenido a bien recordarme, usted vio el beso. ¿Qué más hay que decir?

Sus miradas permanecieron fijas cuando la puerta se abrió y la criada salió corriendo, con una gran sonrisa en el rostro.

—Señor Aston, señorita Tunstall, tengo la mejor de las noticias. ¡Es un niño!

CAPÍTULO VEINTIOCHO



Anna estaba completamente encantada con el señorito George Leatham, pero no pudo quedarse ni un minuto más en la casa y dejó a Emily arrullando a su pequeño milagro y acariciándole suavemente la mejilla, aunque sólo fuera para secar las lágrimas que caían de su propio rostro. Su amiga no tenía un camino fácil por delante, pensó Anna, mientras le pedía al mozo que enjaezara el carruaje y la acompañara a casa de los Rigby. Había sido una petición impetuosa, y no fue hasta que estuvieron en marcha que decidió lo que iba a decir a su llegada.

Hester estaba arrodillada junto al rosal, cortando flores perfectas y colocándolas en una cesta. Cuando vio a Anna, colocó las tijeras sobre los tallos, con una expresión de preocupación en el rostro.

—Anna, qué agradable sorpresa. ¿Está todo bien con Emily?

Anna se apresuró a tranquilizarla.

—Todo está bien con Emily. Y con el señorito George —sonrió al ver que la comprensión aparecía en los rasgos de Hester.

—Ha tenido a su bebé, entonces —se secó las manos en el delantal que cubría su vestido y se acercó a Anna—. ¿Y dices que es un niño? Iré a visitarla sin demora si crees que no seré una intrusa —Anna negó con la cabeza, y el expresivo rostro de Hester se tornó melancólico. Con voz sombría añadió—. Su alegría no estará exenta de dolor.

—No —después de una pausa, dijo—. He venido con otro propósito. Tom Wardle es sospechoso de haber participado en el robo, y sé que es un duro golpe para el señor Aston, quien confiaba en él. La señora Foucher nos visitó para ver cómo estaba el bebé y dijo que el señor Aston parecía bastante desmejorado últimamente —hizo una pausa, de pronto, le resultó difícil respirar. La señora Foucher no podía saber que Tom no era la única causa de la aflicción de Harry. Era impensable que él se lo hubiera confiado a ella, dados sus diferentes puestos—. Me gustaría ir a Haggle End, de donde es él, y ver si encuentro a alguien que pueda guiarme hasta su paradero. ¿Sabes quién podría llevarme hasta allí?

—Me había enterado de la implicación de Tom por el terrateniente, un hecho de lo más sorprendente y angustioso. Haggle End no se considera un lugar seguro para una mujer con clase, pero supongo que ya lo sabrás. Podríamos convencer a sir Lewis para que nos acompañe. Quizás el deseo de ayudar a Harry le haga considerar la idea —un ligero rubor invadió las mejillas de Hester cuando añadió—. Sin embargo, creo que es mejor esperar a que venga para proponérselo, y sospecho que lo hará hoy o mañana. No quisiera adelantarme al enviarle un mensaje.

Anna estudió a Hester y sus labios se curvaron hacia arriba.

—Parece que estás en buenos términos con sir Lewis.

—Yo… es decir… —volvió su rostro hacia la casa—. ¿Quieres entrar a tomar el té?

Parecía que Hester no estaba dispuesta a confiar en Anna. Tal vez fuera mejor así. Por mucho que Anna estuviera dispuesta a felicitarla, no le interesaba seguir hablando de bodas, sobre todo teniendo en cuenta que los dos meses anteriores a Avebury los había pasado hablando de la boda de Stratford.

—No quisiera molestarte. ¿Están tu madre y tu hermana?

—Han ido a hacer una visita. Sólo estaremos nosotras dos —su sonrisa contenía algo de picardía, como si quisiera decir que sabía que su madre y su hermana podían ser un dolor de cabeza.

Anna no disimuló.

—Entonces estaré encantada. No es frecuente que pueda dejar a Emily, y ahora que ha llegado George, se gana toda su atención, como podrás imaginar.

Hester soltó una suave risita y pidió que trajeran el té cuando entraron en el salón matinal. Cuando estuvo listo, sirvió dos tazas y le entregó una a Anna.

—Sir Lewis y yo hemos llegado a un acuerdo —levantó la vista, con ojos brillantes y felices —. Quizá te sorprenda que un caballero tan distinguido dedique siquiera un pensamiento a alguien tan sencilla e inconsecuente como yo.

—Tal vez no me sorprenda tanto como crees —dijo, aceptando su té y dando un sorbo—. He visto su atención dirigida hacia ti, aunque fue sutilmente. Me agrada sir Lewis. Es un hombre discreto. ¿Os habíais visto antes en Londres?

—No, no nos conocíamos. Debe de parecer algo repentino. Tal vez, por su parte, sólo esté dispuesto a casarse, y la posición de mi familia es bastante buena. Por mi parte, me parece un hombre muy comprensivo y su compasión por los pobres coincide con la mía. Espero tener toda clase de felicidad.

Anna sintió una pequeña pizca de envidia, aunque no lo hubiera admitido por nada del mundo. Era cierto que, a primera vista, sir Lewis y Hester no parecían tener mucho en común, pero sin duda ella haría feliz a aquel hombre. Tenía sentido común y su belleza crecía en uno, decidió Anna. No le cabía duda de que sir Lewis había hecho su elección por voluntad propia y no simplemente porque estuviera dispuesto a casarse.

—Espero que sir Lewis sea igualmente feliz con su elección.

Cuando terminaron de tomar el té y hubieron hablado de cómo podrían ayudar a Emily algunos habitantes del pueblo, Anna se despidió de Hester. Había cumplido su misión principal y el tiempo que pasó lejos de la mansión Durstead le resultó reparador. Esperaba que Hester pudiera convencer a sir Lewis para que las acompañara.

Y no la decepcionaron, pues al día siguiente sir Lewis llegó en un carruaje, acompañado únicamente por Hester. Supuso que el hecho de estar prometidos tenía sus ventajas, como cabalgar juntos a solas sin dar lugar a especulaciones.

Sir Lewis entregó las riendas a un lacayo que lo esperaba y se inclinó ante Anna.

—Tengo entendido que desea visitar Haggle End, aunque no confío demasiado en el éxito de su propósito. Sin embargo, creo que puedo tranquilizarme con respecto a vuestra seguridad, ya que hay hombres trabajando en la nueva escuela, y he llegado a conocer a algunos de ellos. Pediré su ayuda para garantizar su protección y la de Hester. ¿Está lista para partir?

Anna miró hacia la casa.

—Creo que sí, tan sólo permítame coger mi capota. Emily está descansando y la enfermera está atendiendo al señorito George. Avisaré a los criados para que no se preocupe cuando despierte —una vez hecho esto, Anna regresó y encontró a sir Lewis de pie junto a la puerta del

carruaje—. ¿No le dijo al señor Aston de mi propósito? —esto era algo que la había estado preocupando, pues no le hubiera gustado que él supiera el esfuerzo que estaba haciendo en su favor. Podría pensar que estaba intentando recuperar su confianza.

Sir Lewis negó con la cabeza.

—Hester no creía que usted quisiera que el proyecto fuera de dominio público —él y Hester compartieron una mirada llena de ternura, y a Anna se le hizo un nudo en la garganta. Ella subió al carruaje, y sir Lewis subió al asiento del conductor y cogió las riendas.

Anna se volvió hacia Hester con una mirada de confusión.

—¿No hay mozo?

Hester sonrió y negó con la cabeza.

—Una de sus yeguas está pariendo, y sir Lewis prefirió que se quedara allí.

Cabalgaron durante casi un kilómetro y medio, y sir Lewis le explicó que le enseñaría la escuela que se estaba construyendo antes de adentrarse más para hacer averiguaciones. Anna percibió la emoción en su voz mientras describía su reciente participación.

A primera vista, Anna se sorprendió por el tamaño y la complejidad de la escuela. Pensaba que la escuela sería un edificio modesto con un solo aula. ¡Nada de eso! Esta escuela tenía varios salones, y cada uno de ellos era de un tamaño considerable. No estaba segura de que hubiera una escuela así para los desfavorecidos, ni siquiera en las zonas más ricas del país.

Mientras sorteaba los montones de material de construcción, preguntó:

—¿Quién ha ideado todo esto?

Un obrero se acercó y se quitó el sombrero, y sir Lewis lo saludó antes de responder.

—Han sido varios los que han contribuido con ideas y fondos, pero creo que ya debe saber que los Mayne desempeñan el papel más importante en la fundación de la escuela, con la ayuda nada desdeñable de Aston.

Anna cruzó el suelo de piedra que había sido colocado, y las paredes interiores apenas llegaban a la altura de sus rodillas. El aula de la escuela sería sólida y proporcionaría algo de calor en invierno, lo que podría ser la mejor manera de incitar a algunos de los niños a asistir. Se volvió hacia Hester.

—¿Habrá desayuno para los alumnos?

—Hemos pensado en ello, y los Mayne están pensando en la forma de llevarlo a cabo con la ayuda de la señora Foucher y algunos de los granjeros locales y sus esposas. Aquí, en esta habitación, es donde las niñas aprenderán a coser —Hester había asumido el control de la visita y Anna observó con cierta sorpresa que no era la primera vez que visitaba la escuela. Al parecer, su preocupación por la seguridad de Anna no incluía la suya propia—. Aquí hay más ventanas, así que tendrán suficiente luz. Y aquí tenemos el aula donde aprenderán los varones. Esperamos que algún día se establezcan en el comercio.

Pudo ver que había mucho orgullo en los ojos de Hester, y supo que estaba muy involucrada en el proyecto. Lo llevaba en el corazón. Otra sensación de envidia la asaltó, una que no tenía nada que ver con el amor no correspondido. El deseo incipiente era ajeno, pero Anna anhelaba que su vida tuviera el mismo significado que la de Hester: que, a través de sus buenas acciones, también pudiera provocar un cambio real en la sociedad y no simplemente organizando fiestas políticas.

Anna salió a observar las paredes exteriores, que ahora le llegaban al pecho. Uno de los hombres se quitó el sombrero al verla pasar.

—Buenos días, señorita —ella asintió con la cabeza, preguntándose cómo abordaría el tema acerca del paradero de Tom y con quién.

Sir Lewis se acercó al capataz para discutir sobre la entrega de piedras adicionales, y Anna echó un vistazo alrededor de la abertura entre los árboles que se había despejado para la nueva escuela. Una multitud se había congregado, tal vez debido a la presencia de visitantes, y vio que se trataba de algunos de los habitantes más pobres de Avebury, quienes debían de vivir en Haggle End.

Era su oportunidad de ver de qué estaba hecha. ¿Tendría miedo y desearía que se mantuvieran a distancia? ¿O se llenaría de impulsos filantrópicos? En sus rostros había varias expresiones de desconfianza, de esperanza, pensó, y de especulación en algunos. Recorrió la multitud y su mirada se posó en alguien cuyo perfil le resultaba familiar. Cuando la mujer se volvió, Anna jadeó.

—¡Beatrice!

Anna corrió tras ella sin pensar en la prudencia de sus actos. A través de la apenas visible abertura entre los árboles, no perdió de vista a Beatrice y consiguió mantener el paso, aunque ella no se volvió ni respondió a su grito. Anna estaba decidida a no perderla de vista mientras Beatrice seguía avanzando por el estrecho sendero.

¿Qué le había ocurrido a Beatrice? Seguía siendo un misterio, y la mente de Anna había estado tan ocupada con otras cosas que ni siquiera había pensado en ella durante semanas. Supuso que tenía sentido que estuviera en Haggle End, ya que era de allí, pero los corredores habían dicho que no habían podido encontrarla. ¿Cómo se las había arreglado para permanecer oculta?

Sin pensar en su propia seguridad, Anna la siguió casi corriendo. *Esta es probablemente la cosa más tonta que he hecho*, pensó Anna. Sin embargo, se apresuró. Ni siquiera estaba segura de si sir Lewis y Hester habían visto por dónde había ido, pero sabía que nadie iba tras ella.

Beatrice abandonó el sendero y comenzó a escabullirse entre los árboles. Anna la siguió, aunque se arrepentía de su elección a cada paso. Ya no podía dar marcha atrás. De hecho, ni siquiera estaba segura de saber cómo volver. Continuó siguiéndola, llamándola una vez más, hasta que llegó a una pequeña abertura que albergaba una vivienda de extrema pobreza. Beatrice desapareció en el interior de la casa, y Anna rodeó el lateral para entrar tras ella.

—¡Señorita! —la voz asombrada pertenecía a Tom Wardle.

—¿Qué estás haciendo aquí? —su respiración se aceleró y sus ojos lo captaron todo a la vez: el montón de leña y el pequeño huerto, el tejado parcheado—. ¿Conoces a Beatrice? ¿Pero cómo?

Tom se frotó la nuca y su mirada pasó de la capota de Anna al suelo, a cualquier parte menos a sus ojos.

—Sí, señorita. Beatrice es mi hermana. Quizás deba tomar asiento.

Entró en la casa y se sobresaltó al escuchar su confesión. Se dejó caer en una silla burdamente tallada frente a la sencilla mesa y trató de recobrar el equilibrio. Había algo en el bosque y en el sonido de aquella voz en medio de los árboles. Tal vez fuera eso, más el olor a humo del bosque mezclado con el olor a tierra y a sudor, pero le hizo recordar su asalto y empezó a temblar.

Armándose de valor, dijo en voz baja:

—Tom, confío en ti, como alguien que ha sido sirviente e incluso amigo del señor Aston, y en que no me harás ningún daño, y que después de hablar con Beatrice, me llevarás de vuelta con sir Lewis y la señorita Rigby, quienes seguramente deben estar preocupados por mí ahora.

—Se lo juro, señorita —Anna mantuvo su mirada en la de él, y él la encontró sin vacilar. A pesar de su inquietud, podía ver algo honorable en Tom, y comprendió por qué Harry pensaba

que era digno de confianza.

Beatrice había estado rondando en un rincón, junto a la chimenea, con aspecto desafiante, y Anna la observó de reojo. No había signos externos de que hubiera sido lastimada, pero habían pasado varias semanas. Anna se sobresaltó al escuchar el llanto de un bebé en el rincón y, cuando se asomó a la cuna, vio que era lo bastante grande como para que le estuvieran saliendo los dientes.

—¿Es tuyo? —se dirigió a Beatrice, pero ella se encogió de hombros y se cruzó de brazos. Más desafiante.

—Venga, Bea. Mejor contesta ahora —Tom se acercó a Beatrice y le dio un codazo de manera fraternal—. Ella no va a hacerte daño. ¿Cierto, señorita?

—No estoy aquí para causar problemas —dijo Anna—. Estoy aquí para obtener respuestas —la expresión de Beatrice permaneció seria, así que Anna insistió—. Por favor, cuéntame qué pasó en el robo. ¿Adónde fuiste, Beatrice? Supongo que viniste aquí, ya que parece que vives aquí. Pero ¿por qué no presentaste una denuncia? —cuando Beatrice permaneció en silencio, Anna juntó las manos—. Quizá debería preguntarte qué papel tuviste en el robo y si robaste mis joyas.

Beatrice fulminó a Anna con la mirada y se dirigió a su hermano.

—Debiste haberla llevado lejos. No hará más que daño aquí.

—No puedo defraudar al párroco, Bea. Haz lo que dice la señorita y respóndele —Tom se cruzó de brazos, pareciéndose mucho a una versión masculina de su rebelde hermana.

—Empezaré de nuevo —Anna luchó por mantener una voz neutra. No serviría de nada despertar la ira de la chica—. ¿Sabías que el robo ocurriría?

—Tenía mis sospechas. Se lo advertí, señorita.

—¿Participaste en el robo? —Anna estudió detenidamente a Beatrice, quien levantó la barbilla.

—No me creerá, pero no tuve nada que ver.

—¿Te llevaste mi bolsa de monedas y joyas? —se cruzó de brazos.

A pesar del hecho de que estaba completamente alejada de su entorno y probablemente en más peligro del que nunca había estado en su vida, dejando a un lado el robo, Anna podía ser tan testaruda como Beatrice.

—Sólo un par de chelines, señorita —dijo finalmente, mirando amotinadamente a Tom, quien la instaba silenciosamente a confesar—. No tenía con qué pagar a la nodriza de mi bebé, pero usted vino antes de que pudiera volver a meter la bolsa en el baúl.

—Y cuando no pudiste guardarla, ¿qué hiciste? —preguntó Anna, sin apartar la mirada del rostro de Beatrice—. ¿Cómo volvió a nuestro carruaje la noche del baile de los Rigby?

—Fui yo, señorita —Tom habló en voz baja—. Le dije a mi hermana que no volveríamos a hacerlo. Nuestros días de ladrones terminaron después de lo que el párroco hizo por mí —su voz se volvió áspera y bajó la mirada al suelo.

Todavía había una parte del rompecabezas que no tenía sentido.

—Dime con sinceridad, Tom. ¿Estuviste allí aquel día? Tengo la extraña sensación de que sí. No te vi, pero yo… *siento* que estabas allí. ¿Querías causar daño? Y si no, ¿por qué robaste la pistola de los corredores? —se detuvo en seco. Lo abrumaría con tantas preguntas.

Tom dudó un largo momento antes de responder.

—Sí. Yo estaba allí, como usted dice. Lamento que resultara herida. Fue para rescatar a mi hermana, y a usted también. Sabía que era Ambrose quien os retenía y temía lo que él y Jerry pudieran hacer —volvió su suplicante mirada hacia Anna—. Era la cabeza de *él* la que quería

golpear, pero se giró y usted también fue golpeada. Me he estado preocupando por eso desde entonces.

—¿Por qué les robaste a los corredores? Fue una tontería, porque te pillaron y ahora saben que estuviste allí, aunque no fuera con mala intención —se le ocurrió una idea y cogió aire—. Tom, ven y habla con ellos. Yo te defenderé. Sabes quienes son los culpables y puedes limpiar tu nombre.

Tom ya estaba negando con la cabeza.

—No puedo delatarlos. Éramos amigos antes.

Qué absurdo renunciar a la libertad por una lealtad errónea. Anna estaba a punto de aplicar su razonamiento más persuasivo cuando Tom levantó la cabeza al escuchar un ruido fuera.

—¡Anna!

El sonido de la frenética súplica de Hester desde el exterior llegó hasta ellos, y Anna gritó:

—Estoy aquí. Estoy ilesa —se volvió hacia Tom, pero ya no estaba. Beatrice se acercó al bebé y se colocó frente a la cuna.

Sir Lewis irrumpió primero en la habitación, seguido de Hester, quien se sujetaba el costado y respiraba con dificultad.

—Aquí está —dijo sir Lewis—. ¿Por qué se ha escapado así? Nos costó mucho acercar el carruaje y tuve que abandonarlo en manos de ese tal Smith —parecía dubitativo—. Bueno, espero que el hombre sea lo suficientemente honesto. Le di unos cuantos chelines y le prometí más. No fue mi mejor idea. Cuando traje a Hester, al menos tenía a Julian conmigo.

Anna apenas le prestó atención. El alivio de haber sido encontrada y de no tener que ocultar más su miedo se apoderó de ella y la debilitó.

—Os lo explicaré cuando volvamos a casa —siguió a Hester y a sir Lewis fuera de la choza, pero se volvió en la puerta y se encontró con la mirada hosca de Beatrice—. No te guardaré rencor, Beatrice, y no agravaré tu pena iniciando un proceso contra ti. Espero que no cargues con ninguna culpa por este incidente.

Dirigiendo una última mirada al bebé, Anna siguió a sir Lewis hasta el sendero, donde Hester la abrazó.

—Creo que nunca he estado tan preocupada.

Anna le devolvió el abrazo. Le resultó extraño, ya que no era una persona demasiado afectuosa. Sin embargo, en aquel momento le pareció reconfortante.

—Supongo que me merecía cualquier cosa que me hubiera pasado después de huir de aquella manera, pero tuve suerte. ¿Cómo me encontrasteis?

—Eli Smith vio que habías salido en busca de Beatrice y nos indicó dónde vivía. Dijo que era la hermana de Tom. ¿Por qué la seguiste?

Habían llegado al carruaje que estaba en el camino, donde Smith permanecía fielmente de pie junto a los caballos. Los hombros de sir Lewis se relajaron visiblemente al ver sus caballos y su carruaje intactos, y ayudó a las mujeres a subir antes de ir a intercambiar palabras con Eli.

—Beatrice fue la criada que me acompañó desde Londres. Es prima de una de las sirvientas de Emily, y fue atacada cuando nuestro carruaje fue retenido.

—Ah, sí. Emily me habló un poco de esto en la más estricta confidencialidad… la cual mantuve —se apresuró a asegurarle—. Fue sólo para explicarme por qué no te encontrabas bien al principio de tu estancia y no podías recibir visitas.

—Así que sabes quién es Beatrice y entenderás por qué la seguí.

Anna no estaba segura de si debía hablar de haber visto a Tom. No había pensado en su responsabilidad en revelar su paradero después de haberlo encontrado, pero ella creía en su

inocencia. No tuvo la oportunidad de hacerlo porque sir Lewis se acercó a la puerta del carruaje.

—Querido, te has embarrado los pantalones —dijo Hester.

—Eso no tiene importancia —apoyó la mano en el lateral del carruaje—. No sé qué me poseyó para venir sin ni siquiera un mozo de cuadra que montara en la parte de atrás. Sólo tengo suerte de no haber vivido para lamentar este día de trabajo —estaba a punto de subir a la parte delantera para conducir, pero Anna le puso la mano en el brazo.

—Gracias, sir Lewis. Todo ha terminado bien. No me arrepiento de nada, pues tengo algunas de las respuestas que vine a buscar.

Sonrió y le soltó el brazo, agradecida de volver a casa.

CAPÍTULO VEINTINUEVE



Los chillidos insistentes del nuevo habitante de la mansión Durstead se acallaron, y Anna dejó a Emily amamantando a su hijo. Era una mirada de felicidad maternal, sin miedo ni preocupación por el futuro, y Anna pensó que sólo un bebé podía hacerle eso a una persona. Había algo tan esperanzador en un bebé, una promesa tan perfecta para el futuro. Creaba un anhelo innegable en su corazón, aunque hacía tiempo que pensaba que sólo sería madre para cumplir un deber y no un deseo.

Una vez afuera, comenzó a seguir el sendero del jardín hacia la calle principal. Sus pasos iban con frecuencia en esa dirección. Aunque intentaba decirse a sí misma que sólo lo hacía para tomar el aire o porque la calle pública era la más bonita de todas, bordeada de árboles, en el fondo de su corazón sabía que lo hacía con la esperanza de encontrarse con Harry. Stratford se casaba y la madre de Emily por fin iba a venir. Anna se iría pronto. No había habido ningún tipo de despedida grandiosa, sólo la desaparición de unos sentimientos demasiado profundos que no le permitirían despedirse.

Una figura se acercó desde la rectoría, pero no era Harry. Anna fue a saludar a la señora Foucher, deslizando sus manos entre las de ella, como si saludara a una amiga. Desde luego, así se sentía con el tiempo que habían pasado últimamente cuidando de Emily.

—Siento que estoy faltando a mis deberes con el señor Aston, pero no puedo evitar venir a ver cómo sigue la señora Leatham, y también su hijo —dijo mientras se daban la vuelta para caminar hacia la mansión.

—Yo misma te llevaré hasta ella. Había pensado ir a dar un paseo, pero te haré compañía con mucho gusto. Siempre puedo caminar después —*¿Quizá acompañarte a casa? Pero no. Debo renunciar a un sueño tan tonto. No sucederá.*

—El señor Aston ha estado ocupado —sacó a Anna de sus propios pensamientos mientras caminaban sin prisa—. No lo conocía desde muchos meses antes de que usted llegara, pero nunca lo había visto tan ocupado… y tan infeliz —Anna no respondió, y la señora Foucher hizo una pausa como para sopesar sus palabras—. No soy quién para meterme en los asuntos de los demás. Pero he pensado que quizá no haya nada de malo en hacer una observación sobre alguien a quien uno está muy apegado y a quien desea lo mejor.

Anna no pudo resentir la intromisión de esta observación tan pertinente. De hecho, deseaba mucho saber cómo le iba a Harry. Cuando se encontraba con las personas del pueblo, era el nombre que más deseaba escuchar de sus labios.

—No voy a fingir que no sé a qué te refieres. El señor Aston y yo éramos buenos amigos, pero últimamente parece que nuestra amistad no fue duradera —mantuvo su voz tranquila, pero casi se le rompió el corazón al decirlo.

—Creo que la amistad puede ser de corta duración cuando no se llega al corazón, pero no es así cuando el corazón está comprometido. En ese caso, el apego es profundo y duradero.

A Anna no se le ocurrió una respuesta adecuada. Le había entregado su corazón a Harry, quizá no de la forma más tradicional o elegante, pero era algo que nunca había hecho. *Él* eligió no aceptarlo. No era culpa suya si él confiaba tan poco en ella o si su corazón tenía tan poco valor para él.

—Debemos entrar sin hacer ruido. Los criados van de puntillas. Sólo piensan en atender las necesidades del que, estoy segura, pronto será el príncipe de la casa. Sin embargo, todos se alegrarán de ver a aquel a quien el amo George debe su existencia. Ciertamente ayudaste a Emily con su llegada.

La señora Foucher la siguió hasta la fresca entrada.

—Oh, puedo atribuirme muy poco mérito. La madre lo hizo muy bien, el bebé era fuerte, y el doctor Carson estaba allí. Estoy segura de que habrían estado perfectamente bien sin mí.

—Dejaré que pienses así si te hace sentir más cómoda; sin embargo, sabes que era pequeño y que no estaba listo para nacer hasta dentro de unas semanas. Tu instinto de ponerlo contra el latido del corazón de su madre fue el correcto, e incluso el doctor Carson lo dijo —sus suaves pasos sonaron mientras Anna guiaba el camino escaleras arriba.

Emily había terminado de dar de comer a su hijo y ahora estaba sentada con una mirada de adoración mientras estudiaba cada detalle de su rostro. Levantó por fin la mirada hacia sus visitantes y habló en voz baja para no despertarlo.

—Señora Foucher, cuánto me alegro de verla. ¿No es él perfecto?

—Puedo ver desde aquí que lo es —la señora Foucher se rio—. No podía mantenerme alejada. Tenía que ver cómo le iba a su *jeune homme*.

Se sentó junto a Emily, mientras Anna escuchaba el ruido de un carruaje que recorría el camino de grava. Las otras dos mujeres ignoraron el sonido en favor de discutir la excelencia del infante que tenían ante ellas, pero Anna se asomó con curiosidad por la ventanilla, esperando contra toda esperanza que fuera Harry.

No era el carruaje de Harry. Pero… Anna entrecerró los ojos. Su corazón empezó a latir violentamente cuando el carruaje abierto se acercó. *No es posible*, pensó al distinguir las facciones de uno de los caballeros. Pero no podía imaginar que alguien pudiera parecerse tanto. *Si me equivoco*… se obligó a mantener la calma mientras se dirigía a las damas.

—Creo que tenemos visita. Bajaré a ver quién es.

—Debes decir que no estoy en disposición de recibir visitas —dijo Emily, todavía absorta en las pequeñas facciones de George.

—Se lo diré al visitante —murmuró—, pero no estoy segura de que me haga caso —sintió un zumbido en los oídos y se sintió débil cuando salió de la habitación y se apresuró por el pasillo. En cuanto llegó a la escalera, bajó corriendo y abrió la puerta principal antes de que llegara algún criado. Bajó corriendo los escalones—. ¡Capitán Leatham! —John Leatham, quien estaba mucho más delgado que la última vez que ella lo había visto, y bastante bronceado, se volvió hacia ella con una sonrisa en el rostro, la cual decayó ligeramente cuando vio que era sólo Anna—. Lo sé —dijo ella—, no soy a quien esperaba ver. Pero ¿cómo es esto posible? Lo habíamos dado por perdido —antes de que terminara de hablar, tuvo tiempo de observar el cansancio en sus facciones y añadió—. Pero no debo presionarle para que me dé respuestas. Verá a su esposa, quien ha estado muy afligida y está arriba. Y lo que es más, abrazará a su hijo.

Al escuchar esto, John Leatham se sobresaltó y puso una mano temblorosa en el lateral del carruaje.

—¡Mi hijo! Sin duda es demasiado pronto. ¿Está bien?

—El señorito George decidió hacer su aparición antes de tiempo, pero está bien. Está muy bien. Ya lo verá —era mucho para asimilar, y Anna vio que el capitán no parecía fuerte después de su terrible experiencia.

—Debo ir de inmediato —subió los escalones de piedra antes de detenerse en seco. Se volvió y dijo—. No. He esperado demasiado y el deber es lo primero.

Anna siguió su mirada hacia el segundo caballero, al que apenas había notado en su entusiasmo. El hombre descendió del carruaje con una pequeña sonrisa en el rostro y entregó las riendas a un mozo que lo esperaba.

—*Non, allez-y* —le dijo al capitán Leatham—. Puedo esperar —con un control que Anna no podía entender, el capitán Leatham negó con la cabeza.

—Me encargaré de que te instales primero, Antoine. Te debo eso, aunque sólo pido ver a mi esposa antes de llevarte a la rectoría —Anna estaba impaciente por entrar corriendo y evitar que algún criado le estropeara la sorpresa anunciándole a Emily la noticia que le cambiaría la vida, pero se olvidó de eso cuando John hizo las presentaciones—. Señorita Tunstall, él es *monsieur* Antoine Foucher.

—¿Antoine Foucher? —Anna abrió los ojos con sorpresa. Una sensación embriagadora descendió sobre ella como si estuvieran al borde de algo divino: la vorágine que barría sus vidas una vez más. Pero esta vez, en lugar de traer dolor y destrucción, dejaba a un lado la tragedia para dar paso a la promesa y la esperanza. ¿El marido de la señora Foucher estaba *aquí*?

—*À votre service* —el caballero elegantemente vestido, con rizos oscuros y bigotes laterales, se presentó ante ella e hizo una reverencia.

Vaya, vaya. No me perdería esta reunión por nada del mundo. Anna supo sin necesidad de mirar que la alegría que se había extendido por su rostro se acercaba a la incredulidad. Era demasiado asombroso para ser cierto. El señor Foucher había subido los escalones para reunirse con el capitán Leatham, pero Anna interceptó su avance con pasos rápidos.

—Permitidme que entre primero en la habitación y os anuncie —se volvió con una mirada suplicante—. Por favor. Será un shock. Déjeme prepararla —el capitán Leatham hizo un gesto para que avanzara y subieron las escaleras a toda prisa. Escuchó a John asegurarle a Antoine en francés que, a pesar del feliz reencuentro, no tardaría en llevarlo a la rectoría. Anna se llevó los dedos a los labios antes de abrir la puerta—. Emily, lamento decirte que no he podido rechazar a los visitantes. Insistieron mucho —Anna se detuvo justo en el umbral de la puerta, y el capitán Leatham entró primero.

—¡John! —la voz de Emily fue más bien un susurro, un grito estrangulado, y el capitán Leatham cruzó la habitación en dos pasos.

La señora Foucher le quitó instintivamente el bebé a Emily antes de que sus manos se debilitaran por la conmoción. El capitán Leatham levantó a Emily, la rodeó con los brazos y apoyó la frente en la suya. Emily lloraba, murmuraba palabras, pero no salía ningún sonido. Junto a ella, las lágrimas corrían por el rostro de la señora Foucher mientras mecía al señorito George en sus brazos. Sonreía y lloraba, y alzó la mano para secarse los ojos con la manga, susurrándole al bebé que su padre había llegado.

Anna volvió a mirar hacia la puerta. Antoine había entrado y su mirada estaba fija en la señora Foucher, sin decir palabra. La señora Foucher, quien seguía pendiente del bebé, se apartó hacia la ventana para dar privacidad a los Leatham.

Será mejor que yo también acuda en su ayuda, pensó Anna, aunque ella no sabe que la necesita.

Anna se acercó y cogió al bebé de sus brazos antes de que pudiera protestar. Ella la miró con confusión y luego giró la cabeza, sorprendida, cuando Antoine dio otro paso dentro de la habitación.

—Marie-Madeleine —Antoine abrió sus brazos, pero se quedó inmóvil. Intentó formar palabras, pero nada salió.

—*Mais… je rêve* —su rostro palideció y sus piernas flaquearon.

Antoine salió de su estupor y corrió hacia delante para coger a su mujer antes de que cayera.

—*Non, ma colombe*, no estás soñando. *C'est moi* —con el brazo alrededor de su cintura, Antoine la besó profundamente.

Anna nunca había sido testigo de una escena tan íntima, y su beso despertó algo en ella. *Me pregunto si Harry me hubiera amado de verdad, si me habría besado así*. Se dio la vuelta.

—Bueno, George —Anna sonrió a la figura somnolienta y lo acercó más a ella—. Estoy feliz de tenerte en mis brazos. De lo contrario, empezaría a sentirme inútil —le dolían las mejillas de tanto sonreír, pero también se le escapaban las lágrimas. Había algo tan conmovedor en las parejas que se reencontraban, cuyo dolor había terminado y cuyo futuro albergaba esperanzas. *Lo que debe ser vivir sin dolor*—. Parece que todos tienen su final feliz —susurró. *Menos yo*.

Anna se fue con el niño a la biblioteca, eventualmente desgastando la alfombra de la misma con sus pasos. El bebé siguió durmiendo. Al final, todo había salido bien y mejor de lo que ella hubiera imaginado. Qué extraño que la única vez en su vida que había perdido la esperanza, se demostrara que estaba equivocada. Era como si le enviaran un mensaje: todavía hay bondad en la tierra de los vivos. Tal vez incluso para ella.

Un criado llegó a buscarla, diciendo que su presencia era requerida en el salón principal. Menos mal. El señorito George se había despertado y estaba cada vez más inquieto. Las dos parejas estaban sentadas cuando ella entró, y Emily tendió las manos hacia su hijo. Anna deslizó suavemente al bebé en sus brazos.

La señora Foucher fue la primera en hablar, diciendo a su eficiente manera:

—Debemos saber la historia. Tan cierto como que los Leatham desean tener privacidad, y tan cierto como que yo deseo compensar diez años, creo que es justo que la señorita Tunstall también sepa cómo ocurrió esto.

—Déjame hacer algo tan prosaico, entonces, como sonar la campanilla para pedir el té —Anna sonrió a los Leatham mientras se dirigía a esta.

Emily aprovechó la oportunidad para salir de la habitación y alimentar a George. Y cuando el té llegó, le entregó el niño a su marido y empezó a prepararlo. John examinó las facciones de su hijo con orgullo.

—No puedo soportar más el suspenso, John. ¿Por qué no escribiste? —Emily miró ahora a Antoine—. ¿Qué pasó y cómo os encontrasteis?

Los dos caballeros intercambiaron una mirada, y fue el capitán Leatham quien habló.

—Yo iba en mi fragata rumbo a un encuentro que debíamos tener con el HMS *Liberty*. Avanzábamos en dirección a Gibraltar cuando un buque de guerra enemigo se acercó a toda velocidad. No había otros barcos aliados cerca, no teníamos protección y, al estar tan cerca de la costa, no podíamos dejarlos atrás. Nos dispararon, destruyéndonos los mástiles, y creo que su intención era hacernos prisioneros y apoderarse de nuestra fragata. Pero en un golpe de mala suerte, uno de sus cañones cayó sobre nuestras armas, provocando una explosión que acabó con la popa y parte del casco —Emily dejó la tetera en la mesa con un brusco estruendo, y el capitán Leatham la rodeó con el brazo y tiró de ella para acercarla—. Los vientos y la corriente submarina eran muy fuertes, y nos estrellamos contra las rocas antes de poder levar anclas. El

buque de guerra no pudo acercarse tanto a la costa y nos dio por perdidos. No enviaron barcos de rescate a por nuestros marineros, y creo que fue a causa de la fuerte corriente. Fueron un día y una noche difíciles, lo reconozco, con varios muertos y muchos más heridos y sin esperanza de rescate… o eso parecía —sonrió hacia su hijo, lo acomodó en sus brazos y luego levantó la vista —. La ayuda llegó finalmente en forma de un corsario, el cual era lo suficientemente pequeño como para acercarse. Abordaron nuestro barco para llevarse lo que pudieron de suministros e información, y aunque nuestra fragata estaba muy dañada, consiguieron remolcar lo que quedaba —señaló a Antoine con la barbilla—. Antoine, como habréis adivinado, era el capitán del corsario. Y aunque era del bando enemigo, estaba tan interesado en venir a rescatarnos como en conseguir su parte del botín —esbozó entonces una sonrisa irónica.

Antoine levantó las dos manos.

—Es una cuestión de honor. Somos compañeros humanos.

—Como iba diciendo —continuó el capitán Leatham—, acercó su balandra a la nuestra y abordó nuestro barco. Ayudó a los heridos que pudo y los llevó a todos a su barco, aunque sabía que no les quedaba mucho tiempo en este mundo. Fue un acto de piedad no dejar morir solas a esas almas.

Antoine se hizo cargo de la historia. Su acento francés era tan marcado que Anna tuvo que escuchar atentamente para entenderle.

—El asunto de los prisioneros ingleses no fue fácil de resolver en mi conciencia. Como francés, debía ser leal a Francia, aunque no me habían dado la carta de marca que oficializaba mi deber para con el emperador. E Inglaterra había acogido a mi amada esposa una década antes, cuando yo temía por su vida —se tomó un momento para besar profundamente a su esposa de una manera que debía herir la sensibilidad inglesa. Anna sintió que sonrojaba al presenciar una demostración tan abierta, pero no se sintió ofendida. Le gustaría saber lo que se siente. Antoine se separó del beso y retomó su relato como si las muestras públicas de pasión fueran algo cotidiano—. Al final, el asunto se zanjó gracias a la habilidad de Jean para hablar francés. Me habló de su mujer, quien esperaba un bebé. Antoine hizo una reverencia en dirección a Emily—. Y yo, sabiendo lo que era dejar atrás a una esposa y no poder ir a verla, me compadecí de su situación. Me ofrecí a ayudarle a él y a los otros marineros ingleses a volver a su tierra.

El capitán Leatham interrumpió con una carcajada.

—Y como no había enviado una carta oficial solicitando una recompensa a cambio de sus prisioneros, su método para llevarnos a casa fue muy creativo.

Antoine esbozó una sonrisa, y con una mirada a su mujer que reflejaba una separación de años, dijo:

—Pero nos estamos adelantando. Una vez que Jean se sinceró conmigo sobre su mujer, yo empecé a hablar de la mía, un amor perdido hace mucho tiempo que creía que no volvería a ver. Recordé a Marie-Madeleine, a la que había buscado por todos los rincones de Londres: ella, que era de piel clara, con el cabello pelirrojo que no se ve tan a menudo en una francesa, y unos ojos azules cristalinos de la tonalidad más brillante de la tierra. Y cuando, a lo largo de los días que pasamos juntos, hablé de su estatura menuda y atractiva y de que era la mujer más hermosa del mundo, que ni siquiera la pequeña cicatriz que tenía en un lado de la mejilla podía atenuar… —se inclinó para besar la cicatriz de Marie-Madeleine—. Jean me sorprendió. Me dijo que sabía de una mujer así en el pueblo de Avebury y que, si yo podía ayudarles a llegar a suelo inglés, él podría ayudarme a llegar hasta mi esposa.

—¿Cuál fue su método creativo, monsieur Foucher? —preguntó Anna, con una sonrisa. Era imposible no simpatizar con él.

—Como no nos dieron carta de marca, y un hombre necesita ganarse la vida, hicimos un poco de contrabando entre Saint Malo y Dartmouth. Dejé mi balandro al cuidado de mi hermano y remé con los soldados ingleses hasta un lugar tranquilo de la costa. Jean, aquí presente, es concienzudo e inmediatamente se presentó a los oficiales navales en Portsmouth, quienes le dieron un breve permiso para ver a su esposa.

—Y aunque omití decirles que Antoine había desembarcado, no me sentí obligado a hacerlo ya que, actualmente, no está luchando por los franceses. Está aquí como caballero, no como soldado —dijo el capitán Leatham.

—Sí que es un caballero —dijo Emily.

Antoine negó modestamente con la cabeza.

—Un caballero contrabandista. Hicimos un trato justo cuando trajimos a su marido a casa, y no creo que mi hermano se *râler* por el retraso —le guiñó un ojo a la señora Foucher—. Esa es la historia en pocas palabras. Luego viene la reconstrucción de los diez años de ausencia, lo cual llevará más tiempo.

El capitán Leatham abrazó a su bebé y Emily apoyó la mano en su rodilla.

—Gracias por salvar a mi marido.

Antoine hizo una reverencia.

—No fue nada, madame —y compartió otra mirada con la señora Foucher.

Llevará años, pensó Anna. *La historia se puede contar en un día, pero pasarán años antes de que la ausencia de John y Antoine se convierta en un recuerdo lejano para las esposas en cuyos corazones están anclados.*

CAPÍTULO TREINTA



Los pasos de Harry resonaron en su casa casi vacía. La señora Foucher sólo había pasado allí la noche mientras ponía orden en la cocina. Le aseguró a Harry que había instruido a la criada de la cocina, Abigail, lo suficientemente bien como para que ella se hiciera cargo de las tareas, al menos hasta que Harry encontrara a alguien que considerara más adecuado. Se marchó antes de que la mente de Harry pudiera asimilar la repentina aparición de su marido, perdido hacía mucho tiempo. Ahora sólo se escuchaban los sonidos lejanos de la criada y el ruido de las botas de los mozos de cuadra que se habían hecho cargo de algunas de las tareas de Tom en el campo.

No había visto a Tom en casi una semana y sólo podía concluir una cosa a partir de su ausencia: era culpable de *algo*, aunque no estuviera involucrado en todas las acciones de los bandidos. Era la única conclusión lógica, pero a Harry le costaba aceptarla. Debía de haber alguna otra razón para que Tom se mantuviera lejos. Su ausencia pesaba sobre Harry, haciendo que la casa pareciera aún más vacía.

Sin embargo, no era tonto y no podía engañarse a sí mismo. Era la pérdida de la esperanza respecto al cortejo de Anna lo que más le había deprimido. Aunque debería estar listo para arrancarla de su corazón después de lo que había visto, había suficientes semillas de duda sobre si ella había besado a su hermano voluntariamente, a pesar de lo que Hugh dijera. Sólo Dios sabía lo probable que era que su hermano reclamara algo que no le pertenecía y dejara que las repercusiones se solucionaran por sí solas.

El ruido de la llegada de una visita le despertó de su ensueño y abrió él mismo la puerta. El terrateniente estaba al otro lado, con su caballo atado a un poste cercano.

—¿No quiere entrar? —preguntó Harry, más por cortesía que por ganas.

—No le entretendré, Aston. Le prometí a George que lo llevaría a cazar, y me gusta cumplir mi palabra. Sólo he venido a decirle que los corredores tienen a sus hombres.

El miedo se apoderó de Harry. *Tom*. Intentó mantener su voz firme.

—Son buenas noticias. ¿Eran de Wiltshire como esperaban los corredores? ¿De Avebury?

El terrateniente asintió.

—Lo eran, y fue fácil identificarlos como los bandidos de caminos por la pistola que habían robado a lord Ramsworth.

—¿Cómo es eso posible si la habían dejado abandonada? ¿Qué dijo lord Ramsworth? Supongo que los corredores le interrogaron.

—Lo intentaron, pero lord Ramsworth murió hace tres años en la India. Su sucesor no tiene ningún interés en una finca en ruinas, así que no sirvió de nada. Pero la conexión los llevó a centrarse más específicamente en los habitantes de Haggle End y los de sus alrededores —Harry volvió a pensar en Tom, pero se tranquilizó con las siguientes palabras del señor Mayne—. Al

final, tuvieron un golpe de suerte. La patrulla de caminos se topó con un robo en plena acción, y como eran mayor en número, sometieron rápidamente a los dos delincuentes. Jerry Madling y Ambrose Bailey eran los hombres. Lugareños de Haggle End, tal como sospechaban los corredores. Dijeron que trabajaban solos, y que Jerry llevaba encima otros objetos pertenecientes a Ramsworth, lo que conectaba a los dos con los otros robos —reflexionó sobre ello durante un minuto—. No es que necesitaran las pruebas, pues cogieron a los hombres in fraganti. Pero esto cierra el caso que nos ha estado preocupando a todos durante algún tiempo.

—Mi mente está aliviada. Gracias por venir a darme la noticia.

El señor Mayne miró a lo lejos, apretando la mandíbula.

—Les colgarán, a esos dos, por lo que hicieron, pero no puedo decir que no se lo merezcan, no después de matar a una víctima inocente además de asustar a la mitad de los residentes del mismo condado del que proceden durante este año.

El terrateniente no tardó en marcharse, y Harry se quedó pensando en la noticia. Así que Tom era inocente. Al menos eso parecía, aunque podía haber participado en todo y no haber sido atrapado. Se preguntó si los corredores permanecerían en la zona con la esperanza de atraparlo. Ojalá Harry pudiera interrogar al hombre en persona.

Se retiró a la quietud de su biblioteca, sentado con la mirada fija en el jardín y los campos a través de la ventana. Permaneció así durante algún tiempo, sin fijar su mente en nada en concreto. Justo cuando pensaba que debía salir a ocuparse en algo, Tom cruzó los campos junto a la ventana. Se detuvo a hablar unas palabras con el mozo de cuadra, quien le entregó el rastrillo.

Harry saltó de su silla y salió al exterior, bordeando las hileras de hortalizas donde Tom ya había empezado a trabajar.

—Has vuelto.

Tom se quitó el gorro, con la mirada fija en el suelo.

—Así es.

—¿Se han ido los corredores? ¿Es por eso que has vuelto? —al no recibir respuesta, hizo otra pregunta—. ¿Sabes que han atrapado a los criminales? —buscó en el rostro de Tom alguna pista sobre lo que pasaba por su mente. Harry, al no ser un hombre muy reservado, no entendía por qué Tom era tan cerrado.

Tom frunció el ceño.

—Los han atrapado, ¿cierto? —manipuló nerviosamente la azada de jardinería—. No, no lo sabía. He venido, aunque sea un riesgo, ya que parezco culpable, aunque *devolví* aquella arma a la habitación del corredor, junto con mi pañuelo. He venido porque la señorita Tunstall tenía razón cuando dijo que no debía largarme.

La conmoción con que Harry recibió este anuncio fue grande.

—¿La señorita *Tunstall*? ¿Cuándo la has visto?

—Siguió a mi hermana, Beatrice, y yo estaba allí —había levantado la mirada del suelo y miró de reojo a Harry para ver mejor cómo se tomaba esta noticia. Harry sintió como si el mundo hubiera dejado de girar.

—¿Beatrice es tu hermana? ¿Todo este tiempo sabías dónde estaba? —cogió la herramienta de las manos de Tom y la dejó caer al suelo—. Tom, creo que será mejor que empieces por el principio.

Y eso hizo. Cuando llegó a la parte de golpear a Anna en la cabeza por error, Harry hizo una mueca de dolor. *Cómo debió de dolerle su delicada cabeza. Tuvo suerte de haber sobrevivido*. Recordó lo mareada que había estado, lo que le llevó a recordar cómo la había abrazado y lo suave que se había sentido cuando él la había estrechado contra su pecho.

Tom se frotó la cara, dejando manchas de tierra en una mejilla.

—Lamento mucho lo ocurrido. Pero la señorita Tunstall dice que perdonó a Beatrice por llevarse sus bagatelas, Bea me lo dijo; yo ya me había marchado para entonces, y que no deberíamos volver a nuestros viejos hábitos. Así que decidí volver a trabajar.

¿Anna buscó a Tom? ¿Perdonó a Beatrice por el robo de sus joyas y luego la instó a seguir por el buen camino? La cabeza de Harry daba vueltas y los latidos de su corazón se aceleraron con esta nueva información. Tal vez no había intentado comprender del todo a Anna. *Tal vez todavía haya esperanza.*

—Tom, esos ladrones. ¿Los conocías?

Tom lo miró a los ojos.

—Sí. Yo andaba con ellos. Éramos amigos desde que éramos niños: Jerry, Ambrose y yo. Traté de hacer que cambiaran de rumbo después de conocerle, pero no me escucharon. Al final nos separamos.

La mirada de Tom decía mucho: la pena de perder a sus amigos y el temor por su destino, el pesar de no haber podido ayudarlos a cambiar.

Harry extendió la mano y la puso sobre su hombro.

—No tienes ni idea de lo agradecido que estoy de que hayas vuelto. Los terrenos de la rectoría se deterioran más rápido de lo que uno podría imaginar sin un sirviente tan diligente. Una sonrisa se dibujó en las facciones de Tom y desapareció con la misma rapidez. Harry lo dejó hacer su trabajo y entró, pensativo, en la casa, donde estaba a punto de volver a la biblioteca. Se detuvo en seco. ¿El nombre de Anna no había desaparecido, aunque sólo fuera en su propia mente? ¿Cuándo iba a enmendarlo? *¿Qué hacía él todavía aquí?* —. Jasper —gritó. Cuando el criado se apresuró a salir al pasillo desde las escaleras traseras, dijo—. Tengo que afeitarme, y necesitaré varios pañuelos. No hay tiempo que perder.



CUANDO SE PUSO en camino hacia la mansión Durstead, estaba recién afeitado, llevaba unos pantalones color crema, unas botas recién lustradas y el abrigo azul español que Weston le había confeccionado. No se había dado cuenta de hasta qué punto se había permitido ser descuidado en el vestir, un descuido que su padre siempre le había inculcado que era imperdonable. El duque no habría hecho concesiones por un corazón roto.

Harry encontró a Anna sentada en el banco detrás de la casa de los Leatham. Se apoyaba sobre sus manos y tenía la mirada fija en el prado que se elevaba en una pendiente hasta encontrarse con el cielo a lo lejos. La colina estaba flanqueada a ambos lados por una hilera de árboles, pero la extensión de césped del centro parecía tocar el cielo, de modo que las nubes parecían empezar en el horizonte y ascender. Siempre había sido una vista preciosa.

Ella no se había percatado de su presencia, y él se quedó de pie durante un minuto, absorto en su visión. Tal vez debería haberse tomado el tiempo de preparar un discurso, porque tal como estaba, no sabía por dónde empezar. ¿Podría simplemente pedirle perdón y decirle que la amaba? ¿Que siempre la había amado desde el momento en que ella abrió los ojos en su carreta y los volvió hacia él?

Anna no parecía haber escuchado el ruido de sus botas sobre los guijarros mientras se acercaba. O lo estaba ignorando. Harry se vio obligado a anunciar su llegada.

—¿Puedo sentarme?

A modo de respuesta, Anna se movió en el banco y le dirigió una mirada fugaz. Entonces le

había escuchado.

—Por supuesto.

La tibia bienvenida hizo que el corazón de Harry se encogiera. Empezó a pensar que era demasiado tarde, hasta que vio que los dedos de ella temblaban al entrelazarlos sobre su regazo. Se sentó y miró al frente, buscando cómo empezar. La inesperada noticia que Tom había compartido sobre su visita a Haggle End le había dado el valor para venir, pero eso no significaba que se atreviera a esperar que la batalla estuviera ganada. Anna Tunstall, había aprendido, era de todo menos predecible.

—Menuda reunión presenció usted ayer —empezó. Ella le dedicó una breve sonrisa antes de volver a apartar la mirada—. El regreso de John es asombroso, y me alegro mucho por la señora Leatham. El regreso de Foucher me parece aún más sorprendente, debo decir. Dado el tiempo que estuvieron separados y la muerte de toda esperanza, realmente es como si la muerte hubiera vuelto a la vida.

—Lo es —respondió con la más pequeña de las sonrisas, esta vez de reminiscencia—. Y que haya vuelto con el capitán Leatham es algo insólito. Qué graciosa es a veces la casualidad. Casi le hace a uno creer que hay un plan divino.

Harry se sintió tan aliviado de que Anna se hubiera relajado lo suficiente como para hablar que casi se perdió la sutileza de lo que dijo. Entonces cayó en la cuenta.

—Me estás tomando el pelo, Anna. Eres mucho más devota de lo que aparentas. Simplemente no encaja con tu concepto de dignidad mostrar abiertamente tus sentimientos —ella no se incomodó de que hubiera usado su nombre de pila, lo que le dio valor para seguir adelante. Pero aún tenía que actuar con delicadeza. El malentendido entre ellos había sido demasiado grande y, sospechaba, lleno de injustas recriminaciones por su parte—. El plan divino —suspiró, y mirando durante un instante su rostro, dijo—. En efecto, existe un plan divino, y a veces es el que nos permite hacer realidad los deseos más fervientes de nuestro corazón.

Anna rechazó sus palabras.

—Ya basta de hablar así, nos acusarán de piadosos —él no había pasado por alto la insinuación de burla en su voz ni (y esto le llenó de pesar) el brillo de las lágrimas que aparecieron en sus ojos.

—Un rasgo muy deplorable en un párroco —dijo en un intento de mantener el ligero intercambio. Anna miró fijamente hacia delante y guardó silencio. Esto no iba a funcionar, no así —. ¿Querrías…? ¿Querrías caminar un momento conmigo? No puedo permanecer sentado en este momento y me gustaría mucho tu compañía —Anna levantó la mirada mientras él se levantaba y le tendía la mano. La aceptó y le permitió que la ayudara a levantarse. Tras contener la respiración por un instante, empezaron a caminar. Harry le cogió la mano y la colocó en su brazo, y aun así ella no se resistió. Su proximidad y su intimidad mientras recorrían el sendero del jardín lo alentaron—. No me he disculpado por haberte ocultado la naturaleza de la posición de mi familia cuando lo que sentíamos el uno por el otro era cada vez más claro —empezó. Ella tenía la mirada fija en el suelo y él la sintió estremecerse a su lado. Quiso rodearle la cintura con el brazo, pero se contuvo—. Y nunca me he disculpado por no haber pedido escuchar tu versión de los hechos cuando mi hermano te besó. Soy consciente… —cogió aire mientras caminaban—. Sé que esto último fue particularmente injusto, ya que yo, mejor que la mayoría, debería saber lo canalla que puede llegar a ser mi hermano. Te acusé injustamente, ¿verdad, Anna? ¿No deseabas su beso?

Anna apretó con más fuerza el brazo de Harry, casi inconscientemente, aunque lo hizo temblando más.

—No soy inocente, Harry —la fuerza de sus palabras, unida al sonido de su nombre en sus labios, casi lo derriba. Antes de que pudiera reaccionar o responder, ella continuó—. Alenté las insinuaciones de lord Brookdale con ánimo de vengarme, porque no estaba contenta contigo. Pero hace mucho, *mucho* tiempo que me arrepiento de la insensatez de aquella maniobra, pues mis sentimientos por tu hermano nunca han sido profundos.

Ella se detuvo en seco, y Harry detuvo su avance para poder volverse hacia ella.

—Yo soy el culpable, Anna, no tú. Permíteme rectificar mis errores de inmediato. Te juro que *no* te ocultaré nada en el futuro y que no volveré a desconfiar de tus intenciones.

Anna negó con la cabeza y avanzó de nuevo, ocultando su expresión en el borde de su capota.

—Este tipo de promesas son bastante difíciles de cumplir, y no se deben hacer juramentos. Por lo tanto, que conste que no te lo tendré en cuenta si te asalta un momento de duda, o si deseas mantener algo en privado.

El corazón de Harry empezó a golpearle en el pecho. Anna hablaba como si tuvieran un futuro. Después de semanas de forzar la sumisión de sus deseos, ahora era como si Harry llevara demasiado tiempo cabalgando por un estrecho sendero y de repente llegara a un claro donde podía esprintar. *Ahora* era el momento.

Respiró hondo.

—Los hombres y las mujeres son propensos a guardar secretos cuando no se conocen bien; es natural. Pero cuando se ha establecido cierta intimidad, un hombre y su… un hombre y una mujer empiezan a desear no tener secretos entre ellos —la miró rápidamente—. *Yo* no deseo que existan secretos entre nosotros, y espero que volvamos a tener la conexión que teníamos. De hecho, si se me permite el atrevimiento, espero que se profundice —Anna no habló, pero sus pasos se habían ralentizado. *Sólo necesito pronunciar las palabras.* Harry la cogió del brazo y la giró suavemente hacia él, esperando hasta que ella levantó la mirada hacia la suya—. Anna, ¿quieres casarte conmigo?

Anna se quedó completamente inmóvil.

—¿Así, sin más? ¿Sin discursos floridos? —observó cómo un brillo de picardía aparecía en sus ojos. Le estaba provocando. Había vuelto a él. Su Anna, quien le provocaba y se burlaba de él y le hacía la vida miserable o un paraíso terrenal, dependiendo, según se daba cuenta, del alcance de sus propios pecados. Harry negó con la cabeza, curvando las comisuras de los labios con la esperanza que tenía al alcance de la mano.

—No puedo dar un discurso florido por algo que me importa tanto —cuando ella no contestó, Harry supo que no había dicho todo lo que necesitaba decir. Le debía una explicación—. No me declaré cuando tenía intención de hacerlo. Tú lo esperabas, supongo, pero entonces llegó mi hermano. Y cuando estuvo aquí, recordé lo mucho que amabas a la sociedad —hizo una pausa, escrutando su rostro para ver qué revelaba—. Amor mío, me contuve porque temía que al declararme te obligaría a elegir —el rostro de Anna no reveló nada, y Harry sólo pudo seguir a ciegas. Cogió su mano entre las suyas y la estrechó—. Siempre has deseado una vida en Londres, ¿no es así? Liderar la alta sociedad, como dijiste, al lado de un hombre en la política, una posición que no sólo no tengo ninguna duda que lograrías, sino en la que sobresaldrías. Mi declaración, o eso pensé, te obligaría a elegir entre tu sueño y una vida conmigo. El amor no es algo egoísta. No podía obligarte a permanecer en Avebury, donde tengo toda la intención de quedarme, si es a costa de tu felicidad. Así que me contuve —Anna seguía en silencio, y él se alegró, pues necesitaba sacar todas las palabras—. Pero entonces, me he sentido tan miserable sin ti. Pensé… bueno, nunca te pregunté si tus sueños habían cambiado y si, tal vez, una vida

conmigo te gustaría más que antes —se acercó más a ella y no la dejó apartar la mirada hasta que lo hubo dicho todo—. Nunca te pregunté si aceptar mi declaración te haría más feliz que cualquier otra meta original que hubieras imaginado alguna vez.

—Lo haría —dijo en voz baja.

—Lo haría —repitió Harry. Se le cortó la respiración—. *¿Lo haría?*

Anna asintió y sus labios se curvaron en una sonrisa, la primera sonrisa plena que Harry había visto desde que su hermano apareció en su puerta, una sonrisa que le llegaba hasta los ojos. Era demasiado. En un arrebato, la acercó a él, rozando sus labios con los de ella en una experiencia embriagadora, suave y tierna… hasta que Anna respondió con un entusiasmo que lo dejó atónito.

Pensar que había sido él quien había despertado tanta pasión en ella hizo que profundizara el beso, asombrado por las facetas de ella que brillaban con fulgor, primero una, luego otra. ¿Cómo habían podido los caballeros de la alta sociedad pasar por alto a esta mujer? *Gracias a Dios* los caballeros de Londres habían pasado por alto a esta mujer. Harry le besó las mejillas y la nariz, y luego volvió a reclamar sus labios, mientras Anna respondía a sus besos con la misma avidez.

Entonces, pensó que, tal vez, debería parar. Renuentemente, Harry se apartó, rebosante de alegría y sonriendo tontamente, estaba seguro.

—Señorita Tunstall, eso es un «sí», ¿no es cierto?

Anna puso sus manos en sus caderas.

—Señor Aston, eso es un «sí».

—Supongo que mi comportamiento de hace un momento no ha sido muy propio de un párroco —miró al cielo con fingida contemplación, pero sintió igualmente una punzada de incertidumbre.

—Espero que cuando nos casemos, señor Aston, no sea siempre así. Espero que usted no sea siempre un rector, sino a veces simplemente un hombre. Eso es lo que su congregación necesita, en especial cuando se enfrentan diariamente a las limitaciones de su propia humanidad —le sonreía y sus palabras eran burlonas, pero a Harry le parecieron especialmente ciertas.

—Entonces debes recordármelo —incapaz de resistirse, volvió a besarla, y esta vez le rodeó la cintura con los brazos, levantándola para hacerla girar—. Es una cuestión de orgullo. Quiero estar seguro de que se sienta mareada después de haber recibido el beso de un hombre que no tiene mucha experiencia pero sí suficiente entusiasmo para compensarlo.

Anna se echó a reír.

—No había necesidad de dar vueltas. Ya me sentía bastante mareada.

—Entonces era sólo para tenerte en mis brazos otra vez —le sostuvo la mirada y sonrió. Respiró hondo cuando le asaltó un pensamiento—. Deberíamos contárselo a alguien —dijo, y se puso en marcha. La condujo de nuevo en dirección a la mansión Durstead, cogiéndola del brazo, deteniéndose de nuevo, como si fuera a volverse hacia la rectoría—. ¿Pero a quién? Creo que los Leatham están ocupados, y nosotros no tenemos familiares que se preocupen por compartir la noticia.

—Si no encontramos a alguien a quien le preocupe lo más mínimo el asunto, podríamos detener al próximo transeúnte desprevenido y obligarlo a felicitarnos —murmuró.

Harry se rio.

—Creo que eso nos funcionará muy bien.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO



Anna flotaba al lado de Harry, aunque no parecían tener una dirección clara de adónde ir. Sus extremidades estaban relajadas y su corazón se elevaba muy por encima de ella, mientras Harry dudaba entre ir a la rectoría o a la mansión Durstead y qué, exactamente, debía hacer a continuación.

Al final, caminó con ella hasta Durstead. Harry se detuvo cuando ya estaban a punto de llegar y la cogió de la mano de una forma que le pareció tan íntima como acertada cuando, a lo lejos, el sonido de caballos les hizo levantar la vista. Había suficiente polvo en la carretera como para indicar que había más de un carruaje en camino. Anna, por instinto, se apartó de Harry.

—Veamos quién es antes de anunciarlo al mundo.

—¿No quieres detener al desprevenido forastero para que nos felicite? —se burló él, pero la angustia de Anna debió de manifestarse porque Harry la tranquilizó rápidamente—. Por muy felices que seamos al descubrir nuestros sentimientos mutuos, queremos decírselo a las personas adecuadas antes de que algún desconocido se entere.

Anna asintió, aliviada, aunque eso no impidió que se sonrieran tontamente el uno al otro. A ella no le importó. Estaba aprendiendo rápidamente que el amor traspasaba todas las fachadas cuidadosamente construidas.

Volvieron a girarse para observar los carruajes que se acercaban a toda prisa, y ella entrecerró los ojos. *¿Acaso no es…?*

Se volvió hacia Harry, sorprendida.

—Si no me equivoco, ese es mi hermano, Stratford. Harry, ¿qué suceso tan sorprendente podría traerlo aquí ahora? Sólo faltan dos semanas para su boda, a la que seguirá una larga luna de miel. No puede ausentarse de su finca en este momento —los dos carruajes doblaron la recta final y se detuvieron frente a Harry y Anna. El lacayo saltó de la parte trasera del primer carruaje y abrió la puerta, permitiendo que su hermano descendiera. Stratford hizo una reverencia formal, un gesto que pretendía abarcar tanto a ella como a Harry, antes de darse la vuelta e introducirse en el carruaje para ayudar a su prometida, Eleanor Daventry, y a su tía a bajar. A pesar de los años de entrenamiento para mantener un decoro apropiado, Anna se quedó con la boca abierta cuando no sólo su hermana gemela, Phoebe, bajó del segundo carruaje, sino también su indolente tía Shae. Al ver a su querida hermana gemela, no pudo mantenerse inmóvil, sino que corrió hacia Phoebe y la abrazó—. Me alegro muchísimo de verte —su voz se amortiguó a causa del abrazo e intentó ocultar sus lágrimas.

—¿Qué es esto? —preguntó Phoebe con una voz suavemente sorprendida—. Avebury ha hecho maravillas con mi hermana. O tal vez sea el rector de Avebury —dirigió una mirada traviesa a Stratford, evitando por completo la mirada de Harry—. Me refiero a su orientación

doctrinal, por supuesto. ¿Tú qué dices, hermano?

Stratford había estado estudiando tanto a Harry como a Anna, inseguro, tal vez, de cuánto podía suponer y no se dejaba llevar tan fácilmente por frivolidades.

—Anna, creo que hay presentaciones que hacer.

Ella se secó los ojos antes de volverse.

—Por supuesto, Stratford —y con la dosis de autocontrol de que disponía, Anna ocupó su lugar al lado de Harry—. Lord Henry Aston, segundo hijo de su alteza, el duque de Kirby, y conocido en el pueblo de Avebury simplemente como su rector, el señor Aston, permítame presentarle a su muy honorable, el conde de Worthing, mi hermano, Stratford.

Los dos hombres se evaluaron con curiosidad. Ambos inclinaron la cabeza de forma igualmente majestuosa, y Anna se preguntó si así sería como comenzaría una pelea de gallos. No es que ella debiera saber nada de eso. Entonces le asaltó un pensamiento. ¿Cómo se había enterado su familia de que Harry y ella habían llegado a un acuerdo cuando ellos acababan de descubrirlo por sí mismos?

Phoebe respondió a su pregunta sin que Anna tuviera que hacerla.

—A mí, por mi parte, no me sorprendió subir por el sendero y encontrarte casi de la mano con el señor Aston. Sólo me alegra saber que el asunto está felizmente resuelto para que podamos disfrutar de nuestra estancia aquí sin necesidad de partir de inmediato para solucionar la situación.

—*¡Pfff!* —Anna ya se había cansado de desplegar sus emociones para exhibirlas y estaba dispuesta a volver a hábitos más cómodos—. Nunca he necesitado que hagas nada. Siempre he sido capaz de manejar mis propios asuntos.

—Te permitimos que persistas en ese falso pensamiento —dijo Phoebe con una sonrisa—. Señor Aston, soy Phoebe, la hermana de Anna. Sospecho que debemos tutearnos —esperó hasta que él asintió—. Entonces permíteme presentarte a nuestra futura cuñada, la señorita Eleanor Daventry; a su tía, la señora Renly; y a mi tía, la señora Phillips.

Harry se inclinó sobre la mano de Eleanor.

—Estoy encantado de conocerla y feliz de ver que su introducción en la familia es una circunstancia que compartimos —luego se giró para inclinarse sobre la mano de la señora Renly, y después sobre la de la tía Shae, con la gracia que le era inherente. Harry Aston enorgullecería a cualquier mujer.

Eleanor, con aspecto fresco a pesar del viaje en carruaje, parecía radiante bajo la devoción de Stratford, y Anna tuvo que admitir que se había equivocado acerca de lo mucho que Eleanor le aportaba a Stratford. Sólo Phoebe había visto lo perfectamente compatibles que eran. Como una flor al sol, Eleanor florecía simplemente por el hecho de ser amada. Ahora Anna podía ver por sí misma cómo se producía algo así.

—Cuánto me alegra saber de vuestro compromiso —dijo Eleanor, dirigiéndose a Harry—. Si se me permite decir esto, aunque todavía no soy miembro de la familia, todavía no he conocido a un hombre capaz de comprender la corriente más profunda de los sentimientos de Anna. Afortunado es el caballero que la ha conquistado.

Le dirigió una sonrisa a Anna, como queriendo decir que sabía lo poco que le gustaban los elogios en público, pero que iba a escucharlos, le gustaran o no.

Anna intentó desviar su atención.

—Debo preguntar, sin embargo. ¿Qué os trae por aquí? —llamó a uno de los lacayos de Emily, quien había aparecido desde el interior, haciéndole un gesto para que bajara el equipaje de ambos carruajes. Se detuvo al darse cuenta de que ya no necesitaba, ni debía, dirigir la casa de

Emily por ella.

—Nos preocupaba tu felicidad y decidimos encargarnos de velar por tu bienestar —Phoebe entrelazó su brazo con el de Anna—. Le envié una carta a Emily proponiéndole que te visitáramos y viéramos por nosotros mismos cómo estabas, prometiéndole que no la molestaríamos por alojarnos aquí. Hemos alquilado habitaciones en el pueblo. Eso me recuerda… —se volvió hacia el lacayo—. Puedes dejar el baúl donde está. No nos quedaremos.

Stratford no había olvidado la pregunta de Anna.

—En pocas palabras, hemos venido a asegurarnos de que no te has hecho un lío.

Anna se volvió al abrirse la puerta principal y sólo tuvo tiempo de decir:

—Gracias por tu confianza en mí, hermano.

El capitán Leatham y Emily llegaron a la puerta principal, con su hijo recién nacido en brazos de Emily. Phoebe se apresuró a subir los escalones.

—¡Emily! —aunque no era tan cercana a Emily como Anna, la suya era una relación afectuosa—. No me habían dicho que habías dado a luz ni que tu marido estaba en casa. Buenas tardes, capitán Leatham. Pensamos venir como apoyo para ti, Emily, sin soñar que encontraríamos tanta felicidad en su lugar. No os incomodaremos, lo prometo. Ya hemos reservado habitaciones en la posada del pueblo.

—Pero, desde luego, deben quedarse aquí —comenzó Emily.

Anna se volvió hacia Stratford con el ceño fruncido.

—Sabes, estando tan cerca tu boda, no creo que esta visita sea nada prudente. Si me hubieras escrito para avisarme, seguramente te habría dicho que no vinieras.

—Quizá no sea prudente, pero eres de la familia, y en las familias nos cuidamos los unos a los otros. Por no mencionar el hecho de que… —lanzó una mirada a Harry—. Necesitaremos los servicios de un párroco, ya que el nuestro tuvo que ausentarse repentinamente por un fallecimiento en su familia y no tuvo tiempo de encontrarnos un sustituto. Señor Aston, ¿cree que podría?

Harry sonrió.

—Si está de acuerdo con mi cortejo, supongo que podremos llegar a un acuerdo para su ceremonia.

—¿Aceptarlo? —exclamó Stratford—. Creía que ella ya no tenía esperanza —Anna le dirigió una mirada fulminante.

—Bienvenidos —dijo el capitán Leatham, prestando su voz de la razón a lo que estaba derivando rápidamente en un comportamiento absurdo entre hermanos—. Tal vez deberíamos entrar en la casa, donde estoy seguro de que podemos pedir refrigerios, ¿no es así, mi amor? Entonces, aunque creo que hemos deducido la cuestión, Aston podrá informarnos del motivo de tan gran reunión —acompañó a su esposa al interior, dejando que la multitud le siguiera.

Stratford acompañó a Eleanor y a la señora Renly, y Phoebe entró por detrás con la tía Shae del brazo. Harry cogió la mano de Anna entre las suyas y la estrechó discretamente, con una expresión de silenciosa alegría en el rostro.

Delante de ellos, Phoebe cuidaba de su tía, aminorando el paso cuando el esfuerzo de subir las escaleras era demasiado para ella. Ella siempre había sido la solícita, hermosa, si es que Anna podía decirlo, y amable. Era mucho más *buena* de lo que Anna jamás podría esperar ser. Phoebe merecía ser feliz y Anna esperaba que pronto encontrara su propio amor, sobre todo ahora que sabía lo maravilloso que era.

Una vez dentro, los criados trajeron las bebidas, sirviendo primero a la tía Shae y a la señora Renly. Emily miró con ojos brillantes a la multitud reunida, y su mirada se detuvo en Anna.

—¿Y bien?

Harry abarcó a los presentes cuando pronunció el discurso formal que todos esperaban.

—La señorita Anna Tunstall me ha hecho el honor de aceptar convertirse en mi esposa.

—*¡No!* —Emily lo miró fijamente—. Ni en mis sueños más salvajes…

—Emily, deja de bromear —Anna no pudo contener la risa—. Era tu plan desde el principio. Y pensar que probablemente orquestaste lo de los bandidos sólo para que nuestro encuentro fuera más dramático.

Tanto Stratford como Phoebe se volvieron hacia ella, alarmados.

—¿Bandidos?

Anna había olvidado que no sabían nada al respecto.

—Os lo contaré más tarde —prometió en voz baja.

Emily la miró.

—¿Aún no se lo has dicho, Anna? Pero no. Ese detalle no fue idea mía. Es sólo que desde el momento en que conocí al señor Aston, mi único pensamiento ha sido convencerte de que vinieras a Avebury para que pudieras conocerle también a él.

Harry se volvió hacia Emily.

—Se ha ganado mi gratitud y mi deuda.

La habitación resonaba con conversaciones por todas partes, y Anna rechazó los intentos de sus hermanos por saber más sobre los bandidos.

—Más tarde —murmuró. Escuchando fragmentos de las conversaciones, Anna participaba en lo que podía, pero sus ojos estaban puestos en Harry y sus oídos atentos a lo que le decía a Stratford.

—Hubiera solicitado una audiencia con usted en cuanto mis sentimientos por Anna se hubiesen aclarado, pero el asunto no podía esperar. Esperaba poder visitarlo para discutir los detalles.

Stratford esbozó una sonrisa más cálida que de costumbre, pensó Anna.

—Comprendo la sensación de no querer esperar. Y sí, podemos hablar de los detalles en cuanto Leatham nos preste una habitación. ¿Está su abogado en Londres?

—Sigue siendo el abogado de mi familia, pero sí, el bufete tiene allí sus oficinas principales —le sonrió a Stratford—. Excelente.

—Dejando a un lado los negocios, permítame darle la bienvenida —cruzó una pierna sobre la otra y le dirigió a Harry una mirada irónica—, y también advertirle. No es fácil vivir con Anna. ¿Seguro que lo ha pensado bien?

Anna le lanzó una mirada irónica.

—Estoy aquí sentada, Stratford. Sin embargo, Harry conoce mi verdadera personalidad, y me ama.

Harry la sostuvo con una cálida mirada.

—Anna no podría haberlo dicho mejor. Supe desde el momento en que la conocí que era la indicada.

Stratford se encogió de hombros y se encontró con la mirada de su prometida, con el atisbo de una sonrisa en sus ojos.

—Entonces supongo que no hay nada que hacer. Debe casarse con ella.

Los Leatham dejaron perfectamente claro que la familia de Anna no se alojaría en ningún otro lugar que no fuera la mansión Durstead, y los invitados fueron conducidos a sus habitaciones para refrescarse. Emily se apresuró a dar de comer al señorito George, quien se había vuelto impenitentemente insistente, y Anna acompañó a Harry hasta la puerta, saliendo con

él y dejando que la guiara escaleras abajo.

Habían caminado unos pasos cuando Harry la cogió de la mano y entrelazó sus dedos con los de ella. El gesto por sí solo contenía toda la intimidad que Anna podía desear: amistad y la promesa de más. Caminaron sólo unos pasos más antes de que Harry se detuviera.

—Debo irme —Anna asintió con la cabeza, sonriendo cuando los ojos dorados de Harry recorrieron su rostro con indisimulado anhelo. Se inclinó hacia ella y le besó los labios—. Pero un día —dijo, apretando su mano y soltándola—, un día no muy lejano, porque será tan pronto como pueda arreglarlo, vendrás conmigo a *nuestro* hogar.

Ella asintió por segunda vez, su corazón demasiado contento para expresar palabras. Harry la besó una vez más antes de darse la vuelta para caminar por el sendero hacia la rectoría. Anna observó sus anchos hombros mientras se marchaba, los rizos juveniles que le caían por encima del cuello del abrigo, sus pasos decididos que, *en un futuro no muy lejano, en cuanto pudiera arreglarlo*, volverían para reclamarla. Ella apretó las manos en pequeños puños de emoción antes de subir corriendo los escalones.

¡Phoebe!

Tenía que encontrar a Phoebe. Había tanto que contar.

OTRAS OBRAS DE JENNIE GOUTET

Crónicas de Clavering

Redención

Intrigas del corazón

El juego de buscar pareja

Las Crónicas de Clavering: Serie completa



Propuestas Memorables

Una Propuesta Desafortunada

Una Propuesta Sincera

ACERCA DEL AUTOR



Jennie Goutet es la autora más vendida de doce novelas románticas de la Regencia, entre ellas las Crónicas Clavering, Propuestas Memorables y la serie Hijas de la Nobleza. Sus libros han recibido el primer lugar en romance histórico en los New England Reader's Choice Awards y han alcanzado el puesto número uno en la categoría Romance de la Regencia en Amazon. Han aparecido en BookBub y Hoopla, y están traducidos a cinco idiomas.

Jennie es una anglófila nacida en Estados Unidos que vive con su marido francés y sus tres hijos en una pequeña ciudad a las afueras de París. Su imaginación reside en la Inglaterra de la Regencia, donde sus romances están ambientados. Puede obtener más información sobre los libros de Jennie y suscribirse a su boletín informativo en su página web: jenniegoutet.com o comprar sus libros en jenniegoutetbooks.com.

Photo : Caroline Aoustin